

VOCES Y LETRAS DE MUJERES HONDUREÑAS

COMPENDIO LITERARIO 1892-1948



TOMO I

**COLECCIÓN LETRAS
NACIONALES**

Voces y letras de mujeres hondureñas

Compendio literario 1892-1948

Tomo I



Voces y letras de mujeres hondureñas
Compendio literario 1892-1948
Tomo I

Editorial Sedesol
Primera edición: marzo, 2025
Tegucigalpa
Páginas: 386
ISBN: 978-99979-79-05-6

Equipo editorial

Director

Pedro Quiel

Edición

Andrea Navarro
Heidy Mondragón

Corrección de estilo

Alexandra Morales
Melvin Figueroa

Recopilación documental

David Milla
Gabriel Sú
Stephanie Núñez
Tin Ching Lau

Diagramación

Rosa Julissa Espinoza

Diseñador de la portada

Dennis Carranza

Todos los derechos reservados

El siguiente libro ha sido impreso con fondos del Estado de Honduras y no es vendible.

Por favor después de leerlo compártalo con otras lectoras y lectores.

©Editorial Sedesol

Centro Cívico Gubernamental José Cecilio del Valle, torre II, segundo piso, código postal 11101, Tegucigalpa, Honduras.
Teléfono: 2242-7981
www.sedesol.gob.hn

Voces y letras de mujeres hondureñas

Compendio literario 1892-1948

Tomo I



Gobierno Bicentenario de la Refundación de Honduras

Iris Xiomara Castro Sarmiento
**Presidenta Constitucional de la República de
Honduras**

Mirtha Claudina Gutiérrez
**Secretaria de Estado en el Despacho de Desarrollo
Social**

La Editorial SEDESOL es un proyecto solidario para la impresión de libros a bajo costo que puedan llegar a todos los rincones del país.

Su visión es fomentar la inversión pública en difusión del pensamiento con el menor costo operativo posible.

¡Por un país donde todos y todas leamos más!

Índice

Prólogo.....	17
 Ada María Navas “Hada Navas”	
Rubén y Hada María.....	29
Para un gran poeta.....	30
Una noche.....	30
 Adriana Ortega de López	
El magisterio nacional: sus deberes, sus derechos y su papel responsable frente a la evolución de Honduras.....	35
 Alba Alonzo de Quezada	
Actual situación jurídica de la mujer de Honduras.....	41
 Alba Marina Sierra	
Origen e importancia del cuento en la nueva educación.....	49
 Alí Sakar	
Amor y matrimonio.....	53
Compañerismo entre el hombre y la mujer.....	54
 Ángela G. Guillén	
Retorno.....	59
Frente a la vida.....	61
 Ángela Ochoa Velásquez	
Amaneciendo.....	67
Veamos claro.....	68
La medicina del diputado Carvajal resultó peor que la enfermedad.....	70
A mal tiempo buena cara.....	71
Páginas de Navidad.....	74
El vértice de dos ciclos.....	76
 Angelina Valladares	
Función social de la mujer.....	81
 Argentina Díaz Lozano	
Angustias ignoradas.....	85
Luana	87
Lectura para la mujer.....	91
¿Tendría razón Eduardo?.....	96
Manos de mujer.....	97
El encuentro.....	101
La chiquilla del 24 de diciembre de 1925.....	103
Leonora.....	106

Aquel amor.....	108
Horas fugaces.....	111
Luchas del corazón.....	113
Dulce secreto.....	118
El secreto de Diana.....	119
Flor de hospital.....	124
El descuaje de los bosques y sus consecuencias.....	127
Sor Caroline.....	130
Libros	136
Del camino.....	138
Primavera.....	140
Fue en Atlanta.....	142
Amor de mulata.....	148
Noche de octubre.....	155
María Ester.....	159
Una lección práctica.....	162
La recepción en Villa Roy.....	164
El regreso.....	167
Alma de mujer.....	169
Tegucigalpa costa norte.....	172

Argentina M. Rosales

Alcoholismo y tabernas.....	177
-----------------------------	-----

Astarte

¿Volverá?.....	181
----------------	-----

Carlota Membreño

Página gris.....	185
------------------	-----

Carmelina Rubí de Moncada

Cifras simbólicas.....	189
Hacia un mundo mejor.....	190

Carmen Castro

Origen de la Fiesta de la Madre.....	195
--------------------------------------	-----

Clara Luz

Charlas con las damitas.....	201
------------------------------	-----

Clementina Suárez

Forjemos una meta.....	207
De la vida, lo bello.....	207
El diamante.....	208
Voces del alma.....	209
Al que sabe ver sin pecado.....	210
La mujer.....	211
Gloria Higgins	213

Feminismo.....	214
San Pedro Sula y sus recias mujeres.....	216
Carías Reyes y su libro <i>Germinal</i>	218
Adán Coello.....	219
Una noche de títeres.....	220

Concha Padilla

A propósito del promedio de calificaciones y los exámenes.....	227
--	-----

Consuelo de Escorcía

La Fiesta de la Cruz.....	231
Casitas de bahareque.....	233
Discurso a nombre del consejo de enseñanza del establecimiento por la profesora doña Consuelo de Escorcía H.....	234

Consuelo de la Rosa

Mayo.....	241
Salve.....	241

Cristina Hernández de Gómez

El púlpito.....	245
Un llamamiento en el Día de la Madre.....	245
En el minuto presente... ¡El mundo lanza un respiro!.....	248
El complejo de inferioridad.....	249
La gran efemérides.....	251
El Ateneo Femenino progresa.....	253
<i>La Voz Atlántida</i> , emblema de la Cultura.....	254
Mondongo a la hondureña.....	255
Primer aniversario de la <i>Revista Atenea</i>	257
Contestamos a una encuesta feminista.....	259

Cruz Guillén de Peña

Emancipación femenina hondureña.....	263
Benéfica aspiración de civismo.....	264
¡Paz!.....	265

Denia Labu

Cruz de ceniza.....	269
Rastrojos en campo trillado.....	270
Del libro que inédito vive en mi corazón y que llamo: <i>Rescaldos</i> <i>Las bofetadas</i>	271
¿En qué consiste la desgracia?.....	274

Emilia

Decepción.....	279
----------------	-----

Eva Argentina

La prisa por marido.....	283
--------------------------	-----

Fausta Ferrera

Las piedras que cantan en la orilla del Lago de Yojoa.....	287
En una tarde de domingo.....	288
El muchacho que no aprendió.....	291
Homenaje a los maestros.....	293
Cuento de Navidad.....	293

Góhía Isabel López

La ascensión del pájaro azul.....	299
Gabriela.....	301
Los partidos políticos y la mujer hondureña.....	307

Gloria

Semblanzas del hogar.....	313
---------------------------	-----

Graciela Bográn

El grito de las madres.....	317
El inútil tesoro del avaro.....	318
La mujer en la sociedad moderna.....	320
Niños sin madre.....	323
Una plática con Enrique Galindo.....	324
La Conferencia del Caribe.....	326
El Castillo de Omoa.....	328
Mediten los hondureños.....	329
La previsión del desastre.....	330
El jardín de niños.....	332
Los hondureños quieren paz y piden paz.....	335
No perdamos la esperanza ¡No desmayar, pacifistas!.....	337
Responsabilidad.....	339
Los extranjeros.....	340
Aún es tiempo de rectificar.....	341
No sacrifiquemos lo permanente a lo efímero.....	343
La desmembración de nuestro territorio por el laudo arbitral.....	344
El inquietante problema económico.....	346
El sufragio femenino en Honduras.....	348
Las cadenas mentales.....	350
La Casa de Maternidad.....	352
Escuelas rurales.....	355
Celebraciones de mayo.....	356
La prueba del dolor.....	361
Los intelectuales y el ambiente.....	363
La tragedia de Juanita Zelaya.....	366
Divagaciones espirituales de una mujer.....	368
Día del Trabajo.....	369

Graciela García

Nota de la Sociedad de Cultura Femenina.....	373
Construyamos prensa nacional.....	374

Guadalupe Rosa
Club “Juan Rafael Mora”379

Guillermina Mendoza
Enseñanza y aprendizaje.....383

Prólogo

Las mujeres escriben porque son conscientes del poder que tienen sobre su realidad al hacerlo, por ello, no hay mejor forma de conocer la historia de las mujeres hondureñas que a través de sus propias voces y letras. Con esta idea en mente, la Editorial Sedesol, adscrita a la Secretaría de Desarrollo Social, decide construir el compendio literario *Voces y letras de mujeres hondureñas*.

Tal proyecto se enmarca en una lucha incesante por el rescate y la divulgación de la memoria histórica relacionada a las mujeres. Esta publicación forma parte de las múltiples iniciativas que, desde sectores estatales y de la sociedad civil, se emprenden con el objetivo de visibilizar fragmentos del pensamiento formulado por grupos de la población que han sido relegados en los relatos históricos tradicionales.

Este compendio está conformado por escritos seleccionados por un equipo de investigadores pertenecientes a la Sedesol, quienes, a lo largo de varios meses, recopilaron publicaciones en algunos de los principales fondos documentales del Distrito Central: Sala Hemerográfica del Archivo Nacional de Honduras, la Hemeroteca Nacional, el Fondo Hemerográfico y el Fondo Rafael Fajardo, ambos en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), y el Fondo histórico Dra. Martha Raudales en el Centro Documental del Centro de Arte y Cultura de la UNAH.

La búsqueda de información relacionada a los escritos de las mujeres hondureñas se delimitó a las producciones que realizaron, mayoritariamente, en revistas nacionales, entre las cuales se encuentran: *Alma Latina*, *Atenea*, *El pensamiento*, *Excélsior*, *Ideas*, *La Juventud Hondureña*, *La Voz de Atlántida*, *Mercurio*, *Pan-América*, *Revista Ariel*, *Tegucigalpa*, *Mujer*, entre otras; que en conjunto suman 46 diferentes publicaciones consultadas. En los tres tomos que conforman el compendio literario *Voces y letras de mujeres hondureñas* podrán disfrutar de 342 escritos de 67 autoras, publicados entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. También es importante explicar que se han incluido seudónimos de autoras cuyas identidades no hemos podido aclarar, nombres que aparecen dentro del libro entre comillas.

Resulta necesario, a manera de aclaración, mencionar que, si bien el proceso de recopilación de fuentes es uno de los ejes primordiales del presente compendio, el mismo no escapa a la realidad de los escasos fondos hemerográficos salvaguardados por los entes que se encargan de custodiar el patrimonio documental en el país; así que, aquellas personas doctas en la materia podrán identificar

revistas y escritos faltantes. Por tanto, exhortamos a continuar la búsqueda y el rescate del pensamiento de las mujeres hondureñas a través de los vacíos dejados en estos tomos, y a quienes cuentan con fondos de tal naturaleza, a seguir resguardándolos en beneficio de la memoria histórica nacional.

La elección de la temporalidad de *Voces y letras* (1892-1948) está marcada por un conjunto de acontecimientos esenciales en la historia global y nacional, como la reforma liberal hondureña (1876-1883), las guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945) y la dictadura de Tiburcio Carías Andino (1933-1949), todos bajo el prisma del papel que jugaban las mujeres en ellos.

La reforma liberal en Honduras, como proyecto político y social, entre las numerosas renovaciones realizadas en favor del progreso, fomentó el aparato educativo de la nación. De tal forma, la amplitud de la oferta en educación, no solamente en cantidad de centros educativos, sino también en la población que podía tener acceso a los mismos, modificó el papel que tendrían las mujeres en el espacio público.

La incorporación de las mujeres en las escuelas primarias¹ y, principalmente, en las Escuelas Normales,² significó para muchas la oportunidad de tener acceso a una educación pública, que amplió sus posibilidades más allá de la esfera de lo privado, de los hogares y de lo estereotípicamente femenino.

Si bien, el paradigma del rol que debían cumplir las mujeres no se alteró significativamente —ya que, como puede apreciarse en discursos vinculados a la educación de las mujeres en la época,³ la relación que estas tenían con la maternidad las hacía idóneas para educar, apelando a las supuestas características que por naturaleza estas poseían— sí supuso una brecha en la vida pública, que las mujeres se encargaron de ampliar cada vez más con el pasar de las décadas. Como bien afirma Marvin Barahona, “Por medio de la educación las mujeres participaban activamente

1. “... en 1877 se abrieron y restablecieron 274 escuelas primarias para niños con 9 123 alumnos y 21 escuelas para niñas con 812 alumnas” en Marvin Barahona, “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”, *Arte y Cultura*, vol. IV, n. 4, (2016): 64.

2. La primera Escuela Normal pública para mujeres se creó en 1905, pero a estas le antecedieron escuelas privadas de señoritas, como la Escuela Superior para mujeres (1895) en Rina Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, (Tegucigalpa: Guaymuras, 2001), 107-108.

3. Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, 107-108.

en la construcción de la nación hondureña, sin que el Estado les reconociera sus derechos fundamentales como ciudadanas”.⁴

Como es de suponer, esta coyuntura se ve reflejada en los textos relacionados a la educación que hemos recopilado en este libro. Visitación Padilla, Guillermina Mendoza, María Luisa Herradora, Lucía C. Marín, Isabel García M., Margarita Vidal, Sergia Durón de Zúñiga y María Trinidad del Cid, expresaron su admiración, inquietud y entusiasmo por el sector educativo nacional. “Renace la escuela popular rodeada del prestigio de una generación de maestros que comienza a sentir el orgullo de su apostolado. No cosechamos todavía los frutos de su labor; todavía contemplan el miraje del futuro...”,⁵ reflexionaba Visitación Padilla sobre el renacimiento y la juventud de un gremio que apenas podía dimensionar la importancia de su labor.

Las mujeres, a través de sus críticas y consideraciones, documentaron las progresivas transformaciones dadas en la educación nacional. Guillermina Mendoza ilustra, por ejemplo, los cambios a futuro, diciendo: “La escuela nueva es una escuela viva, abierta, donde el niño pueda lanzarse en todas direcciones, teniendo como factor principal la libertad...”.⁶

Textos como “El magisterio nacional: sus deberes y su papel responsable frente a la evolución de Honduras”⁷ de Adriana Ortega de López, “La nueva orientación en las escuelas hondureñas”⁸ de Margarita Vidal, “La educación de la mujer y su instrucción”⁹ de María Guadalupe Reyes y “Problemas de relaciones internacionales que los maestros deberían saber”¹⁰ de Ofelia Mendoza de Barret, demuestran el compromiso de las mujeres con su labor como educadoras, y su necesidad de sobrepasar la esfera de la enseñanza más allá de las aulas. Y es que, “... la educación serviría como medio para que ellas traspasaran las fronteras de la sociedad y se incorporaran también al orden de la cultura, del que se encontraban excluidas”,¹¹ remarca Barahona.

4. Barahona, “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”, 59.

5. Visitación Padilla, “El porvenir de la escuela hondureña”, *El mentor hondureño*, tomo II, n. 9, (1915): 144-117.

6. Guillermina Mendoza M., “Enseñanza y aprendizaje”, *Sinergia*, n. 1, (1947): 19-20.

7. Adriana Ortega López, “El Magisterio Nacional y sus deberes, sus derechos y su papel responsable frente a la evolución de Honduras”, *Senderos*, n. 1, (1949): 9.

8. Margarita Vidal, “Nueva orientación de las escuelas hondureñas”, *Pan-América*, vol. II, n. 30, (1946): 14.

9. María Guadalupe Reyes, “La educación de la mujer y su instrucción”, *El Mentor Hondureño*, tomo I, n. 3, (noviembre, 1913): 42-44.

10. Ofelia Mendoza de Barret, “Problemas de relaciones internacionales que los maestros deberían saber”, *Asociación Nacional de Cronistas*, vol. I, n. 3, (1938): 4-24.

11. Barahona, “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”, 69.

No solo la educación —pues muchas de las mujeres que se encuentran en este compendio eran egresadas de la Escuela Normal de Señoritas— es un tema recurrente en sus pensamientos escritos, sino también la condición de ser mujeres, y todo lo que ello acarrea.

Clementina Suárez, siempre tan visionaria y adelantada a su época —a propósito de una nueva discusión que dio como desfavorable el derecho al voto para las mujeres— exclamaba en su artículo “Feminismo”, publicado por la revista *Mujer* en 1934:

Es natural, en concepto del hombre hondureño, que la mujer hondureña carece de capacidad (física, mental y moral) hasta para interesarse en los problemas hondureños. Y ante semejante opinión es mejor abstenerse. Nadie ha visto que con solo empujar con un dedo una montaña, caiga la montaña. (...) Los órganos de legislación, en manos de hombres, darán leyes consecuentes con los hombres y abiertamente inconsecuentes con las mujeres. (...) La verdad es que la mujer debe participar de la actividad política. Para despertarse la mente, para ya no sentirse débil (...) la mujer debe ser dueña de sí misma para vivir las realidades sociales.¹²

Desde finales del siglo xix hasta mediados del siglo xx, hubo una serie de debates sobre los derechos políticos de las mujeres hondureñas, suscitando comentarios machistas y retrógrados —incluso para la época— por parte de algunos de los hombres con más poder de decisión en el país, como lo fueron los diputados del Congreso Nacional de Honduras.

Como menciona Rina Villars en su libro *Para la casa más que para el mundo: sufragismo y feminismo en la historia de Honduras*, las reacciones fueron “[de] sorpresa, burla y, sobre todo, rechazo a un planteamiento que blasfemaba el santo reclusorio de la mujer en el hogar y, por tanto, el cimiento de la familia”.¹³ Otros hombres de la época, ante la articulación de las mujeres en movimientos intelectuales, expresaban que “... solo las mujeres «contra-natura», «estériles» y «marimachas» podían abrazar las ideas sufragistas, las cuales eran una amenaza a la «salud moral y física del hogar»”.¹⁴

Como es evidente, las mujeres no pararon su participación en la vida intelectual y política del país, a pesar de las constantes negativas. Muchas dedicaron sus escritos a reflexionar sobre el

12. Clementina Suárez, “Feminismo”, *Mujer*, n. 4, (1934): 1.

13. Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, 176.

14. Villars, *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*, 213.

rol que debían tomar a nivel social, como Herlinda Rubí de Zelaya, que elaboró varios artículos en la revista *Pan-América* relacionados al papel que debían cumplir las mujeres en la posguerra;¹⁵ Alba Alonzo de Quezada en “Actual situación jurídica de la mujer de Honduras”,¹⁶ en el que realiza un análisis desde el derecho sobre la legislación hondureña que ampara a las mujeres y la necesidad de ciudadanía; y Góhía Isabel López, cuando escribe sobre los partidos políticos, apelando a que las mujeres hondureñas forman parte de la universalidad a la que se refiere la constitución de Honduras sobre ciudadanía, y, por tanto, pueden hacer públicas sus opiniones sobre la política, a pesar de no poder formar parte de ella.¹⁷

La importancia de esta obra recopilatoria también radica en la multiplicidad de puntos de vista expuestos por estas escritoras, ya que en sus páginas se pueden encontrar diversas convergencias y desencuentros en sus posturas. Estos textos recopilan algunas de las conexiones intelectuales en las que coincidían muchas hondureñas, como se explicita en los afectuosos escritos de Lucila Gamero Moncada de Medina a Rafaela Turcios —y las cálidas respuestas que esta última escribía—; en la admiración proclamada de Visitación Padilla a María Luisa Herradora; o la subscripción de ideales sobre el sufragio entre Olimpia Varela y Varela y Graciela Bográn,¹⁸ —que no necesariamente coincidían con las posturas de otras mujeres de la época sobre el tema.

Dichas relaciones también son notorias en los escritos vinculados a agrupaciones, como la Asociación de Mujeres Universitarias de Honduras (AMUH), La Liga Antialcohólica de Mujeres Hondureñas, la Sociedad de Cultura Femenina y en las revistas, gestionadas por ellas mismas, que servían de plataforma para un intercambio provechoso de ideas entre mujeres de toda la región. Publicaciones como *Alma Latina*, dirigida por Graciela Bográn; *Pan-América* de Olimpia Varela y Varela; *La Voz de Atlántida* de Paca Navas de Miralda; *Atenea*, bajo la dirección de Cristina Hernández de Gómez; *Mujer* de Clementina Suárez; y *Mujer Americana* con la dirección de María Trinidad del Cid.¹⁹

15. Herlinda de Zelaya, “La mujer y su momento culminante en la posguerra”, *Pan-América*, vol. II, n. 20, (1946): 14-16.

16. Alba Alonzo de Quezada, “Actual situación jurídica de la mujer de Honduras”, *Mujer Americana*, tomo I, n. 1, (1947): 10-13.

17. Góhía Isabel López, “Los partidos políticos y la mujer hondureña”, *Pan-América*, vol. III, n. 32, (1947): 12-14.

18. Olimpia Varela y Varela, “Por los fueros femeninos”, *Alma Latina*, vol. III, n. 33, (1934).

19. Gabriela Eunice Ardón, “La publicación de revistas culturales de mujeres en Honduras (1932-1948)”, *Cuadernos de Historia de Honduras*, vol. I, n. 1, (2021): 2.

Un significativo ejemplo de estos nexos de pensamiento puede verse en las publicaciones relacionadas al escrito “El feminismo”, de Francisco Varela M., dirigido a Olimpia Varela y Varela. En el texto hace referencia a si las mujeres debieran involucrarse en la vida política a través de las luchas representadas por el feminismo, particularmente en lo relacionado al voto. Para reforzar su punto, lanza la siguiente encuesta: “¿Qué preferiría ella ser: una autora famosa de obras literarias, científicas, o progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y virtudes de un orden superior?”.²⁰ Reforzando este pensamiento expresa: “No la expongamos [a la mujer], aún con la mayor buena fe, por el propósito de una ampliación de sus derechos hacia el terreno político, a todas las contingencias, peligros para su vida y su reputación, que por su naturaleza ofrecen siempre las luchas de ese género”.²¹

Ante tales declaraciones, las mujeres comenzaron a responder, a través de las columnas de la revista *Pan-América*, a la encuesta formulada por Varela. Escritos como “Encuesta femenina” y “La mujer y su momento culminante en la posguerra II” de Herlinda de Zelaya, “Contestando a una excitativa feminista” de Margarita Vidal, “En defensa de nuestros ideales” de Olimpia Varela y Varela, “Frente a la vida” de Ángela G. Guillén y “Contestando a una encuesta feminista” de Cristina Hernández de Gómez, atienden y confrontan las ideas de Varela.

En el escrito de Olimpia, esta responde: “Nuestra respuesta inmediata a esta pregunta es la que sigue: la mujer ideal, en nuestro concepto, la que consideramos adecuada para el ambiente moderno, lo que desearíamos ser, es, precisamente, una mujer que, dentro de su acabada civilización y cultura, esté en capacidad de ser a la vez «autora famosa de obras literarias, científicas, y progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y superior, elevada digna y merecedora de la más ferviente admiración»”.²²

Se debe recalcar que, “Las revistas culturales de mujeres que surgieron en los años 40, evitaron verter opiniones sobre la dictadura, a excepción de *Pan-América*, donde Olimpia Varela y Varela divulgó homenajes a Tiburcio Carías Andino”,²³ como remarca Eunice Ardón. Lo anterior no quiere decir que la totalidad

20. Francisco Varela M., “El feminismo”, *Pan-América*, n. 29, (1946): 6-7.

21. Francisco Varela M., “El feminismo”, 6-7.

22. Olimpia Varela y Varela, “En defensa de nuestros ideales”, *Pan-América*, n. 29, (1946): 8-11.

23. Gabriela Eunice Ardón Jiménez, *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948*, (Tegucigalpa: Editorial Sabio Valle de la Secretaría de Educación, 2024), 24.

de las mujeres escritoras no se adhirieran a los movimientos sociales contra el régimen carlista, ya que, “además de su participación en la cultura impresa, las mujeres fueron base importante para las manifestaciones en contra de la dictadura”.²⁴

Tampoco supone que ellas estuvieran a favor de las políticas represivas del régimen, particularmente por las conexiones que un significativo grupo de estas mujeres tenían con intelectuales que debieron irse al exilio, o como las mismas Graciela García o Graciela Bográn, quienes tuvieron que salir del país, entre muchas otras que, por la naturaleza limitada de esta pesquisa, somos incapaces de abarcar.

Dicha participación es bien documentada por la doctora Martha Raudales en sus “Estampillas del 44”,²⁵ en donde señala la intervención activa de las mujeres en las protestas contra la dictadura, y realiza una cronología sobre la masacre del 6 de julio de 1944 y la persecución política sufrida por muchos de los involucrados en los meses posteriores.

Por otro lado, es notorio que una parte muy importante del contenido de estos libros se lo llevan las expresiones literarias de las autoras. Pudiendo encontrar una prolífica cantidad de escritos, tanto de las escritoras más conocidas del país, como Lucila Gamero Moncada de Medina, Argentina Díaz Lozano, Paca Navas de Miralda y Clementina Suárez, hasta de autoras menos conocidas —pero igual de interesantes—, como es el caso de María Guadalupe Reyes, Mercedes Láinez, Rafaela Turcios, Victoria “Toyita” Bertrand (Alma Fiori) y Carlota Membreño.

A través de sus relatos, que sitúan a las y los lectores en algunos de los lugares más conocidos de Honduras, o en lejanas ciudades en otros países, las autoras logran capturar —desde la frescura y el desasosiego de la juventud, hasta la incertidumbre y experiencia de la adultez— su cercana visión del mundo. Creemos que la selección de narrativa en esta recopilación es una importante muestra de la calidad estética de distintas escritoras nacionales. Logrando plasmar bellamente su época, retratando con crudeza el sentir de muchas mujeres en sus relatos; mujeres, que protagonistas comunes en sus obras, también reflejan las convulsas adversidades del tiempo en que les dieron vida sus creadoras, coyuntura ya ligeramente descrita en párrafos anteriores de este prólogo.

24. Ardón Jiménez, *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948*, 25.

25. Martha Raudales Alvarado, “Estampillas del 44”, Fondo histórico Dra. Martha Raudales del CAC-UNAH.

Las y los lectores pueden complementar la información recopilada en estos tomos con otras obras que indagan en diferentes estratos de la vida de muchas de las mujeres que aparecen en este libro. *La palabra iluminada: El discurso poético en Honduras* y *La novela hondureña*, ambos escritos por Helen Umaña, *Visitación Padilla: Escritos* de José González y Alexis Machuca, *Las palabras de Visitación Padilla* de la Editorial Sedesol, *Personalidades, valores femeninos de Honduras (Ensayos bibliográficos) 1970-1975* escrito por Eva Thais, *Argentina Díaz Lozano: Estudio biográfico literario* por Amílcar Echeverría, *Olimpia Varela y Varela: Escritora panamericanista* de Martha Luz Mejía, *Escritoras y sufragistas* por la Editorial Eva Thais, *Lucila Gamero de Medina: Una mujer ante el espejo* con notas de Juan Ramón Martínez, *Honduras: mujer y poesía* de Andaluz Pineda de Gálvez, *El retrato en el espejo: una biografía de Clementina Suárez* de Janet N. Gold, el ya citado estudio *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948* por Eunice Ardón y *Compendio histórico de educación y profesoras hondureñas*, ambos de la Secretaría de Educación, entre muchos otros.

En conclusión, la posibilidad de tener a las mujeres escribiendo sobre sus propias vidas, las coyunturas históricas por las que atravesaban y haciendo críticas sociales desde la cátedra y la narrativa, es también una oportunidad para que, como lectores y lectoras de este compendio, nos adentremos a la complejidad discursiva de las mujeres hondureñas de finales del siglo xix y principios del siglo xx. Por ello, desde la Editorial Sedesol, invitamos a que puedan conocer y disfrutar del compendio literario *Voces y letras de mujeres hondureñas*.

Andrea Navarro
Editorial Sedesol

Bibliografía

- Ardón, Graciela E. *Redes de mujeres intelectuales y cultural impresa en Honduras 1932-1948*. Tegucigalpa: Editorial Sabio Valle de la Secretaría de Educación, 2024, 24.
- Villars, Rina. *Para la casa más que para el mundo: Sufragismo y Feminismo en la Historia de Honduras*. Tegucigalpa: Guaymuras, 2001, 107-108.
- Barahona, Marvin. “Mujeres, educación y poder en la reforma liberal hondureña”. *Arte y Cultura*. vol. IV, n. 4, (2016): 64.

Ada María Navas

“Hada Navas”



Rubén y Hada María*

Rubén... amado eterno...

Dos meses que te fuiste de mi lado...

Te busco en la noche callada y no te encuentro; mis labios trémulos de amor doliente te invocan y no respondes, mi corazón en cada latido te implora con su sollozo mudo...

Eras la luz que alumbraba mi existencia; te apagaste, y me has dejado en la tiniebla; eras la brújula que indicaba la ruta a mi barca; desapareciste, y ella camina sin orientación, mas, la luminaria de tu recuerdo, encendida en lo más noble y recóndito de mi corazón, será el timonel que la evite estrellarse contra los traidores arrecifes de la vida... Eras el sol que daba calor a mi existencia, te enfriaste y mi cuerpo y mi alma están ateridos.

Tu alma era el oasis donde mi cansada alma olvidaba las amarguras de la vida; al apagar su sed en las linfas del ensueño comprendido y compartido, le faltaste, y ella va con su pesada carga de tristeza y desolación, cual cansada golondrina, sola, a través del inmenso desierto de la vida...

Hoy duermes en la tumba fría y, sin embargo, siempre estaré cerca de ti, porque para mí el cariño grande, la inmensidad, el "más allá", no existen...

No será de azucenas blancas como tu misma la corona que hoy colocaré sobre la fría losa de tu tumba, porque las flores se marchitan pronto. Será hecha con la divina filigrana de una plegaria, porque las plegarias tienden hacia el cielo, donde todo es inmortal, y hacia allá se encaminó tu alma...

La barca que te condujo a aquella vida tan llena de misterio se adelantó a mi barca; más, su vela blanca, cual un copo de espuma, ante los ojos enamorados de mi espíritu, como un llamado interminable... se agita en lontananza...

Hada María

San Pedro Sula, 26 de enero de 1931

* Hada María, "Rubén y Hada María", *Tegucigalpa*, s. 54 n. 215, (22 de febrero de 1931): 15.

Para un gran poeta*

Canta, soñador poeta, canta las recónditas tristezas de tu alma. Haz un poema con ellas; un poema que haga vibrar mi espíritu y en que se perciba el aleteo de doradas mariposas. Tú sabes imitar al ruiñeñor divino y aún le superas. Tu canto mágico hará que olvide la maldad del mundo.

Recuerda que el bálsamo para las almas enfermas de ensueño solo es prodigado por los grandes poetas, seres predilectos de los dioses, que conocen el misterio de los nocturnos surtidores y la canción de los céfiros en los perfumados pinares.

¡Bardo excelso! Tú que descienes del armonioso Apolo, arranca a tu lira sus mejores cantos; y que al oírlos se llene mi corazón de inmortales músicas y se pierda mi pensamiento en el país de zafir de las quimeras.

Ada Navas

Juticalpa, enero de 1926

Una noche*

Fue en una de esas cálidas y perfumadas noches del estío... Mientras los pálidos hilos de luna rielaban sobre las aguas del lago azul... y los cisnes, blancos como copos de espuma, recibían temblando de emoción las sabias caricias de las ondas... cuando por vez primera mi alma abrió su albo capullo al soplo de la quimera... Esa noche fantástica y lejana también muchas flores abrieron sus corolas al soplo enamorado de los céfiros...

Pan arrancaba a su mágica flauta sus más dulces melodías, y las ondinas salían presurosas, a flor de agua con negras cabelleras despeinadas, a embeber sus almas caprichosas en las melodías celestiales... Los luceros decían su más hermoso himno de luz y los naranjos del huerto, cargaditos de azahares, tenían la blancura perfumada de las almas...

La selva ostentaba su más bello ropaje y en el rumor lleno de arrullos de sus frondas de voces misteriosas palpitaba el intenso canto de toda la naturaleza... En ese canto aprendí a amar los

* Ada Navas, "Para un gran poeta", *Ariel*, año I, n. 15, (15 de enero, 1926): 343.

* Hada María, "Una noche", *Tegucigalpa*, año VIII, s. 61, n. 243, (septiembre, 1931): 8.

imposibles... conocí la belleza suprema de las cosas muy lejanas...
y mi alma abrió su frágil envoltura de crisálida para echarse a
volar... toda llena de juventud vigorosa, asida a la telaraña de sus
ideales... en las brisas frescas y aromadas del ensueño...

Hada María

Adriana Ortega de López



El magisterio nacional: sus deberes, sus derechos y su papel responsable frente a la evolución de Honduras*

Distinguido auditorio:

Es alto honor el que me ha conferido el Sr. director e inspector departamental, al designarme para dar lectura a este trabajo que lleva por título: “El magisterio nacional: sus deberes, sus derechos y su papel responsable frente a la evolución de Honduras”. Es, como bien sabéis, un tema amplio que daría lugar a una serie de trabajos bien coordinados, y que yo con premura lo he desarrollado sintéticamente. He de advertir que, sin tener la preparación necesaria para enfocar a conciencia el punto, solamente haré el intento de entrar en materia, asistida más que por mis modestas capacidades, por el entusiasmo que enciende en todo pecho de maestro el poder sumar su voz a las otras muchas que se han levantado para pedir la consideración que merecen los problemas del magisterio, que son también los de la cultura patria.

El maestro es uno de los personajes que más utilidad prestan a la humanidad. Debe reunir el mayor número de condiciones que lo capaciten y lo hagan simpático a sus alumnos, a quienes —con los conocimientos que les imparta, sentimientos que les inculque y ejemplo que les dé—, convierta en hombres honestos, ciudadanos útiles y dignos que engrandecerán al país a que pertenecen. Para ser maestro no solo se requiere haber cursado los estudios necesarios para obtener el ansiado título, sino, sobre todas las cosas, tener vocación para la enseñanza y educación, pues, como dijo un pensador: “El magisterio no se debe considerar simplemente como una profesión, sino más bien como un apostolado”.

Nuestra Honduras, como un país relativamente joven, ha tenido sus avances culturales, en donde el maestro juega uno de los principales papeles, ya que en sus manos están los hombres que mañana serán timbres de orgullo de la nación. El magisterio nacional ha ido encauzándose por derroteros distintos, gracias a orientaciones recibidas por muy pocos pedagogos extranjeros que nos han visitado, y por muy pocos maestros que han salido del país en busca de mejores orientaciones culturales, para divulgarlas entre nosotros. Más que todo, nuestra preparación ha sido por medio de los libros de pedagogía que han llegado a nuestras manos.

* Adriana Ortega López, “El Magisterio Nacional y sus deberes, sus derechos y su papel responsable frente a la evolución de Honduras”, *Senderos*, n. 1, (agosto, 1949): 9.

Los maestros hemos tenido tiempos de estancamiento y tiempos de activa revolución educacional, y aunque con escasos recursos económicos y educativos, hemos tratado de encauzarnos hasta donde el ambiente y la condición social nos lo ha permitido.

Digo educativos porque nuestra preparación debiera ser universitaria, dando lugar a una ilustración más sólida y más amplia, mejor dicho, a una educación integral para cumplir más a fondo con la misión de moldear el corazón y la mente de los futuros ciudadanos en quien confía nuestra patria.

El maestro como integrante de la docencia del país, tiene deberes y derechos. Nuestras leyes han señalado como deberes los que anoto a continuación:

1. Cumplir estrictamente las disposiciones establecidas en las leyes, decretos y reglamentos escolares sin pretexto alguno que pueda justificar su transgresión.
2. Observar fielmente las órdenes dadas por la Dirección General de Enseñanza Primaria y los directores e inspectores departamentales y locales.
3. Asistir puntualmente a las clases, a los exámenes, conferencias y demás actos a que fueren convocados.
4. Dar la enseñanza con arreglo al plan de estudios, programas y horarios vigentes.
5. Dar cuenta a quien corresponda de cualquier daño que se ocasione al mueblaje, archivo, biblioteca, etc., que hubiere a su cargo.
6. Llevar con esmero los registros que establece el reglamento a fin de suministrar los datos necesarios y dar aviso anticipado en caso de ausencia y justificar la falta.
7. A velar por la moralidad de los niños e infundirles hábitos de urbanidad y aseo.
8. A preparar con la debida anticipación sus planes, sintetizando por escrito el plan, y haciendo dentro de la clase el acopio de materiales didácticos que necesite.
9. Enseñar en día hábil todas las horas que correspondan al funcionamiento de la escuela, aunque solo concurra un alumno a ella.

10. Mantener con sus compañeros de trabajo las más cordiales relaciones y en caso que lleguen a alterarse, cuidar que los niños lo ignoren.

Como consecuencia del cumplimiento de estos deberes le asisten numerosos derechos, cuyo ejercicio ha de conducirse a que se le sitúe en planos de superación, decencia y dignidad. Tiene derecho a que se le permita ejercer su función con toda la cooperación social, con el apoyo incondicional del Estado. A disfrutar de amplia libertad para ejercitar su actividad en las vastas concepciones intelectuales.

Haré mención de algunos de los que nos señalan nuestro código:

Los profesores y empleados de los servicios educacionales del Estado permanecerán en sus puestos mientras dure su buen comportamiento, disfrutaran de sueldo íntegro durante todo el año escolar, inclusive las vacaciones y tendrán derecho a que la dotación de que gozan no sea disminuida, salvo en el caso de que sea sancionada por la ley como medida general para todos los empleados del ramo.

Los profesores y empleados tendrán derecho al goce de una remuneración correspondiente a su categoría.

Todo profesor tendrá derecho de ejercer autoridad sobre sus alumnos dentro y fuera del establecimiento donde presta sus servicios. Y otros tantos que, por no cansarlos con mi plática, los he omitido sabiendo que son por todos los presentes y conocidos.

El maestro tiene una gran responsabilidad frente a la evolución de nuestro país, ya que hay que empezar por la escuela para llevar a la nación por nuevos caminos que respondan a los dictados de las nuevas necesidades. Bien sabido es que la radio, los materiales plásticos, el radar, la bomba atómica, la penicilina, la televisión y hasta la misma cinematografía, han venido a sacar a la humanidad del letargo y sedentarismo en que vivió muchos años, cambiando con esto las necesidades y los intereses, tanto del niño como del adulto.

De aquí que la escuela tiene también forzosamente que cambiar, en busca de esos nuevos intereses y necesidades, por lo que el maestro está en deber y obligación de salir de la rutina y procurar preparar al niño, ya no como se hacía hace 20 o 30 años, en que los alcances infantiles no tenían esos avances que en aquellos tiempos llamaríamos “precocidad”, y que ahora caminan con el siglo al que alumbran nuevas luces y alimentan nuevas ideas.

El maestro actual se preocupa de lo que come el niño, de lo que su parte física necesita, de cómo puede divertirse, de su manera de vestir, y de que aprenda a hacer en pequeño lo que más tarde hará en grande como adulto. Por eso debemos procurar todos los maestros hondureños conocer las reformas educativas que practican los países más avanzados, y adaptar a nuestras escuelas hondureñas todo aquello que responda a nuestro medio ambiente, para poder después con todo orgullo contestar: “Presente, cuando nuestra patria nos llame satisfecha a pedirnos cuentas, de qué hemos hecho en pro de este bello pedacito de tierra que se llama Honduras”.

Profesora Adriana Ortega de López

Alba Alonzo de Quezada



Actual situación jurídica de la mujer de Honduras*¹

La conquista trajo a los países de América el derecho hispano de una época en que las concepciones del orden jurídico y social llevaban implícitamente la sujeción de la mujer, para esas concepciones ser hombre equivalía a ser amo.

La España de la conquista estaba en esta materia a tono con los demás países de Europa. Todo contribuía a la sujeción de la mujer. La sencillez de la vida de relación, lo incipiente del recato, la noción de castidad traducida con los caracteres de un deber femenino, todo esto pesaba en las directrices de la conducta social, de la colonia. Pero poco a poco se ha ido alejando la mujer de esta esclavitud o subordinación persistiendo únicamente en las leyes de algunos países y en sus costumbres injustas, limitaciones de su personalidad como resabios de épocas pasadas o imposiciones de criterios ceñidos al predominio de ciertas influencias económicas y religiosas. Y uno de estos países es Honduras, en el cual la mujer goza de todos los derechos civiles al igual que el hombre, pero no de los políticos, los cuales son un atributo exclusivo de este último.

Así nuestra constitución garantiza, en su artículo 30, a todos los habitantes de Honduras, sean nacionales o extranjeros, la inviolabilidad de la vida humana, la seguridad individual, la libertad, la igualdad ante la ley y la propiedad; como se ve, no hace exclusión de sexos y, por consiguiente, la mujer, al igual que el hombre, goza de tales garantías. El artículo 31, en su inciso 1.º dice acerca de la inviolabilidad de la vida humana, que “la pena de muerte queda abolida en Honduras, pero, mientras establece el sistema penitenciario, se aplicará en los casos determinados por la ley solamente los autores de parricidio, asesinato y traición, cuando esta se cometa en servicio activo y en campaña”.

La mujer goza de esta garantía con más amplitud que el hombre, pues el código penal, en su artículo 83, dice que no se impondrá la pena de muerte a las mujeres y el artículo 82 que cuando la pena de presidio sea aplicable a las mujeres, los tribunales la sustituirán por la pena de reclusión. El capítulo II, del título III, trata de la seguridad individual, en el artículo 32 dice: “La Constitución reconoce la garantía de *Habeas Corpus*”. En consecuencia, toda

* Alba Alonzo de Quezada, “Actual situación jurídica de la mujer de Honduras”, *Mujer Americana*, tomo I, n. 1, (marzo, 1947): 10-13.

1. Con gran satisfacción publicamos este interesante artículo, que calza la firma de la señorita Alba Alonzo de Quezada, tanto por ser autora genuina representante del feminismo nacional, como porque ella es la primera mujer hondureña que ha recibido la investidura de licenciado en Jurisprudencia, Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Central de la República.

persona ilegalmente detenida, o cualquier otra en su nombre tiene derecho para recurrir al tribunal respectivo, verbalmente o por escrito pidiendo la exhibición de la persona detenida.

Este capítulo de nuestra Constitución es el mejor baluarte que existe de la libertad individual, en él se encuentran condenados todos los principios que han de servir de base a la legislación para ser efectiva la libertad personal, la inviolabilidad del hogar, los secretos de la vida privada y un tratamiento humano en los juicios y en las cárceles, cuando se ha cometido delito, teniendo el recurso de amparo para que se le mantenga o restituya en el goce de estos derechos y en Honduras la mujer goza de esta garantía en igual extensión que el hombre.

El capítulo III, del mismo título, trata de la libertad: libertad religiosa, de opinión, de enseñanza, de reunión, de asociación, de comercio etc., estando estas libertades contenidas únicamente por la ley de estado de sitio. La libertad de enseñanza la regula el Código de Instrucción Pública y no excluye a la mujer de ningún estudio ni del ejercicio de profesiones liberales, únicamente para ejercer la abogacía, la ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales le exige que el individuo sea ciudadano en el ejercicio de sus derechos civiles y políticos, lo mismo hace la Ley de Notariado.

El comercio y la industria la mujer lo puede ejercer al igual que el hombre, pues el Código de Comercio dice en su Art. 1.º, son comerciantes para los efectos de este código: 1.º Las personas naturales que, teniendo capacidad legal para ejercer el comercio, se dedican a él habitualmente y en su Art. 5.º Tendrán capacidad legal para el ejercicio habitual del Comercio las personas que reúnan las condiciones siguientes: 1.º Haber cumplido la edad de 21 años o estar habilitado de edad legalmente y 2.º Tener la libre disposición de sus bienes. Nuestro Código Civil, en su Art. 173, dice: “que la mujer no necesita autorización del marido ni del juez para contratar, ni para parecer en juicio”.

El capítulo IV trata de la igualdad; su Art. 69 dice: “Todos los hondureños son iguales ante la ley”.

La república no reconoce fueros ni privilegios personales. Por los principios de la naturaleza estamos sometidos al mismo deber, tenemos el mismo derecho. Deber de emplear nuestra actividad personal, nuestra libertad en el desarrollo de nuestras facultades físicas e intelectuales y de no ser despojados arbitrariamente de los resultados que él produce.

La igualdad se funda originariamente en la identidad de la naturaleza entre los hombres que ha hecho que las leyes iguallen

su condición en la vida. Según las aplicaciones del principio fundamental, se emplean varias acepciones de la palabra que corresponden a órdenes diversas así a lo que hemos definido llamaríamos igualdad natural, es decir, fundada en la naturaleza humana; igualdad civil el goce por igual de los derechos civiles; e igualdad política la que consiste en la posición de todos los derechos por los cuales se participa en la formación del gobierno y de la ley. En Honduras la mujer goza de la igualdad civil con el hombre, pero no de la igualdad política.

El capítulo v del mismo título III trata del derecho de propiedad y el Art. 73 dice: “Que nadie puede ser privado de su propiedad sino en virtud de ley o de sentencia fundada en ley”. Siendo los bienes los objetos de que se sustenta toda institución humana la propiedad ha sido la base del orden público, de la creación de los gobiernos y de todas las empresas de los hombres. No es tampoco absoluto como derecho, pues está subordinada a los intereses de la comunidad en las condiciones que la constitución establece y está fundada en el derecho natural y positivo, habiéndose limitado para el mantenimiento del gobierno y para el bienestar general; esta limitación se realiza en dos formas prácticas, las contribuciones y las expropiaciones. De este derecho goza en iguales condiciones el hombre y la mujer hondureños.

En cuanto al régimen matrimonial, nuestro código civil lo reglamenta casi bajo un pie de perfecta igualdad, pues solo constriñe a la mujer casada a optar la nacionalidad de su marido, y el Art. 79 dice: “Que la mujer casada tiene el domicilio de su marido, aun cuando se halle en otro lugar con su avenimiento”. Establece el régimen de separación de bienes, pudiendo arreglar antes o después del matrimonio todo lo que se refiere a ellos, debiendo constar este convenio en escritura pública debidamente inscrita. Si no hubiere capitulaciones matrimoniales cada cónyuge queda dueño y dispone libremente de sus bienes.

En lo referente a la patria potestad el Art. 174 dice: “Que el matrimonio impone a ambos cónyuges la obligación de mantener, educar e instruir a los hijos comunes”. Esta obligación incumbe al padre o a la madre en proporción a sus haberes.

La madre participa del poder paterno y debe ser oída en todo lo que se refiere a los intereses de los hijos, pero se le restringe esa potestad, diciendo que es el padre a quien incumbe durante el matrimonio, como jefe de la familia, dirigir, representar y defender a sus hijos tanto en juicio como fuera de él. La mujer puede también ser tutora o curadora, tanto de sus hijos como de un extraño pudiendo ejercer cualquiera de las tutelas o curadurías testamentarias, legítimas o dativas que establece el código.

La mujer puede, al igual que el hombre, ser testigo tanto en juicio como fuera de él. En cuanto a la situación política de la mujer en Honduras, veremos que es completamente nula. Pues nuestra constitución actual la excluye por completo; en su artículo 24 dice: “Son ciudadanos, 1.º todos los hondureños varones mayores de 21 años; 2.º todos los hondureños varones mayores de 18 años que sean casados y 3.º todos los hondureños varones mayores de 18 años que sepan leer y escribir”.

En consecuencia, la mujer no puede ni ejercer el sufragio, ni optar a los cargos públicos conforme a la ley, es decir, que la mujer no interviene ni en la elección de autoridades, ni en la formación de la ley que rige sus propios actos, quedando como atributo del hombre gobernar a los dos sexos. Esta es una arbitrariedad de nuestra ley que, como demostraremos, en vez de ir progresando al par de la civilización va en sentido retrógrado, pues en las constituciones anteriores a la de 1936 no se excluía a la mujer del goce de tales derechos; más bien en la de 1921, se legisló acerca de la manera de que ella ejerciera el sufragio, y así el artículo 29 de dicha constitución dice: “Podrán ejercer el derecho de sufragio las mujeres casadas o viudas mayores de 21 años que sepan leer y escribir y las solteras mayores de 25 años que acrediten haber recibido la instrucción primaria y las que posean un capital o renta en la cuantía que la Ley Electoral determine. Podrán optar a cargos públicos que no sean de elección popular ni lleven anexa jurisdicción”.

En estos tiempos, como se ve, los derechos políticos estaban circunscritos a ejercer el sufragio para elegir, pero no para ser elegidas, y en nuestra historia solo una vez, y en el departamento de Choluteca, la mujer tomó parte en la elección de autoridades municipales. Esta pasividad de la mujer hondureña ante su situación política se debe a dos causas: 1.º a la tradición hogareña que nos dejara España; y 2.º a que nuestras mujeres jamás se han preocupado por estudiar los problemas que atañen a la dignificación de su sexo.

No ha habido hasta hoy día entre nosotras una representante que reclame los derechos que nos corresponden en justicia. Esperando que esta sociedad que hoy se forma lo consiga. Porque gracias a la difusión de la cultura intelectual esta esfera de la actividad femenina tiende cada vez más a extenderse y no puede preverse dónde parará. Porque la mujer hondureña ha invadido la actividad industrial, como lo atestiguan las estadísticas donde se puede comprobar que en cierto género de trabajo la actividad femenina está en situación de sustituir a la actividad masculina y que el número de mujeres solteras o casadas que ocupan empleos, hasta principales, va en aumento considerablemente.

Resulta una completa penetración del elemento femenino en los oficios públicos y privados, en el estudio de profesiones liberales, en las instituciones de beneficencia, y luego llegará el día en que la mujer hondureña tome parte en la vida burocrática.

La mujer hondureña cifra su orgullo y su esperanza en aportar su esfuerzo, en emplear todas sus energías, en desarrollar su personalidad entera para conquistar algo más que el pan cotidiano, el vestido y la casa: su independencia moral, de derecho a pensar, a hablar, su independencia intelectual y política, derecho que hasta hoy ha ejercitado el hombre negándoselo siempre a la mujer para llegar a la realización de aquella concepción de Shakeaspeare que consideraba a la mujer “ni más abajo, ni más arriba que el hombre, a la altura de su corazón, y más todavía a la altura de su cabeza”.

Alba Alonzo de Quezada

Alba Marina Sierra



Origen e importancia del cuento en la nueva educación*

Como nueva embajadora del espíritu infantil, he creído necesario hacer una síntesis acerca de la importancia que tiene el cuento en la nueva educación, y es por eso que habiéndoseme presentado tan magnífica oportunidad al ser invitada por el ingeniero, don Miguel Angel Ramos, para que tome parte en este sencillo, pero significativo, homenaje que esta noche ofrece la Biblioteca Nacional al gran escritor y poeta hondureño, don Carlos Izaguirre no he vacilado en aceptar ni un solo instante.

El cuento aparece desde la antigüedad, tanto en el lejano como en el cercano Oriente. El cuento se ha incrustado en los campos mitológicos con Perseo abandonado en el mar apenas acabado de nacer; con Moisés abandonado en las aguas del Nilo; con Rómulo y Remo dejados sobre el Tíber, que más tarde parecían ser protegidos por los dioses, ejecutando actos sobrenaturales.

En la literatura Occidental el cuento se encuentra a menudo subordinado a la novela, de la cual se ha considerado siempre dependiente.

En la historia literaria, los primeros cuentos fueron maravillosos o fantásticos, o bien libertinos y ejemplarizadores. En su origen, el cuento fue el marco preferido para las hazañas maravillosas, tal como en *Las mil y una noches*, que todos conocemos, y entre el género que se prestaba mejor para las infinitas aventuras de la especie humana, se encuentran los cuentos milenarios.

Pero con el paso de los siglos se ha ido modificando el contenido de la palabra "cuento" y hoy se aplica en realidad solamente a una breve novela, cuyo tema, es por lo general, una anécdota, y rara vez pasa a ser un completo relato de una vida humana o de un grupo de ellas. Los cuentos han sido primitivamente escritos en verso o en prosa, y han terminado por verse solo en la segunda de estas formas. Se ha notado entre los escritores hispanoamericanos una marcada tendencia hacia la creación de una literatura genuinamente nuestra, tanto en el fondo como en la forma.

Si en todos los géneros literarios ha influido esa atinada preocupación, en el cuento es donde ha proyectado con más fuerza

* Alba Marina Sierra, "Origen e importancia del cuento en la nueva educación", *Mujer Americana*, tomo I, n. 2-4, (abril-mayo-junio, 1947): 45-46.

sus rayos benefactores, y ha sucedido así ya que este género es el que más se presta para la descripción de tipos raciales, autóctonos paisajes, costumbres, modalidades de lenguaje y todo cuanto hay de bello, sugestivo y original en las tierras de América.

En nuestros días, el verdadero problema del maestro consiste en no considerar al niño como un estado definitivo, sino como un tránsito hacia el hombre, pero es una transformación que no se deja al acaso. Opinamos que la misión del maestro no solo es preparar sino también educar, y el cuento puede ser un arma poderosa para el logro de este fin, ya que con esto los niños cultivan la imaginación y se acostumbran, por una parte, a escoger los rasgos de belleza, y, por otra parte, a sublimizarlos y transfigurarlos al fuego del espíritu. De modo que una enseñanza moral en un cuento labra en la plástica materia infantil la estatua del hombre equilibrado del mañana.

Y, para terminar, a los maestros, y mucho más a los poetas de los niños, que son quienes palpan más de cerca las zonas intuitivas del ser, corresponde densificar las cantidades de nutrición adulta que pueden irse administrando en la infancia, así la inteligencia y la sensibilidad han de armonizarse y esto solo lo pueden lograrlo los escritores que se dedican a esta modalidad de la enseñanza.

Alba Marina Sierra

Tegucigalpa, D. C., 23 de abril de 1947

Al  Sakar



Amor y matrimonio*

La sociedad se ha empeñado, desde tiempos inmemoriales, en regir la felicidad del individuo por medio de leyes y ceremonias que las más de las veces ocasionan lo contrario: disgustos y malentendidos. La felicidad es algo tan personal y tan nuestro, que se debe reglamentar únicamente por nuestras inclinaciones y nuestros sentimientos.

Generalmente las cosas que se nos imponen no las queremos. Es lo que sucede con el matrimonio. Como se tiene la obligación de querer al marido o viceversa, lo único que se consigue es hacer del hogar un verdadero infierno. Es esta una de las causas principales que empujan, en general, a la infidelidad, tanto a los hombres como a las mujeres.

Muchas veces se ha visto que personas que se quieren verdaderamente, al contraer matrimonio, y sin motivo alguno, se dejan de querer y llegan hasta odiarse. Seguramente se debe a que la naturaleza humana es refractaria casi siempre a las imposiciones.

Otra de las causas que hacen que la institución del matrimonio fracase es que, ni los hombres, ni las mujeres, tienen el cuidado necesario para la elección de compañera o compañero. Y así resulta que aun cuando tengan distintos modos de pensar y de sentir, han de vivir unidos hasta la muerte por una cadena que les obliga a ello. Y, posiblemente, sin esa obligación podrían tolerarse más fácilmente el uno al otro. Las legislaciones de los países más avanzados van modificando la institución del matrimonio, comprendiendo que el Estado no tiene ningún derecho a entrometerse en la felicidad personal de los ciudadanos, mientras no perjudique a la colectividad. Y así tenemos como ejemplo especial la institución del amor en la Rusia soviética.

Posiblemente tenga muchos enemigos esta doctrina. Pero realmente sus enemigos no son leales consigo mismos. Pues la idea la ha tenido cada uno, sin el valor de proclamarla, como los soviéticos. Esto se debe especialmente al gran número de prejuicios de que se revisten las personas mojigatas, que a todas las cosas les encuentran defectos que solamente ellas son capaces de ver.

* Alí Sakar, "Amor y matrimonio", *Tegucigalpa*, año VIII, s. 59, n. 234, (5 de julio, 1931): 21.

Así pues, la felicidad es algo tan difícil de conseguir, que cada cual tiene el derecho de procurarla como mejor le plazca. Y el verdadero amor es ya tan raro que las o los que lo poseen deben tener como único móvil en la vida, conquistarlo y resguardarlo contra todas las instituciones que lo destruyan. También deben dejar que hable siempre y únicamente el corazón, porque cuando entran en juego las razones de conveniencia, desaparece el amor.

Alí Sakar

Compañerismo entre el hombre y la mujer*

La educación moderna, tal y como se necesita, dada la época y aspiraciones de la humanidad en los tiempos actuales, debe aspirar hacia un mejoramiento en todos sus aspectos. Y así se presenta con mucha frecuencia el problema del compañerismo entre el hombre y la mujer, que aún no ha llegado al grado que debería alcanzar en nuestros días.

Por lo común, no ha existido, hasta aquí. Es decir, que siempre ha estado lleno de reservas, que generalmente entorpecen el desarrollo de un sentimiento tan noble. Porque cuando falta la franqueza y la lealtad en los sentimientos, no es posible dejarlos que sigan su curso natural. Y, casi siempre, las restricciones a que me refiero son defectos de educación.

Hasta hoy se ha dado al problema del sexo, una importancia que no ha tenido, más que como una función puramente fisiológica.

Y si se investigan los resultados, han sido demasiado funestos hasta hoy, para que la educación moderna no trate de darle la parte que le corresponde únicamente en lo relativo a higiene y no inmiscuirla en asuntos de orden moral o religioso.

En tal caso, tanto los hombres como las mujeres, han de tomar en consideración que para sus buenas relaciones de compañerismo y de amistad deben excluir principalmente la idea interesada y poco leal de aprovecharse de la franca camaradería que se les demuestre, para conseguir fines que hablan muy bajo de sus sentimientos y de la importancia que dan al hecho de tener un amigo, compañero o camarada de cualquier sexo que las circunstancias le hayan puesto en su camino.

* Alí Sakar, "Compañerismo entre el hombre y la mujer", *Tegucigalpa*, año VIII, s. 58, n. 229, (31 de mayo, 1931): 19.

Los sentimientos de compañerismo, o como se les quiera llamar, tienen a menudo un valor en todos los órdenes de la vida, que aún no se les ha reconocido. Y es por esto que no todas las personas saben, ni tratan de cultivarlos. Fenómeno natural, ya que, como digo antes, hasta hoy casi no han existido y no se les ha dado importancia alguna. Sin embargo, cuando se ha presentado uno que otro caso aislado, se ha tratado siempre de darle una interpretación malsana. Y es en realidad lo último lo que restringe a menudo el deseo de encontrar un compañero.

Hay ocasiones en que hacer partícipes a nuestros camaradas de nuestras penas y también de nuestras alegrías, nos proporciona un verdadero placer. Y el saber comprender el bien que podemos hacer, si somos nosotros los confidentes, con una palabra o una mirada de comprensión y de simpatía, es a menudo objeto del más grande bienestar espiritual.

Así pues, procuremos borrar todas las barreras, creadas por el prejuicio y la ignorancia, ante sentimientos tan hermosos. Limitémonos a pensar con nuestras cabezas y a sentir con nuestras propias almas y alejemos toda intromisión que pueda restarnos satisfacciones espirituales sanas. No dejemos que la murmuración o la envidia nos hagan perder uno de los frutos más bellos del sentir humano.

Alí Sakar

Ángela G. Guillén



Retorno*

Ya estoy de vuelta. Ya estoy nuevamente instalada en mi querido hogar. Desde que divisé, en lontananza, el hermoso valle de Agalta, mi corazón se estremeció al impulso de un sentimiento grato, el íntimo placer de sentirme en el rincón nativo. Cuando el gran pájaro de acero inclinó sus alas mecánicas y descendió sobre el campo, salté ligera, ávida de volver a ver las personas y cosas que me son tan queridas. Las campiñas, las casitas, los ganados pastando la verde hierba, indiferentes al ruido de los motores: todo estaba allí, sumido en la tranquilidad inalterable de la vida callada y silenciosa que disfrutaban los habitantes de nuestros villorrios.

Otra vez estoy aspirando la perfumada brisa de nuestros pinares plenos de oxígeno y trato de distraer a un compañero de viaje, joven capitalino de temperamento poético, que quizá sienta la nostalgia de la ciudad y no ve con buenos ojos tener que pasar sus vacaciones en el campo tan aisladamente, pero que al fin se dispone a adoptar la pose de cazador perfecto.

Y ahora, a la sombra de la parra amiga, hago un recorrido mental de lo que significaron para mí esos dos meses de permanencia en la capital de Honduras, al lado de mis queridas hermanas; aparte del placer de estar en su compañía, hay otras cosas que me fueron gratas, las cuales se graban firmemente en mi retina.

Entre las personas que conocí, una de las que me impresionó más vivamente fue la escritora y poetisa, doña Olimpia Varela y Varela, directora de la revista *Pan América*. Yo había visto su foto en la revista y me agradó mucho su semblante dulce y apacible, y cuando fui presentada a ella comprobé la opinión que de ella me había formado. Me parece a la violeta que, bajo las hojas oculta su bella y perfumada flor; así, doña Olimpia, bajo un exterior modesto, encierra un cerebro fecundo, un talento brillante y un gran corazón, además de una apreciable cultura. La dulce mirada de sus hermosos ojos revela su clara inteligencia. Esta señora me honró con su amistad. Ella me invitó para un paseo que organizó la Asociación la Cruz Blanca, que resultó muy alegre. Fuimos a visitar la Escuela Rural. Fue este, uno de los días más gratos para mí. Además de la alegría que proporciona un paseo campestre, conservo el recuerdo de la impresión que me produjo la vista de esta escuela. Sus profesores tan cultos, sus alumnos tan atentos y amables, parecen sentirse muy felices en ese centro, donde disfrutaban

* Ángela G. Guillen, "Retorno", *Pan-América*, vol. II, n. 31, (diciembre, 1946): 29-31.

de toda comodidad y confort. Sus edificios amplios e higiénicos, sus plantas bien cuidadas, su campo agrícola; todo eso me encantó. En ese paseo conocí a muchas señoras distinguidas que fueron muy amables conmigo. Señores muy alegres que amenizaban las horas con su agradable charla, algunos disfrutaron las delicias del baño, y todos nos regalamos con abundante almuerzo a la fresca sombra de copados árboles.

El licenciado Horacio Moya Posas, y su gentil esposa, fueron también muy obsequiosos conmigo. Un domingo me llevaron a su casa de campo y pasamos un día feliz.

Otra de las cosas que me gustó fue la Escuela de Ingeniería. Yo viví frente a esta escuela y mi mayor placer era observar ese grupo de alegres muchachos, que cual enjambre de laboriosas abejas, atesoran conocimientos que en un futuro cercano los convertirán en los hombres del porvenir. Estos revoltosos muchachos de hoy formarán mañana el engranaje de la gran maquinaria social. Cuando fuera de las horas de clase se agrupan en la puerta, es interesante verlos y estudiar sus diferentes caracteres.

Críticos incorregibles unos, serios y meditabundos otros, como si ya desde ahora se hicieran cargo de la gran responsabilidad que la vida les impondrá mañana; sus profesores, valientes y abnegados, bañan sus frentes juveniles con las cristalinas aguas del saber. Entre estos profesores se destaca el ingeniero Membreño, una de las personas que mucho me agradó de las que conocí en Tegucigalpa.

Conocí también la fábrica de loza; todavía no trabajan en forma eficiente por falta de algunos materiales, según nos explicó el gerente, joven ingeniero, muy amable y simpático, de quien conservo muy buena impresión.

Sobresale en mis recuerdos la silueta del poeta Daniel Laínez; siempre lo veía sentarse en un banco del parque Central, entre amigos, en animada charla. Él no sospechó que cada vez que pasé junto a él mis miradas eran un homenaje tributado a su talento, pues soy sincera admiradora de su poesía.

Otra vez alguien me dijo: “Ese que pasa a nuestro lado es el poeta Eliseo Pérez Cadalso”; inclino la frente y le hago un saludo silencioso y mudo, prueba de que admiro su talento. ¿Y para el poeta Luis Andrés Zuñiga? Quisiera a su paso deshojar rosas. Por el laureado poeta se mantiene encendida la lámpara votiva de mi afecto y admiración.

Para toda esa pléyade intelectual de ambos sexos que avanzan en triunfal caravana hacia la cumbre del parnaso, los que ya han sido consagrados en el templo de las musas y también para los que, inéditos y desconocidos, sienten en su cerebro vislumbrar el fuego de la inspiración, para todos mi saludo y sincera admiración.

La visita que hice al santuario de Suyapa es algo que perdura en mis recuerdos. De rodillas ante la sagrada imagen, tras fervorosa plegaria, surgieron también en mi memoria los recuerdos de la infancia, los días felices de los primeros años y las horas amargas que la vida inclemente nos ofrece, pasaron cual una visión chinesca por mi imaginación ante la mirada irónica del tiempo eterno e ilimitado, que no se inmuta ni ante las grandes tragedias de la vida. Esta virgencita de Suyapa con su mirada dulce y acariciadora imparte consuelo y esperanza a todos los que sufren, a todos los que lloran.

El cementerio general es también un lugar que invita a la meditación; bajo los cielos gigantescos contemplé sus túmulos simbólicos. En este lugar de silencio se siente una más buena, más cerca de Dios. Un niño con el índice de su diestra en alto señalando el firmamento, con su impasibilidad de mármol, parece indicar ese más allá desconocido y misterioso que llamamos eternidad.

Muchas cosas hay que admirar en Tegucigalpa; hay que hacer comparaciones entre el pasado y el presente, para hacer un recuerdo justo e imparcial. Amparado de la incógnita se puede observar y formar su propio concepto de las cosas. Puedo decir que Tegucigalpa me gustó mucho y que en mi álbum de recuerdos no encuentro una página gris. Sí hubo momentos acibarados por alguna gota amarga, ello es obra de la vida y queda anotada en la página que corresponde.

Ángela G. Guillén

San Esteban, 12 de agosto de 1946

Frente a la vida*

Atendiendo a la llamada que nos hace la talentosa escritora doña Olimpia Varela y Varela, invitándonos a emitir nuestra opinión y nuestras ideas acerca de la encuesta que le presenta el señor

* Ángela G. Guillén, "Frente a la vida", *Panamérica*, vol. III, n. 34, (marzo de 1947): 39-42.

Francisco Varela M., con relación a los derechos a que aspira la mujer, yo como ella y un enorme porcentaje de mujeres indo-latinas y de todos los países, creo que en nada afectará su dignidad y su reputación el que la mujer llegue a ocupar elevados puestos en las ciencias y en las letras, y aún en la política. No veo la razón por la cual la mujer pueda sufrir deterioro en su integridad por el solo hecho de ocupar un lugar más honorífico al lado del hombre y que sus derechos sean más ampliamente reconocidos, puesto que se va demostrando que sus capacidades intelectuales no son inferiores a las del hombre.

Dice el señor Varela que son muy pocas las que han sobresalido del nivel social en que ha permanecido la mujer; ciertamente, pero no es extraño, puesto que la mujer ha vivido en un círculo deprimente y sus facultades han sido siempre cohibidas; así pues, que las que han surgido, lo deben a su gran valor moral, a sus propios esfuerzos y a sus cruentas luchas. Los hombres, con todo y haber nacido en su elemento, con la libertad por norma, son, sin embargo, muchos los que se quedan en una plataforma común; no todos sobresalen, lo que demuestra que no es solo el mero hecho de ser mujer lo que impide llegar a su meta superior.

Esta verdad demuestra que todo depende de circunstancias más o menos favorables, que tanto el hombre como la mujer necesitan para poder desempeñar elevados puestos, tener una preparación conveniente, vivir en un ambiente propicio, gozar de igual libertad y tener los mismos derechos. Cuántas veces hombres que son poco menos analfabetos, con una inteligencia mediocre y, sin embargo, son ciudadanos, tienen derecho al sufragio, gozan de todos los privilegios que concede la ley y tienen obligación de servir a su patria, según sus capacidades. Así también la mujer; el día que llegue a adquirir sus legítimos derechos y la ley la favorezca en debida forma, podrá desempeñar puestos sociales según su preparación, sin ese complejo de inferioridad natural que se le atribuye y que irá desapareciendo, según vaya demostrando que el hombre y la mujer son dos seres de la misma especie. Por lo relativo a su dignidad, ella sabrá conservarla a través de todos los acontecimientos.

Si se le ha exigido este privilegio cuando se ha visto rodeada de imposiciones que más bien impele a la rebeldía, con mayor razón lo hará cuando ella sea la única autora de los procedimientos, la única responsable de sus actuaciones. Si la mujer por su propia voluntad, por sus luchas y esfuerzo, logra salir de esa mal entendida tutela de que ha sido objeto desde todos los tiempos, asumirá también la entera responsabilidad de sus actos y será la única culpable de sus fracasos. Ninguna mujer querrá subir un palmo para ver luego derrumbarse el edificio de sus ilusiones y de

sus luchas, cuyo sentimiento tiene que ser la coraza que protegerá su feminidad.

En todos los tiempos, la mujer ha sido víctima de calumnias y sospechas, motivadas o inmotivadas, y seguirá siendo, salga o permanezca dentro de los límites que le fueron trazados; pero siempre conservará su recato, por ser un sentimiento innato en ella.

Respondiendo a la pregunta directa del señor Varela; “que preferiría la mujer, ser; ¿una autora famosa de obras literarias, científicas o progenitora de una generación distinguida por su talento, carácter y virtud de un orden superior?” Mi respuesta es: que deseamos ambas cosas a la vez. ¿Por qué no? ¿Son acaso incompatibles la una de la otra? Al contrario. Entre más ilustrada sea una mujer, mejor ayudaría a formar la inteligencia de sus hijos. Los hombres no ignoran que los hijos heredan las disposiciones naturales de sus madres y sus respectivas vocaciones ¿Por qué ellos mismos no procuran que sus hijos sean gestados con las mejores disposiciones intelectuales? Sabido es que el feto es sensible a las impresiones de la madre, sean favorables o desfavorables.

Hay otro punto sobre el que los hombres no están conformes y es sugerido por la idea de que la mujer que llegue a desempeñar cargos importantes en la sociedad desatenderá el hogar, pero esa idea es absurda, pues la mujer bien sabe que las atribuciones como progenitora del género humano le fueron designadas por Dios y que son ineludibles, en cuanto dependa de su voluntad. Sabe bien que, si no cuida de su hogar, física y moralmente su familia será un fracaso y, paulatinamente, irá labrando la bancarrota de la sociedad.

Esos niños raquíticos y enfermizos de hoy, serán los hombres débiles y deprimidos del mañana, hombres que no viven, sino que vegetan y que constituyen una carga para la sociedad y el Estado, y, muy al contrario, esos niños sanos, fuertes, alegres y vivaces de hoy, serán mañana los hombres que formarán el engranaje evolutivo de la gran máquina social. La mujer sabe todo esto; conoce su gran responsabilidad y uno de sus mayores ideales es llegar a prepararse en debida forma para desempeñar con acierto su alta y complicada misión. De ella se espera el éxito de las nuevas generaciones. Es ella la encargada de llenar el déficit que la gran tragedia mundial ocasionará a la humanidad. La frivolidad irá desapareciendo y la mujer invertirá todos sus momentos en la realización de sus grandes ideales, y el hombre debe estar seguro de que su dominio sobre la mujer no desaparecerá jamás si llaman a su corazón por las leyes de la ternura. La mujer no se emancipará nunca del imperio que ejerce en ella el hombre que

la ama con verdadera comprensión. Piensen pues, los hombres, que entre más se emancipe la mujer y se deba a sí misma su vida y su porvenir, más cuidadoso debe ser él en afianzar su imperio en el hogar, por medio de un cariño profundo, puro y sincero; sin egoísmos, sin arbitrariedades. Si así lo hace, el hombre será siempre el amo.

Ángela G. Guillén

San Esteban, noviembre de 1946

Ángela Ochoa Velásquez



Amaneciendo*

La algazara de los pájaros que saludan al alba, desde la copa del cedro que se alza frente a mi casa solariega, me hace despertar con delicia. La mañana es tibia como los besos del sol, risueña y plena de encantadoras coloraciones. Toda la poesía que aprisiona el paisaje la siento dentro de mi alma, como si fuera un don que me enviaran de mundos remotos para compensarme de las ridiculeces de la vida trivial.

Una voz dulce parece decirme al oído: “¿por qué te quejas? Olvida tus irrisorios pesares, saturaste de inciensos absurdos tu sacro templo y tus ídolos de barro no podían hacer otra cosa que desmoronarse... Apaga la lámpara y desdobra tu espíritu que, en presencia de Dios, recobra tu sonrisa, la sonrisa con que inunda el resplandor de las cosas divinas al reflejarse en los espíritus selectos; y verás cómo te sientes diáfano sobre el barro de la tierra”.

Y yo escucho la voz, saltando de gozo, abandonando el lecho y saliendo al encuentro de la aurora que, al bañarme en sus tintes de escarlata, a través del follaje, hace evocar la infancia lejana, donde surte una charla íntima con todo lo que me rodea y que está enlazado a mi prosapia con la simpleza de la vida de provincia.

La hojarasca del cedro, amontonada a lo largo de mi patio, es como un traje gris que se desdénia porque ha pasado de moda... las ramas desnudas parecen un reproche a la estación ingrata... y, sin embargo, (...) antes de dos meses los nuevos brotes me acortejaban amorosamente en las tardes estivales, cuando, tendida en mi hamaca, beba entre las páginas de un libro el vino delicado de una intensa emoción... Hojas que crujís ahora bajo la presión de mi planta, ayer ufanos y verdes os meció la brisa, y el sol os besó con amor, de antaño serías polvo... y también la luz del sol, como el pensamiento, perdurará, por sobre todas las ruinas y sobre todos los desencantos...

Límpida mañanita de enero, yo te saludo.

Ángela Ochoa Velásquez

Comayagua, 26 de enero de 1928

* Ángela Ochoa Velásquez, “Amaneciendo”, *Lux*, s. 7, n. 29, (19 de febrero, 1928): 10.

Veamos claro*

Algo fenomenalmente siniestro, de nuestra viciosa organización económica, de nuestra codicia y egoísmo, es que, en medio de las maravillosas riquezas potenciales de la naturaleza, haya quienes sufran hambre y frío, faltos de las más indispensables satisfacciones de la vida, cuando fuera posible que todo ser humano viviera, sino en la opulencia, en un dichoso bienestar.

Orison Swett Marden

Insistimos en señalar nuestras desdichas con el fin de encontrar la más lógica manera de suavizarlas, ya que cuando los males tienen siglos de estar minando un organismo (llámese individuo o conglomerado) es también una tarea dilatada la curación radical.

Nosotros tenemos miedo de abordar nuestros problemas, miedo tremendo de poner la mano sobre las llagas profundas que nuestra falta de responsabilidad se empeña en no mirar; y es a nosotros los que tenemos el concepto cabal de las cosas y de las épocas, a quienes toca decir a los cuatro vientos nuestras ideas de redención, para no pecar de complicidad en el crimen inicuo de guardar silencio cuando vemos al pueblo miserable y hundido en el vicio hasta las fauces, próximo a perecer y sin alientos para la lucha por la vida.

Hemos dicho en varias ocasiones, que la tierra es de todos, madre amorosa que prodiga el bienestar y la paz, no es una charla insulsa el arengar a los hondureños para que busquen su felicidad relativa en el surco abierto en el valle o la montaña, para que el sol y la lluvia hagan el milagro de devolverle en alegría y provecho las fatigas y desvelos; pero arguye la mayor suma de hombres; ¿dónde podemos hacer nuestra choza, si todos los terrenos son de los ricos? Aquí está descubierta la llaga número uno; cierto muy cierto, que hay enormes extensiones de terreno que nadie utiliza porque los terratenientes se empeñan en ser los eternos señores feudales y no dan la tierra sino es para tomarse la mitad de la cosecha y no le queda al desventurado colono más que el barbecho donde se puede agotar sin sacar ni siquiera la paga de sus días de trabajo. Y del propio modo que se tiran al mar las cosechas de café en la América del Sur, con miras aviesas se dejan las tierras baldías para que el proletario no tenga seguro su pan y el de su familia.

*Ángela Ochoa Velásquez, "Veamos claro", *Alma Latina*, vol. III, n. 47, (mayo, 1935): 1-2.

Ahora desnudemos otra de nuestras llagas: El vicio. No hay rincón ni caserío donde el hondureño no encuentre el maldito veneno que lo reduce a la condición de bestia; mal nutrido y peor educado, el hombre del montón se emborracha y olvida temporalmente sus deberes y sus miserias, con harta frecuencia, teniendo que despertar en la hedionda celda presidiaria, o policiaca, de donde no sale sino gasta lo que pudo ahorrar con sacrificios, o privando de lo necesario a su familia. Esta es la faceta que a veces toma los más negros colores, porque arrastra con su podredumbre, salud, tranquilidad hogareña, y todo lo que puede ennoblecer la vida del ser humano, heredando a las futuras generaciones las enfermedades que traen aparejada la infelicidad y la desgracia.

Decir algo que nos parece lógico, ante tan horrendos cuadros de desolación, creemos nuestro deber ineludible, y ya que tenemos esta pequeña tribuna para que nos oigan, queremos hacer un recuento de las medidas que pueden contribuir a cambiar nuestro lamentable estado económico en una menos angustiosa existencia. Desde que todos y cada uno, directa o indirectamente, participamos de la desorientada organización social que nos exhibe tristemente, con solo la estadística criminal y la suma desconsoladora de analfabetos, que son, sin embargo, carne de cañón, bestias de carga que ni siquiera se dan cuenta de que la vida tiene una finalidad.

¿Rentas para escuelas de agricultura? Allí están en las arcas de los adinerados terratenientes y propietarios; gravar el catastro, justicieramente lo hacen en todos los países civilizados; ¿por qué no se hace en Honduras?

Hemos visto en los alrededores de Tegucigalpa terrenos de tal o cual rico, no apercibe el Estado ninguna renta de eso, ni el proletario tiene donde sembrar, ni donde cortar madera para sus necesidades. Igual pasa en todos los departamentos; leguas y leguas de terreno baldío de don fulano y de don perengano, y ni siquiera a manzana por cabeza se les da a los infelices ese terreno, que para mayor baldón son los primeros en regar con sangre cuando la ambición se disfraza y levanta su estandarte el caudillaje. ¿Por que se piden leyes de trabajo y de inquilinato?; para que tantos infelices, (mujeres y hombres) no se enfermen de tuberculosis trabajando para llenar las arcas del potentado, y el soberano congreso se vuelva sordo, no estamos dispuestos a ser cómplices en la criminal indiferencia de que son víctima coterráneos desheredados, que son nuestros hermanos.

Al pueblo no debe dársele licor y leyes para castigar los crímenes que engendra el vicio, porque es un contrasentido; debe dársele al pueblo tierra para que trabaje, escuelas para que salga de la

condición de esclavo de la ignorancia y del vicio, y las rentas para pagar todo eso. Ahí están en todo lo que es sudor del pueblo y se amontona en las arcas de los potentados; y no nos cansaremos de decirlo muy alto, es el pueblo quien respalda la poca representación republicana que disfrutamos. Arados y escuelas.

Ángela Ochoa Velásquez

La medicina del diputado Carvajal resultó peor que la enfermedad*

De influencias en la escuela hemos recogido ya bastantes frutos podridos, nos referimos al cáncer partidista; el maestro que hace un libro, o el que se designa para el aula, debe comulgar con determinado partido, de lo contrario, ni el libro tiene demanda, ni el profesor o profesora, vitaminas para reponer el desgaste cerebral.

Se obliga indirectamente al maestro a tener partido, a limpiar las botas de los que mandan; a preparar las generaciones para lobos de sus mismos hermanos; ¿en que quedaríamos si a la intransigencia del color se agregare la de asuntos religiosos? Hemos oído curas católicos, desde su cátedra, aventar ponzoña contra los que predicán el evangelio, y a los evangelistas poner a los curas como un trapo, su pretexto de que a Jesús fueron los sacerdotes quienes lo persiguieron.

En toda esta intolerancia no puede haber espíritu de amor, ni de fraternidad, de modo que, para los hombres del mañana la mejor religión sería la de Jesús; pero nadie la práctica, y la interpretan a su modo los farsantes de cualquier secta.

Nos gustaría ver un profesor o profesora que enseñase a partir su pan con el menesteroso, a llamar hermano al que duerme en el frío pavimento del cabildo de la ciudad de San Pedro, a invocar a Dios como fuente de salud espiritual, y a esperar una vida mejor, caminando por el sendero blanco.

Pero antes que ritos, necesitamos ejemplos de bondad, antes que prédicas religiosas, hombres que, elevando su nivel moral, pueden decir: miradnos y copiad nuestras virtudes. Cuando tal aurora llegue, no hay que preocuparse por la juventud; ella es copia de su siglo. Si el padre llega alegre del casino, a altas horas de la noche,

* Ángela Ochoa Velásquez, "La medicina del diputado Carvajal resultó peor que la enfermedad", *Alma Latina*, vol. III, n. 43, (enero, 1935): 19.

el niño no puede creer que sea malo el licor ni nocivo el medio en que se mueve; si el maestro se vuelve el adulator con los que mandan, esa es la escuela de los alumnos, si el papá o el tío tienen un empleo de 100 lempiras y se hacen un sueldo de 300, esa es la escuela de la familia.

Y dejemos de buscar el remedio de cubrir la llaga con ungüento de religión, que la verdadera moral respira con el aire de nuestros pulmones; si nuestros padres son entes mediocres, lo natural es que no esperen hijos selectos, porque si alguna vez los hay, tienen que empezar por tocar la inferioridad moral de sus progenitores.

Falta, y muchísima, nos hace una escuela de civismo y de sinceridad. No descorremos el velo de nuestro cretinismo y queremos hijos sabios; porque la sabiduría es conocer a Dios y ser bueno sin alardes.

Ángela Ochoa Velásquez

A mal tiempo buena cara*

El refrán español que tomamos para epígrafe viene al dedillo en los tiempos que vamos viendo, a despecho de toda la crudeza, de la crisis que va endureciendo los corazones y sepultando en el fondo de los arcones viejos la moneda o monedas que antes rodaban, en un eterno ir y venir, del banco a la bolsa del trabajador, de allí a la taberna y al mercado, para volver al banco. La gente que sabe algo de la vida y milagros de los judíos, aseguran que, esos tipos hicieron promesas y juramento de vengarse del resto del mundo, por cuanto, aunque ellos no coman marrano (cerdo) se les ha llamado marranos en todos los idiomas, ítem más, se les ha desterrado de todas las naciones, menos de la dichosa y libérrima América, donde hay campo para todos los habitantes del globo, aunque fuesen kongos o esquimales, no importa.

Es el caso, y la verdad es que, tal como vamos ellos van cumpliendo su promesa de dominar por su riqueza, y de financiar hasta la vida humana bajo la forma de revoluciones. Así aseguran nuestros eruditos de acá y de allá, que quien fabrica municiones y toda clase de mortíferas mercancías son los consabidos judíos; son por otra parte, grandes fabricantes de miseria, en el más amplio sentido

Ángela Ochoa Vásquez, "A mal tiempo buena cara", *Alma Latina*, vol. III, n. 46, (abril, 1935): 1, 20 y 28.

del vocablo. Veamos por qué. Dicen que, por un clavo se perdió la herradura, sin la herradura se inutilizó el caballo, y sin el caballo, vinieron los enemigos del caballero y le vencieron.

Cabe esta salvedad para que sirva de término de comparación a lo que queremos expresar; pues sin moneda circulante porque hay unos enormes depósitos en Wall Street [los bancos], cuyo amarillo y reluciente contenido no sale nunca a convertirse en corriente vital. En las venas de los obreros no hay transacciones grandes ni chicas, el que tuvo fincas rurales o urbanas, la hipotecó, nada le produjo su negocio puesto que el obrero no tuvo jornal de qué disponer; y el burgués de marras se quedó de proletario, porque el adinerado se quedó sin renta, dinero inerte, renta que se muere; porque el aristócrata, cuyo boato dependía de sus feudos, se queda solo en su viejo castillo con sus pergaminos y sus panoplias legendarias, cuyo blasón a nadie puede deslumbrar desde que las gentes saben que el hombre nació para ser libre y que ningún amo tiene derecho a aprisionar el albedrío del ser humano. Ahora bien, se han sucedido siglos y milenios en la creencia de que la finalidad de la vida es vivirla confortablemente, salga de donde salga el bienestar apetecido, de ahí las guerras y de ahí la espectacular comedia de la estúpida vanidad de los hombres.

Nadie que viva en estos tiempos de crisis monetaria se ha detenido a pensar que la tierra madre, incomparable de todos, se desquita de la maldad de los acaparadores de oro; ello es que, a mayor escasez de trabajo, corresponde mayor abundancia de cosechas, descenso del precio de la vida; porque la tierra cumple su misión valientemente.

Ahora veamos el modo de evadirnos de la presión de la crisis monetaria: un campesino tiene superabundancia de café, nadie le compra su cosecha, entonces, cámbielo por otros productos, surta su granero, ensanche sus criaderos de aves y de ganado, plante algodón, súrtase de un viejo telar, que nuestros abuelos supieron hacer con las cañas de nuestros bosques, hile y haga sus tejidos para vestir las formas que sonrosa el sol de los trópicos, y búrlese de los productores que no ocupan brazos de obreros para santificar su producto y cooperar en la obra de Dios. A mal tiempo buena cara. ¿Quién te ha dicho a ti, hondureño, que no tienes tierras donde sembrar de todo? Desde caña de azúcar para endulzar tus gloriosos frutos [cocos, duraznos, limones, toronjas, papayas etc.], hasta algodón para tejer sus vestigios, sin contar que tenemos multitud de textiles que solo esperan la mano diligente para su rendimiento.

Nuestras maderas que, comenzando por el pino y terminando por el fragante cedro real, existen en variedad insospechada,

pueden hasta resentirse porque traemos del exterior la casa para armar, el mueble lujoso y que, sin embargo, no tiene consistencia, y finalmente, surtiría nuestra preciosa fauna y flora, plumas preciosas, pieles de lujo y medicamentos que son muy de nosotros, como la quina, la zarza y una infinidad de plantas medicinales.

Esto parece, a primera vista, una charla insubstancial; pero de cuantas miserias nos salvaría el retorno a la tierra de cultivo, y cuantas ambiciones insanas tendrían que quedarse sin estallar en matanza fraterna, si en vez del rifle y el proyectil que siembra la orfandad tomáramos un puñado de simiente para arrojarlo al surco, en sociedad con el amigo, el vecino o el pariente como en pretéritos no tan remotos se acostumbró en nuestros pueblos.

Mi abuela me refería cómo se hacían estas sociedades; iban las veintenas de amigos a plantar por turnos sus sembrados y del propio modo hacían las casas, sin cobrar jornal en metálico, sino a mano vuelta como se decía entonces. Pero nadie quiere salirse del molde estrecho de su egoísmo, lo mío, mío, y lo ajeno, mientras no lo pueda atrapar el más lagarto, es ahí donde radica la verdadera crisis mundial, hay estrechez de espíritu, y el genio del mal que envenena nuestro ambiente, con el hálito pestilente de los vicios, de la politicalla de fango, y la impunidad de cargar pistola al cinto, no para vérselas con la fiera selvática, sino para enfrentarse al hermano y sembrar el pavor, se ha enseñoreado de la conciencia de los hombres, y caminamos como los ciegos, a tientas y pensando que cada mano que estrechamos puede ser la de un enemigo.

Y es así como cada guerra que se incuba en nuestros predios deja más enferma el alma popular, de separatismo, de odio y de pereza. ¿Queremos hacer algo bueno? No aguardemos a que venga algún día otro presidente como el famoso costarricense que obligó a sembrar café a todos los ciudadanos, y por eso nadie vive del bochinche en aquella próspera región del istmo.

En nuestros congresos se conceden grandes sumas para casinos, pero nadie pide al congreso arados; se erogan muchas partidas para sostener la pereza de hombres fuertes y sanos, pero nadie pide que haya centros de corrección para los viciosos; se sostienen las cárceles llenas de brazos inútiles y nadie pide colonias penales para cruzar de carreteras nuestro bello territorio; se castiga al hondureño que roba por hambre en tiempo de paz, y se le da un ascenso al que incendia en tiempo de guerra; se le dan leyes protectoras a los ricos y no hay quien reclame leyes para los proletarios, ni para las mujeres desamparadas que hacen trabajos infames por salarios que no cubren ni la tercera parte de sus necesidades; todo esto sucede porque somos separatistas encastillados en cosas intrascendentes, en vicios que degeneran y

embrutece, porque a pueblo que nadie pide o que pide su propia destrucción, no ha de llegarle la prosperidad como una lotería, eso se conquista con empeño y con denuedo, como se conquista la trinchera enemiga, con voluntad y con fe. Trabajos y aspiración a ser buenos nos traerán la liberación armónica.

A mal tiempo buena cara.

Ángela Ochoa Velásquez

San Pedro Sula, 10 de abril de 1935

Páginas de Navidad*

Abro el estuche grávido de mis pensamientos hondos, frente a esta Navidad de la posguerra, ¡oh niños del mundo! herederos de hambre, desnudeces, orfandades y miserias. No es al niño del acaudalado, que destruye a su capricho preciosos juguetes y que abunda en caricias, golosinas y diversiones, a quien va mi voz ahogada de sollozos, es a vosotros, los que no tenéis techumbre ni hogar donde calentaros este invierno. A vosotros que estáis vivos pese a la avitaminosis que colora de palidez vuestros semblantes, es a vosotros que habéis olvidado la risa y las lágrimas, es a vosotros, que claváis la mirada interrogadora a lo alto con un rictus de amargura y de terror, al evocar la muerte que venía de las nubes, dejando a vuestro alrededor cenizas, llanto y desolación.

¿Con qué palabras podrá mi voz llevar a vuestro oído una frase de aliento, un destello de esperanza, un rayo de sol?

¿Cómo formular para vosotros aquella frase hogareña plena de promesas, y cómo anunciaros una caja de bombones o una de juguetes? Preciosos y adorables mártires de la guerra más nefanda, cuántos de vosotros estaréis mutilados, ciegos, idiotas, tuberculosos,; pobres piltrafas humanas donde aún alienta la chispa divina que encendió el creador. Cómo responder a vuestras interrogaciones, cómo cubrir vuestros cuerpecitos amoratados del frío, cómo presentaros un plato de alimento y una golosina que os lleve una dosis de vida, si la carga de amargura que dejó la guerra no se endulza con nada, si son ruinas humeantes vuestros tibios albergues de ayer, si son escoria y cráteres lo que fueron los huertos.

* Ángela Ochoa Velásquez, "Páginas de Navidad", *Panamérica*, vol. II, n. 17, (diciembre, 1945): 4-5.

Cuántas veces diréis, sentados a la vera del arroyo tiritando de frío, que fueron más felices los miles de judíos que alimentaron las fauces de los crematorios de Hitler, porque aquellos están ya libres del hambre y del frío, del desamparo y del temor, aquellos fueron liberados en la forma más refinada de crueldad que pudo discurrir la civilización (?). Pero vosotros, fragmentos de humanidad doliente, carnes irredentas, inocentes víctimas de los Herodes modernos, para vosotros no hay arrullos ni tibio reposar en amorosos brazos, para vosotros, cifra enigmática del futuro, no hay nada blando, nada dulce, nada tibio, nada risueño en esta Navidad.

Tengo al alcance de mis ojos la paupérrima turba de chiquillos haraposos de las barriadas de Tegucigalpa, que crecen como los pinos en los bordes de las rocas, desnutridos, ajenos a todo asomo de cultura, de higiene, de holganza y de alegría; pero estos tienen el sol del trópico para calentarse, tienen el jergón que comparten con sus hermanos, tienen el tugurio con el hogar que alimentan las ramas recogidas en el bosque.

América es aún el paraíso de los desheredados, aquí se nutren con sol y con oxígeno los que ayunan de alimentos; una noche tiritan de frío y a la mañana siguiente el sol viene a besar las carnes temblorosas, todavía tenemos sol; pero vosotros ¡oh, niños de Europa y de Asia!, sois la legión deformada de lo que pudo ser la vanguardia de la humanidad seleccionada física y mentalmente, y que, sin embargo, tenéis ante vosotros la ensombrecida visión de lo que fuera retazo apocalíptico, muerte, sangre, puñal y bayoneta inmisericordes, tea incendiaria, pájaro agorero de desventuras, sin cuento, tiranía nefanda; Nerón resulta apenas un enfermo mental, comparado con el triunvirato de las panteras del siglo xx.

Vosotros sois los mártires de los siniestros Césares, ¡oh niños, de allende los mares, no puedo aliviar vuestra desventura!, pero la comparto en espíritu, os amo por todos los que no tienen piedad para vosotros. Si yo tuviera un átomo de voz autoritaria frente al mundo que vive indiferente, de cada hogar provisto yo mandaría para vosotros la milésima parte de un socorro y sería feliz aliviando vuestras penas; pero no tengo ni siquiera el privilegio triste de ganar un mendrugo con mi labor constante, soy una triste y pobre mujer que os compadece, que se duele de los pequeños mártires desde cuando Abisinia se asomó al mundo civilizado por la puerta de los tanques de guerra que un papa bendijo (como cuando las cruzadas se lanzaban a las matanzas musulmanas en los campos de Palestina), desde cuando Franco el traidor de España, asoló Cataluña, Toledo y Valencia con las tropas marroquíes.

Desde entonces yo os tengo en mi mente, pobres huérfanos, pingajos de humanidad que quedan al margen de la civilización (¿?). Con sangre de mártires inocentes, judíos, españoles, abisinios, franceses, alemanes, chinos, filipinos, hindúes, rusos y japoneses, hago una Flor de Pascua, para obsequiaros ¡Oh niños tristes del mundo en esta Navidad! Y el niño Dios está llorando por vosotros.

El vértice de dos ciclos*

Un ciclo que termina y otro que comienza; va cayendo el telón del teatro en que la tragicomedia de los que se colocaron en el tinglado del mundo en actitud de semidioses, pretendiendo reducir a la humanidad a un solo rebaño y ejercer la dominación universal (controlando razas, pueblos y naciones) para dar lugar a un nuevo ciclo en que no tendrán cabida los protervos ajenos a toda justicia y faltos del más elemental sentimiento humanitario.

La sórdida avalancha del despotismo empurpurado desoyendo los gritos de los oprimidos, hizo de toda la tierra la más gigante orgía de sangre. Se acumularon crímenes sobre crímenes, se defrauda la moral, fue desgarrado el decálogo con satánicas risas y no hubo un rincón del mundo donde pudieran los hombres amasar en paz su alimento, libres de angustia y de amenazas.

Va cayendo el telón, y el preludio de un escenario distinto se perfila entre las bambalinas enjoradas con los destellos de un nuevo sol; ya los pueblos no están como los rebaños de antes, sometidos a las famélicas dentelladas de los lobos humanos; la justicia emerge en el proscenio con todos sus grandes atributos y en la balanza van a tener su peso justo los derechos del hombre, y no habrá fraude en las pesas cuando se pongan a un tiempo las turbas irredentas.

Dicen que esta guerra no fue otra cosa que una lucha económica, archicolosal; pero tanto tiene de negra y de abominable que cabe preguntar, ¿cuál era la finalidad de desatar la cuadriga apocalíptica para deshacer un mundo en que ya no cabían las injusticias y en el cual ha prevalecido el cetro de los opresores ante la indiferencia de unos y la protesta velada de los otros?

Fue para que se renovara la tierra toda, con los torrentes de sangre vertida en ciudades y campos, y para que la farsa de los perversos y de los inicuos cerrara su odioso reinado convertido en nefando

*Ángela Ochoa Velásquez, "El vértice de dos ciclos", *Panamérica*, vol. II, n. 18 y 19, (24 de enero, 1946): 8.

cataclismo y dejando que el estandarte de la fraternidad se alce imponente en todos los confines del planeta.

El visionario bíblico ha contado los días, ya no diremos: “Venga a nosotros tu reino” cuando oremos al padre, diremos “ha llegado el Reino de Dios”, y la tierra será iluminada con el sol de justicia, para que el hombre viva feliz y nadie, bajo la azulada comba de los cielos, padezca la mordedura del hambre ni del frío, porque todo lo que vemos es del hombre, uno solo es el hacedor de todos, y la bondad de Dios no quiere que haya oprimidos ni opresores.

Ángela Ochoa Velásquez

24 de enero de 1946

Angelina Valladares



Función social de la mujer*

Grave evolución ha experimentado la mujer en los últimos veinticinco años, al dar el salto desde el hogar, como doméstica, a la palestra pública, como colaboradora del hombre.

No ha pasado esto repentinamente como pareció, sino que es el producto de la concentración de energías de la mujer, destinadas a lograr una vida más amplia, más noble y más liberal. Su evolución es fruto de constancia y también de un nuevo concepto de la existencia. Se puede imaginar el lector las escalas de la peregrinación hacia la luz social, recordando el vía crucis de la mujer, principiando con su encastillamiento absoluto con determinada zona de movilidad, pasando por la conquista de los ventanales y los umbrales, hasta llegar al lugar de recreo en un ambiente más colectivizado.

Sencillo parece, pero para verificarse hubo necesidad de una dolorosa experiencia que duró millares de años; tuvo a la mujer en diversos grados y maneras de servidumbre, desde negarle el derecho a la vida, hasta el más asqueroso de declararla al servicio común.

La mujer ejerce ahora una función social, toma y forma parte de las inquietudes del momento, como unidad y como todo; y contribuye generosamente a dotar al mundo de una vida íntegra en el sentido de efectiva cooperación. Estoy segura de que es esta la época de la total liberación de la mujer, y lo intuyó en todos los motivos en que participa ella, con esa decisión que es propia de las almas que juvenilmente arrostran el peligro. Forma parte ya de la responsabilidad política de muchos Estados, y su posición relevante la hace acreedora a una superación que ciertamente principia.

En este grandioso movimiento me he preguntado muchas veces qué sitio ocupa la mujer hondureña. Me he contestado: ninguno. Pero sin pesimismo, más bien con optimismo, porque entiendo que a nosotras no nos ha llegado aun lo que es propio de la vitalidad social de la mujer: su auto-cultura, su criterio propio.

Tampoco este optimismo se deba a lo que falta, muy al contrario, porque sé que la hora de redención cultural de la mujer hondureña llegará innegablemente, no como producto de circunstancias inventadas, sino por efecto de las naturales que emanan de la convivencia y de las inquietudes sociales.

* Angelina Valladares, "Función social de la mujer", *Sinergia*, año II, n. 6, (31 de marzo, 1942): 12.

Tengo absoluta confianza en que nosotras, las mujeres hondureñas, corresponderemos a ese movimiento, y que no estamos alejadas de él; espiritualmente, las que hemos leído un poco para no ser del todo ignorantes, y, si se ve bien, esto es ya un paso hacia la luz.

En otro artículo me ocuparé de la esencia de la actual liberación de la mujer.

Comayagüela, marzo de 1942

Argentina Díaz Lozano



Angustias ignoradas*

El reloj acababa de dar las cinco, pero parecía que eran ya las seis porque el sol se había ocultado ya completamente; y una lluvia menuda y fría se cernía por el espacio. Las calles de la apacible ciudad estaban más solitarias que de costumbre, por la ausencia casi completa de transeúntes.

Pronto las lámparas públicas esparcieron su claridad mortecina, y a la luz de las cuales pudo verse a una mujer envuelta en ancho manto negro que, con paso rápido y nervioso, caminaba por uno de los más estrechos callejones. De pronto se detuvo bruscamente, mientras un hombre le decía en voz baja:

—¿Tú, Matilde? ¿Qué andas haciendo por aquí con este tiempo tan pésimo?

—¡Ah, Cristóbal! ¿Eres tú? Dios ha hecho que te encuentre. Nuestro hijo está peor, y no tengo ni un centavo para comprar la medicina recetada por el médico. Pero hoy es sábado, deben haberte pagado tu salario en el taller, y algo debes tener. ¿Quieres ir tú a traer la medicina mientras yo regreso a cuidar al chiquito?

Por el semblante del obrero pasó algo así como una ráfaga de vergüenza, y con voz un poco temblorosa dijo:

—Pues, es el caso Matilde, que no tengo dinero... porque he pagado una deuda que tenía por allí y...

—Siempre lo mismo, Cristóbal; el olor a aguardiente que despidе tu boca me dice el uso que has hecho de tu salario; toma el anillo que me diste el día que nos casamos, corre a empeñarlo, y vuelve con la medicina lo más pronto que puedas.

Dicho esto, la mujer tomó el camino de su casa, y pocos minutos después entraba en un estrecho y desmantelado cuarto. Una vela alumbraba débilmente la habitación, en uno de cuyos extremos podía distinguirse, apenas, una camita, y en ella un niño cubierto con algunas deshechas sábanas.

La mujer despojóse de su manto, y entonces pudo verse que era hermosa y joven, aunque las penas y privaciones habían dejado profundas huellas en su pálido semblante.

* Argentina Díaz Lozano, "Angustias ignoradas", *Tegucigalpa*, s. 55, n. 218, (15 de marzo, 1931): 11.

—Vamos Enriquito, —dijo con voz llena de ternura— ¿cómo te sientes?

—¿Ya volviste, mamaíta? —repuso el niño con débil voz —me duele mucho la cabeza y siento mucho calor, mucho calor.

—Ya te pondrás bueno, mi tesoro; ahora quédate quietecito y duérmete.

El niño, como adormecido por las palabras de su madre, cerró los ojos; mientras que la pobre mujer miraba con angustia los estragos que la enfermedad había hecho en su hijito, hacía poco tan robusto y lozano. Absorta en sus reflexiones estaban cuando entró su marido con una botellita en la mano, diciéndole:

—Aquí está Matilde, aquí está la medicina. ¿Cómo sigue el niño?

—Habla bajito que está dormido —repuso ella, con voz queda—.

—Luego que despierte le daré la medicina.

—Bueno, mujer, ahora pensemos en nuestros estómagos. ¿No tienes nada qué comer?

—¿Y de dónde quieres que tenga, cuando hace tres semanas que no me traes un centavo? He vendido mi collar, mi mejor vestido y otras cosillas: ya no tengo nada. Mientras tanto, tú, Cristóbal, sin acordarte de nuestras necesidades, de la miseria en que nos tienes a mí y a tú hijo, gastas el dinero que ganas en el juego y en la bebida. El dueño del cuarto ha venido varias veces esta semana a cobrar los dos meses de alquiler que le debemos, y ayer me dijo que, si no nos apresurábamos a pagarle, que nos echaría a la calle. ¿Qué te parece nuestra situación, Cristóbal? —Y la desgraciada, sin poderse contener más, rompió en ahogados sollozos.

El hombre inclinó la cabeza con el rostro encendido, y después de una corta reflexión, miró a su mujer con ternura y cogiéndole una mano le dijo:

—Tienes razón, Matilde; comprendo que soy un mal esposo y un mal padre, que no merezco tener una mujer tan valerosa y tan noble como tú; pero te juro que de hoy en adelante cambiaré de modo de ser. Te lo juro por nuestro hijito querido. No te aflijas; mañana arreglaré todo esto. Trabajaré hasta de noche. Estoy seguro de que el dueño del taller me adelantará algún dinero para salir de apuros. ¡Vamos, alégrate!

Y al decir esto, Cristóbal abrazaba con cariño a su mujer, mientras en su semblante se leía la firme resolución de cambiar su descompuesta vida. Enriquito había abierto los ojos, y con su sonrisa y dulce mirada, parecía aprobar lo que su padre decía.

Argentina de Díaz Lozano

Tegucigalpa

Luana*

Luana, la esbelta Luana, pasaba como la muchacha más linda del barrio: y en verdad que lo era, por sus ojazos verdes, sus mejillas satinadas y su boquita roja y fresca como un clavel. Bastante instruida y educada, tenía cierta superioridad sobre las demás muchachas de por allí, que la consideraban, aunque con cierta envidia, como un dechado de perfecciones.

¡A cuántos mozos no les hubiera gustado obtener el amor de la encantadora Luana! Pero ella no demostraba preferencias para nadie, y cuando alguno le hablaba de su amor, contentábase con sonreír burlonamente y decir:

—Bah, no me diga usted esas cosas, porque yo no pienso casarme todavía. Seamos amigos y nada más.

Con estas y otras palabras análogas, tenía a raya a todos sus admiradores, y ninguno de ellos podía ufanarse ni siquiera de una mirada de la esquivia muchacha.

Así estaban las cosas cuando una nueva familia vino a instalarse en el tranquilo barrio. Componíase esta de una señora viuda con dos hijos: una dulce muchacha que contaría apenas dieciocho abriles, y un apuesto mozo, algunos años mayor que su hermana.

—Los vecinos de aquí parecen buenos —decía la buena señora— y creo que viviremos tranquilos. ¿No te parece así, Alicia?

—Así lo creo mamáita; aunque este Carlos no piensa lo mismo, pues desde que estamos aquí lo veo bastante preocupado. Parece que la vecinita de enfrente le ha trastornado el seso.

* Argentina Díaz Lozano, "Luana", Tegucigalpa, s. 56, n. 223, (19 de abril, 1931): 6-9.

—¿Cuál vecinita de enfrente? —Preguntó la anciana con ingenuidad.

—¡Qué! ¿No has reparado en el adorado tormento de tu hijo? —Dijo Alicia con una sonrisa maliciosa— vive allí cerca y ya veo que mi hermanito tiene buen gusto, pues la muchacha es linda de veras.

—¿Te parece linda, Alicia? Pues, ¿sabes? A mí me parece la más bella de las mujeres. Y al decir esto, Carlos sonreía con éxtasis, como si realmente estuviera contemplando la hechicera figura de Luana.

Algunas chismosas se ocupaban, mientras tanto, del apuesto Carlos y la bella Luana.

—¿No han visto lo cambiada que está esa locuela? —Decían—. Ella tan alegre y bullanguera, ahora solo sabe sentarse frente a la ventana, bordar y suspirar todo el día.

—Y ustedes no adivinan la causa? —Dijo una con tono misterioso— pues es nada menos que está enamorada, locamente enamorada.

—¿De quién? ¿De quién? —Exclamaron todas con curiosidad.

—Pues de Carlos, de Carlos el nuevo vecino, que con unos cuantos piropos y otras tantas miradas tiernas, la tiene trastornada.

—¿Ah sí? —Repuso entonces una moza regordeta y media bizca, pues ya se lo voy a contar a Juan, para que se ponga hecho una furia, porque él dice que Luana tendrá que quererlo a él y solo a él. ¿Qué les parece a ustedes?

Ajena a todos los chismes de sus vecinas, que tanto se “interesaban” por ella, Luana, absorta completamente en sus pensamientos, estaba esa tarde sentada frente a su ventana, cuando oyó que alguien tocaba la puerta. Con manifiesto mal humor fue a abrir, mientras que con un mohín de disgusto decía:

—¡Ah! ¡Eres tú, Juan! Siéntate y dime lo que te trae por aquí.

—Parece que no te alegras mucho de verme, Luana. Te veo muy cambiada. ¿Quieres decirme lo que te pasa?

—¿A mí? Nada. Pero, ¿para preguntarme eso has venido?

—Creo que te estorbo, que te molesto. Pero no me iré sin antes haberte dicho, por segunda vez, que te adoro, Luana. Espero que esta vez no te burles de mí. Nunca me has tomado en serio, pero ahora quiero saber la verdad. ¿Puedo tener esperanzas de que me

ames un poco? ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Casarme contigo? —Repuso la muchacha con una especie de piedad—. No, Juan, eso no puede ser, porque yo no te amo. Te estimo, es verdad, pero no quiero que seamos más que buenos amigos.

—Entonces, ¿es que amas a otro? —Preguntó Juan con ira.

—Pueda ser, hombre, puede ser que ame a otro.

—Sí —dijo Juan con voz que la cólera hacía temblorosa— ya sé que estás enamorada de ese Carlos; pero óyelo bien; si me disputa tu cariño, si se entromete en mi camino, le atravesaré el corazón, lo mataré.

—Y con eso ¿qué harás? Yo lo amaré siempre.

—Entonces... te mataré a ti también. Ahora, ¡adiós! Piensa bien en lo que acabo de decirte.

Y Juan salió de la estancia, no sin antes haber dirigido a Luana una mira amenazadora.

La pobre muchacha, anonadada casi, se encaminó a su cuarto, y allí, de rodillas, al pie de una imagen de la virgen, permaneció algunos minutos, durante los cuales sin duda rezó por el amado de su corazón.

II

Han pasado tres meses. La noche estaba hermosa, hermosa como suelen ser las noches de verano. El firmamento estrellado, el aire tibio y susurrante; todo invitaba a orar, a amar, a suspirar por lo poco que en este mundo hay de sublime y de grande.

Dos jóvenes estaban sentados en un rústico banco, bajo un hermoso granado, cuyas flores grandes y rojas dábanle, en la tenue claridad de las estrellas, un aspecto casi fantástico. Ella, esbelta y pálida, con los cabellos flotando al suave impulso del viento, rivalizaba con la belleza de la noche. Él, con los ojazos negros animados por el amor, decía en voz queda y apasionada:

—¡Cuánto te amo, Luana!... Los días que faltan para que seas mi esposa me parecen largos, larguísimos. Quisiera que el tiempo volara. Yo te adoraré con locura, y tú, en cambio, me amarás un poco, ¿verdad?

—Ya sabes Carlos, que yo sin tu amor me moriría. Ámame, ámame mucho, que eso me basta para sentirme feliz. Pero ya es tarde, es bueno que te retires, pues creo que necesito descansar porque me siento triste, nerviosa; tengo algo así como un presentimiento.

—Aleja de ti toda tristeza y piensa nada más que en nuestro amor y en nuestra próxima felicidad. Ahora me voy, porque yo también creo que necesitas descanso, te veo muy pálida y abatida. ¡Adiós, pues! Duerme tranquila y sueña mucho conmigo.

Carlos salió del jardincillo, después de haber besado con amor las lindas manos de su novia.

Luana se quedó sola. Contempló por breves instantes la brillantez de las estrellas, y luego se levantó de su asiento. Había dado apenas algunos pasos, cuando sintió que alguien le tocaba el hombro y oyó una voz ronca que decía:

—Lo he oído todo, Luana. Estoy convencido de que lo amas, de que lo adoras con locura. Nada haré con matarlo, porque con eso no conseguiría más que aumentar tu odio para mí, y continuarás amándolo a él. Entonces... te mataré a ti, y ahogaré con la muerte ese amor que hubiera querido para mí.

—Pero desgraciado, ¿qué mal te he hecho yo...? Mátame si quieres, si es tanto tu egoísmo y tu maldad. Pero moriré repitiéndote que amo a Carlos con toda mi alma.

Al oír el nombre de su rival, Juan ya no vaciló más; cogió con fuerza el cuello de la desgraciada Luana, que profirió un grito ahogado y apretó, apretó hasta que el cuerpo de su víctima cayó inerte sobre la hierba. Después, horrorizado de lo que había hecho, loco casi, huyó del trágico lugar mientras decía entre sollozos:

—¡Dios mío! ¡La amaba demasiado!

A la mañana siguiente, todo el barrio sabía la tragedia y todos acusaban a Juan.

¿Y Carlos? Carlos, loco de dolor, había besado los cabellos de su amada muerta y había dicho en voz muy baja y muy firme:

—Te vengaré, amada mía, te vengaré.

Pasaron algunos días. El paradero de Juan no se averiguaba todavía. Parecía que se lo había tragado la tierra. Pero esa tarde... apareció. ¿Y cuál no sería el asombro de los vecinos al darse cuenta

de que estaba loco? Sí, estaba loco. Tan pronto lloraba como reía y pronunciaba el nombre de Luana.

Fue llevado al manicomio; después de algún tiempo los médicos declararon que la locura del asesino de Luana era incurable. Carlos lo supo, y perdió toda esperanza de vengar a su novia. Transido de dolor, pero sereno y grave se dirigió al cementerio, buscó la tumba de su amada, se arrodilló sobre la humilde loza y en voz queda, dijo:

—No he podido cumplir mi promesa, Luana mía. Dios se ha encargado de castigar a tu asesino. Ahora ya no me queda más que morir, para unirme a ti.

Y Carlos sacó su pistola, y con ademán sereno y firme apoyó el cañón sobre su sien derecha, e iba ya a disparar, cuando oyó la voz de su madre que gritaba desesperadamente:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Detente, por Dios! ¿Qué es lo que pretendes hacer?

—Necesito morir, madre; necesito morir, porque la vida sin Luana se me hace odiosa, insoportable.

—Y yo, hijo de mi alma, ¿yo no valgo nada para ti? El dolor te tiene loco, Carlos mío. Vamos, ¡ten valor! Y no olvides que necesitas vivir para tu pobre madre.

Minutos después, la anciana de cabellos blancos, y el apuesto Carlos, lloraban abrazados sobre la tumba de la bella Luana, mientras el viento de la tarde gemía tristemente, cual si hubiera querido acompañarlos en su dolor.

Argentina de Díaz Lozano

Tegucigalpa, marzo de 1931

Lectura para la mujer*

I

Sentada frente a la ventana de su cuarto, Luisa contempla distraída las hermosas rosas del jardín. De vez en cuando una lagrima

* Argentina Díaz Lozano, "Lectura para la mujer", *Tegucigalpa*, s. 58, n. 231, (14 de junio, 1931): 17-19.

asoma a sus ojos y rueda por sus mejillas, lágrima que ella se apresura a recoger con su pañuelo. Juanito, precioso chiquitín de cinco años, viene a sacarla de su abstracción, diciendo:

—Mamá, ¿no vamos ir a comer? Tengo mucha hambre.

—Sí hijito, anda dile a Teresa que sirva el almuerzo; pronto estaré contigo.

El chico da unos pasos hacia la puerta, y luego, deteniéndose, pregunta con voz algo tímida:

—Y papá ¿no comerá con nosotros hoy tampoco?

La pobre mujer enrojece, y con visible esfuerzo contesta:

—No, Juanito; tu papá avisó que hoy no vendría a cenar con nosotros, porque tiene un compromiso.

—Aborrezco esos compromisos y ese club que siempre me quitan a mi papá —exclamó el niño con ímpetu.

Luisa se queda sola, sus ojos despiden destellos de ira, mientras que, en voz queda y trémula dice:

—¡Ah! Y si el pobrecito supiera que es una mujer, una miserable la que nos roba el amor y la compañía de Paul; pero ¿no tengo derecho a luchar por el amor de mi marido? Me asiste la razón y el derecho. ¿Por qué no he de triunfar? Lo que no he conseguido por la violencia, es posible que lo consiga con una dosis de paciencia y otra de altivez. Le daré a comprender lo indigno y despreciable de su conducta, y si en su corazón hay todavía un poco de amor para mí, si en sus sentimientos existe aún algo de nobleza, estoy segura que triunfaré.

Además, es verdad que mi rival es tan hermosa como perversa; pero yo también soy atractiva.

Y Luisa contempló su imagen en el espejo, miró con satisfacción su piel morena y aterciopelada, sus ojos oscuros y expresivos, y su cabello abundante y ondulado.

—Lucharé —prosiguió con voz firme— ¡Dame valor y ayúdame, Dios mío!

II

Las doce de la noche. La luz esparce sus tenues rayos a través de la pantalla verde, iluminando suavemente la habitación. Paul no ha venido todavía, pero Luisa, al contrario de otras veces, no lo espera ansiosa e impaciente, sino que en completa calma. Parece dormida, con los ojos cerrados, y sus oscuros cabellos esparcidos en la blanca almohada.

Una puerta se abre, unos pasos en el pasillo, y luego un hombre entra en la alcoba diciendo:

—¿Qué Luisa? ¿Ya te acostaste? Vaya, me alegro que vayas siendo razonable; y que te convenzas que nada ganas con armarme pleitos y alegatos, que no hacen más que fastidiarme enormemente.

Luisa abrió los ojos, miró fijamente a su marido, y tranquilamente le dijo:

—No te volveré a molestar, Paul. Por mi parte, puedes hacer lo que te plazca. Para mayor comodidad tuya, y para que no interrumpas el sueño de Juanito y el mío con tus venidas tan tarde, te he arreglado el cuarto contiguo, lo mejor que pude. En el encontrarás tu cama, tu lavabo, una mesita y dos sillas. Creo que nada te hará falta. Ahora te ruego retirarte, pues supongo que estarás desvelado y cansado, y necesitas reposo para que mañana puedas trabajar con ánimo.

Paul oyó a su mujer mudo de sorpresa; pero luego, fingiendo indiferencia, contestó encogiéndose de hombros:

—Como tú quieras —y bostezando ruidosamente se dirigió al cuarto que Luisa le había señalado.

Cuando Paul se levantó a la mañana siguiente encontró a su esposa muy ocupada en regar las flores. Le sorprendió verla tan tranquila y a la vez tan atractiva. Le agradó su cabello ondulado y bien peinado, su cuerpo delgado y bien formado, cuya gracia aumentaba con el vestido de lino color rosa que lo cubría. Avanzó lentamente hacia ella, y poniéndole cariñosamente una mano en el hombro, le dijo:

—Muy ocupada, ¿eh? Ya veo que cuidas mucho tus flores; pero son las nueve casi. Tengo que irme a trabajar ¿No vamos a desayunarnos?

—Tu desayuno está en la mesa, Paul. Te lo serví hace poco. Puedes ir a comer. Juanito y yo ya lo hemos hecho hace ratos.

—¡Como! ¿No me esperaron? ¿Tendré que comer solo entonces?

—No creo que te hagamos falta. Además, que nosotros ya nos estamos acostumbrando a tu abandono.

Paul miró a su mujer un instante. Se encaminó al comedor, pero comió poco. Cuando se iba a la oficina besó a Juanito con ternura y se alejó pensativo.

Las cosas siguieron así por varios días. Paul, a pesar de que ahora parecía más cariñoso con Juanito y más atento con su esposa, no dejaba de pasar las noches fuera de casa. Luisa continuaba atenta pero fría. Solicita, pero sin cariño. Tranquila pero digna. Hasta que un día... Paul llegó a las cinco y media de la oficina. Juanito lo recibió alborozado:

—Hoy sí has venido temprano, papaíto. ¿Cenarás con nosotros?

—Sí, hijo mío, cenaré con vosotros.

—¿Y no te irás al club enseguida?

—No, chiquito, me quedaré contigo y te contaré un cuento.

—¿Oyes, mamá? Papá dice que esta noche no se irá al club y que me contará cuentos.

—¿Es verdad eso, Paul? —Preguntó Luisa mirando fijamente a su marido.

—Si es verdad, Luisa. Esta noche y todas las demás me quedaré con ustedes. He cometido muchos errores, por los que te ruego me perdonen. Tu paciencia mezclada con desprecio me ha hecho comprender lo villanamente que me he portado hasta ahora. Viviré para ti y mi hijo.

Déjame ahora que te bese. ¿No es verdad que quieres que empecemos una nueva vida? Ayúdame Luisa, que quiero hacerme digno de ti, de mi hijo, de la sociedad.

Juanito sonrió complacido cuando vio a sus padres confundirse en cariñoso abrazo, y palmoteando de alegría dijo:

—Qué contento estoy, papá. Ahora sí que te tendré sólo para mi ¿verdad?

—Sí, hijito, sí.

III

Cuando meses después Luisa contaba la historia a una amiga que sufría también la indiferencia y el abandono de su marido, esta le preguntó:

—Bien, ¿pero y si tu esposo no se hubiera nunca enmendado, si hubiera continuado en su vida de disipación con otra mujer? ¿Qué habrías hecho?

Luisa contestó sin vacilar un momento:

—Entonces, Clara, me habría divorciado.

—¿Y tu hijo?

—El hombre que no quiere a la mujer, no se preocupa tampoco por el hijo; y además la mujer moderna se casa por amor. A lo menos ese es mi modo de pensar. Cuando el amor ya no existe en el matrimonio, cuando a una esposa se la hiere en sus sentimientos más sagrados; entonces no cabe otra cosa que la separación.

—Bueno, pero ¿cómo hubieras hecho para mantenerte con tu hijo?

Luisa miró a su amiga con lástima, y repuso:

—La mujer de hoy, Clara, es fuerte y valiente. Puede trabajar no solo para ella, sino también para una tropa de chiquillos.

Argentina de Díaz Lozano

Tegucigalpa, junio de 1931

¿Tendría razón Eduardo?*

Gabriela Rigueros era la prometida del apuesto Eduardo Ruiz. Se habían conocido desde su niñez, y más tarde, cuando él había regresado del extranjero hecho un experto ingeniero, la linda Gabriela se sorprendió al notar que su compañero de juegos se había convertido en un hombre distinguido y guapísimo. El cariño casi fraternal que hasta entonces se habían profesado, se cambió en intenso amor. Se amaron con toda la fuerza de sus corazones

* Argentina Díaz Lozano, "¿Tendría razón Eduardo?", *Tegucigalpa*, año VIII, s. 64, n. 253, (15 de noviembre, 1931): 17.

jóvenes y entusiastas. Para Eduardo, no había mujer comparable a Gabriela. La gracia ingenua, y la exquisita sencillez de la joven le habían cautivado por completo.

—La amo tanto, —se decía—, porque es distinta a las demás muchachas.

Y en efecto. Era difícil encontrar, tantas y tan hermosas cualidades en otras, como en Gabriela. Era digna, pero no altiva. Simpática sin ser empalagosa. Distinguida, pero no pedante. Había crecido en un ambiente puro y digno. Sus padres se habían preocupado por darle una educación esmerada. Hasta entonces había vivido muy feliz, con su cabecita llena de ilusiones y de hermosas fantasías, muy apartada de las farsas y ridiculeces del mundo. Pero, las insinuaciones de sus compañeras de colegio, que eran ahora elegantes señoritas, la hicieron desear el lujo, el oropel y las fiestas. Ruegos, pucheros y una que otra lágrima, fueron bastante para que el austero don Jorge cambiara de parecer y se decidiera a presentar a su hija en sociedad. No le gustó la idea a Eduardo, pero vio tan contenta a su novia que trató de dominar su egoísmo.

Luz, perfumes embriagantes, mujeres hermosas, hombres elegantes. Gabriela se sintió opacada cuando entró al salón de baile. Sabía que iba muy atractiva con su vestido de pesada seda blanca, y sus oscuros cabellos peinados con esmero; pero se sintió molesta al sentir sobre su persona las miradas curiosas de algunas damas que parecían muy complacidas en la agradable entretención de criticar a cuantas personas respiraban en aquel elegante salón.

Pero luego olvidó sus temores al empezar a oír las galantes frases de algunos caballeros que se apresuraron a atenderla. Y la vanidad empezó a posesionarse de aquel corazón, hasta entonces puro y sincero. Eduardo apenas pudo bailar dos piezas con ella. Se sentía casi furioso al ver aquella fresca flor trasplantada a aquel ambiente, para él lleno de hipocresía y maldad. Le parecía algo así como una profanación.

¿Has gozado mucho?, —preguntó a la joven cuando horas después salían del baile.

Y Gabriela, con los ojos brillantes de entusiasmo, respondió.

—Nunca olvidaré esta noche. Creo que tuve éxito. ¿Verdad?

Eduardo no contestó, pero se preguntó a sí mismo: “¿no será tan inteligente como la he creído?” Y desde aquella noche Gabriela siguió frecuentando bailes y saraos elegantes. Había oído palabras de admiración para sus hermosos ojos, y ella les aplicó la perfumada

Maybelline para que se vieran “más misteriosos y profundos”. Le habían dicho que su boca era bonita y ella se esmeró en acentuar con lápiz rojo aquel arco de Cupido. Notó que sus dientes eran blancos y brillantes, y desde entonces procuró sonreír con más frecuencia. Sus modales, hasta entonces correctos y sencillos cambiaron por otros que a ella se le antojaban más distinguidos.

Eduardo notaba aquella metamorfosis, y su corazón se iba enfriando poco a poco.

—¿Cuándo te casas con la guapa hija de don Jorge Rigueros? —Le preguntó un día uno de sus amigos íntimos.

—Ya no me casaré, —contestó él—, Gabriela se ha convertido en un maniquí que ríe y hace muecas automáticamente. Ya no se diferencia de las demás. Es una muchacha “del montón”.

—¿Pero, y si la pobre te ama? —Insistió su amigo.

—¿Y crees tú replicó Eduardo que esas lindas muñequitas pintadas, sean capaces de sentir eso tan grande y tan sublime que se llama amor?

Argentina Díaz lozano

Tegucigalpa, octubre 30 de 1931

Manos de mujer*

Mr. George Randolph descansaba cómodamente en su sillón, mientras fumaba un aromático habano. Había trabajado más que otros días, y miraba con hastío el escritorio lleno de papeles y libros que tenía ante sí. Tendría treinta años, no más. En la mirada altiva de sus ojos claros, en su frente ancha y despejada surcada por dos arrugas breves, en sus labios gruesos contraídos levemente por un gesto desdenoso; en toda su persona, en fin, se notaba un orgullo y nobleza inconfundibles.

Mirando distraído las espirales que el humo formaba al salir de su boca, murmuró: “El trabajo es demasiado para mí solo, tendré que buscar alguien que me ayude”. Y alzando la voz, llamó:

—¡Juan!

* Argentina Díaz Lozano, “Manos de mujer”, Alma Latina, año I, n. 7, (1 de abril, 1932): 6-7.

—¿Qué desea señor? —Preguntó solícito el criado, entrando en la oficina.

—Encárgate de buscarme un muchacho que sepa estenografía, y que tenga buena forma de letra —dijo con acento imperioso.

—Yo creo, señor, que para eso sería mejor una muchacha, —insinuó el criado.

—No me hables de mujeres —replicó Mr. Randolph, con algo de violencia—. Ya sabes que las odio.

—Se hará como usted desea señor.

George se quedó solo. Miró su reloj, y acentuándose más en su semblante la expresión de fastidio se levantó del sillón diciendo:

—Son ya casi las seis. Supongo que esta noche haré lo mismo de siempre. Primero la cena en cualquier *restaurant*, después el club, el teatro, etc.

Cuando dieron las nueve de la mañana siguiente, ya Mr. Randolph estaba en su oficina.

El día se anunciaba hermosísimo. Corría el mes de abril, y la primavera comenzaba a lucir sus mejores galas. Sentado frente a su mesa de trabajo, George contemplaba, a través de la ventana, un pedazo de cielo azul, iluminado por el sol brillante. Un leve suspiro se escapó de su pecho y hubiera continuado en su dulce abstracción si no hubiera sido interrumpido por la voz de Juan, que decía:

—Buenos días, señor.

—Buenos días. ¿Has encontrado la persona que te encargué?

—He tenido buenos informes de un joven que ha trabajado tres años en la oficina de una casa de comercio. Pero señor, yo no sé cómo se han dado cuenta que aquí se necesitaba un empleado, porque allí en el recibidor está una muchacha que ofrece sus servicios como estenógrafa, e insiste en hablar con usted.

Las dos arrugas de la frente de Mr. Randolph se contrajeron en un inconfundible gesto de disgusto, y después de vacilar un poco dijo:

—Dígale que pase adelante.

Pocos segundos después, la puerta se abrió, y una muchacha joven, de ojos azules, de cabellos castaños rizados, entró en la oficina.

—Buenos días señor. Supe que usted necesitaba un empleado, y yo vengo a ofrecerle mis servicios.

—Lo siento, señorita. Pero yo quiero mejor un hombre para que trabaje en mi oficina.

—¿Por qué Mr. Randolph? —Preguntó la muchacha, mostrando sus dientes blancos al sonreír—. Yo tengo buena voluntad para trabajar. Difícilmente me canso. Estoy segura de que usted quedará satisfecho de mi labor. ¿No quiere usted probarme siquiera?

Y su voz era tan dulce que George tuvo que acceder, aunque de mala gana.

—Quédese, señorita. ¿Cómo es su nombre?

—Mildred Maurey. Mi padre era inglés.

—¿Ha trabajado usted en alguna oficina?

—No, señor. Hace dos meses que salí del colegio. Pero tengo muchos deseos de trabajar, para ayudar a mi madre en la educación de mis dos hermanitos.

George la miró fijamente.

Después dijo, con acento imperioso:

—Tome en taquigrafía las cartas que voy a dictarle. Después las escribe en la máquina y las arregla para mandarlas al correo con Juan.

Mientras dictaba, miraba con seria expresión de contento, los cabellos de Mildred, las mejillas rosadas y tersas, y las manos blancas, que rápidas trazaban signos sobre el papel. Cuando la muchacha levantaba la cabeza él miraba con indiferencia algunos cuadros decorativos que colgaban de la pared. Así transcurrieron dos meses.

George Randolph se había acostumbrado ya de tal manera a la presencia de Mildred, que la consideraba indispensable. Una impresión muy dulce era la suya, cuando por las mañanas, al entrar en su oficina, sentía el suave perfume y la voz dulce de la muchacha al saludarlo. Le agradaba ver la figura delgada y

elegante, vestida con sumo esmero. La sonrisa llena de candor. Los cabellos brillantes y sedosos, cuyos bucles adornaban aquella carita tan linda. Los grandes y rasgados ojos azules.

Ya su oficina no tenía aquella apariencia descuidada. Ahora los libros y papeles estaban en orden encantador. Su sillón bien puesto, como invitándolo a sentarse. Los vidrios de los cuadros bien limpios. En su mesa había siempre un minúsculo florero con rosas o claveles.

—Se toma usted mucho trabajo —dijo él con voz afable— el arreglo de la oficina es Juan quien debe hacerlo.

Los grandes ojos lo miraron con expresión de amargo reproche, parecía que se iban a llenar de lágrimas. Su voz fue triste al preguntar:

—¿No le gusta que se la arregle yo, Mr. Randolph? Creo que Juan no lo puede hacer como yo. Lo veo a usted tan solo y aburrido, que hago lo que está a mi alcance para hacerle grato su trabajo.

—Gracias, Mildred. Crea que se lo agradezco. Si no le es molesto, le ruego continuar ocupándose un poco de mí.

Y su voz, de ordinario fría e imperiosa, tuvo extrañas y dulces melodías al dirigirse a la muchacha.

Aquella tarde fue espléndida. Soplaban un vientecito frío y en el límpido cielo había uno que otro celaje; rojos unos, amarillos otros.

—El tiempo está propio para dar una vuelta por el campo. ¿Quiere usted acompañarme, Mildred?

—Con gusto Mr. Randolph —y presurosa se puso su sombrerito de fieltro beige. George, cogió con seguridad el timón de su Roadster y Mildred tomó asiento a su lado. Él la miró con una ternura inmensa.

Una hora después, allá cerca de la blanca carretera, se sentaron bajo los copudos árboles. El sol casi se había ocultado completamente.

—¡Que puro y fresco este aire que se respira aquí! ¿Verdad, Mr. Randolph?

—No me diga Mr. Randolph, ¿quiere? Llámeme George.

Las mejillas de la muchacha se colorearon encantadoramente, sus blancas manos temblaron un poco al fingir arreglar los rebeldes cabellos.

—Mildred —continuó él con voz emocionada—. Usted ha llegado a ser indispensable para mí. Al principio me quise resistir al amor que usted me ha sabido inspirar. Pero me doy por vencido. Yo la amo a usted. Estoy muy solo; no tengo nadie que por mí se preocupe. ¿Quiere usted amarme un poco, Mildred?

—Sí, George. Poco a poco he aprendido a amarte única y exclusivamente. Mi amor ha permanecido oculto, pero ahora que tú me lo pides, te lo doy por completo.

—Gracias Mildred. Me haces hombre feliz. Me haces amar la vida. Dame esas tus manos blancas y suaves, pónlas sobre mi frente, para que me hagan manso, bueno y generoso, como eres tú.

Miráronse tierna y amorosamente. Sus labios se unieron trémulos en un beso breve.

—Nos casaremos el mes próximo —dijo él con ternura—. La primavera te trajo a mí, y no se irá sin que tú seas mía.

Tegucigalpa, marzo de 1932

El encuentro*

Llovía fuertemente. Las ramas de los árboles se movían cadenciosas a impulsos del vientecillo frío, y las flores del hermoso jardín que rodeaba la casa de los esposos Maurey recibían con placer aquella lluvia de abril.

En la elegante y confortable sala, Elena leía; pero luego cerró el libro, lo puso sobre sus rodillas y reclinó su hermosa cabeza de dorados cabellos, sobre la silla. Entornó sus azules ojos llenos de ensueño y dijo:

—¿Oyes como llueve, Carlos? Es el primer regalo que la primavera trae a mis flores. Ven a sentarte cerca de mí para que hablemos un poco, son ya las cinco y media de la tarde. ¿No te sientes cansado de trabajar?

—Déjame, Elena, tengo que terminar de redactar este proyecto para mostrarlo a mi socio esta noche. Tendré otro éxito, te lo aseguro.

* Argentina Díaz Lozano, "El encuentro", *Tegucigalpa*, año X, s. 79, n. 375, (22 de enero, 1933): 9.

Ella lo vio con un gesto de fastidio y con voz temblorosa por la ira contenida repuso:

—Pero dime, ¿no puedes dedicarme unos momentos y dejar para después el proyecto? Eso no urge mucho, te prometo ayudarte esta noche —y dulcificando la voz añadió— por favor, Carlos, solo te pido una hora. ¿No crees que yo también te merezco un poco de atención?

—No me fastidies, querida mía. Soy hombre de negocios, tú lo sabes, hombre práctico que no entiende nada de todas esas tonterías de que tú tienes llena la cabeza. La vida es dura y hay que tomarla tal como es.

—Precisamente, Carlos, por eso hay que tratar de embellecerla un poco.

—¡Oh! Déjate de tonterías y trata de amoldarte más a mi modo de ser. Es lo que una buena esposa, como indudablemente eres tú, debe hacer.

Una triste sonrisa abrió los rojos labios de Elena, y quedo, muy quedo, murmuró: “Soy yo la que tengo, la que debo ceder siempre”. En voz alta prosiguió:

—Nada, está visto que eres un cuerpo sin alma. Tienes cerebro, pero no tienes corazón. Ni una idea bella ni un poco de poesía en el espíritu, que te aleje, aunque sea por unos instantes, de las miserias de la vida que tú mismo confiesas es tan dura. Voy a salir, volveré a la hora de la cena.

—Está bien, querida.

Media hora después, el auto de Elena corría a toda velocidad por la hermosa carretera, húmeda todavía por la reciente lluvia. Bajo copudos árboles paró el carro y sus soñadores ojos contemplaron estáticos el pálido sol que desaparecía poco a poco. Casi sin ruido otro auto se paró en el mismo sitio, a la vez que una voz alegre dijo:

—Buenas tardes, señorita. Hermosa puesta de sol, ¿verdad?

Elena vio unos ojos negros que la miraban intensamente, y una boca de sinceros labios, que sonreía. Gratamente admirada preguntó:

—¿A usted también le parecen hermosas las puestas de sol? Yo creía que solo yo tenía esas manías, esas tonterías, como dicen algunos.

—¡Dichosos tontos! —Repuso el joven riéndose—. ¿Su nombre

señorita?

—Elena. ¿Y el suyo?

—Armando.

—¿Sale usted todas las tardes?

—Las tardes bellas como esta. Vea que azul se ha quedado el cielo. Tan azul como sus ojos.

—No le dije todo mi nombre, Armando. Soy Elena Maurey, la esposa de Carlos Maurey.

—¡Oh! Perdóneme usted, señora... no sabía... no me imagine siquiera...

Elena sonrió dulcemente, y su voz fue más melodiosa cuando dijo:

—Me ha hecho usted un gran bien. Armando, he leído en sus ojos, en su expresión, en las pocas palabras que ha dicho, que es capaz de comprender, de comprenderme, mejor dicho. ¿Quiere usted que seamos amigos?

Él la miró con adoración casi, su mano estrechó la de ella mientras su voz llena de emoción decía:

—Gracias, señora. Considéreme de hoy en adelante su amigo, su más devoto amigo. Creo que nuestras almas han andado solas y errantes, pero al fin se han encontrado. ¿No es así?

—Así es, Armado. Pero, ¡adiós! Debo irme. Y los dos autos se separaron, rápidos; un postrer gesto de despedida y después ¡nada!... Pero en el corazón de Elena sucedía algo raro y nuevo. ¡Había encontrado alguien que pensara y sintiera como ella!

Tegucigalpa, 1933

La chiquilla del 24 de diciembre de 1925*

I

Sobre Tampa, animado puerto, y la vez hermosa ciudad de los Estados Unidos, en el Estado de Florida, se cernía aquella tarde

* Argentina Díaz Lozano, "La chiquilla del 24 de diciembre de 1925", *Tegucigalpa*, s. 80, n. 320, (26 de febrero, 1933): 8-9.

de diciembre una espesa neblina. Las asfaltadas calles, rectas y anchas; los altos y majestuosos edificios, el ir y venir de cienos de transeúntes que se apretaban en las aceras; el bullicio de carros y tranvías, todo eso, en fin, que caracteriza a una ciudad yanqui, encantó a Carolina, que en el elegante Roasdter que la conducía a casa de su amiguita Arsenia, palmoteaba de alegría, mientras exclamaba entusiasmada:

—¡Qué animado es todo esto, mi querida Arsenia! En un lugar como este forzosamente tendremos unas vacaciones alegrísimas.

—Serán días inolvidables, te lo prometo, —repuso Arsenia satisfecha del contento de su amiga— pero mira, ya hemos llegado. Esa casa pintada de amarillo es la mía.

Las dos colegialas bajaron rápidamente del carro, y en dos saltos [ilegible] en el corredor del lindo [ilegible] abrazos de la familia de Arsenia, que contentísima presentó a su amiga diciendo:

—Esta es Carolina, la amiguita de que tanto les he hablado en mis cartas. Al fin conseguí, a fuerza de ruegos, que la directora del colegio le diera permiso de venir a pasar la Navidad con nosotros. ¡Admirable! ¿Verdad?

Nuevas sonrisas y palabras de bienvenida acogieron a Carolina, cuyo corazón se ensanchaba de gozo al encontrarse con tan amable familia. Todas aquellas cariñosas atenciones, la hicieron pensar en el hogar que allá en Cuba, su patria, había dejado hacía dos años para venir a Holy Name Academy, convento situado en un lindo pueblecito de Florida. Imagínese, pues su contento de dejar el colegio por unos días y de pasar en Tampa dos semanas. Aquella noche, hermosos sueños hicieron entreabrir sus labios en dulce sonrisa.

El sol asomó tímidamente a la mañana siguiente, anunciando un día frío, pero claro. Carolina y Arsenia se levantaron temprano, y mientras desayunaban, decidieron ir a un salón de belleza para arreglarse el pelo, y después comprarían sus vestidos para el baile de esa noche, para su primer baile, con el que tantas veces habían soñado.

Carolina lucía regia aquella mañana. La felicidad e inocencia de sus dieciséis años, irradiados en sus ojos negros, en su sonrisa en su frente blanca. Un abrigo azul marino modelaba su cuerpo ágil y esbelto. Un sombrerito de fieltro azul también cubría sus cabellos, dejando escapar algunos traviosos rizos que besaban las rosadas mejillas. Se veía linda y joven; rebosantes de optimismo caminaban con garbo y seguridad; mientras pensaba en lo hermosa que era

la vida. Todo el día lo emplearon las dos amigas en escoger sus vestidos y embellecerse. Querían estar bellas para aquel baile, cuyo recuerdo no se borrará nunca.

II

24 de diciembre. El gran salón de baile del Círculo Cubano tampeño se iba llenando rápidamente de lindas mujeres y apuestos caballeros. La orquesta dejaba oír las alegres notas de una rumba, a cuyo compás más de ochenta parejas comenzaron a bailar.

Las estrellas que embellecían el techo azul del salón, brillaban rutilantes a la luz de numerosas lámparas. Los colores de los trajes formando caprichoso conjunto, el suave brillo de las perlas, y el destello de las piedras de fantasía que adornaban blancos cuellos y pequeñas manos, daban a aquella fiesta una apariencia fantásticamente hermosa.

Carolina se sintió turbada en medio de tanto lujo y belleza; y su timidez la hacía aparecer más adorable. Su voz temblaba cuando dijo quedamente a su amiga:

—¿Quién bailará con nosotras? Somos unas pobres colegialas a quienes nadie conoce. Arsenia, segura, contestó riendo:

—No te preocupes, mi papá y mis primos no nos dejarán sentadas. Pero Carolina no la había oído, porque una voz baja y grave llamó su atención, una voz que decía: “¿Cuántas piezas me dará usted señorita?”.

Y sus sorprendidos ojos vieron a un joven alto y elegante que se inclinaba ante ella. Sonrió admirada, y balbuciente pudo contestar:

—Seguramente, caballero, bailaré con usted algunas piezas.

—Gracias, es usted muy buena. Desde ayer que la vi en una tienda, formé el propósito de bailar con usted esta noche. Le sorprende, ¿verdad? Pues hay aún más. La seguí hasta que averigüé dónde vive. En 1513,13 avenida, ¿no es así?

—Sí, realmente allí vivo. Pero, quiere decirme ¿por qué se tomó tanto trabajo?

—¿Por qué? —Contestó él, mirándola profundamente— Venga, vamos a bailar y se lo diré.

Al compás de un cadencioso vals, en brazos de aquel joven tan apuesto, oyendo las dulces palabras que él a su oído pronunciaba,

los sueños de Carolina se vieron realizados. ¡Su primer baile, y su príncipe azul; invariable sueño de todas las jovencitas!

—La quiero a usted Carolina. En mí tiene una prueba de la realidad del amor a primera vista. La vi en una tienda, y me enamoré de usted. Sea usted buena conmigo y prométame hacer lo posible por quererme un poquito.

—Se lo prometo Raúl. —Pudo contestar ella con temblorosa voz.

Cuando a las tres de la mañana regresaba a casa, el corazón de la linda jovencita ya tenía dueño, tal vez sin que ella misma se diera cuenta de ello.

Al despertarse en la mañana siguiente a las diez, sintió un suave perfume y sus soñolientos ojos vieron un hermoso *bouquet* de rosas blancas. En la tarjeta que las acompañaba leyó emocionada.

“Nunca olvidaré la encantadora chiquilla de la noche del 24 de diciembre de 1925”.

Raúl Rivero

—¿Ya tenemos quien nos mande flores? Dijo Arsenia riendo—. Esta mañana las trajeron y llevé un chasco cuando vi que no eran para mí.

Pero Carolina no la oyó. Pensaba en aquellos sinceros ojos, en aquella grave voz.

Tegucigalpa, diciembre de 1932

Argentina Díaz Lozano

Leonora*

Los tranquilos habitantes de San Francisco, pequeño pueblecito de origen colonial, con su indispensable plaza y añosa ceiba; con su iglesita blanca, cuyas pequeñas torres se alzaban sobre los techados de las casitas, humildes y limpias como sus sencillos moradores; se habían congregado aquella luminosa tarde de mayo

* Argentina Díaz Lozano, “Leonora”, *Tegucigalpa*, s. 92, n. 365, (7 de enero, 1934): 15.

para admirar la gracia sandunguera de los bailes de Leonora, y extasiarse con las melancólicas canciones que con clara y dulce voz cantaba, acompañándose ella misma con su guitarra.

Leonora, “la loca”, la llamaban los chicuelos. Quién era... ¿De dónde había venido? Nadie podía contestar estas preguntas. Todo lo que de ella se sabía era que había venido al pueblo algunos meses antes, cuando se celebraban las fiestas del patrón san Francisco. Cada vez que alguien le hacía alguna pregunta sobre su pasado, la loca reía a carcajadas, que casi eran sollozos, pues las lágrimas acudían a aquellos ojos negros, maravillosos, de gitana. Bellísima era la loca Leonora. Cuerpo de graciosas curvas, piel morena y aterciopelada, boca de labios rojos y dientes blancos, frente espaciosa y tersa, y aquel par de ojos magníficos que brillaban como dos carbunclos.

Su locura era tranquila; inofensiva. Adoraba las flores, siempre se le veía con jazmines o rosas en el pecho y en los negros cabellos. Cantaba, cantaba siempre. Con el producto de sus bailes y canciones compraba lindos vestidos de seda de colores brillantes, collares vistosos y pequeñas zapatillas para calzar sus menudos pies. Ponía especial esmero en arreglar su pintoresca e interesante persona. Tomaba el almuerzo en una casa, cenaba en otra, y así pasaba su vida errante. Para Leonora había siempre un plato de cocido, una fruta dulce y un rincón abrigado donde pasaba la noche.

Los mozos del pueblo la rodeaban siempre con sus halagos, pero “la loca”, cuando alguno, impulsado por sus amorosos arrebatos, quería pasar a algo más que palabras, era indudable que recibiría un par de bofetones, bien propinados por las manos pequeñas de Leonora.

¿Feliz? Lo parecía, porque sus pies solo sabían bailar, sus manos tocar la guitarra y su garganta cantar; pero en sus ojos inmensos y negros había siempre una expresión de melancólica y resignada tristeza.

Una mañanita plena de sol cundió la alarma en los pobladores de san Francisco. El Alax, río de abundantes y tumultuosas aguas, había inundado las vegas de tabaco y fincas de café; resultado de la fuerte tempestad que se había desatado la noche anterior. Sin embargo, la esperanza renacía en los ánimos al notar que la creciente disminuía y que las aguas se alejaban de las siembras, sin haber causado mayores daños.

En la playa, frente a la imponente catarata de Alax, se reunieron varias personas a contemplar la caída de las aguas que, más

tumultuosas que nunca, se precipitaban con estrépito y seguían su corriente, dando tremendos saltos sobre las peñas. Con una sonrisa cariñosa recibieron a Leonora, que se acercaba al grupo. Una guirnalda de rosas y claveles rodeaba su frente espaciosa, caprichoso adorno tejido por sus manos, pero que aumentaba su belleza.

—¡Cuidado, Leonora! retírate de allí, es peligroso —le gritaron algunas personas al verla parada sobre un alto peñasco, rodeado por las rugientes y amenazadoras aguas.

—¡Bájate, bájate! —continuaban exclamando, los que emocionados la contemplaban, en actitud desafiante; y, después... fue algo tan rápido que nadie lo pudo evitar.

La loca había extendido los brazos, y como si hubiera querido emprender un vuelo, se precipitó sobre las espumosas aguas, que ávidas recogieron su presa. Algunos intentaron salvarla, pero la corriente vertiginosa la había arrastrado y la llevaría ya quién sabe a dónde.

Argentina Díaz Lozano

Tegucigalpa, agosto de 1933

Aquel amor*

—¡Cartas, cartas! —Gritaba Freda Hinck, alegre colegiala de la academia Saint Leo; y las muchachas iban amontonándose alrededor de ella. Preguntaban ansiosas: “¿Hay para mí?... ¿Y para mí?... ¿Nada para Berta Singer?” Y todas extendían las manos esperando que un blanco sobre fuera puesto en ellas.

Freda continuaba releyendo nombres y repartía cartas; —Catherine Bantz, Carmen Valdés, Margaret Mackail, Lol Rivero, Lol Rivero, Lol Rivero... ¡dichosota!, Hay seis cartas para Lol Rivero.

Una voz fresca exclamó jubilosa:

—¿Seis para mí? Dámelas, dámelas pronto, Freda.

* Argentina Díaz Lozano, “Aquel amor”, *Tegucigalpa*, año X, s. 87, n. 345, (20 de agosto, 1933): 11-13.

Recogió sus cartas como avaro que esconde su tesoro, se alejó de sus compañeras, internándose en el bosque de pinos. Bajo un pino alto y frondoso se sentó al fin y comenzó a rasgar sobre.

—Esta es de mi madre—, dijo reconociendo la letra. Y mientras recorría los renglones, sus ojos oscuros y grandes se llenaron de lágrimas, al evocar la bella y dulce figura de la mujer que le había dado la vida, allá en la lejana y hermosa Venezuela.

La pobrecita mía —murmuró—, cuánto me quiere y cuánto me recuerda.

Con frenesí siguió viendo los demás sobres sin abrirlos, hasta que leyó su nombre y dirección, escritos en una letra grande y firme:

—Esta es —volvió a murmurar—. Me hubiera causado un gran disgusto no recibir carta tuya, Fernando.

Y sus ojos ansiosos devoraban los renglones y su semblante enrojeció de emoción al leer el último párrafo de la larga y amorosa epístola de Fernando Cuenca: “Te quiero, Lol, no lo dudes, te lo ruego. No demores más tu regreso a esta nuestra patria. Necesito verte, necesito tenerte a mi lado. Dime, vida, ¿cuándo te veré?... ¿Cuándo?”.

Por los labios entreabiertos de Lol se escapó un suspiro hondo; y sus ojos se perdieron en la lejanía, como si quisieran atravesar las montañas y el océano, y llegar a extasiarse en los ojos del amado.

Suavemente musitó:

—¡Oh, sí! Te quiero inmensamente, te quiero y te creo, Fernando.

La sonora campana que la llamaba al estudio, interrumpió sus amorosas reflexiones; y, recogiendo su correspondencia, de un ágil salto se puso en pie, graciosa, esbelta, bellísima; en la alegría y frescura de sus dieciséis años, corrió a reunirse con sus compañeras.

Fernando era su primer amor; y aquella pasión sincera y honda llenaba su vida sencilla y apacible. Soñaba en un futuro no muy lejano, en el que le podría decir a su amado: “Ahora sí, tuya, tuya para siempre”; y su porvenir se le aparecía bello, placentero, sin complicaciones ni penas.

Pasaron algunos meses; pasó el frío invierno, y los días brillantes del verano volvieron. Era un sábado del mes de julio. El grito de

una colegiala se dejó oír como todos los días, exclamando: “¡Cartas, cartas!...”.

Lol ni se movió siquiera. Un mes hacía que esperaba carta de Fernando, día tras día; y perdía casi la fe, no esperaba, ni quería esperar más.

—Toma, Lol, cartas para ti —le dijo una de sus amigas, entregándole algunos sobres.

Contra su costumbre, leyó primero las de sus amigos, y por último la de su madre, como si un presentimiento le avisara la realidad. “Siento en el alma, niñita mía, herir tu corazoncito puro, pero debo hacerlo yo, antes que tus amigas lo hagan. ¿Qué por qué no te escribe Fernando? Pues porque no está ya aquí, Lol. Está en Buenos Aires, preso por los encantos de Angela España, atractiva cupletista que hizo furor aquí; y a quien fue siguiendo. Sé que eres valiente, y muy dueña de ti misma. Más vale así”.

La expresión de su semblante no se alteró, solo en sus labios apareció una triste sonrisa, y como vencida, bajó la hermosa cabeza.

—¡Lol, Lol! Nos dan permiso de bajar a dar un paseo por el lago. ¿No vienes? Ya sabes que la fuerza de tus brazos hará falta para dirigir la barca.

—Si, vamos —dijo, abriendo más sus bellísimos ojos, como despertando de un penoso sueño. Y echando sus rebeldes cabellos hacia atrás, repitió:

—Vamos...

Inolvidable tarde aquella, de cielo azul, de fresca brisa, de alegres risas juveniles. Las aguas tranquilas del lago semejaban un espejo en cuyas transparentes ondas, reflejábanse los sonrosados rostros de las lindas colegialas de Saint Leo Academy.

Lol remaba con un vigor tan frenético, que su remo, al golpear las aguas, hacía saltar la blanca espuma, y su voz era más fuerte y entera al decir a sus compañeras de remo:

—¡A la derecha! ¡A la izquierda!...

Las sombras de la noche se empezaron a anunciar, y la luna llena plena de encanto y de poesía, apareció en el horizonte.

—Regresemos, pronto será hora de cenar —dijo una de las muchachas.

—¡Con fuerza, virar hacia la izquierda! —Gritó Lol. Y mientras la barca ligera se deslizaba sobre las aguas, Lol contemplaba el inolvidable paisaje. La luna y las estrellas que brillaban en lo alto. Un suspiro se escapó de su pecho y una lágrima rodó por sus mejillas.

—¿Qué te pasa, Lol? —Preguntó solícita la compañera cercana.

—Nada, Berta.

Y añadió tratando de sonreír:

—Estúpidos recuerdos y tontos sentimentalismos. ¡Vamos, muchachas, cantemos! Dejen de contemplar la luna y suspirar. Eso queda para los cardíacos. Cantemos aquello de *I want to be happy now* (yo quiero ser feliz ahora). Y las voces juveniles se elevaron en alegre melodía, mientras la barca seguía, rápida y graciosa, hendiendo las claras aguas, y la luna continuaba brillando suavemente...

Horas fugaces*

Silencio profundo invadía la coqueta y perfumada alcoba, interrumpido solo por el ronronear de un hermoso gato blanco, que echado en un almohadón, miraba a su ama tan fijamente como si hubiera querido penetrar sus pensamientos.

Fresca brisa entró por la ventana abierta, y los oscuros cabellos de María Elena se agitaron inquietos. Sus negros ojos contemplaron la negra altura, donde brillaban rutilantes algunas estrellas. Y María Elena recordaba... repasaba uno a uno los incidentes, las pequeñas aventuras y grandes emociones que habían llenado el espacio de su corta vida.

¡Qué pronto había vivido sus veintidós años! ¡Qué rápidamente habían pasado las horas, los días, los meses!

* Argentina Díaz Lozano, "Horas Fugaces", *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales de Honduras*, vol. 5, n. XII, (30 de noviembre de 1933): 309-310.

Retrocedió siete años, y se vio la alegre colegiala quinceañera; coqueta, vanidosa, segura de su belleza y feliz de haber salido del tranquilo y apacible convento. Sonrió compasiva al evocar la pálida sor Dolores, a quien tanto dio que hacer con sus travesuras y caprichos de niña mimada. Después... su viaje a un país extraño, con nuevas impresiones, sueños, que en parte se vieron realizados; y la rueda del tiempo que seguía corriendo vertiginosamente, mientras ella, ávida, recogía todas sus emociones.

¿Y el amor?... Muchos se lo habían ofrecido, pero ella creyó sentirlo una vez. ¿Amó de veras?... Ni ella misma lo sabía. Fue aquello tan rápido que ahora le parecía muy lejano. Pensó en las palabras de una de las heroínas de González Anaya: “Hay que gozar de la vida como se pueda, a borbotones, en los años de la juventud; llenarla de impresiones profundas, para luego, ya ancianita, vivir de los dulces recuerdos. ¡Infelices las almas que no han vivido, porque no podrán recordar!”. Y María Elena sonrió tristemente; había tenido muy en cuenta aquellas palabras.

Se sabía joven, bella; pero le faltaba aquella fe, aquella confianza, aquella ansia de soñar, y vivir que la había acompañado siempre. Y sintió frío, un frío despiadado que invadió su corazón y heló todo su fuego, toda su vida.

Dos lágrimas grandes y claras iluminaron su hermoso semblante, lágrimas que enjugó calmosa, mientras tratando de sonreír. Miró al gato con cariño, le acarició el suave y blanco pelo, diciéndole a la vez muy quedo:

—¡Tú sí que eres feliz, minino! En tu cabeza no caben los pensamientos, ni las vacilaciones, ni los recuerdos.

Las doce de la noche dio un reloj cercano, fueron doce campanadas, lentas, graves.

—¡Quisiera poder detener el tiempo, minino! ¡Tengo miedo; miedo de seguir viviendo!... Y con la cabeza aprisionada entre sus manos, la hermosa María Elena se quedó dormida.

Tegucigalpa, 1933

Luchas del corazón*

I

Anocheecía. En la semi oscuridad de la alcoba. Margarita y Diana hablaban, sentadas sobre un mullido canapé.

—Es imposible, —decía Diana con desesperada voz—, no puedo más. Yo no puedo tolerar que este hombre me tenga así, en tan pobre concepto. Imagínate. Margarita, si lo que te voy a contar no es el colmo.

Hace algunos días regresaba de hacer algunas visitas, y ya para llegar a mi casa una vecina amiga me invitó a entrar y a tomar de un vino que ella misma había preparado. Lo tomé, le dije que su preparación era un éxito, que lo había encontrado sabrosísimo, y me dirigí a mi casa. Luego de haber llegado sentí fuerte dolor de cabeza y me retiré a descansar. Luego llegó Raúl y me preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes indispuesta?

—Ya me pasará —le contesté, y añadí riendo:

—Figúrate que la vecina quiso que probara de su vino que ha fabricado: muy sabroso estaba, pero me ha ocasionado fuerte mareo y dolor de cabeza.

¿Y sabes lo que me dijo entonces, Margarita?

—Yo en tu lugar me habría reído, pero te veo tan alterada que no tengo idea de lo que te pueda haber dicho.

—Con una sonrisa irónica, que para mí fue odiosa, me preguntó que si no sería que había andado de fiesta con algunas amigas y amigos; y recalcó lo de “amigos” con repugnante insistencia. ¿Crees tú que yo deba seguir viviendo con un hombre que es mi esposo y cuyas dudas nos rebajan a los dos?

Margarita quedó pensativa un momento, y después contestó perpleja:

—Tú eres lo bastante inteligente y valiente, querida Diana, para resolver tu problema. Los celos son hijos del amor, dicen por allí, y son inevitables entre dos personas que se quieren; pero esa

* Argentina Díaz Lozano, “Luchas del Corazón”, Tegucigalpa, s. 94, n. 374, (11 de marzo, 1934): 18-19.

continua duda y desconfianza que te manifiesta tu marido no la creo correcta, y comprendo que ofenda a una mujer orgullosa y digna como eres tú. Trata de luchar un poco más, hazlo, razona, hazle ser lo indigno de su proceder; porque... lo quieres todavía, ¿no es verdad?

—Lo quiero siempre, sí, pero sus continuos celos y dudas hacen que el hombre que yo admiraba vaya descendiendo ante mis ojos. El hombre que pierde la confianza y la fe en sí mismo no puede ni debe esperar la de los demás.

—Pero lo quieres todavía. Puedes asirte de ese resto de amor que le guardas y luchar un poco más.

Las dos amigas se despidieron cariñosamente. Diana quedó sola. Encendió luz en su alcoba y se miró al espejo. Había huellas de lágrimas en sus ojos, huellas que ella se apresuró a borrar con polvos y un poco de *rouge*.

—¡Buenas noches, Diana!

—¡Raúl! No te oí entrar. Vienes tarde, seguramente has trabajado mucho. ¿Muy cansado?

—¿Y por qué te sorprendes?... ¿No te había dicho esta mañana que vendría un poco tarde? ¿Era que no me esperabas todavía? De todos modos, siento haberte molestado. De haberlo sabido, me quedo en mi oficina.

Ella fingió no haber prestado atención y dijo suavemente:

—Te veo cansado, Raúl. Vamos al comedor la cena debe estar ya servida.

II

Brillaba el sol en todo su esplendor la mañana siguiente. Cielo azul sin nubes, suave y fresco airecillo, perfume de rosas y limoneros. Diana sintió un irresistible deseo de salir de la ciudad. Se puso un elegante vestido blanco y bajó al patio.

—Buenos días, Pedro. ¿Está listo el carro?

—Sí, señora. Mírelo usted, reluciente como un espejo.

—Muy bien, Pedro. ¡Qué linda mañana! ¿Verdad? Gozaré de un paseo encantador. Espero estar aquí de regreso antes de que Raúl se levante. ¡Hasta la vista Pedro!

Y el carro arrancó rápido, cruzó algunas calles, todavía casi desiertas, y pocos momentos después corría veloz por la blanca carretera. Diana sentía el vértigo de la velocidad, y el placer de que el viento fresco acariciara sus mejillas y revoliera sus cabellos color de bronce antiguo. Había llegado ya a la playa. Suavemente las olas bañaban la arena que brillaba al sol naciente, y las palmeras de los cocoteros se movían cadenciosas. Los grandes ojos de Diana contemplaron extasiados aquella inmensidad de agua, cuyo azul se confundía allá a lo lejos con el del horizonte. No se dio cuenta de la llegada de un hermoso Roadster.

—¡Que gusto de encontrarla, Diana! ¡Buenos días!

—¡Gustavo! ¿Usted por aquí? ¿También usted sintió el deseo de contemplar el mar en una mañana como esta?

—No, sentí deseos de verla a usted y furioso por la imposibilidad de mi deseo, saqué mi carro y tomé al azar esta carretera, sin imaginarme que iba a tener la dicha de encontrarla.

—Ha hecho mal —dijo ella pensativa.

—¿Mal?... Culpe usted a la casualidad que me ha proporcionado tan grata sorpresa, no a mí. ¿Tendré que soportar otra reprensión como la de la noche del sábado, por permitirme pedirle una tercera pieza?

—Bien sabe usted que la gente no cree correcto que una mujer casada baile tres piezas con un mismo caballero, —contestó ella con una sonrisa burlona.

—Y violentó usted sus deseos, y se fue a bailar con aquel lechuguino de Dubault. ¿Tanto le preocupa lo que diga la gente?

—No, es que yo sentía que no debía hacerlo. ¿Por qué no dedica sus atenciones a alguna mujer soltera? Hay tantas muchachas bonitas que se considerarían felices de amarlo.

—Muchas gracias, pero es que no son más que eso que usted acaba de decir, muchachas bonitas. Ninguna me interesa. La quiero a usted, lo sabe bien, y si me he atrevido a decírselo es porque tengo la seguridad de que no es feliz.

—Basta, basta, Gustavo. Debo irme, es tarde ya. ¿Se queda?...

—Sí, me quedo pensando en usted. —Y añadió mirándola intensamente— le ruego que no olvide que la quiero más de lo que usted se imagina.

Ella puso en marcha su carro y contestó tratando de reír:

—¡Adiós, Gustavo! Sabe usted decir cosas muy bonitas.

Media hora después estaba en su casa. No podía apartar de su pensamiento las frases de Gustavo, ni la mirada franca y sincera de sus ojos verdes.

—El desayuno está servido, señora...

—Gracias, Berta, voy al momento, ¿y Raúl?

—El señor se levantó temprano hoy, se desayunó y se fue a su despacho.

—Bien, vamos al comedor, pues.

Se sentó a la mesa y comenzó a tomar distraídamente pequeños sorbos de café, mientras sus ojos parecían mirar a lo lejos y su alma se preguntaba angustiada: “¿Qué haré, Dios mío? ¿Estaré al borde de un abismo o de la felicidad?...”

Se levantó y se dirigió al despacho de su marido. En sus ojos se leía una decisión, mientras sus labios murmuraban: “Haré el último esfuerzo, me asiré fuerte al último resto de amor”.

—¿Qué tal, Raúl? ¿Muy ocupado?

—Algo, sí. Pero siéntate. Me alegra que hayas venido. ¿Saliste esta mañana?

—Sí, la mañana estaba espléndida.

—¿Por qué no me hablaste? Ni siquiera me dijiste dónde ibas. Me hubiera gustado acompañarte.

—Lo siento. Pero te vi tan profundamente dormido que no quise despertarte.

—No quisiste despertarme, ¿eh?

Las mejillas de Diana se encendieron de indignación, pero hizo un esfuerzo por sonreír y dijo dulcemente:

—Raúl, hace dos años que no te das unas vacaciones. Debes sentirte cansado. Yo también me siento cansada... espiritualmente. ¿No quieres que vayamos a Rocas Blancas a pasar unas semanas y a recordar nuestra luna de miel?

—Cansada espiritualmente... Dices unas tonterías, Diana; aquí estamos bien, y, además, no puedo dejar por ahora mis negocios. Y añadió mirándola fijamente— ¿Por qué quieres alejarte de aquí? ¿Huyes de algo?

Diana se puso de pie. Su voz temblaba de ira mientras decía:

—¿Huir de alguien? No, Raúl, yo no necesito huir de nada, yo no veo emboscadas ni caminos tortuosos como los ves tú por todas partes. Veo un camino muy hermoso y muy recto delante de mí.

Y salió, muy despacio. Cerró la puerta del despacho, como quien cierra la puerta a la última esperanza, con una gran angustia en el alma.

III

Una luminosa tarde de abril, Gustavo Morell recibió una perfumada esquila que decía estas palabras:

“Hoy a las cinco estaré en la playa, Diana”.

Feliz, el corazón latándole con fuerza, saltó a su carro y poco después estrechaba aquellas manos blancas.

—¡Diana...! —Pudo decir apenas con temblorosa voz.

—Sí, yo, Gustavo. Tan pronto como se tramitó mi divorcio, y me sentí libre, me acordé de lo que me dijo hace dos meses en este mismo lugar.

—¡Eres adorable, Diana!... ¿Y él no se opuso a la separación?...

—Al principio sí, pero no se puede hacer cambiar de ruta a una mujer decidida, y... enamorada.

—Te quiero intensamente, Diana. ¡Qué hermosa veo la vida a tu lado!

Diana se sintió feliz. Feliz de ser amada, de amar, de ser joven y bella. De la amargura de su pasado amor ya no quedaba vestigio. La vida le había dado al fin algo valioso, grande y hermoso.

Tegucigalpa, 1934

Dulce secreto*

Mrs. Helen Blackmore se complacía aquella tarde en evocar sus recuerdos. No se dio cuenta de que el sol iba desapareciendo y de que su alcoba iba quedando en la penumbra. Una triste sonrisa vagaba en sus bellos labios, mientras sus grandes ojos parecían mirar a lo lejos...

Era negra la noche. Frío el viento que abatía los copudos árboles que se erguían cual fantasmas. Desierta parecía Hidden Corner. Sus altivas paredes se alzaban solemnes y silenciosas.

—¡Hermoso lugar este! Me parece estar en un viejo castillo. ¿Oyes el viento, Randolph? Tengo frío y... tengo miedo —había dicho ella recostándose mimosa en su hombro.

—¿Miedo... de qué? No pienses en nada y vive el momento, Mía; no todos tienen lo que nosotros. Dos corazones grandes para amarse y darse por entero.

—Bellas cosas sabes decir, mi Randolph. Te creo y te quiero.

Él, entonces, la había tomado en sus brazos y la había besado largamente, intensamente, con todo su cuerpo y toda su alma. “¡Te quiero mía para siempre, Helen; no podría vivir sin ti!”, le había dicho con la voz temblorosa de pasión, mientras delirante la estrechaba en sus brazos.

¡Como le latía el corazón al recordarlo! La vida la había aprisionado en sus anillos de hierro. Implacable le había exigido un tributo; el tributo que toda mujer “bien” debe pagarle. Hija de un honorable y respetable anciano, no había podido protestar cuando las circunstancias la habían obligado a contraer matrimonio con un joven y rico ingeniero, íntimo y querido amigo de su familia. Desde entonces... todo había acabado. Había pagado el tributo y había lacerado su alma. El círculo de hierro la tenía aprisionada y para romperlo tendría que pisotear su propia dignidad, y eso... ¡eso no lo haría nunca!

Dos lágrimas asomaron de los ojos magníficos, al traer a su memoria la última cita en Hidden Corner. Posó su mano sobre sus labios, aquellos labios que él había besado con tanto fervor, y casi en un sollozo musitó:

* Argentina Díaz, “Dulce Secreto”, *Tegucigalpa*, s. 96, n. 381, (29 de abril, 1934): 17).

“Vivirás en mis recuerdos Randolph, serás dueño de todo lo hermoso y noble que hay en mi yo interior. No importa que me hayas juzgado mal. Yo te perdono y... y te quiero siempre”.

—¿Qué haces aquí tan sola, querida? Es tarde ya, las ocho y treinta. ¿Te olvidas que debemos asistir a una fiesta en el consulado francés? Anda, arréglate y piensa que esta noche quiero verte hermosa, muy hermosa.

Como en un sueño oyó ella la voz de su marido, secó sus lágrimas y sonrió dulcemente.

—¿La fiesta? ¡Ah, sí! Perdóname, se me había olvidado. Pronto estaré lista, Francis, te lo prometo.

Y aquella noche, Mrs. Helen Blackmore estuvo bella y sonriente como nunca...

Tegucigalpa, abril de 1934

El secreto de Diana*

La armonía y felicidad hogareña era manifiesta en el risueño comedorcito del matrimonio Valdés: sobre todo en aquella alegre mañana de junio en que el sol brillaba con todo su esplendor en un cielo sin nubes.

Una mujer bella, un hombre distinguido, y un chiquillo bullicioso y parlanchín, formaban aquel cuadro encantador.

—Tendremos un hermoso día, Diana —decía él mirando un rayo de sol que penetraba por la ventana abierta y bañaba los rubios cabellos de su esposa—. Creo que hoy podremos dar un paseo por las afueras de la ciudad. Regresaré temprano de la oficina para limpiar el Ford.

Y levantándose del asiento besó con efusión a su hijo, y a Diana que sonreía y lo miraba con amor.

Habría transcurrido una hora desde la partida de Alfonso, y Diana se ocupaba en arreglar su dormitorio, cuando entró Marta, la sirvienta, con un sobre en la mano, diciendo:

* Argentina Díaz Lozano, “El secreto de Diana”, *Tegucigalpa*, año VIII, s. 65, n. 258, (20 de diciembre, 1931): 5-6.

—El cartero ha dejado esto para usted señora.

¿Quién podría escribirla?... De su madre había recibido una carta el día anterior. ¿Sería alguna amiga?...

Con mano temblorosa rompió el sobre y sacó un papel blanco, escrito en letra grande, irregular. A medida que Diana recorría con sus ojos los renglones, una intensa palidez cubría su semblante. ¿Cómo podría ser cierto lo que estaba leyendo? Su Alfonso, tan bueno, tan amante siempre, ¿cómo podría engañarla?... Y volvió a leer las líneas fatales:

“Un amigo, señora, una persona que siente por usted especial aprecio, se toma la libertad de escribirle, para quitar la venda que cubre sus ojos de mujer enamorada y confiada. Su marido la engaña, ¿quiere usted convencerse de ello? Haga vigilar a su esposo una de estas noches, y lo verán entrar en un apartamento de la calle Ybor, N.º 7”.

Diana estrujó el papel en sus manos y lo tiró al suelo con desprecio. ¿Quién escribiría aquel anónimo vulgar?... Seguramente alguna persona envidiosa de su dicha. Pero, ¿y si aquello era cierto? ¿Y si su Alfonso querido no era más que un hipócrita que sabía fingir admirablemente?

Y los hermosos ojos azules se le llenaron de lágrimas. “¿Será cierto, Dios mío?”, gemía la pobre. Pero su desesperación duró pocos minutos. Su carita de niña mimada cambió de expresión, y una resolución inquebrantable se marcó ya en sus facciones tranquilas.

—Iré yo misma —dijo en voz baja—. ¿Por qué no? Mi felicidad antes que todo. Además, solo que yo lo vea con mis propios ojos, solo entonces me convenceré de la falsedad de Alfonso. —Y optimista continuó sus quehaceres.

Aquel día hizo una tarde lindísima. El cielo estaba azul. El aire fresco y suave. Un Fordcito reluciente corría por la blanca carretera, y en él, Alfonso, con su mujer y su hijo, reían contentos y felices de vivir. Solo de vez en cuando, el recuerdo de aquel papel venía a enturbiar la alegría de Diana, que se tranquilizaba diciendo: “Esta noche me convenceré”.

II

Las ocho habían dado ya. Alfonso jugaba con su hijo en la pequeña salita. Pero luego su frente se ensombreció, su mirada tomó una expresión preocupada y, dirigiéndose a su esposa, dijo:

—Voy a ir al club un ratito, Diana. Vendré luego.

La pobre trató de sonreír y contestó:

—Anda querido, diviértete un poco, pero trata de regresar luego. Yo también estoy lista para salir. Iré a ver una amiga. Dejaré a Alfonsito dormido y lo cuidará Marta.

Se despidieron en la puerta. Diana se quedó parada un instante, y cuando vio que su marido había cruzado la esquina, bajó más el ala de su sombrero de fieltro, subió la piel de su abrigo y echó a andar apresuradamente, diciéndose: “Llegaré antes que él, y tendré tiempo de ocultarme en alguna parte”. Y repetía: “Calle Ybor, N.º 7”.

Tomó el tranvía en la avenida más próxima, y veinte minutos después caminaba por una calle angosta y descuidada. Miraba con atención los números de las casas, hasta que encontró el que deseaba.

—Aquí es —murmuró—. Pero ahora, ¿dónde me oculto?

Toda temblorosa pasó a la acera opuesta y entró en una pequeña tienda de comestibles.

—Véndame... véndame una lata de... de peras —balbuceó toda aturdida.

—Sí, señora, con mucho gusto —respondió el obeso tendero, mirando con curiosidad la elegante figura de Diana.

Pagó el importe de la lata, y con una sonrisa en sus labios rojos dijo:

—He caminado bastante. ¿Quiere usted permitirme sentarme a descansar un poco?

—Sí, señora, sí. Siéntese, aquí tiene una silla.

Gracias, muchas gracias —respondió ella con voz ahogada, porque había visto ya la silueta de su marido que se detenía frente al apartamento N.º 7 y que entraba por una de aquellas puertas angostas.

Un calor fuerte invadió sus mejillas, y en su corazón, que latía violentamente, sintió una pena inmensa, un dolor casi material. Pero trató de disculparlo, todavía pensando: “Tal vez venga a visitar

a algún amigo, nada más”. Y, fortalecida con esa idea, preguntó al tendero:

—¿Quién vive allí en esa pieza del apartamento N.º 7?...

—¡Oh! —Respondió el dependiente, contento de poder soltar la lengua—. Allí vive mi más linda vecina. Una muchacha guapísima, de ojos y cabellos negrísimos, que se llama Virginia Morton.

—¿Virginia Morton? —Repitió la pobre, tratando de dominar la ira y los celos que la devoraban. Y, levantándose bruscamente, salió de la tienda, después de dar las gracias una vez más al asombrado dependiente.

—¡Dios mío, —gemía la pobre— y yo que le he amado tanto! ¿Qué haré ahora que me he convencido de su falsedad?

Llegó a su casa, y febril empezó a pasearse en su alcoba, tratando de poner en orden sus ideas.

Una hora después llegó Alfonso. Y al ver a su mujer tan agitada, preguntó:

—¿Qué te pasa Diana?... ¿Te duele la cabeza?

—No es nada —contestó ella, secamente.

—¡Pobrecita mía! Ven, siéntate a mi lado, qué tenemos que hablar.

Diana obedeció casi maquinalmente.

—Ante todo, querida, te ruego me perdones por haber tenido algo oculto para ti. Pero se trata de un episodio de la vida de mi padre que deseaba tener ignorado.

Un rayo de esperanza brilló en el corazón de la pobre Diana, y, todo lo amable que pudo, dijo a su marido:

—Sigue, Alfonso, sigue.

—Tú debes de saber que tres años después de muerta mi madre, mi padre entró en relaciones con una linda inglesa, entonces actriz en un teatro de New York. Pero poco después desapareció y no se volvió a saber de ella.

—Sí, Alfonso, he oído algo de eso.

—Pues bien, lo que nadie sabe es que mi padre tuvo una hija con aquella inglesa. Una hija que ahora es una preciosa muchacha, que ha vivido casi en la miseria con su madre paralítica.

»Cumpliendo con el último ruego de mi padre, y también subyugado por el afecto que guardó a esa dulce criatura, he hecho lo posible por aliviar su desgracia. Quizás nunca me hubiera decidido a contarte todo esto, pero la pobre muchacha ha perdido a su madre, que hace algunos días falleció, víctima de su parálisis. Ahora está completamente sola.

—¿Cómo se llama tu hermana? —Preguntó Diana ansiosamente.

—Se llama Virginia Morton: pues lleva el apellido de su madre, y si tú quieres que la adoptemos, se llamará Virginia Valdés, dime entonces sí...

Diana no lo dejó terminar. Riendo y llorando al mismo tiempo, se abalanzó sobre el cuello de su marido exclamando:

—¡Oh, mi Alfonso querido! ¿Virginia Morton has dicho? ¡Qué bonito nombre!; ¿por qué no me habías contado todo eso?... Trae mañana mismo a la pobrecilla. ¡La voy a querer tanto!...

Alfonso, agradecido, y sorprendido también de que el asunto tuviera tal acogida de Diana, pensaba:

“La pobre es tan buena y tan compasiva. Seguramente Virginia encontrará en ella una verdadera hermana”.

Diana, no obstante su exaltada alegría, supo dominarse. Nadie supo que ella también había estado en la calle Ybor.

Cuando se acordaba de su locura, una leve sonrisa se dibujaba en sus labios, mientras miraba con cariño a Virginia, que vivía completamente dedicada a su sobrinito, el pequeño Alfonso.

Tegucigalpa, diciembre de 1931

Flor de hospital*

Cuarto de hospital. Olor a éter. Rayo de sol que penetra por la ventana abierta. Fatigoso respirar de una bella mujer que yace sobre el lecho blanco. Enfermera que lee con calma un *magazine*.

—¿Cómo sigue la operada, *Miss Thompson*?

—La temperatura ha bajado a los treinta y seis grados, doctor.

Maurey, el famoso cirujano del hospital Saint Lazarus, tiene gran confianza en sí mismo, y en la pericia con que su mano maneja el bisturí. Esta vez la operación atrás sido sencilla y el paciente, una linda y joven mujer que pocos días ha estaba rebosante de salud, esposa de un buen amigo suyo, el ingeniero Nelson.

Con solicitud se acercó al lecho, y tomando una de las manos frías de la enferma, miró atentamente su reloj de puño por un minuto.

—Sesenta y dos pulsaciones por minuto, *Miss Thompson*. No me gusta mucho, pero vendrá la reacción. Pronto despertará. Lleva ya dos horas de estar bajo la acción del éter. Y mirando el semblante pálido de la enferma, los bellos labios contraídos, el rubio cabello en desorden, añadió: —su aspecto general es bueno. Si observa algo anormal, *Miss Thompson*, me avisa inmediatamente.

Y el doctor Maurey salió, cerrando la puerta muy despacio. Un hombre le salió al encuentro en el pasillo.

—¿Cómo está ella, doctor?... Quiero decir, la señora Nelson... Una gran ansiedad alteraba aquel semblante de varonil expresión.

El doctor vaciló un poco antes de contestar:

—Está bastante bien. Muy tranquila, el éter no le ha producido esa desesperación que se apodera de otros operados. ¿Es usted su pariente, supongo?

—No doctor, es decir... Sí. Me intereso mucho por ella. Somos amigos, buenos amigos. Sálvela usted, Maurey, no la deje morir... Por favor... Y se alejó precipitadamente.

—¡Adelante! —Contestó en voz baja *Miss Thompson*, al oír los suaves golpecitos dados en la puerta. Un hombre elegante entró, y después

* Argentina Díaz Lozano, "Flor de hospital", *Tegucigalpa*, año IX, s. 100, n. 400, (9 de septiembre, 1934): 18.

de saludar a la enfermera, con una leve inclinación de cabeza se dirigió hacia la enferma.

—¿Está muy blanca y muy fría, no le parece, *Miss Thompson*?

—Preguntó, con el terror reflejado en los ojos grises.

—No se ponga así, Mr. Nelson. El doctor acaba de salir, y dice que el estado de su esposa es bastante bueno. Puede hablarle, lo conocerá porque comienza a despertar. ¡Doris! ¡Doris! Soy yo, querida. ¿Cómo te sientes?

Los ojos azules se abrieron del todo, y los labios pálidos se movieron para decir con voz desfallecida:

—¿Tú, Henry?... ¿Ya me operaron?

—Ya, querida, y el doctor dice que estás muy bien y que pronto te curarás. Mira, esta es tu enfermera, la señorita Thompson.

—*Miss Thompson*, por favor... tengo sed.

—Comprendo, señora. Aquí hay hielo, puede tomar un pedacito. Y usted, Mr. Nelson, puede retirarse. Su esposa no debe fatigarse mucho.

—Entiendo, señorita. Cuídela mucho. Le ruego telefonarme a la oficina con la frecuencia que pueda, diciéndome cómo se encuentra Doris.

¡Hasta la tarde!

—¿No ha preguntado nadie por mí? —Dijo la fatigada voz de la enferma.

—No, señora; todavía no.

—Por favor, *Miss Thompson*, llame al teléfono 1315 y hable con Mr. Paul Cradley, dígame... No, mejor no, señorita. El vendrá, yo sé que vendrá.

La enfermera no contestó. Su discreción estaba a toda prueba. Tenía ya ocho años de ejercer su profesión y sabía respetar los asuntos particulares de sus enfermos. Miró a la bella mujer, tan lánguida, tan débil, y pensó qué horrible sería si... Pero no, el doctor Maurey era un gran cirujano. Y las horas pasaron lentas.

Un lejano reloj dio las tres de la tarde.

—No sé qué pasa, Miss Thompson, casi no le siento pulsaciones. Los latidos del corazón son muy débiles.

Y bajando la voz, un tanto alterada, añadió:

—Avisé a Nelson mientras voy a preparar una inyección. Maurey presintió una lucha cuerpo a cuerpo con la muerte, y como tantas veces la había vencido, no perdió la fe.

Alguien tocó la puerta, y la enfermera se apresuró a abrir.

—¿Cómo sigue Doris, señorita?... ¿Puedo verla? Soy su amigo, pariente de ella. Por favor, señorita.

Y aquel hombre hermoso y fuerte suplicaba con la mirada más que con las palabras.

—Pase usted, caballero.

No le oculto que la señora está mal.

Miss Thompson comprendió. Su intuición le dijo que aquel hombre era Paul, Paul Cradley; salió y los dejó solos.

—Mírame, Doris; ¿no me conoces?

Los amados ojos se abrieron y le miraron largamente, los labios se esforzaron por decir algo. Trabajo le costó a él entender lo que decían en voz muy tenue.

—Al fin llegaste, Paul. Tengo miedo, bésame.

Él la besó, primero suavemente, como se besa a una madre; y después con furia, con frenesí, como si con sus besos hubiera querido alejar la muerte que él sentía en el cuarto.

—No me dejes, Paul. —Los grandes ojos se llenaron de lágrimas suplicantes.

—El doctor Maurey y Mr. Nelson vienen —advirtió la enfermera, entrando.

Paul Cradley la oyó como en un sueño. No pensó en nada, sólo sintió que no podría alejarse de allí. Sentía un dolor casi material, y anonadado se alejó a un ángulo del cuarto y se sentó a esperar. El marido desesperado y el cirujano famoso no lo vieron, porque cuando llegaron al borde del lecho ya todo había acabado para Doris. Muy pálida estaba. En su semblante reinaba la augusta paz.

Nelson comprendió, y con voz alterada por el dolor y la impotencia, gritó:

—¡Maurey! ¡Maurey! Pero Dios mío, ¿cómo fue?...

El doctor tenía la cabeza baja y los brazos caídos. De una mano pendía la jeringa inútil.

—El corazón... fue el corazón. Le falló.

Ni Maurey ni Nelson vieron que un hombre encorvado bajo el peso de una gran pena salió del cuarto. Solo Miss Thompson lo vio; y, siempre comprensiva, sintió una gran compasión...

Tenga valor, Mr. Cradley; es en estos casos cuando debemos apelar a todo nuestro valor.

Paul quiso sonreír, pero en sus labios solo se dibujó una mueca. Y se alejó despacio...

Tegucigalpa, 1934

El descuaje de los bosques y sus consecuencias*

*Conferencia por Argentina Díaz Lozano, leída por la estación
radiodifusora H.R.N*

Gentilmente invitada por la Asociación Médica Hondureña para dictar una conferencia sobre algún tema útil y provechoso para el país, tengo el placer de dirigirme a vosotros distinguidos radiooyentes. Rogándose escuchar mi sencilla plática con la seguridad de que me anima un intenso deseo de ser útil a mi querido país. El tema no puede ser más sencillo, sin dejar por eso de ser de actualidad y de suma importancia.

Lástima grande que yo no pueda desarrollarlo como realmente quisiera. El descuaje o corte de los bosques y sus consecuencias es el tema por mi escogido, y sobre el que voy a hablaros, aunque sea de una manera deficiente.

Tegucigalpa, esta romántica Tegucigalpa, por cuyas empedradas calles pasearon antaño su última hermosura las damas castellanas;

* Argentina Díaz, "Descuaje de los bosques y sus consecuencias", *Tegucigalpa*, vol. III, n. 43, (enero, 1935): 4-5.

era, según el decir de ancianos que vivieron algo de aquella época, una bella ciudad de purísimo estilo español, arrullada por el suave rumor de los pinos, que esbeltos se erguían y cubrían los altos picos de Berrinche, Picacho y Juana Laínez. Nuestro río Choluteca, caudaloso e imponente, regaba y fertilizaba las verdes campiñas que encontraba a su paso, embelleciendo con sus plateadas aguas estas históricas villas de San Miguel y Concepción.

Era famoso el clima de Tegucigalpa: famosas sus aguas abundantes y frescas; famosas sus mujeres de saludable y natural belleza. Sus alrededores verdes y pintorescos paisajes, donde la sociedad de entonces iba a pasar ratos de solaz y esparcimiento.

Era yo una chiquilla de once años cuando vine a esta capital por primera vez en 1921. Ya entonces había que recorrer algunos kilómetros en automóvil para encontrar un sitio sombreado y fresco. Mientras tanto, por nuestras estrechas calles pasaban tranquilas e impasibles las caravanas de acémilas cargadas de leña de roble y de pino. El roble y el pino, nuestros árboles nacionales, los emblemas de nuestra autóctona altivez; miserablemente caídos bajo el hacha implacable de nuestro campesino, que inconsciente del daño que a sí mismo se causa, no ve en ello más que un fácil medio de vida. Pasan los años y los antes frondosos bosques se van convirtiendo en interminables y áridas planicies y en tristes y desnudas alturas, que como los picos que rodean esta capital, parecen severas murallas.

El árbol es un constante protector de los elementos naturales indispensables para la vida: el agua, el aire, el clima y la fertilidad de los terrenos. A estas conclusiones han llegado los científicos que actualmente estudian las causas de la terrible sequía que en estos últimos años ha agobiado algunos lugares de los Estados Unidos del norte; y gente práctica y dinámica no ha vacilado en poner remedio al mal, mandando a cientos de hombres ocuparse en la siembra de árboles para cubrir las grandes extensiones de tierra que han quedado de soladas bajo el hacha de los negociantes en maderas. Y si allá, que solo utilizan la madera para construcciones y algunos ramos de la industria, han llegado a tal extremo, ¡qué sucederá a nuestros pobres bosques, aquí donde también los utilizamos como combustible!

Cuántos pinos y robles hay en esas innumerables cargas de leña que diariamente se consumen en las cocinas de Honduras. Hay tiempo todavía de que tomemos ejemplo y se busque la manera de evitar en lo posible el corte de nuestros bosques, tan necesarios para nuestra vida. La falta de ellos hace que los ríos y vertientes se vayan secando, porque sus aguas, sin ninguna sombra que las

proteja de los ardientes rayos del sol de nuestros largos veranos, se evaporan en grandes cantidades.

Es esta una de las causas porque la falta de agua se hace cada vez más notoria. El río Choluteca, que antes embellecía y ejercía una eficiente labor sanitaria, no es más que un arroyuelo insignificante de aguas estancadas que más bien son perjudiciales a la salud, porque, aunque en invierno se llena demasiado su cauce, bastan pocos días de sol para que toda el agua, huérfana de árboles que le den sombra, se evapore rápidamente. Hay grandes evaporaciones y, por consiguiente, las torrenciales lluvias son más amenazadoras cada invierno.

El corte de leña constituye, como dije, un fácil medio de vida para nuestro campesino, poco habituado al trabajo; y en nuestras cocinas es indispensable esta leña como combustible. Es este pues, un problema que no se puede solucionar de una vez, sino que poco a poco, nosotros mismos, con buena voluntad y conscientes de las ventajas que nos traería el cambio de combustible, debemos resolverlo. Al campesino debe demostrársele el perjuicio que a sí mismo se causa con el corte de los árboles, y enseñarle a cultivar la tierra, pues ellos se conforman con sembrar el maíz y el frijol, para pasar ociosos la mayor parte del año.

Entonces, ¿cuál sería el combustible que pueda sustituir a la leña? Ese combustible que existe en Honduras en grandes cantidades, sería consecuencia de una industria fuerte y prometedora en la que se ocuparían cientos de esos campesinos a quienes tanto gusta el corte de leña. ¿Cuál sería esa industria prometedora? La industria del carbón. Hay grandes minas de ese mineral en Honduras, de ese mineral que constituye una de las fuentes de riqueza de España y Francia. Solo faltan brazos que lo explote, pues es esta una industria para cuyo desarrollo no se necesita más que una voluntad emprendedora y fuerte.

Sería un gran placer para mí saber que alguien ha recogido mi idea, pues en el sur y norte de esta república hay cerros que son verdaderos bloques de carbón. El o los que emprendan esta industria tendrán a no dudar el apoyo decidido del gobierno y de los hondureños sensatos, y también éxito pecuniario, pues del carbón se sacan muchas sustancias químicas de gran valor, además de utilizarlo como magnífico combustible, que en algunos lugares de la república es ya casi indispensable, como en la costa norte, donde hasta en el hogar más pobre, la estufa ha venido a sustituir el antiguo fogón.

Ojalá que los hondureños no esperen a que los extranjeros vengán a explotar esas minas, pues ya hay quienes piensan hacerlo. ¿Por

qué hemos de dejar que los extraños monopolicen negocios que podrían ser exclusivamente nuestros? ¿Por qué no podemos nosotros mismos encontrar el medio de salvar nuestros bosques de las llamas voraces? Da lástima ver cómo esos grandes pinares de Zambrano van desapareciendo bajo el hacha del leñador, o del que extrae resina cortando por mitad el árbol, y también la del negociante en maderas. No podrá el gobierno hacer circular folletos que enseñen al campesino cómo extraer la trementina sin necesidad de cortar el pino del todo... ¿No será esta una manera más efectiva de proteger los árboles y no decretando un día para honrarlos, en que los educandos se complacen en cortar verdes ramas para adornar las escuelas?

Ojalá, como dije ya, que alguien recoja mi idea y que empiece a demostrar prácticamente las ventajas del carbón sobre la leña, primero, para proteger así en gran parte, nuestra vegetación, y segundo, para que esa nueva industria sea un adelanto efectivo para el porvenir de Honduras. Los habitantes de la costa norte deben poner especial empeño en la protección de sus hermosos y ricos bosques.

Que extraigan la madera necesaria para la industria, pero que no la utilicen como combustible, teniendo allá hombres emprendedores que comiencen a explotar las grandes minas de carbón de la montaña de El Jocón, en el departamento de Yoro. Los hondureños no debemos olvidar que nuestra riqueza está en nuestras montañas, grandes, férciles y altivas como nuestros cobrizos y valientes antepasados.

Sor Caroline*

Silencio augusto y perfume de incienso invadían la pequeña capilla. La luz suave de aquella mañana de junio entraba traviesa y juguetona por las ventanas abiertas, mientras en el altar se elevaba la hostia que sostenían las manos temblorosas del anciano sacerdote. Las cabezas se doblaron reverentes y el armonio dejó oír una grave y dulce melodía. Las alumnas del coro nos levantamos con sigilo y fuimos a reunirnos con sor Caroline, cuyas manos diáfanas recorrían con maestría el teclado. Nos sonrió y nos dijo con voz tenue:

—Vamos a cantar “Bienvenido Jesús”.

* Argentina Díaz Lozano, “Sor Caroline”, *Tegucigalpa*, s. 105, n. 419, (20 de enero, 1935): 14 y 23.

Sentía yo mi corazón lleno de piadosos sentimientos, y con voz en que vibraba mi entusiasmo religioso comencé a cantar con las demás. Sor Caroline me volvió a ver con sus ojos azules inundados de luz, y me dijo sonriendo:

—Más suave, niña, más suave.

Creo que me puse toda roja, porque sentí que mi cara ardía. Iba a contestar algo violento cuando vi el semblante pálido de la linda monja, cuyos azules ojos llenos de una ternura infinita se posaban sobre el altar: comencé a cantar de nuevo, lo más suave que pude.

Cuando terminó la misa, salimos todas presurosas porque desde el cercano comedor nos llegaba el olor de las ricas tostadas. Sor Caroline se acercó a mí, y hundiendo sus dedos en mis cabellos me dijo:

—Tienes buena voz, pero también tienes que aprender a dominarla.

Tomé entre mis manos una de las de ella y se la besé mientras le contesté:

—Trataré de hacerlo, sor, se lo prometo.

En su mirada hubo algo como preocupación cuando dijo:

—También tienes que dominar tu carácter. Eres muy impulsiva.

En la inconsciencia de mis quince años no comprendí entonces el significado de aquellas palabras. Hay cosas que solo la vida misma puede enseñarlas.

Sentía un cariño rayano en la adoración por sor Caroline. Desde mi llegada al convento me cautivó su gentil figura y su inalterable dulzura. Influyó no poco la espléndida belleza de la monja, ya que siempre he sido ferviente admiradora de todo lo hermoso.

Aquella traviesa y juguetona mañanita de junio no la olvidaré nunca... Era domingo y, después del desayuno, la superiora nos comunicó la grata nueva de que nos concedía permiso para ir de paseo por el lago.

—Las acompañará sor Caroline y sor Patricia. Annie lleva un abundante *lunch* para todas; de manera que pueden regresar hasta las tres de la tarde. Les deseo un feliz día, hijas mías.

Yo sentí deseos de abrazar a la robusta madre, pero me contuve y me limité a gritar:

—Gracias, madre, ¡muchas gracias!

Con los corazones rebosando alegría, corrimos hacia la playa. Desatamos las lanchas y cogimos los remos. En pocos minutos estuvimos todas instaladas. Annie, la negra, cuidaba del *lunch* que acomodó en varios cajones, mientras sonreía mostrando sus dientes de deslumbrante blancura.

—Sor Caroline, haga el favor de venirse en nuestra lancha —le dije suplicante.

—Venga mejor en la nuestra —gritó Catherine Bentz— le hemos traído algunos cojines para que se siente.

—Gracias, Catherine, le cedo ese puesto a sor Therese. Y volviéndose hacia mí, dijo:

—Me iré con ustedes.

Pocos minutos después, cuatro hermosas lanchas surcaban las claras aguas del lago, cuya quietud alteraban los gritos y risas de cuarenta alegres colegialas. Estábamos en vacaciones, y la mayor parte de pensionistas se había ido a sus hogares.

Una hora después habíamos llegado al bosque de pinos de la otra orilla. Las muchachas se dispersaron por diferentes lados, buscando las sombras amables de los árboles.

—Venga conmigo, sor Caroline, buscaremos una fresca sombra para que juguemos una partida de dominó.

Solo se oía el suave rumor de los pinos, y muy apagados los gritos y risas de las compañeras que jugaban en una cercana colina. Nos habíamos sentado sobre la verde alfombra de la hierba. Yo me incliné un poco para disponer las fichas y comenzar el juego. Un papel cayó entonces de la abertura del cuello de mi uniforme. Lo quise recoger presurosa, pero ya sor Caroline lo tenía en sus manos.

—¿De dónde sacaste este verso?

—Lo copié de un libro, cuyo autor es un famoso poeta inglés.

—¿Su nombre?

—Longfellow.

Ella rió y dijo:

—Longfellow no era inglés, chiquilla; era americano.

—No lo olvidaré, sor, ¿le gustan a usted los versos?

—Sí, me gustan, pero a tu edad no creo que se puedan entender ciertas cosas. Por ejemplo, este verso que has copiado no es apropiado para ti, es demasiado apasionado.

—Pues por eso me gusta, sor.

Los ojos de la monja se posaron en la lejanía, y su voz tomó extrañas modulaciones cuando dijo:

—¿Qué sabes tú del amor y de la vida, niña mía!

—¿Y usted, sor?...

—Sí. Cuando a los veinticinco años entré al convento, ya había vivido el amor y el dolor.

—¿Por qué casi siempre cuando dicen amor dicen dolor?

—Porque casi siempre esos dos sentimientos van unidos.

—Entonces yo no quiero vivirlos, sor.

—Entonces no vivirías la vida, querida niña. Piensa siempre que la vida es muy hermosa con todos sus dolores y alegrías.

—Si piensa así, ¿por qué la abandonó usted?...

—Un momento de desaliento, de ofuscación, de falta de fe en mí misma...

—¿Entonces se ha arrepentido?...

—No; siempre he tenido el orgullo de mis propias acciones.

Algunas bulliciosas muchachas vinieron a interrumpir nuestra conversación, pero yo no la pude olvidar durante todo el resto del día, y aquellas sabias palabras las recuerdo siempre en los momentos difíciles de la vida.

Pasaron las vacaciones y volvieron los días de clase. Cada día ingresaban al convento alumnas nuevas que nosotros veíamos con curiosidad. A las once de la mañana de aquel día de septiembre me encontraba yo jugando una partida de *bridge* con sor Caroline y

algunas compañeras. Vimos a la superiora dirigirse hacia nosotras, con dos hermosas niñas vestidas de negro que la acompañaban.

—Aquí tenemos otras dos nuevas, sor Caroline. Preséntelas a las demás muchachas, y haga lo posible por que se distraigan. Las pobres acaban de perder a su madre.

Cuando la madre se alejó, noté que sor Caroline se había puesto muy pálida y que miraba con singular ansiedad a las nuevas compañeras. La una era rubia, de ojos azules, y representaba unos diez años; la otra, de facciones iguales a las de su hermana, pero con el cabello y los ojos oscuros, podría tener doce. Dejé mis observaciones para oír sorprendida la voz temblorosa de sor Caroline, que preguntaba:

—¿Sus nombres, queridas niñas?...

—Mildred es mi hermana, y Mary soy yo —respondió la mayorcita con cierta timidez.

—Quiero sus apellidos —dijo la monja casi con violencia.

—Davis; mi padre se llama Edward Davis.

—¿Edward Davis...?

Noté que sor Caroline miró a las dos hermanas casi con espanto, pero que luego su semblante fue tomando su expresión habitual de dulzura.

—¿Cómo se llamaba vuestra madre?...

—Helen Richmond —y los ojos de la pobre niña se llenaron de lágrimas.

En la blanca frente de sor Caroline se dibujó un hondo pliegue, pero sonrió dulcemente y atrajo hacia sí a las dos hermanas. Las besó tiernamente, y su voz tuvo maternos melodías cuando dijo:

—Les gustará mucho el convento, y en mí tendréis una madre. Veréis qué felices días os esperan. Vamos, secad esas lágrimas y sonrían. Eso es, así quiero verlas siempre, sonrientes y felices. Vuestra madre está seguramente en el cielo y desde allí vela por vosotras.

Sorprendidas se quedaron las demás compañeras del cariño vehemente que sor Caroline dispensó a las recién llegadas. Solo yo había comprendido y miré a la monja de una manera, sin duda muy

elocuente, porque ella, tomándome la mano confidencialmente, me dijo muy bajo:

—Ya ves, querida mía, cómo la vida es siempre hermosa.

Pasó aquella semana y llegó el domingo, día ansiado por las que esperaban la visita de sus padres. Bajo un frondoso pino rodeábamos varias muchachas a sor Caroline, que leía para nosotras. Escuchábamos con tanta atención que no nos dimos cuenta de que alguien se acercaba, hasta que oímos la voz de Mary Davis, que decía:

—Aquí está mi papá, sor Caroline. Le hemos dicho que era usted tan buena con nosotras, que él ha querido conocerla. Mira, papaito, esta es sor Caroline.

El libro había escapado de las manos de la monja, y, lívida como una muerta, se había quedado viendo a aquel hombre elegante, que la miraba también con extraña emoción.

—¡Margaret! —Dijo al fin él, extendiendo la mano.

—Mucho gusto de volverlo a ver, Edward —contestó ella con voz desfallecida, estrechando la mano que se le extendía.

Él pareció querer decir algo, tal vez mucho, pero nos vio, y dominándose solamente dijo:

—Sé que es usted una madre para mis hijas, sor Caroline; y mi gratitud no tiene límites.

—Quiero mucho a sus niñas, Mr. Davis; le prometo cuidarlas siempre de la misma manera, mientras estén en este convento. Pero me voy, porque la campana me llama a la capilla. ¡Adiós, Mr. Davis!

—¡Adiós, sor Caroline! —Y en los ojos oscuros de aquel hombre elegante brilló una lágrima.

Ella se dirigió con paso lento hacia la capilla, mientras allá en la blanca torrecilla, las campanas lanzaban al viento sus graves notas...

Tegucigalpa, 1935

Libros*

Sobre mi escritorio yacen los libros que varios cultivadores del pensamiento han tenido la gentileza de enviarme. A ellos dedico estas cuartillas que escribo en una mañanita plena de azul y de luz...

Por la ventana abierta entra indiscreto un rayito de sol, que viene a posarse sobre un hermoso volumen que ostenta con letras doradas el nombre de Alberto Uclés. Contiene en sus ochocientas páginas los discursos, artículos y poesías, que el fecundo cerebro de este ilustre hondureño ha producido durante muchos años de brillantes y merecidos éxitos. A esta tierra de altivas montañas y rumorosos pinos le cabe la gloria de ser cuna de este hombre, cuya palabra elocuente y sabia emociona a las multitudes; cuyos artículos llenos de erudición hacen pensar, y cuyas poesías, galantes y suaves como las de un caballero de la corte de Versalles, hacen añorar. Por los tiempos que se fueron... aquellos tiempos de pálidas castellanas y apasionados trovadores.

Me he deleitado horas y horas leyendo sus enérgicos artículos y discursos, verdaderos pozos de sabiduría, y a través de los cuales he visto desfilas gloriosos pasajes de nuestra historia política y social. Su crónica de la inauguración del Club Tegucigalpa en 1892 me hace desear haber vivido en aquella época en que Tegucigalpa era una ciudad romántica y aristocrática, de bellas y delicadas mujeres que sabían pensar y sentir... cuando las fiestas de sociedad eran verdaderos torneos de arte y belleza, donde reinaba el vals y donde las melodías de célebres maestros eran interpretadas por bellas manos de mujer, y los versos de famosos poetas eran dichos por los galantes caballeros, en medio de perfumes de rosas y gardenias.

Dr. Uclés: gracias, muchas gracias por el envío de su libro, que me ha hecho pensar y soñar tanto...

Gemas, de Antonio Ochoa Alcántara, es un estuche que guardo con devoción, y en el que hay tesoros de belleza y armonía, de verdad y de dolor... ¿De dolor?

Sí, porque el dolor es un tesoro que nos purifica y ennoblece, y que nos eleva hasta Dios. *Gemas* es un libro que nos enseña a vivir dignamente. Reciba su autor mi agradecimiento y felicitación.

* Argentina Díaz Lozano, "Libros", *Tegucigalpa*, s. 113, n. 449, (18 de agosto, 1935): 21.

Introducción a la moral de Walter Lippmann, cuya perfecta traducción ha hecho Carlos Izaguirre, es un libro profundo que aborda problemas muy humanos y que hay que leer muy despacio para comprenderlo. Allí precisamente está el mérito del traductor, que ha sabido empaparse de las ideas de Lippmann y verterlas a nuestro idioma en toda su pureza.

Querido lector: cuando quieras reflexionar, lee. *Introducción a la moral*. La escritora brasileña Maura de Sena Pereira ha enviado también su *Cántaro de Ternura*, pequeño libro de poemas que destilan miel y armonías, en los que palpita el alma soñadora y apasionada de su autora. Está escrito en portugués, pero he podido traducir, aunque mal, este poema para que lo saborees, estimado lector, y me digas si no es hermoso:

Ah, no puedes adivinar la consecuencia de aquel beso,
largo y apasionado, que disteis en mi mano...
Aquel beso de culto que parecía jurar:
“conquistaré todo por el premio de tu sonrisa”...
Aquel beso de victoria que parecía decir:
“sé que me amas, porque soy fuerte y bravo como ningún otro”...
Aquel beso llegó hasta mi alma, y me dejó fría y pálida.
Tu beso apasionado que me hizo soñar...
Anhelo vivir sumisa entre tus manos dominadoras;
derramar rosas divinas en tu difícil camino de batallador,
¡servirte dócilmente, y feliz, ser eternamente tuya!

¿Verdad que son bellísimos los poemas de la brasileña?

Arturo Mejía Nieto, autor de numerosos libros, me ha enviado desde Buenos Aires su *Prófugo de sí mismo*, novela que he leído en pocas horas; y cuyo protagonista, un desorientado que nunca supo lo que quería, se suicidó al contemplar su fracaso espiritual y material. El tema interesante, pero demasiado pesimista. Al autor de *Prófugo de sí mismo*, gracias, muchas gracias.

Voces íntimas de Daniel Laínez y *Prosas Kimadas* de Antonio Vidal; son dos libritos de versos muy sentidos y vividos.

Diferentes en la forma, pero afines en el sentimiento, ambos poetas cantan con un dejo de melancolía que en Laínez llega por momentos hasta el más negro pesimismo. No, Laínez, el mundo no es tan abyecto, ni la vida tan triste como usted piensa. Por lo demás, crea que sus versos me han gustado mucho y que agradezco en lo que vale el envío de su precioso libro. Para el doctor Antonio Vidal, que

ha escrito sus prosas rimadas con inspiración y elegancia, van también mis expresivas gracias y mi felicitación por su esfuerzo intelectual.

Tegucigalpa, 1 agosto de 1935

Del camino*

Birmingham es una población como todas las de Estados Unidos. Anuncios, tiendas de a cinco y diez centavos, luces de colores chillantes compitiendo con el día, edificios con pretensiones de rascacielos, carros que se agolpan en las calles olientes a gasolina, etc.

A vista de pájaro puedo apreciar todo esto, porque luego el estridente llamado del autobús nos hace volver a nuestros asientos. Empezamos a devorar distancias, y mientras las ruedas del vehículo se deslizan velozmente por la ancha y asfaltada carretera, nuestros ojos se extasían ante el paisaje, que nos recuerda en algo los nuestros hondureños.

Nos paramos después de una hora frente a un grupo de casas y su inevitable estación de gasolina. Entran nuevos pasajeros al bus, son dos muchachas altas y feas, pero vestidas con esa corrección y limpieza que caracteriza a la mujer norteamericana.

En el asiento de enfrente, dos pasajeros dormitan, mientras a mi lado un hombre joven y rubio no cesa de hablar. Sin duda ha tomado más *whiskey* del necesario.

El conductor acelera, se apodera de él un vértigo de velocidad. No corremos, volamos; y pronto otra nueva ciudad cuyo nombre no entiendo a nuestro *driver* nos hace detenernos nuevamente. Bajan tres pasajeros y suben cinco. Unos van, otros vienen, ansiosos de llegar pronto a su destino y de buscar la manera de obtener *money*, y más *money*.

Vuelvo la mirada curiosa a los asientos de atrás y observo que una muchacha bellísima de ojos azules, ha entablado conversación con su compañero de viaje, un hombre bien parecido, pálido y risueño. Su inglés es propio de la gente del sur, ella había tomado el bus en New Orleans, él en un pueblo cercano.

* Argentina Díaz Lozano, "Del camino", *Tegucigalpa*, año X, s. 117, n. 468, (29 de diciembre, 1935): 4 y 17.

—¿Casada o soltera? —Preguntó él.

—Soltera todavía, a los veinticuatro años —y acompañó sus palabras con una risa simpática.

—Su nombre.

—Catherine Wood.

—Gracias, bonito nombre; el mío no lo es. Hugo Duval.

—¡Oh! ¿Es usted francés?

—Yo no, pero lo es mi madre; por eso escogió para mí un nombre muy francés.

Yo escuchaba interesada y, aguijoneada mi curiosidad volví a ver por segunda vez y noté que los ojos negros de él y los azules de ella se miraban profundamente, de una manera hartamente elocuente...

Dejé de interesarme por los dos viajeros y de nuevo atrajo mi atención el paisaje. Serían las cinco y media, pronto la noche vendría a cubrirnos con su negro manto; allá a lo lejos, más allá de aquel pueblo (o ciudad), cuyos altos edificios iluminan la luz suave de la tarde, el sol nos envía sus últimos dorados rayos desde un cielo azul y sereno. En la solemne quietud de la hora, solamente se percibe el ruido sordo del motor que acelera. Y corremos, corremos siempre, mientras el sol se va pausadamente...

Miro en la guía el nombre del lugar donde hemos pensado pasar la noche, y llegaremos a las nueve, según este librito que rige con exactitud mecánica el itinerario de esta poderosa empresa de autobuses que atraviesa toda la extensión de Estados Unidos.

Son las seis y media. A la luz incierta del crepúsculo sucede la de las luces de colores que anuncian la Coca Cola, la gasolina Texaco los carros Ford, etc., en un pueblecillo de *bungalow*. La voz fuerte y clara del *driver* se hace oír para advertir: ¡*Restaurant* al frente, quince minutos para cenar!...

Al bajar del carro casi tropiezo con la joven de los “ojos azules” y el hombre “pálido y risueño”, que van embebidos en alegre conversación, sin duda muy interesante... Un sándwich y una taza de leche después de lavarse apresuradamente, y la bocina del bus que nos llama. La luna muy alta ilumina la escena. Soy la primera en entrar al vehículo y a tiempo de ver que mi famosa pareja se daba un rápido beso (todo tiene que ser rápido) a la luz

complaciente de la luna que entra furtivamente por la ventanilla. Oigo la voz festiva de él:

—Nos casaremos mañana, al llegar a New York.

Y ella sonríe y consciente con *we sure wil* prometedor. ¡Que veloz va esta gente en todo!... El bus se ha llenado de pasajeros, han entrado dos señoras españolas, a juzgar por la pronunciación rápida y precisa de nuestro idioma. Son madre e hija, y discuten acaloradamente por un... sándwich de gallina que la anciana había pedido de jamón. La hija, una fuerte hembra de unos cuarenta años, eleva la voz airada para decir:

—¡Pareces una chiquilla, me lo pediste de gallina, y ahora dices que lo querías de jamón! Ándate a sentar tranquila, y no molestes más.

“¡Qué amor y que respeto filial tan acendrado!”, digo yo para mis adentros, mientras los “gringos” observan y oyen la escena, aunque sin entender ni jota. A lo mejor creen que estas dos señoras tan vehementes son de Constantinopla.

El bus arranca de nuevo. El pueblo se ha quedado atrás y continuamos devorando distancias, mientras la luna hermosa ilumina el bosque de encinas...

Septiembre de 1934

Primavera*

La noche extendería pronto sus alas negras sobre el universo, a la luz indecisa del crepúsculo se distinguían apenas los esbeltos pinos, que erguidos, aparecían cual oscuros fantasmas. El viento gemía muy quedo, y en las aguas limpias del pequeño lago reflejábase el paisaje crepuscular de aquella moribunda tarde de abril...

A lo lejos, una tórtola llamaba al amado con apasionado acento...

Una muchacha alegre y risueña bajaba en esos momentos por la pendiente, salvando con agilidad y gracia los pequeños obstáculos

* Argentina Díaz Lozano, “Primavera”, *Tegucigalpa*, s. 119, n. 443, (2 de febrero de 1936): 15.

del camino. Con un brazo sostenía el cántaro vacío, que pronto llenaría de agua fresca, y en el otro, estrechados contra su seno, traía un hermoso haz de lirios silvestres.

Sentada sobre una piedra de la orilla contempló el paisaje, reflejado en las aguas; y sus trenzas de negros cabellos, que caían sobre sus hombros; su piel blanca y tersa; sus ojos grandes y azules; y, su busto erguido y palpitante, que mal cubría la limpia camisa de batista rosa...

“Ya tarda”, murmuraron los rosados, húmedos labios; pero sus oídos percibieron luego ruido de pasos en las hojas secas.

—¡Tardabas ya, Víctor!

—Salí tarde del trabajo hoy, acuérdate de que es día de pago; pero he venido tan a prisa como he podido, pues quería verte, mi Tere, quería verte de veras.

—Una importante para nosotros. La esposa de nuestro patrón llega mañana a pasar unos dos meses, y como nos casamos entre unas dos semanas, ella será la madrina. ¡Lo que te quiero, y lo que deseo que llegue ese día!

Rodeó la cintura de ella con sus fuertes brazos y la besó en la boca. Ella acarició los rebeldes y negros cabellos de él, miró ansiosa los labios rojos y grandes que la habían besado, y muy quedo dijo:

—¡Yo también te quiero, Víctor!...

Él la tomó de nuevo en sus brazos, y de nuevo la besó en la boca y en el cuello blanco, suave y palpitante... El viento traía olor a pino, a grama y a tomillo, mientras, a lo lejos, la tórtola continuaba llamando al amado con apasionado arrullo.

La noche había llegado ya...

Tegucigalpa, enero de 1936

Fue en Atlanta*

Sentadas en un cómodo diván, escuchamos aquella noche de invierno la interesante narración de Flora Quintero. Con su voz clara y bien modulada comenzó:

Nuestro taxi apretado de valijas y bultos corría veloz por las calles de Atlanta, la New York del sur, como la llaman con orgullo los «georgianos». Nos había sorprendido gratamente esta ciudad de pintorescos alrededores, de residencias magníficas unidas en caprichosos jardines y bosquecillos, a cuyos apacibles alrededores apenas sí llegaban los rumores de la ciudad comercial e industrial. Cruzábamos ahora una de esas calles típicas norteamericanas, anchas y congestionadas de diversos vehículos que lanzaban al aire su olor a gasolina. Tiendas de a cinco y diez, y tiendas de lujo que exhiben en sus artísticos escaparates los trajes y sombreros de última moda. En las aceras, un continuo ir y venir de gente que me hace pensar en un inmenso y laborioso hormiguero. Y también... los rascacielos desde luego. De lo contrario, a esta ciudad no la llamarían la New York del sur.

Habíamos dicho a nuestro guía que nos llevara a una pensión decente, para familias, donde pudiéramos permanecer unos dos días, pues pensábamos conocer Atlanta, “aunque fuera a la ligera”; según propia expresión de mi amiga Marta Milla, cuyos ojos ansiosos miraban a diestra y siniestra con esa curiosidad natural en todo turista. Pero la «pensión decente» no asomaba, y seguíamos corriendo por calles y más calles, un poco menos bulliciosas ya. Pronto llegamos a un barrio tranquilo, de casitas modestas perfectamente alineadas, con sus jardincillos al frente protegidos por verjitas de alambre.

El chirrido de los breques, y la voz de nuestro guía, nos hizo dejar las observaciones. En ese inglés muy de Georgia, nos dijo:

—Aquí lo pasarán ustedes perfectamente. Tienen cuartos amueblados que los alquilan por día, y así tendrán libertad de comer donde les parezca. Sus dueños son dos parientes míos, magníficas personas. Pasen adelante.

Nos habíamos bajado del taxi y seguíamos al robusto muchacho que ya llevaba parte del equipaje.

* Argentina Díaz Lozano, “Fue en Atlanta”, *Tegucigalpa*, s. 122, n. 487, (10 de mayo, 1936): 11.

Era un pequeño edificio de tres pisos, color gris, como los cabellos del viejecito que en el corredor leía un diario, sin darse cuenta de nuestra presencia. Tuvimos que alzar la voz para que nos oyera:

—*Good morning, Sir!*

Levantó la cabeza, se quitó las gafas y nos miró a todos con una especie de curioso asombro. Fue hasta entonces que contestó a nuestro saludo, con una voz baja y gangosa, mientras sus ojillos verdes nos miraban con creciente curiosidad.

—Buenos días. ¿Ustedes quieren cuartos?... Extranjeros, ¿no?...

A nuestra contestación de que, efectivamente, queríamos habitaciones, se levantó con lentitud e irguió su figura alta y angulosa. Nos condujo a una salita de muebles oscuros, viejos y elegantes muebles adquiridos a saber en qué tienda de segunda mano.

—Esperen un momento. María vendrá a mostrarles lo que les podemos ofrecer.

Desapareció cojeando por el oscuro *hall*. La estancia tenía ese olor peculiar de las cosas viejas, y la tristeza del abandono.

El ruido de la ciudad había quedado muy atrás y en la apacible callecita se veían las ramas de los árboles que la bordeaban, moverse cadenciosamente a impulsos del suave vientecito de otoño, que ya se iniciaba a pesar del esplendoroso sol. Nuestro guía se había retirado, y yo me sentía allí tan extraña y tan sola, que le dije a Marta:

—No me gusta nada este lugar. Ese muchacho no nos entendió lo que queríamos. Mejor nos hubiéramos ido a un hotel, aunque el gasto hubiera sido un poco mayor. ¿No te da frío esta casa sola, vieja y oscura?... Mira esas gradas antiguas y crujientes. Parece que invisibles duendes suben por ella.

Mi amiga rió sonoramente y me contestó festiva:

—Para dos noches que pasaremos aquí, está bastante bien. Recuerda que solo vendremos a dormir. Tiempo nos hará falta para vagar por esas calles de Dios. ¿Verdad, Alfonso?

El marido de mi amiga frunció las cejas y miró las gradas con visible descontento. Se encogió de hombros después para decir:

—Por ustedes lo siento, pero estarán muy incómodas.

Pasamos sobre la descolorida alfombra del *hall*, y nuestro viejecito regresaba acompañado de María. ¿Pero aquella era la Mary que nos había anunciado?... Una viejita también de no menos de setenta años, a juzgar por su cara surcada por innumerables arrugas, que erguía su flaca figura y nos miraba con hostil curiosidad.

—Pasen adelante, vengan por aquí.

Cruzamos el pequeño *hall*, y la extraña pareja nos mostró un cuarto pequeño, cuyo “olor a tierra” se nos vino a la cara al no más abrir la puerta. Una cama ancha, un canapé, un lavabo y tres sillas. La única ventana daba al patio, donde se erguía un roble o encina de hojas que comenzaban a “amarillear”. Alguien se me acercó y me tocó en el hombro. Di la vuelta y la cara del viejecillo junto a la mía me hizo dar un brinco.

—Este es el cuarto del matrimonio —me dijo con una fea sonrisa— venga usted, le mostraré el suyo.

Yo temblé al solo pensar que tendría que subir aquellas gradas en tal compañía, así que rogué a Marta me acompañara. La madera crujía dolorosamente mientras subíamos, y el viejo que iba adelante volvía la cabeza a cada momento para verme de una manera singular.

—Hay dos cuartos, uno en el segundo piso y otro en el tercero.

—Me quedo con el que está en el segundo, señor. Dígame ¿y no tiene alguno allí junto al de mis compañeros?

—No, pero le aseguro que aquí estará usted muy bien. Nosotros dormimos en el primer piso, así que aquí nadie la molestará.

Aquello de que los dos viejos dormían abajo me tranquilizó y ya más amablemente contesté que aceptaba el cuarto que me mostraba ahora el viejecillo de los ojos verdes. Estaba bastante bien. Muebles viejos pero muy limpios, una ventana al patiecito aquel, un lavabo con agua fresca, etc.

—¿Y el baño? —Preguntó Marta— ¿dónde está? Venimos ansiosas de un baño tibio; figúrese cómo vendremos de cansadas después de dos días y dos noches de viajar en autobús desde New Orleans.

—Aquí viene Mary, ella les mostrará el baño, y les cambiará la ropa de cama por sábanas frescas y limpias.

Aquella Mary, tan callada, que se acercaba a uno silenciosamente, estaba a nuestro lado, y nos sonreía con una mueca que a mí me

pareció muy desagradable. Nos hizo seña de que la siguiéramos, y luego abrió una puertecilla que estaba a la terminación del *hall*. Un gato negro y flaco, de pelo erizado y ojos centelleantes, se nos tiró encima de una manera tan súbita, que yo dejé escapar un grito. Marta me había cogido de una mano y reía nerviosamente mientras me decía:

—¡Qué extraño todo esto, Flora! Se ve que el gatico ese no nos quiere.

Me lo dijo en español, y Mary nos miró airada para decirnos con su voz un poco chillona:

—No tengan miedo. Petty no les hará daño; las extraña, naturalmente; hace tiempos que no hay huéspedes en esta casa. Miren el baño, hay agua fría y caliente, ya les pondré toallas limpias.

Y mientras hablaba, sostenía en sus brazos, que cubrían las mangas negras de su vestido, al gato que maullaba y pugnaba por soltarse.

Pocos minutos después tomaba yo con delicia mi baño tibio, pero siempre mirando a todos lados con cierto recelo, por miedo a que el gatito volviera a demostrarme su hostilidad. Aquella noche cenamos en un *restaurant* de por allí cerca, vimos un poco la ciudad y, ansiosas de una noche entera de sueño, regresamos a nuestro hospedaje.

Serían aproximadamente las diez, cuando, después de haber dado las buenas noches a mis amigos, subía yo por las gradas, apenas iluminadas por un pequeño bombillo. Noté que en el cuarto contiguo al mío había luz; la puerta estaba entreabierta y pude ver que el extraño viejecillo estaba sentado en una butaca baja, en medio de varios libros. Parecía embebido en la lectura y no me vio. Yo entré a mi habitación bastante molesta, pero traté de tranquilizarme pensando en que, seguramente, no tardaría en bajar a dormir, puesto que ya era tarde.

Me metí en las sábanas y estaba tan cansada que no tardé en dormirme.

Había oído claramente las doce campanadas del reloj que estaba en el *hall*. Un ruido me había despertado, el ruido de unos pasos rápidos y precisos, pero, ¿dónde?... Traté de orientarme y me convencí de que eran en el cuarto contiguo. Una risa extraña interrumpió el silencio de la noche. ¿Era risa o eran sollozos? Y luego las palabras dichas en voz baja y lúgubre me hicieron

sentarme presa ya del miedo. “Allí está ella, y viene a mí, la veo. ¡la veo!” ¡Dios mío!, pero ¿qué era lo que veía aquel hombre?... y espantada seguía oyendo sus palabras sin sentido y su risa convulsa.

Por los ruidos me di cuenta de que abría la puerta y salía al *hall*, siempre repitiendo aquello de “allí viene, la veo y viene a mí”. Yo no podía moverme, escuchaba y hacía poderosos esfuerzos para no gritar, llamaba a toda mi fuerza de voluntad para permanecer serena, pero era todo aquello tan extraño y me sentía tan sola y a merced de quién sabe qué cosas sobrenaturales, que mis dientes castañeteaban de terror. Por la ventana abierta entraba un frío que me llegaba hasta los huesos, y la oscura silueta del roble se movía muy despacio a impulsos del viento que lo hacía gemir tristemente.

Los pasos llegaron a mi puerta, y me acordé con horror de que no le había echado llave, pues estaba tan cansada que solamente la había cerrado. Aquel hombre entraría seguramente. ¿Qué hacer?... En puntillas me levanté a poner llave, tratando de hacer el menor ruido posible, pero desgraciadamente tropecé en una silla. Me quedé toda temblorosa esperando, cuando muy despacio se abrió la puerta y el viejecillo vestido en pijama blanca apareció ante mis ojos horrorizados. La débil luz del *hall* le daba en la cara pálida como la cera, y sus ojos verdes y contraídos me miraban fijamente. De pronto empezó a reírse y a dar pasitos temblorosos hacia mí. “Es ella, ella que viene a mí” decía. Mis piernas se negaban a dar un paso y de mi garganta no salía ni un sonido por más que yo hacía esfuerzos.

Ya casi me tocaba con sus dedos largos y huesudos cuando en el silencio de la noche se oyó el maullido triste y lastimero de un gato. El efecto que aquello produjo en el viejo fue inmediato. “¡Mary!”... gritó con estentórea voz. “Ya voy, Mary, ya voy”. Salió corriendo y se precipitó gradas abajo. En la penumbra del *hall* percibí una sombra negra, un fantasma alto y anguloso que pasó rápidamente.

Pude al fin llegarme a la puerta y echar llave, con mis manos que temblaban de una manera lastimosa. Cerré también la ventana y me metí en la cama.

Sentía un frío intenso, un frío que me hacía sacudir todo el cuerpo. Como en un sueño oí las tres de la madrugada, pues al fin me quedé dormida.

—Levántate, perezosa; ¡son las nueve!

La voz alegre de Marta me despertó.

—¡Ya voy! En cinco minutos estoy lista y bajo.

Abrí la ventana y admiré el tímido sol que iluminaba el mundo a pesar de las numerosas nubes que querían cubrirlo. Aspiré con delicia el aire frío y me apresuré a vestirme. Cuando bajé, ya Marta, muy linda y fresca, me esperaba en compañía de Alfonso.

—¿Por qué no te pones sombrero? Vamos a buscar un *restaurant* para desayunar. Te veo muy pálida, ¿qué te pasa?

—Ya iré a ponerme el sombrero, pero antes tienen que arreglar las valijas porque nos vamos de aquí ahora mismo.

—Pero, ¿estás loca?...

—No, los que deben estar locos son los dueños de esta casa, esos dos viejos que deben ser ánimas en pena.

Marta rió con una carcajada sonora, pero Alfonso la interrumpió diciendo:

—Soy de la misma opinión. Flora tiene razón, debemos irnos ahora mismo.

—¿Te diste cuenta?... —Pregunté yo.

—No sé a qué te refieres, pero la risa extraña de ese viejo, los ruidos en las gradas como alguien que subía, el maullido del gato, y otros diablos más, me han tenido despierto toda la noche. Pensaba en ti y esperaba la menor llamada tuya para acudir en tu auxilio.

Cuando abrí la puerta y me disponía subir, apareció Mary, que solicita me dijo: “¿No puede dormir el señor? No se preocupe, mi hermano platicaba conmigo, pero ya se ha ido a acostar. A eso mismo voy yo ahora; pase muy buenas noches”.

—¿Con que eso te dijo esa vieja bruja? Pues a arreglar las valijas, que ya nos vamos. Pídele la cuenta, Alfonso.

En el *restaurant*, mientras nos desayunamos les contaré la noche de pesadilla que he pasado.

Subí a mi cuarto y comencé a arreglar mis cosas precipitadamente. Una voz me hizo volver la cabeza. Mary estaba a mi lado, me sonreía y me decía en su inglés lento y en voz melosa.

—Ya sabía yo que se irían. Le ruego perdonar lo de anoche. Mi hermano es un pobre loco inofensivo, pero desde que la vio a usted

se puso muy nervioso. Desde que regresó de la guerra europea su sistema nervioso no volvió a normalizarse. Pocos años después, la muerte de su joven esposa le dio el golpe final. Quedó loco, loco de remate. Usted tiene un extraño parecido con la muerta. Los mismos cabellos y ojos oscuros, de un tipo latino bien marcado. El pobrecito naturalmente se impresionó mucho.

—No tenga usted cuidado —le dije un poco intranquila—. Nos vamos porque hemos decidido partir hoy mismo para Nueva York. No queremos perder un barco que sale en breves días para nuestro país. Le estamos muy agradecidos por sus atenciones. Alfonso la espera para pagarle la cuenta.

Salió silenciosamente, como había entrado. Yo terminé de arreglar mis dos valijas y bajé.

Media hora después tomábamos el desayuno en un lujoso *restaurant*. Había ya contado mi extraña aventura a mis amigos, y ahora me sentía feliz como quien ha escapado a un gran peligro. Dentro de dos horas partiríamos para Nueva York. No queríamos ya ver nada de Atlanta.

A las doce del día, bajo el tibio sol de otoño, nuestro autobús devoraba distancias. Atrás quedaba la ciudad de bellos alrededores, de residencias magníficas y de atrevidos rascacielos...”

Tegucigalpa, abril de 1936

Amor de mulata*

I

Anochece, y del cercano y espeso corozal venían los gritos estridentes de los olingos. La luna muy tímida se insinuaba en el limpio firmamento, iluminando con su plateada luz aquel pedazo de trópico. El palmeral oscuro y mentiroso, las fincas inmensas de bananos, y el Ulúa anchuroso y sucio, arrastrando su mansa y traidora corriente a través de la vegetación exuberante y magnífica; y allá, emplazado en una meseta, el pueblecillo de casitas de paja, donde un puñado de seres humanos luchan por la existencia, desafiando el calor, los mosquitos, la peste...

* Argentina Díaz Lozano, “Amor de mulata”, *Tegucigalpa*, s. 124, n. 496, (12 de junio, 1936): 11, 20-21.

Alrededor del pozo reían y platicaban varias mozas, mientras extraían con la cuerda el balde lleno del precioso líquido. Allá en el fondo hacía piruetas la luna...

—Miren, allá viene Eugenia; palabra que, si yo fuera la hija del secretario, no vendría al pozo a traer agua.

—¿Y qué tiene eso?, La muchacha no es haragana y gusta de venir a dar su paseíto.

—¡Buenas noches!

—Buenas noches, niña Eugenia.

—Ya les he dicho que me quiten el “niña”. Corre viento fresco, ¿verdad, muchachas?

Y sonrió entonces la moza, mostrando unos dientes blanquísimos. Su cabeza rubia, su tez blanca y ojos azules, contrastaban notablemente con el tipo mulato de las demás. Llevaba un vestido azul pálido, perfectamente limpio y aplanchado. Calzaba sus pies con zapatillas blancas. Hablaba suavemente, con dulces inflexiones de voz.

—Se va a enlodar los zapatos, niña Eugenia. Tan lodoso el pueblo, no conviene con los calzos blancos.

—No importa, Juana; los calzos blancos, como dices tú, son muy bonitos y frescos.

—Más frescos son los míos, mire, —y la mulata, riendo, mostraba sus pies desnudos—. Y esto que son negros, niña Eugenia.

Todas reían a más y mejor de las tonteras de Juana, cuando una voz varonil dijo el “buenas noches” de ritual.

—Buenas noches, don Francisco, ¿cómo le va a usted?

Un hombre joven, alto y moreno, se había acercado al grupo y posaba sus ojos ardientes sobre el dulce semblante de Eugenia, que ya había llenado el cántaro y se disponía a partir.

—¿Qué tal, Eugenia? ¿Por qué tan esquivita?...

—Me alegro de verlo, Francisco, pero tengo que irme, hace ratos estoy aquí.

—Vamos, pues; yo la acompañaré.

Muy despacio comenzaron a subir la pequeña colina donde estaba la casa del secretario del pueblo, padre de Eugenia. La luna brillaba ya plenamente, y una brisa fresca minoraba de vez en cuando el intenso calor tropical.

—Mi mamá se disgustará, Francisco.

—Para que no se disguste la llegaré a saludar.

Juana, desde el pozo, miraba la pareja con sus ojos tristes y extraños, pero notando que sus compañeras la observaban, trató de sonreír para decir con todo su gracejo:

—Casorio tendremos, la niña y el rico del pueblo no tardarán en llamar al cura.

“Ellos” habían llegado a la rústica verja de madera que rodeaba la casa. Los mirasoles cargados de flores amarillo intenso se inclinaban al suelo, prestando la complicidad de su sombra. Eugenia entregó el cántaro a una negrita y regresó a Francisco.

—Vaya, aquí me tiene usted. ¿Qué me quiere?

—Primero rogarla que no me diga “usted”, después decirle lo que tantas veces le he dicho. Que yo... la quiero, Eugenia, que la adoro y necesito que...

—¡Jesús! Cállese, alguien nos puede oír.

»Yo también, Francisco, yo... también lo quiero a usted. ¡Te quiero!...

Y escapando de los brazos que querían estrecharla, entró corriendo a su casa. Don Joaquín leía algunos periódicos bajo una lámpara de petróleo. Levantó la cabeza y miró a través de sus lentes el rostro encendido y la boca sonriente de su hija; y con su voz gangosa preguntó:

—¿De dónde vienes, Eugenia?

—De allí afuera; estaba con Francisco López.

—¿Francisco López? Cuidado con él, hija: ese tiene la pretensión de ser el mejor y más rico del pueblo, y cree que no es más que coger lo que se le antoja.

—Pierda cuidado, padre, conmigo no habrá nada de eso.

II

Allá, frente a un rancho de paja, se erguía un madre-cacao florecido, a cuyos pies, tendida boca arriba sobre la grama, Juana la mulata miraba el cielo iluminado por la luna. Observaba las caprichosas figuras de las nubes, que iban y venían, y hablaba muy quedo, para oírse ella sola, con su voz dulce, triste y apasionada.

—Aunque estés más allá de esas nubes, de esas estrellas, vos diosito, me ves y me oírás. Que te dé lástima la pobre Juana, tan sola y tan sin cariños. ¿Por qué me diste, padrecito, este pelo que parece pimienta gorda reventada, y esta piel que ni es negra, ni es blanca?... ¿Y por qué no tendré yo dinero para comprar calzos blancos y cintas para la cabeza, y todo eso que deja tan bonita a cierta niña de por allí? ¡Ay, ay, diosito! Que ya no puedo con este peso en el alma; que yo... yo quiero a don Francisco más que a nadie, ¡hasta más que a mi madre! y él solo se fija en mí para hacerme bromas y decirme que le gustan mis ojos tan grandes y tan negros. ¿Ves?... solo los ojos le gustan; creo que es lo único bonito que me diste. ¡Ay, que me moriré de pena! ¡Ay, nubes, estrellas, luna! ¿Qué hago?... ¿Qué hago para botar lejos este querer que me tiene tan desgraciada?...

—Ya estás tirada en el suelo y hablando sola como demente. ¿Cuándo vas a dejar esa manía? Ven a acostarte, que mañana es día de madrugar.

—Ya voy, mamá, ya voy.

Y de un ágil salto se levantó, irguiendo su cuerpo moreno, esbelto y ondulando... Mientras su madre, una mestiza todavía joven, rezaba al pie de una tosca imagen, Juana se fue al cuartito donde dormían.

De la pared encalada bajó un espejito de marco rojo y se miró detenidamente. Primero sus ojos negros, grandes y tristes, luego su boca roja y sensual, y los dientes fuertes y blanquísimos.

Pero cuando se vio la cabeza, allí fue otra vez el monólogo. “Miren qué pelo, esto me lo echa a perder todo”, y violenta tiraba de sus tiesos rizos con verdadera rabia. “Con que te alisara, pelo horrible, pelo espantoso, ¡mi eterna perdición!” Y mientras se alborotaba más sus pobres tirabuzones, vio reflejada en el espejo la mano que tal descabro producía. “¿Y estas manos... que por encima son negras y por debajo blancas, ni más ni menos que los sapos cuando están panza arriba?... No, no, si don Francisco nunca me podrá querer ¡Nunca!”.

—¿Sigues hablando? Acuéstate a dormir.

Juana tiró el espejo sobre una mesita y comenzó a desvestirse. La madre, terminadas sus oraciones, también entró, se acostó y apagó el candil.

—Mamá, tú me has dicho que papá era bueno, muy bueno, muy trabajador y que nos quería mucho. Pero no me has dicho cómo era del físico...

—¿Del físico? Pues era alto y fuerte, muy fuerte.

—¿Y era de aquí?

—No, niña, qué va a ser.

Tu padre era de muy lejos, de Jamaica, al otro lado del mar.

—Mamaíta, y ¿era... negro?

—Sí, hija; pero muy galán.

—Ay, y ¿Por qué te enamoraste de un negro? Por eso salí yo con este pelo y pellejo tan horribles, que me voy a morir de pura pena y amargura. Mamaíta, ¿no pensaste en mí cuando te enamoraste de ese negro?...

—¡Jesús! No seas tan malcriada, no digas disparates faltándole al respeto a tu padre.

Juana se calló, y solo la almohada supo que su dueña lloró mucho, mucho esa noche. Y tanto que estuvo despierta hasta que el ruido monótono de la lluvia la adormeció. Y amaneció lloviendo fuerte. En el trópico son comunes los cambios bruscos del tiempo. Era octubre y el calor seguía sofocante, pero el agua caía, caía siempre, monótona y persistente. Comenzaba el chubasco y el Ulúa también comenzó a llenarse...

Uno, dos, tres, cuatro días de lluvia incesante. Del pueblo oían ya el sordo y amenazador rumor del río. Las aldeas cercanas habían quedado solas y sus habitantes, cargados con sus enseres, habían buscado refugio en el pueblo, donde se creían seguros, porque solo una vez, allá por mil novecientos dieciséis, se había metido hasta allí el río. Las personas de edad contaban que había “tapado las casas” y que se habían salvado en cayucos. Pero eso era lejano, y seguramente no volvería a ocurrir. Confiados, miraban cómo el río se acercaba. Solo los dueños de fincas hablaban con desaliento

de sus grandes pérdidas. La corriente sucia y mansa se lo llevaba todo.

Aquella mañana fue triste y brumosa. La lluvia había cesado un poco, pero espesas nubes, oscuras y amenazadoras, lo cubrían todo. Lejos los olingos del corozal entonaban su estridente algazara.

Francisco López y Eugenia Molina se arrullaban, pese a todo, bajo el verde granado del patio.

—Ten cuidado, Francisco, mejor no debías ir tú.

—No seas boba. A la tarde estaré de vuelta, debo ir yo mismo, esa pobre gente me necesita. ¡Hasta luego, mi amor! No te preocupes.

Don Joaquín y doña Rosa, que ya habían aceptado al muchacho como futuro yerno, lo vieron pasar y le sonrieron al decirle adiós...

Llegando iba a su casa, cuando lo alcanzó Juana. Muy bajito, poniendo una gran ternura en la voz le dijo:

—Don Francisco, ¿es verdad que a su finca se la llevó el río?

—Sí, Juana; ahora voy para La Boquita. Hato y finca, todo se lo llevó el Ulúa. Mi mayordomo y su familia están en gran peligro. Ya mandé dos cayucos, a ver si podemos salvarlos.

—¿Usted, don Francisco?... ¡Qué buenura la suya! Cuídese, don Francisco.

Él se detuvo y la miró con cariño. La tomó de la barbilla, como si acariciara a una niña, para decirle:

—La que se debe cuidar eres tú, Juana. Te estás poniendo muy guapa.

—De veras, don Francisco... ¿De veras lo dice usted?...

Pero ya él se había alejado y montado en el caballo que listo lo esperaba frente a la puerta. Juana corrió a su casa a envolverse lo mejor que pudo en un tapado de mercilda negra.

—¿Para dónde vas, muchacha?

—Ya vuelvo, mamá: voy a curiosear por allí la inundación. Hay mucha gente en el pueblo, y el río está bien cerca. Dicen que hasta donde llegan los sapos, llega la inundación, pues oiga, madre, los

sapos ya entraron al pueblo. Allí andan brincando en el lodo, de todos tamaños.

Bueno, ya vuelvo, a ver qué nuevas le traigo. —Salió corriendo, y en pelo montó sobre el pobre caballejo, que con dos cerdos constituían su capital.

—¿Para dónde vas, Juana? —le preguntaron unas muchachas al verla pasar.

—Por allí no más, a curiosear.

Pero ella había tomado el camino de La Boquita, mientras los zancudos seguían a miles su silueta y el caballo hundía los cascos en el lodo.

III

Del rancho de La Boquita solo asomaba el techo donde tiritaban de frío y medio las mojadas figuritas de varios niños y una mujer. El mayordomo y Francisco habían pasado ya a dos criaturas y a una anciana. Volvían ahora a recoger a los otros. Con dificultad se movía el cayuco por las aguas sucias. Atrás el río inmenso seguía, seguía hasta casi perderse de vista. “Así debe ser el mar”, pensaba Juana, que miraba la escena con ansiedad, latiéndole fuerte el corazón.

El cayuco se ladeó quejumbroso cuando la mujer y los niños entraron. Amontonaditos miraban a su salvador con ojos asustados. Los remos manejados por fuertes brazos se hundían en las aguas cenagosas y el cayuco comenzó a avanzar hacia tierra, conduciendo penosamente su preciosa carga.

Los ojos de Juana percibieron, entonces, a pocas cuadras arriba, el enorme árbol, cuyo grueso tronco negro avanzaba majestuoso. Se dio cuenta de la situación, y un grito de angustia salió de su garganta.

—¡Don Francisco!, mire el palo, ¡apártese!

Él no la oyó, y tranquilamente seguía avanzando. Juana volvió a gritar:

—¡Cuidado! Miren arriba.

El mayordomo vio los ademanes y se dio cuenta del peligro. Los dos hombres comenzaron a remar desesperadamente, pero el tronco negro se acercaba cada vez más... Ya casi salvaban el peligro,

cuando la caprichosa corrienteladeó el enorme árbol que venía allí cerquita, y lanzó el cayuco hacia las aguas. El grito de la madre fue lo único que se oyó en medio del silencio terrible. El padre nadaba vigorosamente tratando de arrebatar sus hijos a la corriente. La cabeza ensangrentada de Francisco apareció un momento sobre la superficie, para luego volver a hundirse. Fue entonces que Juana corrió como una loca hacia la orilla y rápida se lanzó a las aguas. Nadó con vigor y ligereza hacia abajo. A dos metros vio reaparecer la ensangrentada y amada cabeza. “¡Voy, don Francisco, voy!”, y la pobre braceaba desesperada.

Pero abajo... Siempre hacia abajo los llevó la corriente traidora...

IV

El chubasco pasó, y el sol salió esplendoroso para iluminar el desastre. Las pérdidas se calculaban en cienes de miles. La compañía frutera había suspendido los embarques, porque el Ulúa y el Chamelecón habían hecho de las suyas en toda la comarca.

Vestidas de negro, sentadas bajo el madre-cacao, Emilia, la madre de Juana, y Eugenia, recordaban a los dos seres queridos que pocos días habían traído al pueblo, rígidos y fríos. Varias leguas abajo los había dejado el río. Fuertemente abrazados, como buscando refugio el uno en el otro.

El mayordomo de La Boquita les había contado la terrible escena y Eugenia recordaba enternecida el valiente gesto y bravura de Juana. Tal vez, con esa intuición femenina, adivinaba el porqué del sacrificio de la mulata, pero perdonaba y comprendía. Ella hubiera hecho lo mismo de haber estado allí... Y la vida del pueblo volvió a su normalidad, y el sol ardiente y rojo salía ya todos los días para alumbrar aquel pedazo de tierra tropical...

Tegucigalpa, junio de 1936

Noche de octubre*

—Te ruego me perdones, querida. El club y los amigos me han entretenido más de la cuenta. Además, Elena, no es tan tarde para que te alteres así: apenas son las once.

* Argentina Díaz Lozano, “Noche de octubre”, *Tegucigalpa*, s.100, n. 398, (26 de agosto, 1936): 13.

—Sí, apenas las once, en tu reloj, pero en el mío son las doce. Las doce, como quien dice nada...

—Pero, Elena, si es la segunda vez que lo hago; y eso que ya tenemos cuatro meses de casados. ¿Qué harías tú que yo regresara a casa a la una o dos de la mañana como hacen otros?...

—Ya habría pedido el divorcio, y es lo que voy hacer si tú sigues abandonándome así.

—¿Abandonarte?... ¡Qué exageradas son las mujeres! ¿Pretendes tenerme todo el tiempo pegado a tus faldas? No, vidita, no trates de imponerte así. Te harías odiosa. Tú que eres tan encantadora. Vamos, mujer, olvida todo eso y perdóname.

—¿Perdonarte?... No, amigo mío, no será hasta que usted con los hechos me demuestre que está dispuesto a corregirse. Buenas noches...

—¿Qué es eso de buenas noches? ¿Para dónde vas?

—Voy a dormir en la biblioteca, no se preocupe usted, que allí hay un blando y hermoso canapé. Dormiré divinamente.

—Déjate de tonterías, Elena. Ven acá.

—No, caballero, gracias, le cedo el cuarto. Su cama ya está hecha. Con que, ¡pase usted buenas noches!

—¡Buenas noches!... ¡Necia!

Elena salió dando un portazo, y, después de atravesar el gran salón oscuro, penetró en la biblioteca. “Yo le haré comprender que soy una mujer de dignidad”, decía estrujando furiosa los almohadones del diván.

Abrió la ventana que daba al jardín y escuchó el misterioso murmullo de los árboles que se movían a impulsos del viento, en la oscuridad.

Allá, en medio de la sombra, le pareció ver una forma blanca. “Son nervios, nada más que nervios”, se dijo, retirándose toda temblorosa de la ventana. Se tiró vestida sobre el diván y cerró los ojos, sonriendo gozosa al pensar en la mortificación de Henry, que debía estar ya dando vueltas y más vueltas en el blando lecho.

Las cortinas de color claro, que se destacaban en la oscuridad, empezaron a moverse despacio, cuando pequeñas ráfagas de viento

penetraban por la ventana abierta, produciendo un misterioso fru, fru... un ave nocturna dejó oír su lúgubre y prolongado grito...

Elena se sentó y observó aquel continuo mover de cortinas. “Este viento me pone nerviosa” dijo. Y de dos saltos se puso cerca de la ventana, que cerró con manos torpes y temblorosas, porque aquella sombra blanca se había movido; sí, ahora no le cabía la menor duda...

El corazón le latía violentamente cuando regresó al diván. “Si le hablara a Henry” pensó, “pero no, debo demostrarle que tengo delicadeza”. Y se acostó hecha un nudo, cubriéndose la rizada cabeza con un almohadón.

El silencio era completo ahora, tanto, que Elena oía claramente el tum, tum de su corazón agitado. Le castañeteaban los dientes mientras pensaba: “Sí, ahora me acuerdo. La vieja criada me lo contó; allí... en la sala, velaron al padre de Henry... allí estuvo el cadáver...”

Se sentó como movida por un resorte, porque precisamente allí... en la sala, se movía algo. Distintamente se podía oír el cadencioso rin ran de una mecedora. Alguien estaba sentado allí, meciéndose suave y misteriosamente en la oscuridad.

Elena, con los ojos agrandados por el terror y los dientes furiosamente apretados para no gritar, se acercó a la puertecilla de cristales y miró hacia el fatídico salón. La oscuridad era completa, pero aquel horrible ruido estaba allí... Sin cesar ni un momento.

—¡Henry! ¡Henry! —Gritó mientras corría enloquecida, tropezando con los muebles.

De un violento golpe abrió la puerta del cuarto de Henry, que cómodamente leía una revista en el lecho blando. Tiró el *magazine* al ver entrar a su mujer en aquel estado, y no tuvo tiempo de hacerse ninguna reflexión porque Elena se le tiró al cuello, y escondiendo la cabeza en su pecho, decía entre sollozos:

—Tu padre, Henry, me ha salido. No sé cómo no me he vuelto loca. Allí en la sala... lo vi.

Henry frunció las cejas, y preguntó dudoso:

—¿Que lo viste...? Entonces... Será más bien algún ladrón, porque los muertos no salen, chiquilla. Iré a ver; ¿dónde está mi escuadra?

—Allí está, Henry, en la gaveta de esa mesilla. Pero oye, yo no lo vi... es decir... estaba sentado y solo oí el ruido de la silla al mecerse.

¡Ay, Henry, por Dios, no vayas a disparar, que puedes matar al muerto!

—¡Calla, mujer! No me agarres así, déjame moverme, que yo también oigo el ruido. No hay duda, alguien está sentado allí. Espera, haremos luz.

Hablaban en voz queda, y en puntillas se dirigieron al lado donde estaba el *switch*. Pronto quedó el salón iluminado con una suave luz rosada.

En una de las mecedoras, un hermoso gato blanco jugaba con un cojín rojo. Henry se había quedado con su escuadra en la mano y la expresión retadora en el semblante. Elena miraba, ora al gato, ora a su marido, que reía a más no poder, mientras ponía su arma sobre una mesa.

—El muerto, Elena... tu querido Misifú.

El gato los miraba con sus ojos verdes e interrogantes.

—¿Y la sombra blanca en el jardín, Henry?...

—Ven, mujer, a la ventana. ¿Esa es tu sombra blanca?... ¿No ves que es el jazmín que está ahora cubierto de flores?...

—¡Es verdad! Que estúpida, no me acordaba. Vamos, pues, vamos a dormir.

—¿Te llevo a la biblioteca?...

Elena hizo como que no oía, y entró del brazo de su marido en la tibia y perfumada alcoba.

Tegucigalpa, 1934

María Ester*

Hoy me dirijo a vosotras, niñas de escuelas pobres, que lleváis en el alma la amargura de muchos pequeños dramas motivados por vuestra pobreza. Os dedico la historia de algo que aconteció a una niña de doce años, pobre como vosotras. Ojalá que en esta página encontréis algo que os interese y os sirva para aprender que la pobreza debe llevarse con dignidad y valentía.

—Bueno, María Ester —dijeron varias niñas, dirigiéndose a una de sus compañeras de clase— mañana iremos a tu casa a pasar el domingo en tu compañía. Tú nunca nos has invitado, y por eso nos invitamos solas. Estudiaremos, jugaremos, y de seguro que lo pasaremos muy divertidas pero dínos, ¿dónde vives?

—Vivo en la calle de Bolívar, casa número 11.

—Calle Bolívar, casa número once —repitió una rubia de nariz respingada. Muy bien, María Ester, ahora no nos perderemos. Nos esperas, que a las dos de la tarde nos tendrás por allá.

María Ester contestó a sus amigas con una sonrisa forzada. Les dijo adiós, y con paso rápido tomó la dirección de su casa. Iba preocupada, como si la visita que le habían anunciado sus compañeras la hubiera afligido mucho en vez de alegrarla. Caminó varias cuadras y luego se detuvo frente a la pieza que habitaba en una casa de apartamentos muy grande. Abrió la puerta de un fuerte empujón, entró y tiró los libros sobre una mesa. La madre de María Ester estaba en la cocina, preparando el almuerzo, pero apenas oyó el ruido que había hecho su hija al entrar, dejó sus tareas, y limpiándose las manos en su blanco delantal se dirigió a la salita donde María Ester estaba toda preocupada y pensativa.

—¿Qué te pasa, María Ester, que no me has ido a buscar a la cocina? Quitate el sombrero y vamos a comer, que tu padre ya está en la mesa. Después me contarás lo que te aflige.

María Ester obedeció de mala gana, tiró el sombrero sobre la silla y siguió a su madre al corredor, donde tenían el comedor. Un hombre, joven todavía y de expresión muy amable, estaba sentado frente a una mesa cuadrada, leyendo un periódico. Interrumpió su lectura para abrazar a su hija.

* Argentina Díaz Lozano, "María Ester", *Tegucigalpa*, s. 129, n. 515, (22 de noviembre, 1936): 19.

—Ven, hija mía; cuéntame si te fue bien hoy en la aritmética. Pero, ¿qué veo? ¿Por qué esa cara de angustia? ¿Qué te pasa?

María Ester se puso muy colorada y no pudo contener el llanto. Dos lagrimones le rodaron por las mejillas, y entre sollozos explicó:

—¡Oh, papá! Le ruego que no me pregunte así tan enojado, y por favor no me reprenda cuando le cuente. Es nada, no es para preocuparse, papáito. Es que... algunas compañeras mías me han ofrecido una visita para mañana domingo, y a mí me appena y me preocupa mucho esa visita.

—¿Por qué? —Preguntó el padre más y más sorprendido.

—Pues porque —repuso María Ester bajando la cabeza— todas ellas son ricas, viven en casas elegantes y bien amuebladas, y está en que nosotros vivimos, es... tan fea y tan mal arreglada que me voy a morir de vergüenza cuando vengan y se den cuenta de nuestra pobreza.

—Nunca debe avergonzar a un hijo el hogar que sus padres le han dado —repuso el padre con gesto severo— pero deja de llorar, chiquilla, que todo tiene remedio. Mira, en tus manos está salir airosa del trance que tan apurada te tiene.

—¿De qué manera papáito? —Preguntó María Ester, enjugándose la colorada nariz y secándose las lágrimas.

—Te lo diré en pocas palabras, hija mía; pero anda tomando tu sopa mientras me escuchas. Tu madre se encargará de acabar de explicarte lo que yo te diga.

Es verdad que nuestra casa carece de todo adorno y elegancia, pero con un poquito de gracia y de cuidado la podrías convertir en una vivienda agradable. Tu mamá, por sus muchos quehaceres, no puede atender al arreglo de la casa como ella quisiera; y toca a ti dedicar unos pocos minutos todos los días al aseo y adorno. ¿No te parece que nuestra salita luciría casi elegante si limpiaras las sillas y el piso, y pusieras algunas flores o maceteros? Que sé yo. Es natural que tus amigas quieran quedarse a merendar contigo. Para eso tendrás que arreglar el comedor. Un blanco mantel, algunas frutas y apetitosos pastelillos harán la delicia de las chicas. ¿Has comprendido ahora? Vamos, alégrate, tu madre te ayudará en lo que pueda.

—Gracias, papá —contesto María Ester ya sonriendo— te he comprendido perfectamente y te ruego perdonarme mis tontas quejas de hace poco.

II

Es ya medio día. María Ester ha lavado el piso de la sala y el comedor. Ha limpiado las sillas, que despojadas del polvo lucen brillantes y cómodas. La mesita redonda está muy elegante con un bonito tapete y algunas flores colocadas en un gracioso jarrón, que encontró abandonado en un cajón. Las paredes están blancas, pues han sido despojadas de las telas de araña por la oficiosa escoba de María Ester. La mesa del comedor luce muy atractiva con su blanco mantel, su frutero lleno de naranjas, y algunos vasos brillantes y limpios. El dormitorio está muy en orden, pues las camas están cubiertas con blancas sábanas y muy ordenadas las mesitas de noche. María Ester se ha puesto su mejor vestido y espera a sus amigas, que no tardan en llegar.

—Buenos días, María Ester —dicen las niñas abrazándola con cariño. —Aquí nos tienes, dispuestas a pasar el día en tu compañía.

—Pasen adelante y sean bienvenidas —dijo la madre de María Ester, acogiendo a las niñas con amable sonrisa— quítense los sombreros y pasen al patio a jugar.

Todas aceptaron muy contentas, mientras decían a María Ester:

—¡Qué bonita es tu casa, María! Es chiquita, pero está tan ordenada y huele tanto a flores; que no da ganas de irse de aquí nunca. Imagínate que a Ruth por nada no la dejan venir.

—¿Por qué?

La rubia de nariz respingada dijo sonriendo con picardía:

—Porque ayer en la tarde le di dos moquetes a Luisa Milla, de uno le aplasté la nariz y de otro le dejé un ojo morado; la maestra le telefoneó a mi mamá contándole mi comportamiento y por eso no me querían dejar salir hoy.

—¿Y por qué le pegaste a Luisa?

—Porque me fue a chismear con el profesor de inglés que yo había hecho un pichingo, caricatura de él, en mi cuaderno, y porque ha dado en decir a todo el mundo que tengo las piernas torcidas; naturalmente... acabarán por creerle.

Todas se rieron, y tranquilizaron a Ruth, asegurándole que sus piernas eran muy derechas.

Demás está decir que pasaron un día inolvidable. Todo fue risa y alegría. Merendaron sabrosas frutas y un delicioso pastel, estudiaron sus lecciones y jugaron hasta cansarse. Todas se retiraron pasadas las cinco, muy satisfechas y prometiendo a María Ester volver el domingo siguiente. Al anochecer, mientras María Ester y sus padres cenaban tranquilamente, y cuando su buen papá le preguntó qué tal había pasado, la niña repuso abrazándolo:

—He pasado un día feliz, papá, gracias a tus consejos. No olvidaré nunca tus palabras y jamás me avergonzaré del hogar que tú me has proporcionado.

Noviembre de 1936

Una lección práctica*

Óscar López era un chiquillo muy voluntarioso y egoísta, parece que lo mimaban mucho, y de allí su porte insolente y hasta agresivo para con sus amigos. Era además muy cruel con los animales; en su casa tenían un perro que era el blanco de todas sus crueldades. Un día que se entretenía en tirar de la cola y las orejas al pobre animal, le llamó la atención Pablo, su hermano mayor.

—No está bien eso que haces Óscar, no maltrates así al pobre Leal.

—¿Pero no ves qué flaco y qué feo es? No puedo soportar a este bicho. Me gustaría tener un perro hermoso y gordo, pero no una calandracita como este.

—Tú mismo tienes la culpa Oscarito, lo maltratas tanto que el pobre, de puro tímido, casi ni come.

—No come porque ni eso sabe, ni comer como debe. Oye Pablo, lo mejor que podemos hacer con este bicho es darle un buen veneno, ¿no te parece?

—Darle veneno, ¿por qué, muchacho?

—Porque este animal es tan feo y asqueroso que solo sirve para avergonzarnos.

*Argentina Díaz Lozano, "Una lección práctica", *Tegucigalpa*, s. 129, n. 516, (29 de noviembre, 1936): 21.

II

Una semana después de la escena que acabo de relatarles, Pablo y Óscar decidieron ir a bañarse al río que corre a unos dos kilómetros del pueblo. Era un día sumamente caluroso, así que en cuanto obtuvieron permiso, se pusieron en marcha. Leal, el flaco y sarnoso perro, los seguía todo tímido, a cierta distancia, con gran disgusto de Óscar, que no dijo nada por no reñir con su hermano.

Habían ya caminado bastante por el angosto sendero que conduce al río, estaban ya en pleno campo, cuando Pablo se paró bruscamente y dijo a su hermanito:

—Óscar, el envoltorio en que traía la toalla y los trajes de baño se me ha extraviado, es seguro que por venir distraído no supe ni a qué horas se me resbaló el paquete que traía bajo el brazo; pero no ha de estar muy lejos, me regreso a buscarlo. Tú me puedes esperar bajo ese hermoso árbol que está allí. No tengas miedo que Leal te acompañará.

—¿Y para qué me servirá ese flacucho? —Repuso Óscar riéndose—. Anda, que yo no tengo miedo, aquí te espero.

Y diciendo así, se echó sobre la verde grama, bajo la sombra del corpulento árbol. Leal se quedó a pocos pasos de su pequeño y cruel amo. Todo estaba tranquilo en la campiña, solo se oía el monótono canto las cigarras; cuando de repente, algunos bufidos prolongados e iracundos interrumpieron el silencio. Óscar, sobresaltado, miró hacia el camino con la esperanza de que Pablo regresara, pero su hermano no aparecía. El perro levantó la cabeza y comenzó a ladrar, pero los bufidos se acercaban cada vez más, luego se apercibieron claramente las pisadas fuertes y ligeras de furibundo toro que se acercaba.

Por entre las breñas apareció la cabeza negra del temible animal. Oscar se puso de pie y se dispuso a huir, pero era ya tarde porque el toro se había lanzado hacia él con toda su furia. El chico se creyó perdido, se cubrió la cara con las manos y profirió un grito de espanto. Ya le parecía que los poderosos cuernos del animal rompían sus carnes, cuando, con gran sorpresa, oyó unos gruñidos y vio que Leal se había prendido de la cabeza del toro, y mordía... mordía... con todas sus ganas. El toro logró deshacerse de su pequeño enemigo, con un fuerte cabezazo que arrojó a Leal a dos metros de distancia. Aprovechó la tregua y se lanzó sobre Óscar, que cayó al suelo; se disponía a dar la segunda embestida cuando el perro, de un salto, se le había prendido otra vez y le enterraba sus afilados dientes en las fauces y en los ojos. Así estaba la lucha cuando apareció Pablo, quien al ver lo que pasaba, cogió una vara

gruesa y larga para espantar al toro, que ya casi vencido por el valiente perro, se declaró en retirada y se alejó corriendo.

Óscar, todavía asustado, muy pálido dijo a su hermano:

—A punto de matarme estuvo ese animal, pero Leal me ha salvado. Y dejándose llevar de generoso impulso, abrazó al perro y continuó:

—Perdóname por haberte tratado mal hasta ahora, pero en adelante te voy a querer y cuidar mucho.

Pablo miraba la escena, y acariciando los rizados cabellos de su hermanito le dijo:

—Razón tenía yo, Oscarito, en reñirte por tu crueldad para con el pobre perro. Ya ves que es todo un valiente. ¿Lo cuidarás mucho de hoy en adelante?

—Claro —contestó el chico, abrazando a Leal por segunda vez— ya verás que hermoso se pone con los cuidados y cariño que le prodigaré.

El perro parecía comprender, porque movía la cola en señal de regocijo. Pablo también le hizo una caricia para decir después:

—Ahora, Óscar, olvida el susto y sigamos nuestro camino. Aquí está el paquete, lo encontré cerca del pueblo; vamos pronto que hace calor y las frescas aguas del río nos están esperando.

¿No les parece a ustedes que Óscar recibió ese día una muy práctica lección?... No olvidéis que la crueldad para con los animales es propia de gente sin corazón.

Noviembre de 1936

La recepción en Villa Roy*

Sobre una de las numerosas colinas que rodean a la colonial Tegucigalpa, se yergue la regia mansión de los esposos Lozano, altiva y hermosa, segura de su belleza, pero amable y acogedora a la vez.

*Argentina Díaz Lozano, "La recepción en Villa Roy", *Tegucigalpa*, s. 137, n. 545, (20 de junio, 1937): 2.

Son las seis de la tarde; la música prende el entusiasmo al mismo tiempo que allá abajo las luces de la ciudad se encienden en un millar de resplandores. Comienzan a llegar los invitados. Doña Laura y don Julio reciben, con la gentileza y elegancia que los caracteriza. Allí viene un grupo de caballeros, después algunas damas, luego encantadoras señoritas. Reconocemos al Dr. Antonio Bermúdez y su señora; a don Carlos Laínez, don Jesús María Rodríguez y el Ing. don Abraham Williams. Entra don Rafael Callejas y su familia. María Cristina viene encantadora, más simpática que nunca en una elegantísima *toilette*. Llegan el Dr. Nutter y señora; Mr. Lowell Yerex y su bella esposa, el Dr. Rubén Barrientos, señora e hija, doña Celia, elegantísima en severa *toilette* de tarde, y Delfinita en traje claro y vaporoso iba bellísima. Acaban de llegar el Dr. Héctor Valenzuela con su familia. Desde luego, Aida era todo un poema de belleza, y su hermanita Blanca, de gracia y simpatía: doña Lilia muy distinguida y elegante en traje negro.

Entra nuestro artista, don Carlos Zúñiga Figueroa, con su familia. Doña Veva de Zúñiga Figueroa luce bellísima en traje negro, cuya severidad rompe una hermosa rosa blanca. Veva se impone por su elegancia, por su amabilidad y trato gentil. Marina, su hija, es un botón prometedor de suprema belleza.

Allá arriba, en los amplios miradores, grupos de personas que hablan y ríen animadamente; algunos se han entregado a las delicias del baile. Reconocemos a doña Amalia de Casco, a doña Virginia Laínez, a Berta de Sáenz Rico, y a otras dos hermosas damas que con ellas han entablado animada conversación.

Admirándolas, me dice un amigo que tengo a mi lado: “¡Qué bellas son las mujeres de Tegucigalpa, y qué bien se visten! Dígame, ¿quién es esa linda señorita que baila con tanta gracia?”.

—Es Rosario Smith—contesto—una de nuestras más encantadoras damitas, indudablemente.

Admiramos también la delicada belleza de Carmen Lardizábal de López Callejas, y su hermana Josefita, que esta noche está muy hechicera en vaporoso traje negro.

Oímos la cadencia de nuestro Himno Nacional. Es el señor presidente, su señora y su hija Marta que llegan. Vienen con él los señores José María Albir y don Fernando Zepeda Durón. Se apresura la concurrencia a presentar sus respetos a los recién llegados.

Tenemos oportunidad de admirar a otras damitas: allí va Triny Dávila, muy sugestiva en traje lila; Eva Guilbert de Lardizábal está

muy linda en amarillo pálido. Marieta de Lynton muy atrayente. Rosita Bernhard es un poema de gracia. Albertina de Azpuru, España nos atrae con su dulzura y suave belleza, lo mismo que esa morena de los ojos verdes que es Matilde Montis de Jones. Vemos también a la distinguida dama doña Ester de Chocano y a sus encantadoras hijas Célia y Graciela. Esa graciosa morena de ojazos negros, es Carmen Cabús, la que trae huésped sampedrana en su mirada todo el fuego del trópico.

Más allá, cerca de la elegante escalinata, está un grupo de damas y caballeros. ¿Quiénes son?... Amparo Zúñiga de Paredes, Argentina de Pérez Santos, Trinita Lara que por cierto luce encantadora, lo mismo que Edda Zúñiga y Sofía Lardizábal; y allí, al otro lado, un grupo de diplomáticos: es el señor ministro de Inglaterra, el de El Salvador y el de Guatemala con su secretario, señor del Rosal.

Doña María Cristina Lardizábal de Paredes, doña Elena de Sagastume, doña Blanca Méxa Calix de Durón y Adolfinia Mejía, son flores con las que se podría hacer un maravilloso *bouquet*. Doña Antonieta Bustillo de Durón y su hermana la señora de Vittetoe, lucen la gracia de su simpatía allí con algunas amigas. Allí están también don Aureliano Bustillo y su señora; el Ing. Manolo Zelaya y su señora; don Jorge Fidel Durón; Lic. José Durón; señor Luis Marichal; don Fernando Marichal con su hermosa señora, doña María Marta Callejas; don Fernando Sempé; Dr. Horacio Fortín; señor Enrique Walter; don Esteban Díaz y otros señores.

Abajo, en grupitos, cerca de la cantina que es libre, y donde corre en abundancia el rubio champán, están Jesús Paredes, el Dr. Manuel Cáceres Vijil y el del mismo título, Marcial Cáceres Vijil, Rodolfo Rosales, Gral. Bertrand Anduray, señor Eduardo Ordóñez, el señor ministro de hacienda don Armando Flores Fiallos, don Federico Flores Fiallos, don Porfirio Díaz Lozano, nuestro famoso cirujano, el Dr. Salvador Paredes, el arquitecto constructor de Villa Roy, don Samuel Salgado, Nicolás, Julio y Alfredo Chocano. En uno de los salones de recibo vemos a las distinguidas damas: doña Chalia de Uclés; doña María de Somoza; doña Adela Travieso de Becerra; doña Rosa de Ribas y su graciosa hija Olga; doña Camila Ugarte y su bella hija Mila; doña Laura de Gálvez; doña Lola de Díaz; doña Laura de Ordoñez; doña Ernestina de Landa y su hija, y muchas, muchísimas más damas y caballeros a quienes pido mil perdones por olvidar nombres en este momento.

De la manera más sincera y cordial felicitamos a los esposos Lozano, por el resonante éxito de su fiesta; y agradecemos la amabilidad y exquisita atención con que recibieron a la sociedad de Tegucigalpa, en su hermosa residencia que, es positivo orgullo de nuestra querida de ciudad capital.

El regreso*

Fue un triste crepúsculo del mes de octubre. El viento gemía quedamente al pasar, diciendo sus secretos a las ramas de los viejos naranjos de la finca.

Habían llegado paseantes un día antes, y Margarita, ansiosa de soledad, dejándolos entretenidos jugando al póker, se aventuró por el torcido y estrecho sendero que se abría a través de los verdes cafetos y naranjos en flor. Y pensaba... ¿Cómo se había atrevido Eduardo, venir a romper la quietud de su vida?...

Había llegado con los alegres paseantes del Club Renacimiento, y ella no había tenido más remedio que recibirlos con exquisita atención y cordialidad, ofreciéndoles comodidades y albergue durante los tres días que pensaban permanecer gozando de los encantos del campo y emociones de la caza.

¿Por qué había venido Eduardo?... Y al hacerse la pregunta, retrocedió ocho años, cuando ella era una recién casada, bella y confiada en la vida...

Se amaron con un amor platónico; pleno de delicias espirituales y hermoso romance. Después... el alejamiento, porque la vida al fin se impone a los que no la quieren vivir en toda su dureza; a los que a pesar de todo la quieren idealizar un poco.

Muerto el marido, había huido a su finca a esconder su dolor, y allí se había quedado casi dos años; sin sentir el paso rápido del tiempo, como insensible, olvidándose de todo, viviendo con deleite vida de campesina, purificándose con el aire libre de los campos, bebiendo el agua pura de los arroyos, comiendo frescas frutas en sazón, viviendo más cerca de la madre tierra y sus maravillas...

Y ahora, cuando menos lo esperaba... venía el amado de tiempos idos a traerle todos sus viejos recuerdos...

Bien. No huiría. Había notado cómo Eduardo quería hablarle. Lo había visto en la ansiosa súplica de sus ojos, en el temblor de su voz al decirle las frases triviales dictadas por la cortesía.

Esa misma noche, mientras los demás se entregaban a la charla y la broma en el vetusto salón de la casona, ellos salieron al patio iluminado de estrellas, que en lo alto titilaban.

* Argentina Díaz Lozano, "El Regreso", *Tegucigalpa*, s. 143, n. 570, (12 de diciembre de 1937): 7-8.

Latían sus corazones y las palabras no acudieron a sus labios por breves momentos de elocuente silencio.

—¡Cómo te he seguido amando, Margarita! Te encuentro más bella que nunca. He respetado tu pena y no he podido esperar más. Te sigo queriendo, vida mía... Volvamos a la vida, juntos, plenos de felicidad y optimismo.

—¿Cómo hago yo, Eduardo, para creer de nuevo? ¡Oh! Si tan sólo pudiera creer.

—Has sufrido mucho, Margarita; pero confíate a mí, deja que viva para ti. Largo tiempo he esperado.

Ella lo miró, con una mirada que era todo un mundo de gratitud, y también... de amor. De aquel viejo amor, sereno y quieto, pero constante como la primavera que vuelve todos los años para renovar la vida.

Volviéron al salón cogidos de las manos, confiados el uno en el otro, a pesar de los hilos de plata y las brevísimas huellas que en sus semblantes había dejado el tiempo. Lucía él hermoso en la plenitud de sus cuarenta años, y ella indiscutiblemente bella con sus treinta y seis.

—Amigos —dijo él sonriendo, emocionado, tomando en las suyas las blancas manos de la amada—. La he amado toda mi vida. Ella ha sido buena, comprendiendo que ya he esperado bastante, y... nos casaremos mañana. Los invito a la boda, así que volveremos mañana a la ciudad. La ceremonia será por la noche. ¿Te parece, Margarita?...

Ella asintió con una sonrisa, mientras aceptaba complacida las congratulaciones de sus huéspedes.

Y fue también en un crepúsculo, que ella volvió. Corría veloz el Roadster que los conducía. Brillaban ya a lo lejos los millares de luces de la ciudad. El la estrechó en sus brazos y señalando la lejanía, le dijo con júbilo:

—Es la vida, amada, la vida que nos espera...

Alma de mujer*

—¡Qué vida tan monótona para un espíritu selecto, como el mío, querida Aída! Me siento como un cuerpo sin alma, y tengo ratos que creo morirme de tedio. Ya se lo dije a Ricardo y creo que poco a poco sacaré su consentimiento para mi viaje a La Habana y los Estados Unidos.

—¿Por qué no van los dos entonces? A tu marido que trabaja tanto le vendría bien un descanso.

—¿Con Ricardo...? No, Aída, si lo que yo quiero es olvidar todo esto, aunque sea por breves días. Sentirme libre, eso es, ¡libre!

—Cuidado, Blanca; lo que a ti te pasa es que estás harta de comodidades y buena vida. La vida te ha colmado de favores.

—¿Qué blasfemias estás diciendo...? ¿Qué la vida me ha dado demasiado...? ¿A mí...? ¡Ay, Dios mío! Si yo he sido una desgraciada; me casé aturdidamente a los dieciocho años, a los veintiuno era ya madre de dos niños y ... se acabó todo para mí; tendré que vivir la vida vulgar, común de todas las mujeres que se casan, envejecen y mueren.

Hablaban las dos amigas en un saloncito íntimo, sumido en la penumbra. Muebles de palo rosa de suaves contornos eran un tocador de tres lunas, bajito y moderno; un librero pequeño donde se apiñaban en orden libros de cantos dorados. Cerca de una pantalla de pie, mullido sillón tapizado en terciopelo azul oscuro que invitaba al descanso. Y allí, en un rincón amable, sentadas sobre blando diván, rodeadas de artísticos almohadones, las dos amigas hablaban animadamente. Envuelta en una elegante negligé azul pálido, a la rubia Blanca de Acuña se le llenaban los ojos grises de lágrimas al ponerse a hablar de su “vida fracasada”. Aída Gámez, muy elegante en su *tailleur* azul marino, miraba a su amiga con expresión divertida y leve sonrisa de indulgencia.

—Te repito, querida: la vida te lo ha dado todo. Ese es tu cansancio. Piensa, ¿qué más necesitas para ser feliz...? Eres rica, tu marido te adora y tienes dos hijitos que son una preciosidad.

—Ya veo que tienes aficiones muy domésticas. Quiero mucho a mi esposo y mis niños, pero, ¡necesito emoción, movimiento, vida, cambios! En una palabra, quiero vivir mi vida.

* Argentina Díaz Lozano, “Alma de mujer”, *Tegucigalpa*, s. 151, n. 603, (31 de junio, 1938): 5-6.

—“Vivir mi vida...” ¿En qué novela has leído eso, Blanca? Tú eres una mujer buena y amante, te conozco bien. Está bueno, realiza tu viaje, pero ten cuidado con tus sentimientos, siempre has sido cabeza de chorlo; te recomiendo pensar tres veces las cosas antes de realizarlas. Y me voy porque se ha hecho tarde y a las diez tengo que estar en la universidad para mi clase de historia.

—¡Pobre amiga mía! ¿No te cansas de trabajar tanto...? Ya sabes que yo te puedo ayudar...

—Gracias, Blanca, eres muy buena, pero te aseguro que yo soy muy feliz siendo útil a mí misma y a los demás.

Ricardo Acuña dio su consentimiento a su mujer. Comprendió que necesitaba el cambio para convencerse de realidades que, a ella, en su inexperiencia, le parecían sueños dorados. La conocía bien. Sabía que era frívola, nerviosa, pero buena en el fondo. Y sabía también que lo quería. Por eso precisamente la dejaba ir, para que se convenciera ella misma de que amaba a su Ricardo como a nadie en el mundo. Y después de varios días de visitas a las modistas, de compras y despedidas, Blanca de Acuña se embarcó en un flamante barco que la llevaría a La Habana y después a New York. Se despidió con lágrimas sinceras de su esposo y los niños, que vinieron con su abuelita paterna a despedirla al puerto. Ricardo se alegró mucho de ver aquellas lágrimas y guardó muy en secreto la seguridad de que su Blanca regresaría curada.

Elegantísima en traje sport blanco, con guantes, zapatos y sombrero del mismo color, una bufanda azul anudada al cuello; ella sabía que estaba muy bella. Bajó a su camarote para ver si ya su equipaje estaba en orden, arreglarse un poco los rubios y rizados cabellos que dejó libres del sombrero y subió sobre cubierta, pletórica de sueños e ilusiones sonrientes. Algunos pasajeros norteamericanos, mujeres y hombres, hablaban animadamente, pero le sonrieron y la saludaron cordialmente. Uno de ellos, Blanca lo notó inmediatamente, la miró con admiración. ¡Lástima que ya está un poco viejo y tiene labios demasiado delgados!, pensó. No es que pensara hacer nada reprochable, sino que quería encontrar un amigo agradable con quien hablar, jugar a las cartas, bailar, y hacer todas esas cosas que hacen de un viaje por mar una delicia.

Tres horas habían pasado ya desde su embarque, cuando comenzó a sentir un cosquilleo molesto en el estómago, punzadas en las sienes y una sensación de vaguedad en su cerebro. La vista de las olas espumosas que se agolpaban unas a otras se le hizo insoportable, y no pudiendo más con aquel malestar, se dirigió a su camarote con paso vacilante. No fue al comedor a la hora de cena y el camarero negro que vino a ver qué le pasaba, la encontró llorosa, con los

cabellos revueltos, tirada sobre el lecho y pidiendo lastimosamente algo que le quitara el odioso mareo. —¡Si Ricardo hubiera venido!—, exclamó sollozando. El negro le trajo una limonada sin azúcar y la rogó subir sobre cubierta a sentarse, asegurándole que el aire libre la haría sentirse mejor. Ella obedeció dócilmente, y sin preocuparse de sus cabellos despeinados y su cutis sin polvos, se sentó en la silla de descanso que el camarero colocó con mucha solicitud. Comenzó a sentirse mejor y poco después dos muchachas jóvenes y alegres la vinieron a saludar y una de ellas a darle una pastilla contra el mareo. El señor que la “había visto con admiración”, un hombre alto y de unos cuarenta años, norteamericano puro, vino a sentarse a su lado.

—Siento mucho que se haya enfermado —le dijo en un inglés pausado, mirándola con interés, y añadió—: está usted muy pálida...

—Realmente me siento todavía muy mal. ¡Felices los que no se marean!

—¿Quiere que organicemos una partida de *bridge*...? Eso le hará olvidar un poco su malestar.

Y el hombre se levantó a traer a una americana alta y desgarbada y a un jovencito insignificante, para completar el cuarteto. La partida comenzó y Blanca sintió que su malestar disminuía, pero pensaba en Ricardo constantemente. En su Ricardo tan joven, tan guapo y tan solícito con ella. “Si él estuviera”, pensó, “ya me sentiría buena”. “Es verdad que él es un poco violento y brusco a veces, que le gusta cantar dentro del baño cuando se está bañando, que se acuesta a las nueve alegando que está cansado, pero... todos tenemos defectos... y su marido al fin... era su marido...”

La siguiente noche hubo baile a bordo. Blanca fue muy atendida. El mar estaba muy tranquilo y una luna espléndida esparcía su luz plateada por el mundo. El espectáculo era bellissimo y la señora de Acuña asintió romántica. Bailaba un vals lento con el señor de los labios delgados y oyó halagada que él le decía que era la mujer más dulce y bella que había encontrado, y que ya no la olvidaría nunca...

Pero a ella le pareció grotesco el hombre con su detestable olor a licor cuando hablaba, su cara sudorosa y sus labios absurdamente delgados. Bailó después con uno de los oficiales del barco, muy guapo e insinuante, pero el tipo era demasiado audaz y pretencioso. Se retiró a su cuarto a las doce y media de la noche con su conciencia tranquila y la satisfacción de haberse divertido y haber admirado una noche de luna en alta mar. “¡Si Ricardo hubiera estado conmigo!”, pensó, y se durmió profundamente. En La Habana la esperaba el cónsul de su país con su señora, y ellos

se encargaron de que sus cuatro días en la capital de Cuba fueran interesantes y divertidos.

Después... a New York, donde tenía una prima, con quien comenzó a salir para conocer la Babilonia moderna. La prima tenía muchos amigos y los días pasaban rápidamente entre paseos, teatros, compras, noches maravillosas en lugares de moda, pero... Blanca sentía un vacío que allá en corazón no la dejaba tranquila. “Se vive aquí demasiado a prisa y demasiado superficialmente”, reflexionó un mes después de su llegada a New York. Había querido ser una mujer moderna, apurar muchos placeres, vivir una vida que ella creía el paraíso, y ahora se daba cuenta de que en el fondo era una “mujer latina” por todos sus poros. Altiva y orgullosa de su honra, amante de su esposo, sus hijos y su hogar. Latina, bien latina a pesar de sus cabellos dorados y sus ojos azules heredados de su abuelita española. No, no encontraba nada que valiera la pena en *flirts* vulgares, y se dedicó quince días a visitar museos, parques, el maravilloso Acuarium, Broadway de noche, la hermosa Quinta Avenida, etc. Eso sí valía la pena de admirarse, y lo hizo con la plena conciencia de la mujer que ya encontró el camino.

Ricardo fue a recibir a su esposa al puerto. Y la encontró como él la esperaba: más cariñosa y buena que nunca... También más seria y reflexiva. Su viaje le había demostrado que en el mundo hay millones de seres que sufren, luchan y viven; un mundo donde cada uno de nosotros no es más que un átomo.

Tegucigalpa, julio de 1938

Tegucigalpa costa norte*

Viajar por aire es un sueño. Viajar por tierra en esta Honduras virgen es una maravillosa realidad que hemos vivido varias veces y que en esta mañanita luminosa evocamos con placer, y nos detenemos a recordar en sus mil detalles e incidentes agradables.

Una de las rutas que ofrece al viajero múltiples encantos es la carretera entre Tegucigalpa y la costa norte. Salir de la capital cuando la luz de aurora está muy indecisa y las luces en los focos parpadean soñolientos, con la fresca brisa mañanera azotándonos el rostro, es algo inolvidable. Sube audaz y rápida la camioneta

* Argentina Díaz Lozano, “Tegucigalpa costa norte”, *Tegucigalpa*, s. 154, n. 614, (16 de octubre, 1938): 4.

que nos conduce por la famosa “cuesta de los indios”; dirigimos una última mirada hacia la ciudad que hemos dejado y admiramos de lejos las torres de nuestra antigua catedral, que se yerguen cual fantasmas blancos en medio de la semiclaridad matutina. La carretera atrevida en sus mil curvas, serpentea los cerros; allá abajo en las faldas, algunas antorchas indican que los indios cuesteños madrugan a sus faenas diarias. Va avanzando el día, ya podemos ver mejor los campos plantados de verdes matitas de maíz y algunos grupos de casitas, que allá lejos sirven de morada a los rudos campesinos. Bajamos al valle de Amarateca, donde cantan las “chorchas” y donde un furtivo venado atraviesa asustado la carretera.

Comenzamos a ascender, y el perfume de los pinos se hace más y más penetrante. Allá en la sabana pace tranquilamente un grupo de vacas, y un muchachito de unos diez años pastorea un rebaño de ovejas. ¡Qué contraste tan bello forman el verde esmeralda de la sabana y el blanco de los corderitos!... Subimos una larga cuesta y llegamos a Zambrano a las siete de la mañana, donde el “chofer” muy culto y amanerado nos invita a bajar para el desayuno apetitoso y caliente. Después... más cuestas y vericuetos, más valles tranquilos, más bajar y subir, hasta que, desde las alturas de La Pirámide divisamos el extenso y fértil valle de Comayagua, a cuya ciudad colonial y quieta llegamos poco después.

En la ciudad de Comayagua parece haberse detenido el tiempo. Nos muestra orgullosa sus reliquias de la colonia, sus casas de balcones enrejados, sus iglesias severas y misteriosas, donde sentimos la presencia de frailes y obispos desaparecidos; sus mujeres románticas que nos hacen pensar en las altivas y pálidas castellanas de los tiempos caballerescos de Alvarado.

Volvemos a ascender, yérguense a los lados de la carretera los altivos pinos, perfumados y rumorosos. Abismos insondables, montañas, cielo azul, todo forma bellísimo conjunto que abarcamos con nuestros ojos y grabamos en nuestra mente. A Siguatepeque, blanco, limpio y acogedor, donde disfrutamos de una sabrosa cena y reparador sueño.

Muy temprano de la mañana, a las cuatro a. m., tomamos otra vez nuestra cómoda camioneta, y comenzamos a descender hacia el Lago de Yojoa. Percibimos ya el olor de la selva. Ya no se ven pinos, pero la espesura de árboles tropicales nos rodea y solamente la carretera blanquea adelante. Una extraña melodía llega a nuestros oídos, es el canto de la oropéndola. El Lago de Yojoa está a nuestra vista, y nuestros ojos abarcan con admiración la gran extensión de las quietas y silenciosas aguas, que nos ofrecen su belleza en medio de la espesa y misteriosa jungla.

Son las seis de la mañana, cienes de pajarillos dan la bienvenida al nuevo día y de allá de la espesura nos vienen los gritos estridentes de los “olingos” y monos cara blanca. Es la selva que despierta. Nos embarcamos entonces en el *ferry-boat*, donde segura y cómodamente cruzamos el lago. Partimos y nuestra embarcación va dejando blanco rastro de espuma. Por todos lados las hojas flotantes de los lotos, con sus flores amarillas, blancas o morado lila, nos ofrecen una vista de verdadero “jardín flotante”. Una garza majestuosa medita sobre una enorme hoja, y nos mira pasar desdeñosa.

Lago de Yojoa, es como un zafiro rodeado de esmeraldas, tal se nos antojan sus aguas bordeadas de verdes y espesas selvas.

Dos horas más entre El Jaral y Potrerillos, y llegamos a tiempo de tomar un baño y vestirnos para tomar el tren que nos lleva a la sonriente San Pedro Sula, ciudad de laureles y flores, a donde arribamos después de donde llegamos, después de correr velozmente en el Ferrocarril Nacional a través de los verdes bananales costeos.

Nuestro viaje ha terminado, y las gratas impresiones recibidas perdurarán siempre, como perdurará la emoción experimentada al admirar las aguas de cambiante azul del río Lindo (entre El Jaral y Potrerillos), con sus cataratas graciosas que rumorean los misterios de la montaña de donde vienen...

Septiembre de 1938

Argentina M. Rosales



Alcoholismo y tabernas*

Tarea muy difícil es hablar sobre un tema tan discutido como el alcoholismo.

La propaganda antialcohólica tiene simpatizadores que son decididos partidarios; y también tiene adversarios. Esto no es nuevo, pues ya sabemos que todas las grandes obras han sido combatidas reciamente por ese espíritu de terquedad que anima a los inconscientes incapaces de apreciar los benéficos efectos de la regeneración social.

Mucho se ha escrito y mucho se habla siempre del vicio infame que sepulta al individuo en un abismo de degeneración y a las familias en la más espantosa miseria; pero nunca se habla con más propiedad que cuando se penetra en el hogar de un alcohólico.

Conozco algunos en donde la esposa es intolerante y no permite al marido tomar una copa en su presencia, ni llegar a la casa más o menos ebrio; y otros en que ella, muy a su pesar, le permite tomar licor y aún embriagarse antes que se exhiba concurriendo a sitios públicos y peligrosos, aunque ella misma sea la víctima de tal condescendencia; teniendo que soportarlo a él y a las oficiosas críticas lugareñas.

En uno y otro caso se lamentan fatales consecuencias. En el primero, el hombre se aleja de su casa y busca los establecimientos públicos en donde reina el vicio con su cortejo de vagancia, inmoralidad y desorden; porque debéis saber que los puestos de venta llamados estanco, no son otra cosa que focos de corrupción, en donde los vagos tienen favorable acogida. Es allí en donde se dan cita las mujeres perturbadoras de la moral pública para ayudar a retener a los hombres, en cuyos bolsillos suponen haber una buena cantidad de dinero que es necesario hacer gastar ya de un modo, ya de otro, en uno u otro vicio degradante. Allí, en cierto lugar reservado, se proporcionan al bebedor frutas, sillas de descanso, hamaca o cama; y si antes de dormirse no gastó cuanto tenía, al despertarse encuentra sus bolsillos vacíos. De estos se originan muchas veces disgustos serios que terminan en criminales hechos de sangre.

* Argentina N. Rosales, "Alcoholismo y tabernas", *Regeneración y Prosperidad*, año II, n. 2, (agosto-septiembre, 1931): 86-88.

En el hogar de donde salió el marido vicioso reina también el más completo desorden. La esposa, no pudiendo acostumbrarse a la soledad, a la tarea de luchar sola, ni conformándose a llevar sobre sí la nota de ignorancia que le imprimiera la conducta amoral de su marido, a quien tal vez ama intensamente, oculta su amor en el despecho y se acoge a la sombra de un seductor que supo aprovechar la oportunidad que le prestara el marido vicioso. He allí un hogar hecho girones, por lo menos tres personas degeneradas, tres víctimas del vicio. El marido alcohólico no tiene boca con que hablar del desastre de su casa; es su obra.

En el segundo caso, el hombre explota en toda forma la tolerancia de su esposa y poco a poco va abusando de ella hasta agotar los últimos recursos, sin dolerse de la perpetua angustia de una familia que se priva de todo antes que permitir que su jefe vaya a un estanco a confundirse con el vulgo, prefiriendo carecer de lo más necesario y encerrar su desgracia dentro de las cuatro paredes. De nada le sirve a esta esposa tanto sacrificio; en vano soportó el odioso aspecto del ebrio, sus necedades y sandeces; nada logró con sus cariñosos cuidados y atenciones, sino prolongar una vida que siempre sería viciosa; y al fin al cabo, su marido encontraría un amigo que lo libertara de la influencia conyugal, mostrándole el vergonzoso camino de la taberna. ¡Pobre víctima! ¡De tu constante sacrificio únicamente lograste adquirir una paciencia ejemplar en fuerza de ejercitarla diariamente! Por ella darás buena cuenta de la misión que te fue encomendada, llegando triunfante con tu cruz hasta la cima del calvario; para ello has necesitado una gran fuerza de voluntad, ¡has probado todas las amarguras!

En la casa del ebrio hay dolor y miseria, vergüenza, tristeza y duda: no se concibe la idea de un placer. Los hijos son raquíticos, nerviosos y pesimistas. El dinero que pudo haberles preparado un porvenir próspero y feliz, y una constitución sana y vigorosa, fue a parar a los traficantes del vicio, que siendo hombres, jamás empuñaron una azada para cultivar la tierra productora de nueces nutritivas, y siendo mujeres, no saborearon el legítimo placer de ver premiada su labor artística o doméstica contribuyendo así a la felicidad social, sino que prefieren ganarse la vida con la propagación del veneno alcohólico, contribuyendo a la degeneración individual, a la ruina de las familias y a la desgracia de la sociedad.

Argentina M. Rosales

Tegucigalpa, septiembre de 1931

Astarte



¿Volverá?

A mediados del mes de abril de un año ya lejano, vi por vez primera al que fue dueño de mi amor. Al encontrarse su vista con la mía, noté que aquel corazón se quemaba; y se quemaba de amor; luego él, un apuesto y gallardo mozo, comprendió que mi ingenuo corazón palpitaba con exorbitante ligereza y quiso detenerlo en su vertiginosa carrera; ¿lo consiguió? Sí; con sus palabras tiernas y amorosas logró ponerlo en estado normal.

Yo estaba tan tierna y lo amaba tanto, que creía a las mil maravillas, todo lo que me decía al oído quedamente; en mil noches de insomnio, lo contemplaba como si estuviera frente a mí; y al quedarme dormida profundamente la silueta encantadora de mi galán aparecía en mi imaginación. ¡Cómo se había posesionado de mi alma! ¡Lo amaba, lo idolatraba!... Horas enteras pasábamos en amena conversación; ¡horas aquellas que evocan mi infinita tristeza! Hoy que ya no escucho la melodía de su voz que era a modo de arrullo de ingenuo jilguerillo, ni el aliento embriagador de su cuerpo esbelto y joven.

Por fin el destino cruel se interpuso a nuestro inocente amor, pues llegó el día en que él debía separarse tal vez para siempre de mi lado, en el solemne momento de su partida con mis manos entre las suyas, me dijo, ¡me voy! Sí, ¡me voy!, muy lejos, si muy lejos, pero tú, ¡oh! Ángel de mis tiernas ilusiones, vas impresa en mi alma con caracteres indelebles, y ni la acción destructora de los años, ni la ausencia la podrán hacer desaparecer, me voy, pero, ¡aguarda, amada mía!

Se fue, sí, se fue, y al recordarlo mis lágrimas caían a torrentes, pero al mes vino una carta suya impregnada del ardiente amor que aún palpitaba en su corazón, tan sentimental que me costó trabajo leerla, pues apenas leía un párrafo mis ojos estaban pletóricos de lágrimas; llegó la segunda, ya no como la anterior, más fría, sí, más fría: llegó la tercera, aún más fría que la nieve; las miradas de otras mujeres habían helado su amante corazón. ¿Y la cuarta? No ha venido aún. ¿Vendrá? Jamás.

Pero yo la espero, sí, la espero... ¿Y él? ¿Volverá? El tiempo lo dirá.

Astarte

Santa Bárbara, marzo 1928

* Astarte, "¿Volverá?", *Lux*, s. 9, n. 35, (1 de abril, 1928): 16.

Carlota Membreño



Página gris*

¡Parece que la naturaleza sollozara! ¡Parece que el espacio estuviera poblado de infinitas armonías! Las flores, meciéndose melancólicamente al compás de la triste sinfonía, hacen temblar sus cristalinas lágrimas, para ofrendarlas, como lluvia de perlas, en artísticas coronas, a aquellos seres desgraciados que hoy consagran sus recuerdos a los eternos ausentes.

Murmullo de besos; alas que rozan nuestra frente; sonrisas que semejan una promesa de amor; y allá, lejos, muy lejos, un gemido interminable que conmueve lo más íntimo de nuestro ser.

¿Quién llora? ¿Por qué las campanas con su fúnebre tañido hieren tan cruelmente nuestro corazón? ¿Por qué sentimos algo así como el aletear de seres invisibles? ¡Ah! ¡Es el mensajero del dolor! Es el mes de las brumas que, arrebujado en su traje gris, ha atravesado larga distancia para llegar a nosotros y decirnos con voz balbuciente: "Hoy es el día de los muertos, y vengo a que me deis para ellos todo el latir de vuestros corazones".

¡Noviembre! ¡Pudiera decirse de ti que vistes en este día el color que simboliza las muertas ilusiones! Tus nieblas tristísimas representan el manto del dolor, del dolor sin esperanza, ¡de aquel que se arrodilla en su impotencia clamando al cielo valor y resignación!

Parece que hubiera para el alma una doble percepción. Cada vez que el viento gime lastimero, se estremece, como si sintiese el contacto de seres invisibles; ¡como si recibiese el beso frío de los que habitan en la eternidad! Y oímos, con la ansiedad del que espera en el vacío, ¡el acento de amor y protección de nuestros padres! Y percibimos la confusión de voces de nuestros hermanos y amigos, atrayéndonos para darnos el fraternal abrazo.

¡Triste ficción la del alma que flota en el dolor!

¡Noviembre! Te he amado siempre, quizás porque los sentimientos íntimos de mi alma están en armonía con el conjunto de melancólica poesía que encierras.

¡Eres un poema de amor para las almas felices, como eres un poema de dolor para las almas desgraciadas!

* Carlota Membreño, "Página Gris", *Regeneración y Prosperidad*, año I, n. 5, (1930):106.

Arpa eólica vibras con todo el arte que la naturaleza te ha dado en el corazón de aquellos que arrancan de tus cuerdas de oro notas cadenciosas de amor; y, allí donde el dolor sienta sus reales, en la tristísima mansión de los muertos, meces tus armonías como el dulce arrullar de amorosa madre, semejando sollozos y caricias, ¡que penetran al interior las tumbas...!

Ven y arranca con mano cariñosa de las ruinas de mi ser, todo lo que el amor, todo lo que el dolor pueda producir; y después que hayas visitado a mis muertos queridos, vuelve, trayendo para este corazón, que viste, como tú, el traje gris de las muertas ilusiones, ¡la fría caricia de la eternidad!

Carlota Membreño

Carmelina Rubí de Moncada



Cifras simbólicas*

Quince años: ¡Mañanita de la vida, inconsciencia de las graves razones del ser y del no ser!

Primavera, ensoñación dorada cuando alegría retoza en el núbil corazón ante los incendiados atardeceres, y hay éxtasis ante las cándidas corolas de los lirios, al efluvio musical de las sonatas; cuando se siente y ama el romance caballeresco, el verso gentil, el mar azul, el aire perfumado...

¿La vida? Vibración de belleza y anhelo en cada poro del ser.

¿El corazón? Antena suprasensible a las ondas emotivas.

Quince años: Primavera de la vida en el embrujo rosa de sus sutiles galas, desgrana el pentagrama de una eterna sinfonía.

Treinta años: Se acerca el mediodía. Natural viste su túnica de topacio; Helios en pleno estío nos envuelve en sus ardientes rayos.

Danza de gavillas doradas en la siega, fiesta de recolección, de vendimia, sed de acopio al despertar positivo de la vida en la ingente necesidad del vivir.

Hermanada al ansia de aire y lejanía, la minuciosa búsqueda del sendero que lleva a las sombras a descifrar arcanos...

Estío con su quemante luz sideral, dora hojas y flores y en la hoguera espiritual vuelve cenizas el iluso anhelo, empujando al corazón hacia lo positivo.

Cincuenta años: ¡Llega la tarde! El frío viento del otoño deshoja los amarillos rosedales, y en el alma, el azul se ha vuelto gris.

¡Todo está desnudo! Los ojos ven tras el florido ropaje, ramas secas... viejas cicatrices... desgarros húmedos... muñones...

El alma cansada busca refugio en la razón infinita de la vida, y ama por igual las noches argentadas en que brillan luminosas las pupilas eternas, el himno de humildad de la tenue florecilla morada, la vigilia estridente de don grillo, al implume polluelo en el nidal.

* C. Rubí de Moncada, "Cifras simbólicas", *Pan-América*, vol. II, n. 17, (diciembre, 1945): 32.

¡Ama al lobo y al cordero, hermanos!

¡Ama al mal que le enseña el bien!

¡Ama a la sombra, precursora de la luz!

Setenta años: Es de noche y hace frío...

El soplo helado del invierno se torna en fría soledad...

Los ojos marchitos se vuelven introspectivamente buscando el cielo, opacos ya a la visión material, pero lúcidos, ¡abiertos a la solemne verdad de las cosas...!

En el valle de la vida los hielos invernales han borrado los rústicos detalles, mostrando más alta la figura de Dios.

Diáfano blancor nimba las cabezas humanas, armiño es el corazón, cándida sabiduría el alma, paz son las pasiones...

Es invierno. Los ojos y el alma asistiendo al blanco funeral de la materia en el triunfo del espíritu.

Carmelina Rubí de Moncada

Tegucigalpa, 26 de abril de 1942

Hacia un mundo mejor*

La fluida pluma de doña Carmelina Rubí de Moncada nos obsequia ahora este vibrante artículo feminista en que desborda su pensamiento con sin igual maestría en frase gallarda, vigorosa y llena de claridad.

Por milenios las mujeres hemos vivido adormecidas en la incapacidad que nos creará el hombre, considerándonos perrito faldillero a quien se le hace unos cuantos mimos y a veces se le da una patada, artículo de lujo o de placer, ama de llaves, seguridad higiénica, criada sin sueldo, carga pesada y hasta medio de explotación; todo, en beneficio y por comodidad de su frío egoísmo; más, la obscura medianoche toca a su fin. "El animal de cabellos

C. Rubí de Moncada, "Hacia un mundo mejor", *Pan-América*, vol. II, n. 18 y 19, (enero y febrero, 1946): 5-6.

largos” se despierta al brillo de una nueva aurora en los horizontes humanos.

Hasta hoy, hemos vivido en el mundo de los hombres, esclavizadas al derecho de su fuerza, sujetas a las leyes de la herencia por los prejuicios, dormidas las facultades creadoras, anulada la voluntad por el necio creer de que la mujer solo sirve para dar hijos, cocinar y cuidar del hogar; concepto que repetido por milenios en el ambiente familiar y social, terminó por crear conciencia entre nosotras y el hábito de creernos inútiles para otros objetivos que no fueran, la sujeción al marido —amo—, la esclavitud al hogar —cárcel—, que ha visto languidecer la iniciativa generosa, sacrificada a la fuerza de la costumbre y de las limitaciones a que nos han sojuzgado las leyes inhumanas de los hombres.

Prisioneras del ambiente, las fuerzas interiores relajadas, incomprendidas, defraudadas, hemos formado la legión de los galeotes viviendo en el estrecho mundo de la galera, remando incansables, pero alentando ansias de justicia, de libertad y de igualdad.

Los seres sufren dos influencias, la de la herencia y la del medio en que les toca desenvolverse; cuando la herencia es feliz, pero el medio adverso, es necesario, para vencer en los combates de la vida, ser una férrea voluntad o un ser extraordinario; de los sacudimientos de las almas valerosas hemos visto levantarse Juanas de Arco, Isabeles de Castilla, visionarias que plasmaron en un medio adverso sus ideales inmortales.

¡Cuántas veces he oído de labios masculinos el reconocimiento filial de ser lo que una madre o una mujer hizo de ellos, y cada vez que este reconocimiento llega a mí, busco a esa bella mujer, obrera obscura, hormiga infatigable que laboró noche y día, silenciosa, sin alardes en forjar un alma, en cimentar una voluntad y dar así a la sociedad que la escarnece, hombres dignos y valientes! ¿De quién es entonces el mérito, me pregunto, de la obra o del artífice? Si las flacas fuerzas materiales femeninas, si nuestra incapacidad saca aptitudes para plasmar voluntades de acero, genios luminosos, hombres incorruptibles; cuando el espíritu femenino cobre perfiles auténticos, cuando sea la humilde mujer dignificada y puesta en condiciones para desenvolver mejor sus aptitudes, esa espartana defensora de la especie será columna básica sobre la cual se levantará el bienestar universal.

¡Cuántas veces la mujer apremiada por razones diferentes se lanza a la calle en busca de su mejoramiento, del bienestar de la colectividad, para no estar supeditada a la voluntad, muchas veces poco justiciera del hombre o de los suyos!, más generalmente no lo

hace por afán de libertinaje, ni en un gesto de marimacho, como dicen los pensadores del medioevo; sino, para merecer más respeto en sus ideas, más comprensión de los suyos, por cobrar fuerza en el uso de sus capacidades solucionando problemas, casi siempre de orden monetario, por falta de ayuda de los padres nominales, por no encadenarse al socorro de la familia, a la inmoralidad de recibir una limosna dada por obligación o a la indignidad de un amor mercenario.

La mujer ha demostrado en la hora presente que es capaz para desenvolverse en cualquier medio que le toque actuar, y esa capacidad le da derecho a una legislación acorde con las ideas democráticas que viven los países civilizados, en donde la talla de los hombres no se mide por el temor de que las mujeres invadan las oportunidades masculinas, sino en la nobleza de reconocer el mérito, donde el mérito esté, aunque lleve faldas.

La hora llama, apremia a revolucionar los viejos resabios y las leyes unilaterales; hombres y mujeres somos el complemento de un todo: la vida, y en aras de su mejoramiento debemos marchar hombro a hombro, hermanados e identificados en la más alta finalidad de la existencia: la patria, los hijos.

En esta hora que se agita en el mundo el trascendental fenómeno social, inevitable, de incorporar en el goce de los derechos y deberes ciudadanos a la mujer; yo os invito mujeres de la patria latinoamericana, mujeres del mundo, a que demostréis con la fuerza del pensamiento que es acción constructiva, con la destreza de vuestra mano, que sois capaces y valientes para enfrentar los problemas del momento, de esta hora de la más alta responsabilidad en que estamos escribiendo en la página inmensa de la historia del derecho, los verdaderos derechos de la humanidad.

Estamos de cara a las responsabilidades de la hora, esperando a que se cumplan los hermosos principios de la Carta de las Naciones Unidas y Estatuto de la Corte Internacional de Justicia, firmados por representantes de los gobiernos democráticos, quienes, en un alto sentido de justicia, ven que ya no es posible mantener a la mujer al margen de la revolución que conmueve a la humanidad, en la búsqueda de un mundo mejor.

Carmelina Rubí de Moncada

Tegucigalpa, D. C., 12 de enero de 1946

Carmen Castro



Origen de la Fiesta de la Madre*

En este día pleno de amor y de ternura dedicado a honrar a las santas madres, a esas mujeres que merecen los más cálidos rendimientos de la humanidad queremos dar a conocer por medio de breve reseña el origen de esta fiesta de amor y del espíritu, a la que acuden presurosos los chicos y los grandes, los hombres y las mujeres para deshojar las flores de su cariño en el regazo materno... a depositar el regalo en las manos trémulas y en la frente nacarada el ósculo bendito.

Fue en el año de 1906. La señorita Anna Jarvis, de Filadelfia, tuvo la desgracia de perder a su madre, por quien ella sentía una adoración inmensa. Su desolación en medio de la orfandad en que la hundiera este acontecimiento no tuvo límites y cuando llegó el aniversario de la muerte de la Sra. Jarvis, su hija se propuso hacer algo extraordinario para conmemorar la fecha luctuosa, y cambiando impresiones con una amiga suya ideó establecer y propagar la idea de dedicar un día del año a conmemorar a todas las madres.

Su pensamiento y su esfuerzo encontraron amplia acogida en todos los corazones y rápidamente se formaron agrupaciones tendientes al mismo fin, sembrar la semilla para que fructificara la idea que hoy, por hoy, florece en casi todos los países del universo. Fue, pues, Filadelfia, capital del estado de Pensilvania, perteneciente a la Unión Americana, que declaró primero día de fiesta el segundo domingo de mayo y este le han seguido otros pueblos y otras naciones tanto de América como de Europa.

En México se inició el Día de la Madre en el año de 1920, cuando un hijo ilustre de esa simpática nación, después de haber radicado desde su más tierna infancia en los Estados Unidos de América, en donde hizo su carrera de periodismo, regreso a su patria, donde tomó el puesto de director del Departamento de Publicidad del renombrado *Diario Excelsior*, desde donde batalló mucho para conseguir que se acogiera la idea de celebrar el Día de las Madres, pues se tenía arraigada la convicción que eso era innecesario, ya que se quiere demasiado a las madres, lo suficiente para no ser necesario determinado día para ensalzarla.

Pero el señor González Miranda, a quien nos referimos, no desmayó en su propósito y una vez consiguió el asentimiento del director del periódico, emprendió la tarea de propagar con afán y disponiendo

* Carmen Castro, "Origen de la Fiesta de la Madre", *Sinergia*, Vol. I, n. 8, (1941):168-170.

de corto tiempo, pero con gran entusiasmo. Favoreció la enorme circulación del periódico y, las muchas simpatías y su gran empeño con el que contaba hicieron culminar en brillantes resultados la modesta idea primitiva de Anna Jarvis. Desde entonces quedó definitivamente establecido el Día de la Madre en México.

Refiere el entusiasta señor González Miranda, la emoción que experimentó el primer año de la celebración de la fiesta, a la que no obstante haberle dedicado tanto entusiasmo, dudaba que constituyera un éxito completo y fue por esto que, desde las primeras horas de la mañana, apoyado de codos sobre una ventana de su casa veía a todas las gentes que pululaban, como de costumbre en la calle donde vivía. No se notaba nada que significara una emoción nueva, nada que lo hiciera comprender que sus ilusiones se habían cristalizado en realidad tangible y ya empezaba a sentir el hondo descorazonamiento de quien viera tronchadas sus alegrías y a punzarle el aguijón de la desesperanza, cuando de pronto sus ojos sorprendieron un grupo de niños llevando en sus manos ramos de fragantes flores, tras de este otro y otros... Después el ajeteo de la gente en un ir y venir incesantemente para adquirir flores, regalos y todas las manifestaciones de quien busca algo para complacer a un ser querido.

Pero no fue esto lo único para que el corazón palpitara de alegría, sino que se desbordó hasta sentir un nudo en la garganta cuando vio acudir a infinidad de personas a los cementerios, cuando se dio cuenta de que las madres que han volado al cielo también tenían la ofrenda de sus hijos en la tierra. ¿Por qué el amor a la madre es imperecedero?, porque es amor que se acrecienta mucho más cuando ese ser que nos albergó en sus entrañas ya no está a nuestro lado para indemnizarlo con nuestro cariño de tantos dolores, como sufre por nosotros en su peregrinación por este mundo.

Honduras, nuestra patria, corazón de Centroamérica, también ha consagrado el segundo domingo de mayo para rendir homenaje a las madres. Siendo presidente del Congreso Legislativo el ilustre Dr. Miguel Paz Barahona y haciendo uso de sus facultades expidió el decreto No. 32 instituyendo el Día de la Madre, para honrar a esas santas mártires, que a través de la humanidad han soportado con resignación el dolor y la adversidad y que con una fe soberana se han entregado siempre a todos los sacrificios.

Y si la madre es acreedora siempre a los más cálidos afectos, no será mucho que se haga de ella el símbolo del amor y de la abnegación, de la pureza y de la excelsitud, y se le rinda tributo no solo en el huerto cerrado de la casa, sino en forma pública y

si fuera posible espectacularmente, grandiosamente, el homenaje que reclaman sus méritos indiscutibles e inagotables.

De ahí que esta idea, vestida con el ropaje de la novedad y que se ha cristalizado desde hace algunos años, en realidad es muy antigua, porque responde a sentimientos que desde el principio de los tiempos alientan en el corazón humano y ha sido acogida con tan fervoroso entusiasmo que en este día deshojamos todos sin excepción alguna, frescas rosas de ternura que impregnan con su aroma al ser adorable que nos dio la vida.

Todos los días, pero singularmente hoy, la madre se eleva por encima de cuanto es deleznable y pequeño y con su sonrisa inefable reanima en nosotros la llama de la fe y de la esperanza. Serena y fuerte, nos da la singularidad de estar siempre con nosotros para librarnos de las asechanzas del mal. Y así, aún, no viéndola algunas veces, caminamos confiados porque sabemos que está.

Carmen Castro

Clara Luz



Charlas con las damitas*

Se puede afirmar sin miedo que no hay mujer fea. Es tal la variedad de la belleza femenina, que existe en cada una de nosotras cierto encanto natural cuyos efectos tenemos el deber de desarrollar inteligentemente.

Las grandes adoradas, las amantes célebres fueron con frecuencia de plástica muy imperfecta. Hubo una Emperatriz China que tenía el pie muy deforme y a esa emperatriz pretendía su marido imponerla como modelo de perfección, belleza y elegancia.

Ana Bolena, a quien hizo célebre el amor de Enrique VIII, tenía en una mano seis dedos, un diente mal colocado y un tumor en el cuello, lo cual no impedía que sus cortesanos le hicieran muchas reverencias.

Otras mujeres hubo que se hicieron célebres y eran, una coja y otra tenía los pies deformes.

Para reemplazar la imperfección de las formas, tenemos el ardor de nuestro temperamento, la sutileza del espíritu, y finalmente, nuestra coquetería natural.

Tenemos esa gracia astuta que manejamos con infinita maña.

Poseemos medios de seducción inexplicables. Sabemos por dónde agradamos y cómo. Hay circunstancias, hay horas en que nos sentimos mejor adornadas para gustar y, sobre todo, ¿no sobresalimos en descubrir las debilidades de aquel a quien queremos agradar?

Con una palabra robamos un corazón, si sabemos colocar hábilmente esa palabra. Como el hombre se fija en el detalle, nos basta un gesto elegante, una postura graciosa, para retener su imaginación.

La sugestión de un pie pequeño, un conato de descote palpitante, son motivos bastantes para determinar el encanto.

Además, ¿y no es a veces la elegancia el sustituto de la belleza? Tantas mujeres hay que, lejos de ser bellas, saben apropiar sus adornos, su compostura al carácter de su plástica, a su fisonomía. No son bellas, pero sí atractivas.

* Clara Luz, "Charla con las damitas", *Luz*, año II, n. 56, (12 de julio, 1925): 10-12.

Se presiente en ellas un gusto tan sutil de lo que agrada, que uno se va irremisiblemente hacia ellas.

El hombre será inmutable-impresionable siempre; ama a su gusto a la mujer hermosa, pero sin confesárselo nunca a sí mismo.

Y el hombre en el orgullo de su amor, se inclinará cada vez más hacia la que mejor sepa adornarse y embellecerse. Él mismo consagrará su imaginación, su tiempo y su fortuna a convertir a su amada en la más lujosa y envidiable de las mujeres.

Cuatro muchachas, conversando con deliciosa intimidad, me han sugerido este artículo, que pudiera tomarse por una imitación de esos deliciosos causeries con que solía deleitarse Catulle Mendes, el malogrado esposo de la genial Judith Gautier.

Oyéndolas charlar sobre matrimonio, deslicé le pregunta: ¿cómo querrían ustedes que fuera el hombre que ha de ser su esposo?

La mayor parte de mis amiguitas que escandalosamente cumpliera veinte años, fue la primera en responder.

Me gustaría para esposo —dijo— un héroe de la guerra. Un general ante el que se inclinaran todas las frentes. Un Alejandro triunfador que me llevará en su carro como diosa.

Yo —prosiguió la segunda —quisiera un poeta. Un Homero que escribiera para mí los versos más sentidos y los cantos más dulces. Gustaría que, al dormirme me arrullara a su vez plena de ensueño y que tejiera con la cadencia de sus rimas, la hamaca poética donde descansará mi exaltada imaginación. Para mí —siguió la tercera —había de ser un hombre millonario. No concibo la vida sin el dinero. Tener automóviles, lucir trajes nunca igualados, joyas traídas de los países europeos, ¿qué más podría pedir al hombre que me amará?

La más pequeña de las muchachas no se atrevía a hablar.

¿Y tú —le dije insinuante —no me dices tu opinión?

—Va usted, a reírse, mi señora —contestó por fin, pero yo no anhelo héroes, guerreros ni poetas coronados de laurel, ni menos millonarios que se olviden de mí por escuchar el tintineo de su oro. Yo querría sencillamente un hombre. ¿Comprende mi ideal? Un hombre en toda la acepción de la palabra. Honrado y trabajador, cariñoso y atento a todos mis deseos.

Las tres muchachas ampulosas en sus anhelos, soltaron sus carcajadas frescas y burlonas. Cosas de la edad —dijeron a una. Esta chamaca con sus dieciséis años no comprende que la vida moderna no encaja ya con los antiguos moldes del trabajo y el honor. Eso está muy bonito para novela de folletín, pero no para una mujer que ha de sentirse humillada, cargando con el sambenito de un marido bueno... Ay, señora, usted, que escribe, abra los ojos a todas las muchachas del día y dígales que echen bien el anzuelo, no vayan a pescar para marido un pez que no tenga más propiedades que... su honradez...

¡Pal gusto! Y bien, creo que la chiquilla del hombre honrado y trabajador —mal pese a las tres anhelantes de bombo y platillos —está en lo justo.

Joven o vieja, la mujer no debe buscar otra cosa en el hombre que ha elegido para esposo que un hombre de bien... No me hablen a mí de genios, ni de guerreros, ni de millonarios... Todo eso, bien puede cambiarse por un hombre de cuerpo sano y de alma sana. Los poetas, para el público; los guerreros, para las ambiciones nacionales y los millonarios para que consuman en el comercio sus dineros. Para marido... ¡Un hombre que nos quiera mucho, y es bastante!

Clara Luz

Clementina Suárez



Forjemos una meta*

Hagamos guerra a muerte a los partidos políticos cuyo lema no pasa más allá de la pitanza señorial. Hagamos que desaparezca de una vez y para siempre ese istmo tan corto y tan profundo que separa los hijos del mismo Estado. Es necesario convencerse de que mientras existan nuestros odios mutuos, nuestras guerras en casa, nada habremos hecho, nada podremos hacer. Toca, pues, a la juventud presente, a la juventud que no tiene espaldas para el látigo, decapitar de un tajo para el futuro la policéfala serpiente del partidismo individual.

El único partido que debe existir en nuestro suelo es el partido de la libertad, del trabajo y del progreso. Seamos en hora buena también ciudadanos, pero ciudadanos independientes, de convicciones propias, que no nos doblegaremos ante el gesto de cualquier caudillo que se nos aparezca.

Que no se valgan por más tiempo de la palabra “patriotismo” para empujarnos a la lucha feroz de Caínes con Abeles. El partidismo, tal como existe entre nosotros, es una señal inequívoca de que varios siglos de esclavitud pesaron sobre nosotros. Infeliz la nación que no sabe hacer uso de sus derechos.

Si queremos ser esclavos, seámoslo en buena hora, pero del deber; mas no doblemos las rodillas ante ilotas humanos. No seamos por más tiempo asnos atados continuamente al carruaje del despotismo.

Clementina Suárez

De la vida, lo bello*

El que siente un minuto de amor, ama lo bello, siente inefable sensación, tan dulce, tan pura, tan evocadora, que se imagina llevado por alas a un mundo donde todos sus sueños cobran realidad. —Pero a esa atracción, a esa divina esclavitud, desgraciadamente, solo son reducidos los espíritus grandes, enamorados de lo bello. Nada más puro, desinteresado y delicioso que esa atracción, fuente inagotable de goces exquisitos. Nada hay en el mundo que consiga elevar el espíritu con tanta magnificencia

* Clementina Suárez, “Forjemos una meta”, *Ariel*, año I, n. 15, (15 de enero, 1926): 335.

* Clementina Suárez, “De la vida, lo bello”, *Ariel*, año II, n. 29, (15 de agosto, 1926): 639.

como un minuto de amor. —Tengo frente a mi corazón un recuerdo en que la belleza parece relampaguear con sus fulgores más intensos; que cuando mis ojos se clavan en él, siente mi espíritu la sensación de ascender, de remontarse como si se escapara del cuerpo libertándose de la vulgaridad mundana, que sobre él carga diariamente.

Todos los dolores del mundo transportados a un minuto de amor dejan de producir esa sensación cruel y brutal que nos da la realidad y despiertan en el espíritu una deliciosa melancolía, más reflexiva, más consciente, de las desgracias de la vida, que nuestros dolores ordinarios. Qué sería de la vida sin la obra del amor, sin la emoción que nos purifique, que acrisole nuestros sentimientos. El espíritu alentaría en un reducido círculo pesado, como águila herida que cae. La emoción magnífica irradia en fulgores, hace vivir una inmensidad al espíritu, es su instante más fecundo, más sabio, más vidente: todo lo bajo, todo lo pequeño, todo lo ruin de esta vida ha huido de él. Se siente libre o esclavo de una divinidad que le lleva por un mundo de ensueños donde todo, hasta los dolores, se convierten en luces de magnífica alegría. ¿Dónde podríamos hallar una fuente de goces tan inefables?

¡Ah! Evidentemente la emoción, el arte, la obra bella, la estatua, el cuadro, la rima, la prosa, en fin, el libro, nos salvan del tedio, de que nos arrope el manto de la desilusión.

El diamante*

Un día visité un pueblo. Un amigo que me acompañaba me dijo:

—Ese hombre que veis allí posee el diamante más grande y más valioso del mundo. Le ofrecen millones de pesos por él; pero él sabe despreciarlos con la esperanza de un más allá más ventajoso para vender su joya.

Y corría la noticia del diamante fabuloso y al par corría también el nombre de su dueño de boca en boca. El ser poseedor de tal tesoro le sacaba de la oscuridad en que hasta entonces había vivido, le daba mérito, le adocenaba cumplidos y para los ojos de todos tenía el brillo indiscutible de “la aristocracia del dólar”: su diamante le formaba una torre de marfil y lo dejaba en alto... Acariciando orgulloso entre sus avaras manos la cuantiosa joya,

* Clementina Suárez, “El Diamante”, *Ariel*, año II, n. 32, (30 de septiembre, 1926): 667.

surgió de improviso en él la idea de mandarla a tallar y presuroso se encaminó al taller, pues tarde se le hacía ver a su diamante perfecto.

Fue examinado el diamante y así le dijeron a quién orgulloso lo llevará: —señor, vuestro diamante tiene en el fondo una gran cantidad de carbón. Nos es imposible tallarlo sin partirlo y solo podemos pulirle las partes buenas.

El dueño aceptó. Pero cuál no sería su asombro cuando, de la joya aquella, la más grande y más valiosa del mundo, apenas salieron diamantes tan pequeños que con su valor escasamente pagaba al tallador.

¡Ah! ¡Cuántos en la vida se dan el valor de un diamante sin saber que en el fondo están llenos de misero carbón!

Clementina Suárez

Tegucigalpa, 1926

Voces del alma*

Recordar.

¿Recordar, para qué? ¿Para extasiarse ante olvidadas penas o abismarse ante ceniza de dispersas ilusiones?

Las evocaciones han tenido para mí esa doble manifestación. Son, a manera de penumbras en que la luz apenas se manifiesta, tímidamente entre el agolpamiento de sombras o como grandes silencios heridos por melancolía de una nota en agonía.

Pero, a pesar de todo, hay cierta fruición espiritual, cierto deleite mental al recorrer indiferentemente esos caminos de sombras, por sobre los cuales pasó, de alguna vez, la alondra de nuestro corazón embriagado de trinos o como pájaro sin alas, a saltos, dolorosos, llorando.

Se evocan las noches, derrochando su inmensa ternura sobre el mundo y hay como un loco deseo de agacharse y de ir recogiendo de rodillas, con nuestras manos sangrantes, puñitos de ternura,

* Clementina Suárez, "Voces del alma", *Tegucigalpa*, s. 49, n. 194, (28 de septiembre, 1930): 2.

para acercarnos al corazón, o se desea descifrar los silencios, penetrar en ellos, disolverse en ellos, para librarnos así de ese ruido ensordecedor que perturba la quietud de las fuentes y la serenidad religiosa de las montañas.

Qué temblor de angustia, ¡qué enfermo deseo el de abrazarse a la noche, para olvidar, para enseñarle a nuestro corazón a conocer los rumores de simpatía, los besos de humildad que con tan exquisita ternura nos regalan las sombras! Es en esta inmensa y perturbadora calma, donde se disfruta voluptuosamente de paz, de olvido, de vivir, de casi vivir tendidos bajo las sombras, interrogando el infinito.

Clementina Suárez

Tegucigalpa, septiembre 1930

Al que sabe ver sin pecado*

En tus ojos parece que siempre temblara una lágrima, una lágrima que hace que cada mirada tuya sea una gota de miel... Es así como una breve mirada puede endulzar una vida. Una breve ráfaga de una mirada de miel...

Alas de ternura, tus párpados envuelven a tus pupilas, con una húmeda y sacrosanta melancolía.

Cerrados o abiertos, siempre miras con una infinita dulzura; tiemblan en tus pestañas gotas de miel... ¿Será acaso porque sabes que yo he de acercarme a ellas, por endulzar las mías, ásperas y hurañas de tanto mirar la vida?

O porque en tu infinita bondad, llegas hasta dulcificar tus miradas, para brindarlas, como confites, a mis ojos, —niños maltratados— pero ingenuos y sanos, que, en el crisol de tu ternura, también necesitan de miel.

Tus ojos —lámparas maravillosas— que me alumbran el camino de la vida. Luceros que tiemblan en la noche de mi angustia. Carbunclos encerrados en el cristal de mi alma. ¡Qué Dios te recompense la mirada santa con que me envuelves!... Te miro sin pecado, me dijiste al oído. Y yo al oírte solamente pude quedarte

* Clementina Suárez, "Al que sabe ver sin pecado", *Excelsior*, año I, n. 2, (20 de mayo, 1933): 6.

viendo indefinidamente... indefinidamente como te he de ver siempre.

¿En qué planeta aprendiste —hombre de carne y hueso —a ver sin pecado? ¿En qué fuente lavaste tus ojos y purificaste tus instintos?

¿Con qué mañas mataste a la bestia o en qué malezas destrozaste tu furor?... ¿Qué has aprendido a ver sin pecado, siendo como eres una bestia que en el mundo puso nuestro señor? ¡Mataste a la bestia para hacer resaltar tu infinita bondad, tu infinita bondad que no es de este planeta!

Aureola de inciensos con olores eucarísticos, ambiente de altar, voluptuosidad mística, vela que gotas gota ofrenda la esperma de su espíritu, llama que alumbró el corazón al rojo vivo. Embriagada con el vino santo de tu sangre, aturdida con el filtro divino de tu amor, iré en penitencia, como una nueva Magdalena, desgarrando mis carnes en el duro silicio, apagando la lengua satánica de mis ojos, para poder un día, en medio de un temblor de estrellas, entregarte mi alma, clara como la tuya, purísimo diamante, dulce, muy dulce como una gota de miel, de una mirada de tus ojos.

Clementina Suárez

La mujer*

El sexo bello, la muñequita de carne rosada y del collar de perlas. La que se viste al calor del último grito de la moda, la que baila los mil requiebros del tango. La que lleva en la boca un cigarrillo y sabe cruzar la pierna con desparpajo. La que tiene un novio de pantalones anchos y un récord de conquistas. Esa, la mujer, esa nuestra mujer, esa, la compañera de nuestros hombres. Es la que tiene la gran misión de educar hijos. De dulcificarle la vida al hombre. De ser la compañera. De luchar. De vivir. De sentir. Y de amar...

El sexo bello, nombre que les endilga el hombre como el más caro y merecido homenaje. Nombre que las hace ufanarse y sentirse dueñas y señoras del trono de la belleza. Y olvidarse de incluirse en las legiones conscientes de la humanidad. Nombre que las torna en juguetes de placer y de ocio. En bellas que se sintetizan por su frivolidad, olvidándose de que deben sentir, deben pensar,

* Clementina Suárez, "La mujer", *Mujer*, n. 2, (15 de enero, 1934): 2-3.

deben actuar, ya tienen una misión, que requiere deberes, obligaciones, comprensión y tino. Y que tienen, —sobre todo el deber imprescindible—, es incluirse a la gran evolución del día...

Es la mujer —ya Jesucristo lo dijo— la compañera del hombre. Pero debe serlo cumplidamente. Dúctil y amplia. Sin soborno, sin peso, sin angustia. Debe serlo sutil e inteligentemente. Aportando al compañerismo la mitad sin adornos ni rositas de papel de china, sino integra, corporal y espiritualmente. Debe acoplarse al hombre sana, fuerte y real. Ser algo material y conciso. Algo capaz de reclamar y cumplir. De protestar y oír. De ver el más allá como el hoy macabro. Algo capaz de sufrimiento, lucha, hambre y miseria, esplendor y bonanza. Es solo entonces que podrá ser la compañera del hombre cumplidamente...

Es solo entonces que la mujer podrá adquirir la libertad tan ambicionada. Es solo entonces que conquistará el merecimiento de sus contemporáneos, es solo entonces que no oiremos la dolorosa respuesta del hombre consciente. “Estoy ocupado, no tengo tiempo para mujeres”. Como si a la mujer solamente se le pudiese buscar en el rato de holgazanería, en el rato de placer, como si solamente se le pudiese dar el brazo para la diversión, el baile, y la coquetería... ¿Pero qué mujer protesta por eso?... ninguna; a la mayoría le parece lo más lógico, lo más natural. A unas las he oído —sinceramente confesar— como yo no entiendo lo que habla mi marido, al llegar las visitas serias, me retiro. Y allá... en el rincón de la casa, esperan la hora de comer, de salir en carro, de ir al baile, o la más acostumbrada —la de dormir— eso sí, la mitad del lecho la reclaman aun a despecho del desamor manifiesto. Es su marido, y debe ser su marido. Aunque hasta Jesucristo haya dicho que no hay nada eterno. Y hay razón. Clavada en la cabeza tuvieron desde niñas la idea de pescar un marido, y no sería justo que después de tenerlo lo dejaran ir como bobas. Cuando así ya pueden zurrar a las demás que, a pesar de sus mañas, no lo han podido obtener. La forma de retenerlo no importa. El desamor, el desprecio, la humillación, la infidelidad manifiesta, el abuso, el amor por otra mujer, pegado como antorcha en mitad del corazón. Nada, nada, les hace vacilar...

Faltas de una personalidad responsable. Acobardadas ante la vida. Insuficientes para la lucha, encuentran la única solución en apegarse al marido como un parásito. En vivir resignadas y conformes, esperando que su señor, casi siempre con gesto protector, les traiga el pan de cada día y uno que otro gusto, que como mujeres civilizadas necesitan. Digo civilizadas por lo del rouge, el lápiz para las cejas y el aire parisino con que caminan. No porque ni siquiera se han dado cuenta de la responsabilidad de su destino. Que es esencialmente trascendental en todos los

órdenes. Ya que ellas, más que el hombre, son las engendradoras y guías de la humanidad. Con una ignorancia de siglos y un falso concepto de lo moral e inmoral. De religión. De libertad. No podrá la mujer, nuestra mujer, ser nunca la compañera del hombre. La única, la insustituible, porque siempre el hombre, superior por su adelanto, se sentirá defraudado cuando lleguen ellas por algo más que sus instintos.

Gloria Higgins*

Gloria es de esas mujeres elásticas, que se crecen hasta sobrepasar el nivel común... Se yergue, crece y avanza como un reto que va hacia el cielo, seguida por la cauda liviana de su ímpetu, que la atavía en velos inmortales. En su espíritu nacen alas, alas que la suspenden, potentes y alucinadoras, que dan la clarinada irresistible de la vida.

Todas las pasiones, todos los ímpetus, tiemblan en la acordada blancura de su cuerpo espigado y alargado, como en un ansia siempre insatisfecha. El incendio de sus ritmos se acrecienta, llamarada viviente que riza y desriza con la candente ráfaga de sus palabras, que se desbordan con la espontaneidad de un surtidor, dando al aire su tono policromado, como el fluir violento de su sangre indígena.

Falena loca, ebria de locuras, que se levanta casi fantástica para traspasar los caminos de la vida, y que con plena y auténtica libertad devora la luz, y devora la alegría, y estalla en un chisporroteo que inunda los ojos, y abraza los cuerpos. Explosiva y jubilosa arrastra como torrente.

Perfecta euritmia con ajuste de líneas, Gloria Higgins, columna lisa de cabellera lustrosa como untada de oro, nos da la impresión de ser un relicario carnal, casi inaccesible. Me parece de esas mujeres que por humanas resultan imposibles... que por humanas son nada más que una hoguera prendida de ansias, saturada de anhelos, iluminada de sueños, pero a la que no llegará nunca a satisfacer ningún corazón humano. Porque ella nació untada de resinas milagrosas, que dan la gama de los matices ultraterrenos, fecundos y lúcidos, pero que en su loco galopar no alcanzan nunca a la felicidad que huye...

* Clementina Suárez, "Gloria Higgins", *Mujer*, n. 2, (15 de enero, 1934): 5.

La pasión creadora traspasó la claridad celeste de sus ojos, y puso en ellos el latir de un sol que se quiebra en mil rayos, pero como el sol, también puede con ellos hacer mucho daño...

Su corazón es un turbión de hirvientes armonías, un caudal de ardores que exige en su holocausto de rodillas a sus víctimas... Diosa terrible y bondadosa, que llega al fondo de los seres, con su ardor inquebrantable, y que descubre y alumbraba, los caminos del odio y del amor, con señales inalterables...

Pintadas en la frente desnuda, tiene las ideas fijas, hay sobre toda su faz algo enigmático, atrayente y peligroso... Temperamento poderoso donde la vida se sublima, en ríos que aduermen con su eterno rumor. Óleo encendido, que nos lleva al éxtasis con alas de paz o con clamores henchidos y tremendos. Gloria Higgins es la red vibrante y rica, que quema sus melodías como la antorcha en llamas, para dar mayor luz a la vida y comprender mejor la muerte.

Feminismo*

Síntesis. Mariano Bertrand Anduray solicitó del Congreso Nacional voz y voto para la mujer hondureña. Con el petionario estuvo un considerable número de mujeres y hombres. En contra, otro considerable número de hombres y mujeres. Quiénes sostuvieron que la mujer hondureña tiene sobrada preparación para el ejercicio de la ciudadanía. Quiénes repararon en que derechos implican obligaciones, trayendo a colación el servicio militar, como ejemplo. A final de cuentas, la Augusta Cámara se declaró en contra de la voz y el voto de la mujer hondureña.

Nos habíamos privado de opinar. Sin jactancia de ninguna especie, aseguramos que desde antes del fallo negativo del Congreso habíamos sospechado lo que sucedió. Es natural, en concepto del hombre hondureño, que la mujer hondureña carece de capacidad (física, mental y moral) hasta para interesarse en los problemas hondureños. Y ante semejante opinión es mejor abstenerse. Nadie habrá visto que con solo empujar con un dedo una montaña, caiga la montaña. Es una enhiesta, una terrible, una pavorosa montaña de desfavor esa que el hombre hondureño tiene contra la mujer hondureña.

* Clementina Suárez, "El Feminismo", *Mujer*, n. 4, (julio de 1934): 1.

La civilización y la barbarie

Para darse cuenta de si uno se halla en línea justa, debe advertir si con uno van las afirmaciones o las negaciones. Se dice comúnmente que la civilización es algo afirmativo y que la barbarie lo negativo, lo que se queda, el remanso, el órgano atrofiado en razón de desuso milenario. En el proceso ascendente, en agricultura se está por la electrificación, por los tractores, no por los bueyes pensativos ni por el arado egipcio. Así tratándose de este problema, timonudo para las “grandes mentalidades hondureñas”, el declararse en favor del voto femenino es estar en el sentido de la civilización y hacer lo contrario es estar en contra de la civilización, o lo que es lo mismo, en favor de la barbarie.

Honduras no se halla en un mundo imposible, donde no se cumplan las leyes cósmicas, para que los conceptos anteriores no sean así.

La ley

Sin llegar a conclusiones anarquistas, la ley es el palo de los fuertes para apalea a los débiles. Ahí donde hay ley, ahí se percibe la dominación de unos sobre otros. Y los órganos que hacen la ley concedores a fondo del fenómeno tienen que seguir el proceso para ser justos. En otras palabras, los órganos de legislación nunca harán lo contrario a condición de pecar de majaderos dando leyes extralógicas en el sentido de ellos. Los órganos de legislación, en manos de hombres, darán leyes consecuentes con los hombres y abiertamente inconsecuentes con las mujeres. Es hasta pecado que algún hombre pida la liberación política de la mujer, salvo que, dentro de sus planes futuros, desde su punto de vista particular, se halle esa liberación.

La esclavitud

No hay para qué repetir lo de la historia. Hay que referirse a las supervivencias de la esclavitud femenina. Ya lo dijimos, un aspecto de ella es la ley. Pero la más desconcertante forma es esa que anda por las calles como cualquier vecino: la debilidad de la mujer. En la consabida debilidad entra aquello de ignorante, aquello del hogar, aquello de que no puede arreglárselas, si no es con la ayuda del macho (macho, palabra reveladora), aquello de que no puede defender la “patria” con el 30-30. El hombre canta día a día la debilidad femenina y la mujer cree en ese mamarracho de debilidad y sigue siendo la pobre Dama de las Camelias en el huero romanticismo que pervive.

Y más...

Y hay muchas otras cosas que se oponen a la liberación de la mujer, pero que no son tan profundas como para declarar iluminados de cultura a los hondureños que en camiones traen los políticos en tiempos de elecciones, como para justificar a los generales de largos bigotes que hacen un gran papel destruyendo la vitalidad nacional con sus revoluciones, como para cantar en todos los ritmos verbales a los talentos, méritos y virtudes, metidos en pantalones.

Sin embargo

La verdad es que la mujer debe participar de la actividad política. Para los fines que la civilización le manda. Para despertarse la mente, para ya no sentirse débil, para acabar con la patria potestad romana, hermosa dentro del marco clásico, vaporosa en el período romántico y cursi, muy cursi, hoy. Claro, la mujer debe ser dueña de sí misma para vivir las realidades sociales. Y si anda por ahí alguna fatalidad, pues hasta para ponerse pistola al cinto, darse aires de coronel o general y alquilarse arriba de ciento a intereses extranjeros.

San Pedro Sula y sus recias mujeres*

¡Ah, la noche de otoño que se quiebra en remolinos de recuerdos en la memoria y que se filtra por la celosía a dictarnos esta crónica con tintes de evocación! Aletazos de dicha que llegaron a nuestra vida, como llegan las golondrinas a poblar con sus trinos el cielo de San Pedro Sula.

El calor enardece las paredes y solea los corazones; por eso las pasiones en San Pedro Sula son más pintorescas, más livianas, más llevaderas... Tienen oxígeno de mar y claridad de sol.

San Pedro Sula es de férrea estructura, de vértebras que no se curvan con el trabajo, de pesada argamasa, de sólidos cimientos. Camina a la conquista de un futuro glorioso. No solamente trabajan sus hombres, sino que también sus mujeres, muchachas ricas, respaldadas por una línea de miles, hacen sus ocho horas de trabajo. Al amanecer de cada día inundan las oficinas, los

* Clementina Suárez, "San Pedro Sula y sus recias mujeres", *Alma Latina*, vol. V, n. 56, (junio, 1936): 21.

almacenes, las fábricas, los talleres. Y no solamente trabajan por necesidad, sino por costumbre. Y es que están convencidas de que la mujer nueva tiene su porvenir en abastecer por sí sola sus necesidades materiales. La tan discutida libertad de las mujeres, estriba en su totalidad en la libertad económica.

Otro detalle de lo liberada que está la mujer sampedrana es la libertad absoluta que tienen sus actos. Viaja sola, visita sola, actúa sola, resuelve cada uno de sus problemas sola. Es sport y femenina. Tiene muy claro el concepto de la vida. Camarada con sus amigos, ya no tiene los antiguos remilgos. Es una mujer limpia de prejuicios.

En cuanto a talleres de letras, es una población en que se tiran diarios de la mañana y diarios de la tarde con talleres muy eficientes. Ha sido también allí donde se ha editado la única revista femenina internacionalizada, dirigida por un timón fuerte, como es la pluma de la escritora Graciela Bográn.

Es de las poblaciones más independientes de Honduras y sus contactos con las rentas nacionales son muy pocos. Casi todos tienen vida independiente. Ya se ha visto el caso de individuos que renuncian a la cartera ministerial.

Cuenta San Pedro con una sociedad cultural, La Juventud, que es en Honduras de lo que más vale. Allí se sustentan conferencias, se organizan escuelas, se hace propaganda pacifista, tiene su órgano de publicidad, hace sus llamamientos al gobierno, siempre encaminados hacia el progreso y tranquilidad de la patria. Es una agrupación de todos los intelectuales del lugar y que a la cabeza del Dr. Presentación Centeno se dirigen a donde se enfilan los caminos para hacer la nueva Honduras. San Pedro tiene abiertas las puertas del éxito. Es un pueblo dinámico y entusiasta, tiene el orgullo de sus ferias, en las que se atavía con todos los colores a la ciudad, amontona flores, quema incienso, envuelve en serpentinas a las mujeres, levanta arcos y suena por su propio impulso la castañuela de la alegría. Pero lo que no ha hecho San Pedro Sula es encontrar la parte útil a estas ferias, lo que lograría con solo organizar en ellas exposiciones industriales, con las que llamaría la atención de los turistas, fuente de riqueza para los países.

Un *sketch* a través de los ácidos de una cámara de tiempo y que olvida los detalles para señalar el perfil seductor de San Pedro Sula, que está llamado a ser una gran ciudad.

Clementina Suárez

Cariás Reyes y su libro *Germinal**

De este libro ya teníamos noticias; nos lo había adelantado la voz de afirmación de Julián López Pineda. Luego salimos de Honduras y no volvimos a saber nada, hasta que una de estas mañanas asoleadas de La Habana, a mi lecho de enferma lo ha traído el compañero y amigo Néstor Bermúdez.

Nos basta empezar a leer el libro, llegar a donde ese “Ópalo Triste”, que estaba tísico, según nos cuenta Marcos, se incorpora hasta lograr la elevación de la palabra y pleno de vitalidad se enciende de pasión, dejando correr el torrente de su sangre multicolor, con un fulgor que enceguece, con sus multiplicados fuegos celestes.

Pero debajo de las imágenes, detrás de la música del libro, está la fuerza de la creación, donde se estremece y retiembla lo eterno. Pero, por sobre todas las cosas, el soplo de la pasión, que brota en fuerza y forma, y del modo más íntimo y vital vence obstáculos. La imagen crecida nos queda en la sangre como una célula sedienta. Marcos descorre el velo, nos hace girar en el río de sus deseos. Edificar y reedificar apretándonos a la totalidad de los seres donde se desvanecen los colores livianos y avanzan en vertiginoso contacto las fuerzas infinitas.

Por instantes nos desprendemos totalmente del “yo mismo”, nos desplazamos de lo material en un esfuerzo divino y ponemos el alma en el vértice del estremecimiento de un goce puro. Nos sentimos irradiados, irnos por los caminos del amor, del dolor y de la muerte que Marcos nos muestra con plenitud.

Sobrenadando y rebasando intensamente en “El Carnaval de los locos”, donde juega sus trapecios la locura y en moles obscuras se transfunde la conciencia. Sintiendo a veces el roce, el latido de cosas invisibles, el soplo del misterio como en “La Misa Negra” donde las pupilas vehementes de Marcos Ponce vieron un desfile de monjas blancas.

Ágil, entrando de lleno con fuerza huracanada en las dos corrientes atorbellinadas del bien y del mal, como en “Del dolor y del pecado”, página de angustia, de realidad sangrante que correa cuando dice: “Anoche, en el mísero cuarto del burdel donde una banda de rufianes gruñía como cerdos, escuché la confesión: «Me fui a vivir con ese hombre, a los seis meses el me dejó. Estaba embarazada y

* Clementina Suárez, “Cariás Reyes y su libro *Germinal*”, *Tegucigalpa*, s. 135, n. 540, (16 de mayo, 1937): 18.

un niño vino». Enseguida, a falta de trabajo, la miseria, el hambre, no tenía casa, ni familia, ni amigos. Llevé largas horas sin probar bocado, dormí en los zaguanes confundida con los lustrabotas. Hace poco leí en un periódico que mis hermanas regresan de un largo viaje por Europa y mi padre va a ocupar un alto puesto en el gobierno, quizá ministro”.

Adán Coello*

La tarde se quemaba como una cola de cigarrillo. De la ilusión se desprendía la última ceniza. El dolor de la sensibilidad supercivilizada le hizo la nostalgia de la naturaleza... y se presentó tal como era, auténtico, inmenso, cósmico. Pero la fuerza de la vida no es recreo visual, ni tersura para las manos, ni color para los ojos... Es fuerza, ciclón, correntada, locura... Destruye, conmueve, arrastra, fulmina.

El sol era una pupila turbia. El ojo de un enajenado. Un río sucio...

Un espejo de cobre que, contra las piedras se despedazaba en lágrimas bronceadas. Así, Adán Coello era un espejo que se hizo chinas contra las piedras de la vida...

Empero sus láminas, finísimo cristal, son versos musicales, trozos de himnos, arpeggios de órgano.

Los versos de Adán tienen primero: color... y después: color. Son un tapiz. Una locura de pintor. En ellos quizá no se inspiraría un Rafael, pero sí un Diego de Rivera. Tienen la fuerza de la raza india. Está claro, que tienen el ritmo de su época... La luna alumbraba sus fastuosos rasgos y el viento agitaba el haz de sus cabellos. Su vida la apuró con la inquietud con que se apura un brebaje. Y no quedó contento hasta que apuró la última gota. Extracto sublime de un supersensible y de un salvaje... Porque eso era Adán: un hombre que pegado a la tierra era un esbelto pino y pegado al cielo, una esencia...

Su obra es la interpretación concisa de la vida que llevó.

Está saturada de nicotina, café, espuma champanesca, opio, alcohol y morfina. Es un tósigo que produce los más bellos sueños; pero también las penalidades más terribles.

* Clementina Suárez, “Adán Coello”, *Ariel*, n. 84, (15 de febrero, 1941): 2090-2091.

Murió joven y no fue, sino después de muerto que apareció su primer libro, el que, a pesar de no contener una selección completa, tuvo un éxito íntegro.

Clementina Suárez

Una noche de títeres*

En enero de 1932 regresó a su patria, Honduras, el profesor Enrique Galindo y Galindo, maestro de artes populares de las misiones culturales organizadas en México y profesor de enseñanza primaria, graduado en nuestra Escuela Normal Central de Varones; venía en una misión de la Secretaría de Educación de aquel gran país, para divulgar lo que se estaba haciendo allá.

En esta forma y en cumplimiento de su misión organizó una serie de conferencias que duraron del 11 al 16 de enero de aquel año (1932). El programa fue el siguiente:

Lunes 11. —Inauguración de la exposición de dibujos. —Pláticas sobre la pintura mexicana y labor de la Secretaría de Educación Pública.

Martes 12. —Teatro de las comunidades campesinas. —Teatro Escolar, —Manejo de materiales económicos de pintura.

Miércoles 13. —Teatro al aire libre. — Teatro de títeres. —Modelado de títeres.

Jueves 14. —Artes populares. —Modelado de máscaras. —Decoraciones escolares. —El dibujo al servicio de la educación.

Viernes 15. —La Escuela Rural Mexicana. —La Escuela Normal Rural. Las Misiones Culturales.

Sábado 16. —Clausura de la exposición y demostración de títeres.

Este trabajo se desarrolló en el Kindergarten Nacional, edificio que ocupa hoy el Museo Nacional; efectuándose, por la mañana, de 9 a 12 las labores teóricas y por la tarde, de 3 a 6, las demostraciones prácticas.

* Clementina Suárez, "Una noche de títeres", *Cultura*, n. 76, (31 de agosto, 1947): 4-7.

A ellas asistió, justicia es decirlo, el elemento femenino, se llenaba de maestras aquel local con ansias de aprender y de trabajar, era una práctica de escuela activa, se preguntaba, se modelaba y se decoraba aquí y allá, en ese desorden ordenado, en esa disciplina constructiva que presenta el trabajo en un taller, los varones éramos pocos: Rodolfo Rojas, Salvador Colindres, Eufemiano Claros, no recuerdo de otros, y el que esto rememora.

En aquella época se llevó a cabo una demostración pública, recogiendo sus impresiones en una crónica, con ese título que encabeza estas líneas, la escritora Clementina Suárez:

“Enrique Galindo, el amigo de los niños, da su prueba en el teatrillo que les ha hecho en Comayagüela”.

El primer títere

La luz golpeó al telón y pudimos ver al primer títere que ha llegado a Honduras como un Santa Claus o como un Robinson rescatado de lo más fértil de la naturaleza de la civilización. Al que ha pasado leyendo y releendo en mil libros que le ha dado la vida y que sabe las necesidades de los seres, de los pueblos y de las cosas.

Se los aprendió de memoria y cuando ya los había dicho a gritos en las cátedras más altas y bajas, vino una tarde sin pompas ni alardes, cuando el sol se ocultaba, con una paleta de artista joven y revolucionario, alzó la voz en el pedacito de cielo de su tierra y les dijo con voz de profeta unas cuantas verdades que traía en su corazón y en su cerebro, crédulos e incrédulos le escucharon con devoción, aunque muchos al final solamente le felicitaron por su facilidad de palabra.

La voz de este heraldo de los overoles es una voz de incendio, de huracán, es la voz de un ciclón en el corazón de la tierra.

Y no serán estas últimas voces que le hemos de oír a este títere que nos queda, mientras el tiempo lo permita, en la casa de los niños, atado a mil cuerdas, con su guitarra presa entre sus piernas, que son columnas de cemento, y su puro entre los labios, que son una borrachera de vino tinto.

Qué sencillez más estupenda queriendo dejar un recuerdo a su pueblo, que esta vez ha tenido un gesto de una Atenas, se empequeñece hasta tomar la forma de un títere y lo deja en la portada de su obra. ¿Acaso ignoras que hay insignificancias que resaltan con el poderoso brillo de un diamante?

La función

La puerta está abierta, sin esquelas en mano, como se hiciera en un centro pomposo, van llegando gentes ávidas de ver la representación de los diminutos y grandes porque saben hablar con más sabiduría que los humanos.

El telón se levanta y baja el primer patituertas que apenas sabe caminar, pareciera que es un inválido de los muchos de las revoluciones de la tierra.

Los pequeños hablan

—Y sabes Periquín que todo el disgusto del susodicho jefe es porque a la poetisa la querían meter a fuerza en mi oficina. Figúrate, tú, como si hoy los frijoles, y en mi tierra, se pudieran ganar con solo hacer versos, tú qué sabes... hombre, cuánto cuestan...

—Pero, Pinocho, si se dice hasta en despoblado que a él también lo han acomodado como cuña en dicha oficina.

—Sí, hombre, no te he dicho que entre los sainetes nuestros y los de los grandes, como que resultan más cómicos los segundos. Figúrate, tú, el grande señalando al pequeño sin acordarse que el pueblo va como sombra señalándolos también.

Nuevos actores

—¡Entra, Arlequín, entra! ¿Qué sofocado que llegas, acaso acabas de tener una disputa de límites o de presupuesto? ¿Y por eso te preocupas, hombre, acaso ignoras que eso es momentáneo, que mañana se ordenará otra cosa?

—Sí, compadre, imagínese usted, no se acuerda mi jalado que la tierra gira y gira como veleta, que no hay que envolverse como dormidos en sus giros.

Se habla de amores

—Hombre, allí viene la vieja, que bien me caería, cómo me suenan sus amores, tiene gusto a enchilada mexicana y a rompopo de mi tierra.

—Pero si la sigues, desgraciado, ya te quebrarán las muelas, con una orden del patrón no te dejarán los palos ni ganas de amores.

Y así como así, los títeres hablan y nosotros escuchamos, ya alegres o contrariados, sus amenísimas pláticas.

¡Qué Enrique esté! Qué buenos ratos nos ha venido a dar con este mundo de pequeños y grandes, que nos dice verdades de niños y de locos.

Ya se va, nos manifiesta. Pero desde ahora le quedamos esperando con el corazón y el alma abierta para recibir sus nuevas enseñanzas.

No quiero terminar esta plática sin decir algo de esta muchachita, maestra de confites y de flores, que tiene los ojos más bonitos de Tegucigalpa. Parece que Dios hubiese amasado su destino, así como jardinera. Tiene leche y madera de niños. Me gustó mucho, se llama Tomasita Díaz.

Clementina Suárez

Concha Padilla



A propósito del promedio de calificaciones y los exámenes*

Al recibir, la para mí, honrosa designación de llevar la palabra en la presente sesión de las conferencias pedagógicas, se me señaló por tema el promedio de calificación, el cual tiene una indiscutible trascendencia, ya que ha desempeñado siempre un importante papel en la vida del escolar.

Nuestro Reglamento General de Enseñanza Primaria, dice en el artículo 284, Título VII, “que la suma de las calificaciones del grado, se dividirán por el número de materias que tengan, y el cociente que resulte, es el promedio que servirá para saber si el alumno puede ser promovido o si debe repetir el grado”.

El promedio de calificación, es algo que ha ocasionado grandes males en la enseñanza; a mi juicio, se debería sacar en las notas obtenidas únicamente en las materias puramente intelectuales, especialmente en los grados superiores, donde se debe tomar en cuenta, en primer lugar, el desarrollo y la preparación intelectual de cada alumno y no como se saca actualmente, con las materias, que pertenecen al orden material, como todo manual, ejercicios físicos y trabajo agrícola.

Por supuesto que, sobre este tema, no se dirá nunca la última palabra, pues hay diversas opiniones al respecto; unos buscan un medio de hacerlo más racional, y otros pretenden cortarlo de raíz, lo cual sería muy bueno; así como también, en otros países, se sostiene una lucha decidida en contra de los exámenes; nosotros debiéramos secundarla y trabajar por la supresión de ellos. Los exámenes son considerados, por algunos pedagogos, como un peligro, como un mal efectivo, como un daño que ya ha hecho su obra, y que sigue haciéndolo cada día con más fuerza, ya que no son más que una prueba artificiosa y preparada, que ahoga la libertad del profesor y mata la iniciativa del niño.

La abolición de los exámenes, marcaría necesariamente una nueva orientación en la enseñanza e inauguraría un régimen muy diferente del que hoy se observa, entre educadores y educandos.

Cesaría esa preocupación que mantiene en constante excitación nerviosa a maestros y alumnos, a partir de los meses de octubre y noviembre. Porque hay muchísimos maestros, que solo en dichos

* Concha Padilla, “A propósito del promedio de calificaciones y los exámenes”, *La Antorcha*, vol. I, n. 8, (agosto, 1930): 27-28.

meses, se acuerdan que tiene que salir a luz la labor que han desarrollado en todo el año, y en esos últimos cuando empiezan a darle un vistazo a los programas y exigir de los niños un esfuerzo más que poderoso para que salgan bien en el examen, y no quedar ellos con el calificativo de malos profesores. Estos niños pasan el grado, sin tener mérito para ello, y para el profesor que, en el siguiente año se hace cargo de ellos, es el escollo, pues forzosamente tiene que perder su tiempo y gastar sus energías, en procurar el adelanto general.

Por todo lo que antecede y por otros motivos y desventajas que nosotros, como yo, bien conocéis, la práctica de los exámenes está completamente desprovista de razón de ser. En su defecto, daría mejores resultados que se nombraran “delegados visitantes”, los cuales llevarían por objetivo, en un tiempo no determinado, llegar a las escuelas, para observar detallada y detenidamente su marcha en todos sus aspectos, y claro que como esa visita no sería esperada, no habría preparativos para recibirla. Eso, a mi humilde parecer, surtiría mejores efectos que los exámenes, los cuales, según el criterio de varios educacionistas distinguidos, no son más que una farsa disimulada.

Con lo que concluyó la plática que me fue encomendada por el señor presidente de esta sociedad.

Concha Padilla

La Esperanza, 5 de julio de 1930

Consuelo de Escorcia



La Fiesta de la Cruz*

(Cuadro regional)

Magnífico ensayo en el difícil aspecto literario del cuento, nos obsequia esta inteligente colaboradora de *Pan América*.

Camino soleado y polvoriento del medio día, concierto de cigarras y chiquirines en los matorrales sedientos, naturaleza bajo el sopor angustioso del estío. Camino del trajín campesino, hecho con la huella de sus pies recios, camino a la ciudad, convertido en camino de alegrías y esperanzas.

Desfile de canastos con rubicundos tomates, canastos de jugosas y dulces naranjas, de carnosos plátanos y de huevos frágiles; palancas de gallinas y de pollos gordos, jadeo de asnos cargados con leña, cansancio de bueyes tirando carretas.

En rítmico serpenteo se mueven las caderas robustas de las campesinas, el donairoso movimiento de sus cuerpos, que obliga a equilibrar el peso de sus canastos, es simil de los libros que, en Hollywood, llevan las estrellas sobre sus cabezas, para conservar la gracia de su atrayente silueta.

Cortejo parlanchín de vendedoras que, en sus productos, llevan el tesoro de sus ilusiones; comprar el chal de seda y el vestido color de clavellina, para dominguear, el pachulí o el astra, que no ha de faltar, porque “cuando te vea catrina Juan Antonio, —dice una de las mujeres a su compañera joven—, se va poner mero vano, del gusto de verte”. “Ese muchacho, si te conviene, Mariya, es un buen trabajador y te sabe querer”.

“Eso mismo me digo yo, pero a mí el que más me gusta es don Isidoro, porque, jese sí que sabe tratar a las mujeres!, no más lo verá usted, en el baile de la cruz”.

La aldea se ha vestido de fiesta; las muchachas han sacado a relucir sus chillantes trajes domingueros, y los muchachos, el pañuelo de color atado al cuello, el reluciente machete y la cabeza empavonada de brillantina barata. Todas las casas ostentan, en lugar dominante, “La Santa Cruz,” adornada con flecos de papelillo de colores y flores de esmalte.

* Consuelo de Escorcía, “La fiesta de la cruz”, *Panamérica*, año II, n. 27, (agosto, 1946): 18-19.

Por la noche será la fiesta de don Isidoro, el ricachón del pueblo, tan apreciado y respetado, a pesar de ser insolente y pendenciero cuando se embriaga. Nada faltará allí, han matado tres reses y han estado hornando, desde hace una semana. Las ollas nacatamaleras esta vez revientan con tajos rellenos, los calabazos llenos de tortillas, los tablones repletos de buena mascadura: rosquetes, rosquillas, pan dulce... Por supuesto que no faltará el consabido guaro, y, los consecuenciales macheteos.

La noche va extendiendo la inmensidad de su manto, la casa está llena de gente, los grillos encienden su canto, al tiempo que los violines, mandolinas y guitarras, encienden su voz. Antes del baile, empieza el rezo; en este no queda un solo santo sin bajar del cielo y un alabado que no sea cantado. Las cantadoras y la enseñadora, personas principales, ocupan el sitio de honor. La música, por un lado, el coro, por otro. La mayoría de las cantantes son viejas de voz temblona y chirriadora, cual, si tuvieran, a manera de guzla, un peine con papelillo que les vibrara en la garganta.

Se inicia el baile... vals, tango, o lo que sea, siempre es zapateado, mejor dicho, caiteado.

Los hombres, siempre tan galantes, convidan a su compañera a echar un trago a pico de botella, en la misma pacha, y, en medio de esta algarabía, sigue la fiesta.

Don Isidoro, más tuno y ebrio que de costumbre, echa piropos aguardentosos a María, que, al terminar la pieza, se le escurre a su galán tenorio.

El consumo de aguardiente sigue en vértigo creciente, ya casi nadie es responsable de sus actos. De pronto, un brillante resplandor de machetes desnudos hiere la oscuridad del patio; don Isidoro peleándose por María, que platicaba con Juan Antonio, hace un tajo en la cabeza de este, derribándolo inconsciente en el suelo. Un barullo... consternación... mujeres que huyen... Don Isidoro, con voz pastosa, dice palabras soeces. Los auxiliares llevan garrote en mano y distintivo de autoridad en la cinta del sombrero, llevándose preso. Mientras, un curandero, cirujano de aldea, realiza en el cráneo del paciente una sutura, por demás original, cual si estuviera zurciendo ropa.

La fiesta ha terminado, quedan tan solo los comentarios de las comadres y la pobre María, más muerta que viva del miedo, oye las palabras de su amiga: "Ya ves, te lo dije, que Juan Antonio es un buen muchacho, nada busca pleito, como don Isidoro. ¡Pobrecito!, lo que le pasó por tu querer".

Es verdad, ahora caigo en la cuenta, que me quedaré con él, pues con la tomatera que tiene sembrada y los diez lempiras guardados en el baúl, ya podemos casarnos. ¡Es un hombre que promete!

Consuelo de Escorcía

Tegucigalpa, D. C., 7 de marzo de 1946

Casitas de bahareque*

Descripción regional

Llanura durmiente en cuna de pinares, mezcla policroma de vegetación y sol, bajo un palio de cielo.

¡Casitas de bahareque! Casitas de estaca y lodo, con techo de palmera y piso de tierra; casitas enmarcadas con platanares y naranjos, cafetos y maizales; casitas encerradas en cercos de piedra, de piñuelas y jiñicuitales y olorosas a reseda, limonaria, albahaca y hierbabuena.

Troncos de árboles desbastados a la rústica, son los acogedores bancos del corredor, taburetes de pino tejidos con suela, camas encordeladas con cabuya y cubiertas con petates, sus confortables muebles.

Tablones fregados con laja y tusa que soportan el calabazo tragador de tortillas calentitas y la piedra de moler, que incita con su vaivén, al balanceo de las caderas y brazos robustos de las tortilleras.

Fogones enjalbegados con tierra blanca, comales limpiecitos con hojas de guayabo, dorando la masa de maíz palmeada; poyetes con apastes de agua fresquecita, cogida del pozo al amanecer, vigas hollinadas cargando racimos camulianos de butucos, o de guineos de tierra, ya maduros; tapescos con calabazos repletos de mascadura: rosquillas de aliño y rosquetes de maíz, o con cuajada fresca y temblona, envuelta con hojas de roble.

Sartenes, jarros y porrónes de barro, huacales, jícara, calabazos y canastos.

¡He ahí una cocina!

* Consuelo de Escorcía, "Casitas de bahareque", *Panamérica*, vol. III, n. 40, (1947): 21-22.

En el patio, los hornos ponen el ambiente oloroso a pan y solo hiende la paz augusta del villorrio, los cerdos que gruñen y se rascan en algún tronco de árbol o amamantan su numerosa cría, tendidos en la polvareda, las gallinas que alborotan con sus cacareos al dejar un huevo, debajo de la cama o en los nidales hechos de pino seco y una vaca, que, con clamoroso bramido, llama a su ternero.

Luego, retorno de los hombres de la casa, con machete al cinto y pial al hombro, jadeantes y hediondos a sudor por su connubio con la madre tierra. Cena de frijoles frescos, tasajo y mantequilla rala, un rimero de tortillas acabaditas de salir del comal, y café fuerte y caliente.

Tertulia a la lumbre amiga de un alegre hachón de ocote fino, después, cabeceos y bostezos de gente que ya tiene sueño...

En la quebrada cercana, un croar monótono de ranas, que dejan sus posturas en la superficie del pozo, verdosa de líquenes; los aromas despidiendo su olor, mezclado a la acritud que sale del agua remansada... El escape furtivo de un guazalo, sorprendido en acecho de las gallinas gordas y el aullido de un coyote, en la loma cercana, rompen la grandiosidad del conticinio.

¡Casitas tan humildes! Chocitas de tierra querida, con sus naranjales y limoneros, sus frijoleras y maizales; albergues de almas buenas y sencillas. ¡Benditos hogares hondureños, remansos de paz y de felicidad bien comprendida!

Consuelo de Escorcía

Tegucigalpa, 20 de septiembre de 1947

**Discurso a nombre del consejo de enseñanza del
establecimiento por la profesora doña Consuelo de
Escorcía H.***

Excelentísimo, señor ministro de Educación Pública.

Selecta concurrencia:

* Consuelo de Escorcía, "Discurso a nombre del consejo de enseñanza del establecimiento por la profesora doña Consuelo de Escorcía H.", *Cultura*, vol. 30, n. 84, (1947): 1-4.

Esplendente y luminosa se destaca, en el plano de los glorificados, la figura impoluta de José Trinidad Reyes.

Imposible magnificarla con más palabras; como difícil es, decir como propias, las cosas que ya otros han dicho; más difícil aún, si un Ramón Rosa, artífice del pensamiento, ya lo dijo todo; y, si los bloques de Carrara, interpretando el profundo pensar y sentir de todo un pueblo, florecen el milagro de una reencarnación en mármol. Sin embargo, portadora de la confianza de mis compañeros de labores, y ante la inminencia de tan delicada responsabilidad, solo esa emperatriz omnipotente, que se llama voluntad, tiéndeme su mano; y así, en esta ocasión, mi voz también osará decir algo; algo, que, por su sencillez, no será más, que el incienso que arda en este recordatorio, como oblación de amor y gratitud.

¡José Trinidad Reyes! El místico y viril, el divino y humano. Trilogía de ciencia, arte y santidad. Varón polifacético, de múltiples personalidades, fundidas en una sola; indivisible, inmensa; en un solo hombre de bien.

¡José Trinidad Reyes! Bálsamo de los dolidos, padre de los necesitados, consuelo de los tristes, dulce pastor de almas ejemplo y salvación de la grey. Es el sacerdote evangélico el ungido del Señor.

¡José Trinidad Reyes! Ferviente adorador de Jesús niño, cantor de las glorias celestiales, con tiernos villancicos y de sonoridad cristalina y de blanco candor; cantor elegíaco de la muerte, con sus dones de inmortalidad y de consuelo; epigramático bullente de la gracia y cantor profano del amor. Es el divino poeta.

¡José Trinidad Reyes! El hijo de Apolo, alma de armonía y ritmo. Es el divino poeta, de sentimiento y de belleza, de inspiración y melodía. Dulcisona Filomela fluyendo de un pentagrama, es el músico.

¡José Trinidad Reyes! El ocurrente y ameno conversador, deleite de las tertulias y alegría de las damas; el festivo que juega a las cartas y al billar; que organiza alegres paseos, encantadoras veladas, competencias y emulaciones en las fiestas, alma del regocijo popular, es el hombre.

¡José Trinidad Reyes! Orador político-religioso que emociona a la multitud; cantor patriótico de magnífica entonación que improvisa, conmueve y arrebat; soldado del pensamiento; servidor cívico de la nación. Es el hijo de la patria. Es el ciudadano.

¡José Trinidad Reyes! El estudioso, que comulga con los teólogos y canonistas; que piensa con los humanistas y los filósofos; que actúa con los físicos, astrónomos y naturalistas; es el científico y filósofo, oráculo y luz del pueblo; el sembrador de ideales, es el educador.

Escritor de gran avance en asuntos democráticos, toma como base el reconocimiento del derecho humano, lanza un reclamo del sexo femenino, un reclamo de igualdad de educación, que es una protesta de justo dolor contra la indiferencia de los hombres ante el talento e ingenio femeninos; una acusación por contrariar la voluntad divina, dejando perecer sin cultivo la inteligencia de la mujer; por destinarle como único papel el de muñeca frívola, creada para entretener sus ocios, sosteniendo conversaciones pueriles sobre modas, fiestas y amoríos o siendo el blanco de sus burlas, sarcasmos y deshonras. Valiente, incluye en su protesta a los legisladores y gobernantes, que no conceden más aptitudes al sexo femenino que para ayas de sus hijos y cocineras. Patentiza a los hombres las ventajas que reportaría la ilustración de la mujer.

La mujer-madre, comunicando a los niños desde la cuna, el idioma, los primeros pensamientos, formando sus sentimientos y afecciones; no así, la madre que solo pueda enseñar los frutos de su ignorancia. La mujer-esposa instruida y participe de los ideales del hombre, en lugar de aquella que solo se ocupa en bailes, paseos, mortificándolo con chismes y celos. Aquella que se asocie con el hombre en la lucha por la vida y que en vez de lujosos atavíos orne su frente con laureles bien conquistados. Lamenta la educación de su tiempo que por no abrir las puertas a la mujer la obliga a disiparse en vicios y placeres; y termina elevando al sexo débil y clamando para él, un plano de superación. Hoy que, en todas las naciones de vanguardia, la mujer es ya reconocida por su capacidad como elemento vital en el engrandecimiento de los pueblos. Hoy, que en nuestro país la mujer hondureña va conquistando palmo a palmo el puesto que le corresponde en la sociedad; hoy, pienso con hondo reconocimiento, que José Trinidad Reyes, en la opulencia de su corazón albergó a la mujer, declarándose espada defensora que corta los prejuicios y destrón que rasga las tinieblas, es el feminista.

Rescatado de la muerte un día, Dios lo deja para bendición de todo Honduras; y al cumplir con su misión proficua, su humanidad pide descanso y así, un día pálido de septiembre, la campana del reloj conmueve con sus toques de agonía que languidecen cada vez más como el organismo del inmaculado recoleto; luego, el último toque lento y angustioso... una vida que se apaga dulcemente, como el sueño de un niño...

¿Adónde fue? Se pregunta Ramón Rosa. Vacilante se contesta: ¿A formar la esencia bienhechora de una flor?

¿A formar parte de un rayo de luz de las más famosas estrellas?

¿A entonar un canto lleno de infinita ventura, entre los coros que reverencian y exaltan la majestad del Dios de los cristianos; del Dios de la justicia y de la misericordia?

Yo, segura afirmo: José Trinidad Reyes es la antorcha que aún irradia luz sobre los estudiantes hondureños; es la chispa ardiente que forja hombres de bien para la patria. José Trinidad Reyes está redivivo, es el símbolo augusto de nuestra universidad; es el escudo firme de la cultura nacional.

¡Padre Reyes! ¡Padre símbolo! Sublime forjador de conciencias, ruega a Dios porque en Honduras, nuestra querida tierra, jamás se truequen por el arma fratricida, la pluma y el libro que tan sabiamente nos legaste.

¡Juventud estudiosa! Llevad siempre como fuego sacrosanto en vuestras almas palpitantes el amado recuerdo de José Trinidad Reyes.

Consuelo de Escorcía

Tegucigalpa, D. C., 11 de junio de 1948

Consuelo de la Rosa



Mayo*

Al llegar mayo, la naturaleza se hace más bella y más elocuente. El horizonte impregnado de luz parece que sonríe íntimamente, dialogando con los imponentes bosques de robles, encinos, álamos y pinos.

Cada lluvia cristalina y pura que desciende sobre el llano y la montaña, convida al trabajo y aviva la fe.

Las puras y frescas sonrisas de los niños, cuáles flores de amor se deshojan, para murmurar con santa ingenuidad una oración a Dios. Las aves y las flores se unen para recibir a mayo con un deleitante concierto saturado de selvático, pero exquisito perfume.

Los rumiantes, semimóviles y mansamente, vuelven los ojos hacia los verdes maizales, y en el glauco cristal de su pupila, vemos reflejarse el entusiasmo, porque la madre naturaleza renace ya.

Las fuentes con júbilo estallante entonan un armonioso himno de amor. El labriego, cansado del trabajo, regresa a su choza a descansar, y allí, entre risas y alborotos, cuenta a su esposa y a sus hijos, los opíparos frutos de labranza.

Consuelo de la Rosa

Cantarranas, mayo de 1926

Salve*

Al padre Reyes

Salve, humilde hijo del pueblo, poseedor de claro talento, rica fantasía, genio vivo y travieso.

Salve, estudiante admirado de propios y extraños.

Salve, maestro, que fuiste impulsado por fuerza magnética, y obedeciendo siempre a aquella voz misteriosa que murmuraba a tu oído, anda que te esperan los que tienen sed de ciencia. Y tú

* Consuelo de la Rosa, "Mayo", *Los Sábados*, año I, n. 8, (26 de mayo de 1926): 8.

* Consuelo de la Rosa, "Salve", *Los Sábados*, año I, n. 12, (19 de junio de 1926):10.

como dinamo de civilización; como simiente de futura vida; con tu palabra persuasiva, abristeis los amplios horizontes de verdadera luz; sin pensar en más recompensa que robustecer los cerebros juveniles de tu patria enflaquecidos por la ignorancia.

Salve, parlamentario distinguido, que, así como se levantaba tu beatifica imagen ante el divino altar de Cristo, así se erguía tu figura, defendiendo los sagrados derechos del pueblo, ante el soberano y respetable Congreso.

Salve, artista inimitable, que ofreciste a tu Dios la exquisitez de tu nutrido espíritu, en los divinos lenguajes del verso y de la música.

Salve, divino sacerdote, nacido para el bien; pues tú como el cura de Santa Engracia del sublime Montalvo, derramaste el bienestar en todas las almas necesitadas, como el Creador inunda de luz el caos.

Consuelo de la Rosa

Cantarranas, junio 11 de 1926

Cristina Hernández de Gómez



El púlpito*

Se levanta junto a la grada del presbiterio en la forma siguiente: un pedestal es la base, sobre la cual se levantan cuatro columnas unidas en sus bases y en sus capiteles; representan los cuatro evangelistas: San Mateo, San Lucas, San Marcos y San Juan; sobre las columnas está resaltando un libro cerrado, que nos recuerda el libro de los evangelios, la Biblia; y, sobre ese libro, está el púlpito, desde donde el sacerdote deja oír su palabra humilde, convincente, saturada de bondad y perdón para sus amados oyentes.

También el púlpito es de concreto, blanco como el altar.

Estas obras que embellecen la iglesia y por ende hablan de la cultura del pueblo, son el preludio de otras iniciativas. Por ejemplo, doña Dulce María de Pacheco tiene ya, para obsequiar a la iglesia una mesa de mármol blanco para los menesteres de la comunión. La profesora doña Aurora Cruz y Sandoval, nos ha participado su firme propósito de hacer una colecta para pedir un San Judas Tadeo que tantos devotos tiene en el lugar; más, el San Antonio de Padua con su niño que ya se trabajará y que lo obsequiarán personas devotas de aquel santo varón, que tanto oye a las doncellas y no doncellas.

Cristina Hernández de Gómez

Un llamamiento en el Día de la Madre*

Una sabia disposición del congreso, fue la de designar el segundo domingo de mayo como “EL DÍA DE LAS MADRES”. En México y otras ciudades ese día es universal, tiene fecha fija: el 10 de mayo. Es día de pleitesía para todas las madres que moran en esta vida transitoria y también para las que viven en planos mejores sin distinción de razas, de lenguas, edades y grados culturales. Es un día propicio para las explosiones felices del corazón abundante en amor, ternura y gratitud para el ser único, que, por su acción creadora, sacrificio y heroicidad, se asemeja a Dios.

Siguiendo la ideología que definitivamente se ha trazado *Atenea*; en el día dedicado a seres tan sublimes, apartándose de lo estilado en estas fechas en que abundan poemas, trozos bellísimos de

* Cristina Hernández de Gómez, “El púlpito”, *Atenea*, año I, n. 3, (enero, 1945): 12.

* Cristina Hernández de Gómez, “Un llamamiento en el Día de la Madre”, *Atenea*, año I, n. 5, (mayo, 1945): 1-4.

literatura, y hasta homenajes de asociaciones particulares y oficiales, que en más de una ocasión han repartido obsequios adecuados, y, sabiendo que para ensalzar y cantar el amor y valor divino de todas las madres del mundo, no han bastado cienes de volúmenes ni bastarán otros tantos, ya que es ilimitado su campo de acción, quiere *atenea*, hacer un llamamiento a todas estas hijas modernas, que han olvidado que la obediencia, respeto y sumisión, son las virtudes, que más que todos los presentes y todos los cantos, han iluminado e iluminan de alegría los corazones de las madres.

Obra de este siglo más que de ninguna otra época, es la corrupción de las costumbres por la “mal llamada civilización”. En esta corrupción, si analizamos despacio cada una de sus causas, con fuerte dolor en el alma tendríamos que confesar nuestra inmensa “responsabilidad”. Veamos: la madre (contando con el respaldo del padre de sus hijos y en mayor cantidad y calidad, no contando con él), desde que tiene en sus entrañas un nuevo ser, se da por entero a él. No omite el sacrificio de sus distracciones, haberes, salud y de cuanto tiene a su alcance para proporcionar a su hijo, alimentos, vestuario, alegrías e instrucción. No mide los años que pasan, ni siente que encanece y envejece, menos que piense que ni “las máquinas de acero” son estables, que se gastan y que al fin se quiebran e inutilizan. Nada de eso. Piensa que, así como su amor es eterno, así serán sus energías creadoras de recursos y fuente de felicidad y prosperidad. ¡Y siempre lo fatal...! ¡Con la vejez llega el cansancio, la desilusión, muchas, muchísimas veces, la pobreza y su correspondiente cortejo de enfermedades, que cuando no hay recursos acaban más luego con la salud y la vida...!

En tanto, los hijos crecieron; se prepararon con un título profesional o un oficio; se dieron a la vida como los pájaros, se lanzaron a distancias, hicieron su nido y... para los seres por ellos sacrificados, queda un segundo, tercer o último puesto en la casilla de los presupuestos y en la distribución de las horas del día y de la noche.

¡Hay veces que hasta cuando la hora definitiva de pasar a otras regiones se hace sentir, es que los hijos vuelven, se acercan, lloran y se arrepienten! Este cuadro para las madres que no tienen nada que heredar, sino deudas, es harto común. Y también lo es común en madres que, teniendo capital, lo emplean en que sus hijos lo derrochen en sus desarregladas vidas, dándose el caso de que hijos ausentes, se han presentado al llamado de una madre moribunda, o ya muerta solamente para pelear hasta por el último mueble.

Si a este cuadro sumamos la expresión y tono que gastan los hijos que, por circunstancias especiales, caminan con la obligación de

sostener a una madre vieja, sin energías y enferma diremos que en ellas se cumple al pie de la letra aquel refrán que tanto denigra a las personas: “Candil de la calle y oscuridad de la casa”. ¿Por qué olvidar que cuánto somos lo debemos a esos seres sublimes, que pensando en nuestra bondadosa gratitud no tuvieron egoísmos en guardar para su vejez energías y recursos? ¿Por qué no meditar en este día tan bello, que con la misma medida que medimos, seremos medidas y con una cuarta más, tal como lo dicen las divinas escrituras? ¿Por qué no pensar que a los ojos de los demás apareceríamos menos feas —si lo somos— y más hermosas y bonitas —si también lo somos— gastando cuidados solícitos, abnegación y sacrificios para quienes la vida es nada para ofrendárnosla? ¿Por qué los enamorados no ayudan en esta campaña de redención, pidiendo a sus novias y futuras compañeras, como “condición precisa” para llevarlas al altar, que se tenga para la madre todo el respeto, obediencia y sumisión que se merecen, ya que también esos novios son hijos de una mujer?

Estas y otras consideraciones más, se agolpan por salir en homenaje a las madres que en silencio lloran las ingratitudes de sus hijas —las que no gritan ni hacen públicas— porque precisamente, ¡solo la madre quiere tanto! ¡De dolor y de pena moral muchas madres han muerto!... Qué venga el arrepentimiento, que nunca llegará tarde... Qué cada quien que se sienta acusada, rectifique con los hechos, más que para felicidad de las madres, que ya han otorgado perdones muy hondos para felicidad de ellas mismas, para que puedan tener derecho de hablar y corregir a sus hijos, pues el fenómeno no desmentido hasta hoy, de que cuando los hijos crecen —y sus pasiones se desarrollan— al querer los padres atajarlos y guiarlos con las enseñanzas de su propia y dolorosa experiencia, siempre por los senderos del orden, del bien y de la felicidad; esos hijos que conocieron, recuerdan y analizan la conducta que ellos tuvieron con sus abuelos, les dicen y hasta gritan: ¿Qué hizo usted? ¿Con qué derecho reclama lo que usted, no dio?

No, ¡qué cese esa ola de maldita civilización! ¡Qué la moral ocupe su trono! ¡Qué las madres mueran felices por las manifestaciones de gratitud de sus hijos! ¡Qué los hombres exijan de sus amigas, novias y aún esposas, el cumplimiento de esos deberes —que sin dejar de ser virtudes— inundan de luz los hogares! ¡Qué las amigas, novias y aún esposas, exijan de los hijos desamorados y sin deberes (porque el aspecto es parejo hoy día) el cumplimiento cabal de ellos!

Este es el llamamiento de *Atenea*, en tan grandioso día. ¡Esta conducta es la que de verdad hará felices a madres e hijos y la que dará lugar a que en Honduras —no se tema a la maternidad, pues cada madre verá asegurada su vejez!

Y quede constancia de nuestra ferviente admiración y gratitud para todas las madres del orbe, principalmente para las hondureñas y de manera única para la mía, a quien pido perdón de las injusticias con ella cometidas y le aseguro mis sinceros votos por tener la felicidad de prolongarle sus días por efecto de cuidados y comprensión y de cumplir mi último deber en esta tierra: “Cerrarle los ojos” si Dios así me lo permite.

Cristina H. de Gómez

En el minuto presente... ¡El mundo lanza un respiro!*

Las últimas noticias dieron cuenta al universo entero que el gobierno japonés había presentado a las naciones aliadas sus propuestas de paz. Y la grata noticia fue radiada y recibida con entusiasmo en todos los continentes cansados ya de estar observando y participando en un espectáculo, tan horroroso, que no solo rompió de un solo tajo los principios morales y humanos, sino que, a la vez, puso en entredicho el grado de cultura y de civilización alcanzado a costa de tiempo y sacrificios en la gran familia universal.

Siendo el Japón una potencia militar de primera categoría, el terrible espectro de la destrucción hubiese durado mayor tiempo, y el mundo, bastante deprimido ya por las proyecciones que de esa enconada matanza derivan, tenía que prolongar sus fatales consecuencias.

Sean cuales sean, hayan sido las condiciones de paz presentadas por Japón, ellas han dado un justo motivo para que el mundo lance a todos los vientos un profundo respiro de alivio, estimando consigo que ello no manifiesta únicamente el triunfo de las armas, sino que representa el triunfo del derecho, de la legalidad, de la justicia y de la fraternidad. Considerando —desde luego— la oportunidad más hermosa para que todos los pueblos de la tierra hagan uso plenamente de las cuatro libertades, uno de los siete puntos capitales con que heredó a la humanidad el esclarecido y visionario Mr. Franklin Delano Roosevelt, entonces presidente de la nación más demócrata del mundo, los Estados Unidos de Norteamérica.

* Cristina Hernández de Gómez, “En el minuto presente... ¡El mundo lanza un respiro!”, *Atenea*, año I, n. 7, (agosto, 1945): 2.

Los tristes y dolorosos acontecimientos que ha recogido en sus páginas la historia, deben servir de fuerte argumento para disfrutar con verdadera amplitud esas cuatro libertades que equilibrarán la armonía social en todas las razas y en todas las latitudes.

Que esta nueva era de paz que se presenta no sea solo para la conveniencia de países determinados en fórmulas protocolarias, sino que es de esperarse que esa bendición celestial derrame sus frutos hasta los últimos rincones del planeta; que esas cuatro libertades que soñó el paladín de la democracia sean el fundamento que afirme el curso de una nueva historia, la historia de los pueblos libres del terror, libres de la tiranía, libres de la miseria, libres de prejuicios y libres de temor.

Que un bálsamo divino restañe las heridas morales a todas las madres, esposas e hijos de los mártires que sucumbieron heroicamente en fragorosa lucha contra el despotismo, que significa barbarie. Y que todos los hombres en una sola comunión de nobles ideales marchen de la mano buscando el sendero que conduce a las grandes y bienhechoras rectificaciones, que fructificarán en no lejano día en tranquilidad para el espíritu y satisfacciones que impone la materia. Que todas las voces entonen al unísono el himno triunfal a la paz y al trabajo, a la concordia y a la fraternidad universal, basada en una nueva civilización más humana.

Y en esta feliz ocasión, *Atenea* sumándose al júbilo inmenso que embarga todos los corazones, lanza la iniciativa de conmemorar dicha efeméride, erigiendo en Honduras un monumento que perpetúe el recuerdo cuando en las calles del mundo no resonaron más los cascos apocalípticos.

Cristina Hernández de Gómez

El complejo de inferioridad*

En el orden social, la vida debe desenvolverse en un ritmo de concordia y de simpatía, que es el reflejo de la cultura. Estas cualidades tan indispensables en la personalidad, van formando nuevas reglas que ponen un sello de distinción en el ser humano, haciendo sobresalir del medio, a los que tienen en su haber visibles y privadas mayores prendas morales.

* Cristina Hernández de Gómez, "El complejo de inferioridad". *Atenea*, año I, n. 8, (septiembre, 1945): 12.

Y naturalmente, quien se blasona de tener un carácter rectilíneo, se impone; tiene que imponerse a las circunstancias imprevistas y turbias que pudieran poner sombras al concepto de su responsabilidad moral, para no incurrir lastimosa y despreciablemente en un verdadero complejo de inferioridad, porque en este caso se daría cumplimiento al viejo refrán popular de que “las apariencias engañan”.

Como nadie es infalible en la vida, el secreto para mantener ileso la personalidad en el nivel social de que pueda haberse conquistado, está en la observancia estricta de esa concordia y simpatía que ya hemos dicho, a menos que se consuma una ofensa directa en el honor, que entonces —por dignidad— llegan a quebrantarse las reglas sociales.

Quien por nimiedades o fruslerías se precipita de la altura en que equivocadamente ha estado engañado y engañando, pone en evidencia su inconsistente personalidad que no ha sido, sino el producto de la improvisación por un milagro pasajero que ofrecen las eventualidades; y entonces cualquier hombre montaña o de la calle, es decir, fragmentos de gleba inconsulta, amoral e irresponsable podrían conducirlo del brazo llevándole a la escuela degradante de la taberna, en donde se manifiestan invariablemente las reglas populacheras de bajo fondo, quedando al desnudo su individualidad y reducida ni más ni menos que en una verdadera bazofia humana.

Una palabra dicha sin razonarla, abortada, tal vez por la ofuscación, la imprevisión o la violencia, no solo puede comprometer el prestigio propio, sino que conduce indiscutiblemente al inevitable naufragio moral, desvelizando al individuo en plena vía, la opinión pública que mira, analiza y juzga todos nuestros actos y mide y pesa nuestros valores, si acaso valemos y pesamos algo.

La pequeñez moral de la persona se advierte por el valor que da a las pequeñeces que son verdaderas miserias humanas, donde resalta lo vulgar, lo bajo y lo ruin. El hombre de espíritu supremo puede cruzar por sobre el limo del pantano en donde se refugian todas las pasiones y ni siquiera deja el reflejo de su sombra en la superficie, porque su vigorosa personalidad se eleva a la superación y no desciende jamás al charco muerto e inmundado donde se fecundizan las sabandijas de la murmuración y el cretinismo, nutriéndose perennemente con las mismas pestilentes de la hipocresía y el sórdido rencor de la envidia.

El concepto de una recia personalidad se manifiesta en aspirar la cima de la superación moral y espiritual, mientras el complejo

de inferioridad se apoya en un necio y arraigado pesimismo, sin sentir esa sublime influencia que ejerce la altura en las alas.

Es el triste epílogo de los incapaces a la lucha por la gloria que otros conquistan con satisfacciones mediante cualidades especiales, cuya fulguración deja envuelta en penumbras la pequeñez microcéfala de los rezagados en el camino del triunfo y de la fama, quedándose en los recodos rumiando su impotencia.

¡Tan fácil que es vivir la vida dentro de las normas de la caballerosidad respetando la superioridad ajena que no pudieron alcanzar los peregrinos fracasados por el impulso de sus propias pasiones, cuya mediocridad provocan lástima porque exhiben tristemente, “su complejo de inferioridad”!

Cristina Hernández de Gómez

La gran efemérides*

Caliente aún la boca de los cañones, el aire enrarecido por el humo de la pólvora de las máquinas infernales que vomitan muerte, llenos todavía los hospitales de heridos, saldo bochornoso de la matanza fraterna, de esa conflagración espantosa que acaba de presenciar el mundo con los ojos del cuerpo y los ojos del alma, nos toca escribir ahora sobre motivos de la emancipación política de nuestra patria, omitiendo, naturalmente, opiniones de los historiadores, porque ello supone la repetición anual, cronométrica, de lo que tantas veces se ha dicho en discursos patrióticos y se ha escrito en la prensa hasta la saciedad, como ciñéndose a un formulismo de programas en una sucesión de tiempos.

La historia hondureña registra en sus páginas un puñado de acciones heroicas que ponen de manifiesto el coraje y el ardor patriótico que alimentaron nuestros antepasados, actos sublimes y grandiosos como los desarrollados al enfrentarse a la conquista de esta América como le ha llamado con admirable aserto el talentoso escritor argentino Luis G. Urbina, *América de sangre cálida*. En esa gesta de alto patriotismo gritó el espíritu de una raza que se hundía con todas sus reliquias, sus dioses y sus destinos en un horizonte escarlata, defendiendo sus sacrosantos derechos mancillados cobardemente por la bota extranjera conquistadora,

* Cristina Hernández de Gómez, “La gran efemérides”, *Atenea*, año I, n. 8, (septiembre, 1945): 1-4.

despidiendo nuestros manes con fragores de epopeya de cóndores heridos, de águilas vencidas, la libertad individual y colectiva que caía hecha pedazos.

Pero... podrá encadenarse la materia, podrá gemir de impotencia todo un pueblo, toda una raza que sufre bajo el yugo ignominioso de una brutal tiranía, de un despotismo entronizado, pero jamás se ha logrado en tales casos apagar la llama de la libertad sagrada que arde en el lampadario de los patriotas, ese sentimiento invisible, pero inmenso por sus luminosidades, toda vez que fluye del espíritu de las masas opresas y encadenadas al oprobio de la fuerza.

Y ese espíritu libertario que crecía día a día en el pecho de nuestros bravos patricios, no fue destruido por el miedo a las descargas de los arcabuces iberos, sino que dormía en las reconditeces del sentimiento patriótico; no dormía el sueño de la esfinge, sino que reposaba para despertarse de su letargo doloroso y erguirse con más bríos, con más pujanza y con más fiereza contra los detentadores de la libertad, la justicia y el derecho.

Reposaban nuestros próceres; reposaban nuestros indios para, al escuchar el grito de guerra, lanzarse como una vorágine desoladora que alcanzaría sublimidades de epopeya, sobre la hirsuta melena del león hispano, sacudirle y humillarle y ya vencido, arrebatarle de sus garras los pedazos de aquella libertad, de aquella justicia y aquel derecho, para fundir otra vez en el crisol de una pujante autonomía, con sangre de verdaderos patriotas, la efigie grandiosa de esta patria libre, soberana e independiente, que se yergue majestuosa al rumor de las ondas de sus mares y sus campiñas.

Tal ha sido el episodio más grande y luminoso que escribió el patriotismo en las bellas páginas de nuestra historia el 15 de septiembre de 1821.

La depuración de los sistemas administrativos en los destinos de los pueblos, que derivan de una perfecta transformación social, fundamentó esos tres principios inmanentes para el logro de la estabilidad de la armonía universal que se encarna en la paz. Rota esa trilogía, surge el desequilibrio social con toda una secuela de resultados funestos que se lamentan cuando el tumulto abre sus fauces destructoras y sangrientas, como los dos grandes desastres que han ensombrecido dolorosamente a la civilización en el pequeño lapso de 25 años.

Y en la fecha histórica y memorable del 15 de septiembre que acaba de conmemorarse, rogamos con toda el alma al Dios de los pueblos que vele por sus destinos y porque en el universo gobiernen,

inalterables, la libertad, la justicia y el derecho, para que gocen de paz LOS HOMBRES TODOS DE BUENA VOLUNTAD.

Cristina Hernández de Gómez

El Ateneo Femenino Progreseño*

Cuando esta revista surgió al plano del pensamiento escrito, el 14 de noviembre del año pasado, fue en un arranque de entusiasmo y a impulsos de inquietudes espirituales teniendo por norma la difusión de enseñanzas que robustecieran la cultura de que ha dado muestras indubitables el elemento social de esta ciudad, aprestándose con solicitud a toda obra, o acuerpando toda iniciativa en que está de cuerpo presente el bienestar colectivo, constituyendo el fundamento de sus buenos propósitos, mantener la constante fuente de información de cuantas proyecciones no debían pasar inadvertidas entre sus distinguidos miembros, tal como la construcción del altar mayor del templo católico que la asociación cultural del Ateneo Femenino Progreseño asumió, como para iniciarse en una obra que perseguía tanto fines morales como también piadosos.

El 18 de septiembre cumplió el primer aniversario de haberse fundado tal agrupación, todos y cada uno de sus miembros —siempre entusiastas y bien intencionados— responden al llamado de su concurso para cualquier obra benéfica que se inicie. Con tal motivo de haberse cumplido el 18 su primer aniversario, el Ateneo envió al Lic. y profesor de Estado don Luis Landa, cónsul de Chile en Honduras, el siguiente mensaje de calurosa felicitación:

El Ateneo Femenino Progreseño fundado el día del aniversario de la independencia de la gran República de Chile, en recuerdo cariñoso y agradecido de la educacionista chilena María Orfilia Lagunas Vargas, se honra en saludar a usted en esta fecha histórica formulando votos por su ventura personal y por la prosperidad y la paz de aquel pueblo.

—Cristina Hernández de Gómez, presidenta. Sara de Bennaton, Sria.

Cristina Hernández de Gómez

* Cristina Hernández de Gómez, "El Ateneo Femenino Progreseño", *Atenea*, año I, n. 8, (septiembre, 1945): 13.

La Voz Atlántida*, emblema de la cultura

En las múltiples y variadas preocupaciones que impone el diarismo, hay sucesos de intensidad espiritual tan profunda, que nos sustraen un momento la atención para estudiarlos en su verdadero mérito y positivo interés y que, ya analizados serenamente desde todo punto de vista, nos dejan en el corazón un sabor delicioso que es producto de la comprensión del valor auténtico de tales sucedidos.

Un periódico, una revista o un libro de versos, —cualquier impreso que sea mensajero de civismo— constituye una nota más en el sublime pentagrama de la cultura, pues que en ellos va condensado el intelecto la buena intención de sembrar la idea que mañana ha de germinar y que, en el milagro de la transformación, ofrecerá la primicia jugosa de felices proyecciones para bienandanza de todos los seres.

Porque, entendemos, que la labor del diarismo bien dirigido, es fuente inagotable, pura y cristalina donde apaga su sed el espíritu humano sediento siempre de emociones nuevas que sean portadoras de la buena intención para encauzar los sentimientos y aspiraciones, inquietudes y esfuerzos por derroteros desconocidos en un loable afán de llegar hasta el plano de la superación.

Tal ha sido la pauta noble y sublime de la fecunda escritora y sensitiva lirida Paca Navas de Miralda que, ha hecho tribuna de orientación las columnas de su interesante revista *La Voz de Atlántida*, mensuario prestigioso que ve la luz pública en la siempre inquieta ciudad de La Ceiba; valiente vocero que deja en cada salida un reguero luminoso de idealidades que suponen sabias enseñanzas para el futuro de los pueblos y el devenir humano. *La Voz de Atlántida* ha cumplido 10 años en este mes, de lucha intensa e independiente, porque libre es el criterio de la genial pensadora que con tanta maestría sabe dirigirla sin subordinaciones a reglas convencionales que empequeñecerían su vasta obra intelectual, convencida, quizá, de que, cuando se lleva en la frente una antorcha y en el corazón alientos supremos, la mejor escuela del periodismo son las propias convicciones razonadas sobre las truculencias y absurdos que produce el ambiente en que se actúa.

Por eso hemos admirado y admiramos sinceramente a esa valiente escritora que ha logrado cumplir diez años de lucha en su cátedra de civismo encarnada en *La Voz de Atlántida*, con la frente altiva,

* Cristina Hernández de Gómez, “*La Voz Atlántida*, emblema de la cultura”, *Revista Atenea*, n. 8, (septiembre, 1945): 6.

sin ver atrás la sombra siniestra de los críticos mendaces que aún quedan dispersos —para bochorno de la cultura— como un resabio secular.

Honduras puede enorgullecerse de tener en su seno jardineras en los rosales del ideal escrito y predicadoras de doctrinas de vanguardia, entre otras varias a Lucila Gamero de Medina, Pacas Navas de Miralda, Fausta Ferrera y la vibrante pensadora y exquisita litógrafa, muy querida amiga nuestra Olimpia Varela y Varela, mentora de grandes prestigios pedagógicos que desde su atalaya “Panamérica”, nos envía mensualmente luminosidades esplendorosas.

Felicitando efusivamente a la ilustre directora de *La Voz de Atlántida*, en el décimo aniversario de sus luchas idealistas, le enviamos por las rutas invisibles del espacio, nuestra voz de: ¡ADELANTE!...

Cristina Hernández de Gómez

Mondongo a la hondureña*

Complaciendo peticiones, tenemos el gusto de dar en este número la receta de cómo nosotras hacemos uno de los platos predilectos de los hondureños que han conquistado renombre, aún más allá de sus fronteras, por lo nutritivo y sabroso que es. Desde luego no estamos sentando cátedra y respetamos la manera de cómo lo hace cada quién, ya que cada una “tiene su manera de matar pulgas”.

Limpieza. Poner al fuego una olla con agua y cal a hervir. Lavar la panza en agua clara, hacerla pedazos y uno a uno introducirlo a esa agua de cal, por espacio de un minuto. Sacarla y limpiar ligero con un cuchillo filoso antes de que se enfríe. Deberá quedar completamente blanco. Meter las patas en esa agua de cal por espacio de quince minutos, sacarlas y quitarles los cascós, después con un hacha cortarlas sin desperdiciar el tuétano o médula, que tanto gusto da a la sopa. Luego lavarlo todo con limón o ácido de naranja agria y antes de echarlo a hervir, pasarlo varias veces por agua clara. Mejor si se pone a ablandar un día antes a fuego lento y parejo, pues un fuego fuerte, consume el agua y no ablanda. Al poner hervir el mondongo se le echará bastante culantro de monte

* Cristina Hernández de Gómez, “Mondongo a la hondureña”, *Revista Atenea*, año I, n. 10, (noviembre, 1945): 12.

o de pata como decimos aquí, ajos machacados, chiles bravos enteros, tallos de cebolla, chiles dulces enteros y un punto de sal.

Preparar con tiempo las verduras: papas, repollo, patastes, ayotes, jilотillos, frijolitos verdes, yuca, camote y plátanos hembritas o machos maduros. Estas verduras entre más tiernas y frescas es mejor.

Algunas personas no acostumbran echar toda esta clase de verduras, solamente papas, repollo, plátanos y jilотillos o elotes tiernos. Sin pelar, poner a hervir por unos treinta minutos las papas. En otro recipiente, el ayote, (si está sazón, hay que pelarlo) el repollo y los patastes (estos últimos pelados, salvo que estén sazones). Todo en pedazos grandes o enteros. Lo mismo con las restantes verduras.

Luego colar estas verduras y esa agua que contiene todo el poder vitamínico de las cáscaras, agregarla a la sopa donde se coció el mondongo. Después pelar las verduras, menudearlas no muy fino y echarlas a que se acaben de cocinar en el caldo.

Antes, se habrá colado el caldo, deshuesado las patas de res, (algunas personas acostumbran echarle patitas de cerdo) y cortar en pedazos pequeñitos la panza. Todo volverá a la misma olla, para que sazone el sabor con las verduras.

Por aparte, en una cacerola poner suficiente manteca, y freír suficiente cantidad de cebolla, chiles dulces, tomates, ajos, pimienta picante y chile bravo; todo previamente molido. Una vez frito agregarlo al caldo que deberá estar hirviendo. Ponerle color con achiote fresco o salsa de tomate; agregar azúcar al gusto, lo mismo sal y culantro de castilla.

Tostar rodajas de pan dulce y molerlo grueso, agregar este recado moviendo a la vez para que no se apeltone. Poner entonces clavos de olor y dejar hervir por espacio de una hora por lo menos, teniendo cuidado de que no se pegue en el asiento de la olla, lo que con gran facilidad sucede y entonces se ahúma. (Algunas personas acostumbran hervir cierta cantidad de leche, sumarla así hirviendo a la olla que también hierve).

Tener por separado el plátano frito en rodajas. También huevos cocidos que se partirán en rodajas y agregarlo a los platos al momento de servir. Deberá quedar un plato de sabor, color y olor agradable, espeso y con cantidad de sal y chile más o menos que sea del gusto de la generalidad de los comensales, pues esos dos ingredientes, puede cada quien ponerlos, a su gusto, al momento de comerlo.

Entre nosotras corrientemente decimos que es plato dominguero, y, sabiendo que gusta a la persona a quien deseamos agradecer lo hacemos como una gran distinción.

Cristina Hernández de Gómez

Primer aniversario de la *Revista Atenea**

En un día de quietud espiritual del mes más melancólico y sombrío, precisamente el 14 que el calendario católico consagra a san Serapio, nació nuestra primera hija mujer: la *Revista Atenea*. Hija concebida con radiaciones de amor, al conjuro de grandes idealidades y de viejas, muy viejas inquietudes literarias, que, al correr de los años, y, sobre todo, después de tremendas e increíbles tempestades morales, librando combates casi imposibles por salvar de la nave a punto de naufragar los cimientos de la moral que constituyen la vida misma, estas inquietudes han sido más firmes, más grandes y mejores.

De allí, que *Atenea* sea una niña mimada, consentida y considerada como un objetivo para vivir, como una risueña ilusión y como un ánfora sagrada donde volcar cristalizados los recuerdos tristes de un temprano ayer, las manifestaciones de un presente emprendedor y donde quedarán guardados los sueños de felicidad para los nuestros, por el estudio, la constancia y el trabajo.

Nuestro afán al cuidarla tanto de las emanaciones de todo mal ambiente, de hacerla crecer sana y bonita, de robustecerla alimentándola con las más puras y ricas fuentes de virtud, talento y bondad de todos los predios hondureños, y no solo hondureños, sino centroamericanos, y más aún, latinoamericanos; es precisamente porque ella constituye nuestra más agradable ocupación, porque ella representa el afán de servicio y de levantar el nombre cultural de la patria, sentimiento que anida muy hondo en nuestro ser. Ella significa una negación al concepto triste que se ha tenido y tiene de que las mujeres no gustamos de estas actividades del pensamiento escrito con fines netamente científicos y culturales, alejadas de todo romanticismo; de que las mujeres somos incapaces de sostener el crédito y el honor del hogar, mucho menos de hacerlo prosperar y patentizar la educación de los hijos.

* Cristina Hernández de Gómez, "Primer Aniversario de la *Revista Atenea*", *Revista Atenea*, año I, n. 10, (noviembre, 1945): 3-4.

Si nos salimos un tantito del ambiente prejuiciado y de los dictados convencionales de la llamada sociedad, un pulpo egoísta, que se empeña en criticar y no aceptar las aspiraciones y capacidades femeninas, sobre todo si los escritos lesionan sus intereses creados o ponen al descubierto sus lacras morales, hijas legítimas de su medianía moral e intelectual y sobre todo si se les puntualiza su verdadera actuación en el hogar y la calle, que está condensada en el sabio adagio “candil de la calle, oscuridad de la casa”...

Por todo esto y algo más ulterior, nos hemos impuesto la obligación de velar porque sus páginas estén exentas de todo cuanto pueda dañarlas. Por eso deseamos que esté incólume, ofreciendo siempre la ocasión de un acercamiento espiritual entre los latinoamericanos de buena voluntad y que sea un órgano de publicidad encargado de despertar entusiasmos, optimismos y energías a todas aquellas personas, cuyo valor intelectual precisa afirmar en esta época de subversión y desconocimiento mutuo.

Atenea cumple un año de vida cuando su abuelito materno está cumpliendo 72 años, y en cuyo honor vino al mundo. No sabe de compromisos que la obliguen a no ver de frente y sonreír contenta. Ha afrontado y vencido los obstáculos inevitables que con piel de oveja le han puesto en su camino: la maldad, la apatía, la confusión o los intereses creados y, para todas esas pobres almas, piadosamente ha otorgado un olvido y un perdón.

Ha querido y lo ha logrado, aunar en sus páginas un conjunto de las manifestaciones de la inteligencia, principalmente hondureña, así como también se siente orgullosa de ser estandarte de cabezas pensantes continentales, pues, todos nuestros lectores han saboreado letras de oro costarricenses, panameñas, cubanas, brasileñas, salvadoreñas, etc. *Atenea* ha procurado mejorarse cada día por la calidad de sus artículos que los ofrece cada vez más interesantes. Sus colaboradores han sido muy bien seleccionados antes de ser solicitados y todos ellos han tenido la gentileza de corresponder con grandes dosis de patriotismo, cultura y seriedad, elevando así su nivel.

En este día *Atenea* se presenta con gran ropaje, el doble de su ordinario vestir. Luce los fotograbados de casi todos sus escritores y ha duplicado su tiraje, como un justo homenaje al mérito de las letras que le dan prestancia. Para celebrar tan fausta fecha ha convidado espiritualmente a todos sus distinguidos colaboradores de dentro y fuera del país, a sus muy amables anunciantes y suscriptores y a todas aquellas personas que le han manifestado su voz de estímulo, y, en un brindis alborozado, con la copa en alto, hace votos por la felicidad de todos ellos, diciéndoles: “El éxito alcanzado hasta esta fecha no es solo mío, corresponde a todos

vosotros. Gracias por vuestro valioso aporte y por haber concurrido a este festival, que, Dios mediante, el próximo año celebraremos mejor”.

Cristina Hernández de Gómez

Contestamos a una encuesta feminista*

Complaciendo con mucho gusto la solicitud de nuestra distinguida amiga, la talentosa directora de la revista *Panamérica* que ella edita en la ciudad capital de la república hondureña, hemos tomado nota de la encuesta que en el n.º 29 de la citada revista, hace el estimable P. M. don Francisco Varela M., referente al feminismo.

El señor Varela M., por medio de su encuesta ha traído al terreno de la discusión el tema del feminismo, asunto que entraña capital importancia para la vida de la nación, desde luego que se refiere al reconocimiento de los derechos naturales y positivos para la mujer, con la misma fuerza e igualdad que sin restricciones corresponden al hombre.

El feminismo ha sido y es amplia y calurosamente discutido, especialmente en aquellos países en donde el progreso ha creado la necesidad imperiosa de estudiar heterogénea, detenida y desapasionadamente sus problemas sociales con el objeto de no quedarse atrás —en calidad de rezagados —en el avance incontenible e inevitable de la evolución humana.

Cada quien que ha opinado y opina —a su vez— ha visto y juzgado el asunto feminista de acuerdo con sus AFECTOS, CON SU CULTURA Y, SOBRE TODO, DE ACUERDO CON SUS INTERESES PERSONALES. Dominados y guiados por cualquiera de las tres fuerzas citadas o por una fuerza mixta formada por dos de ellas, es que han externado su opinión favorable o desfavorable al feminismo; pero que, al final han servido para proteger los derechos que corresponden al sexo femenino.

No ha faltado, como no falta aún, quienes opinen sobre el feminismo— desde el punto netamente individual.

Cristina Hernández de Gómez

* Cristina Hernández de Gómez, “Contestamos a una encuesta feminista”, *Pan-América*, vol. II, n. 31, (diciembre, 1946): 32-35.

Cruz Guillén de Peña



Emancipación femenina hondureña*

Como una emancipación para la mujer hondureña, nace la revista *Panamérica*, abriendo sus páginas con el objeto de dar cabida en ellas, a producciones literarias de plumas femeninas, que han permanecido como una incógnita, sujetas a una vida de luchas y de incompreensión, ahogando el aleteo del espíritu que siente y calla la mujer superior, la que no se conforma con llevar una vida infecunda y trivial. Para la mujer de muchedumbre es muy fácil deprimir sus sentimientos más hondos; pero aquellas que han traspasado los umbrales del nivel común, se necesitaría arrancarles el cerebro y el corazón, para que dejaran de pensar y de sentir.

Antes de nuestra era cristiana, la mujer no fue más que un objeto doméstico al que debía dársele acomodo y protección. Cuando sublimizó María su matrimonio con Jesús Cristo, se le llamó Reina del hogar, pero ingenua, ignorante, sencilla, sin voluntad. Schopenhauer, el filósofo alemán, llegó hasta considerar a la mujer como un animal que, por poseer los cabellos largos, tenía escaso conocimiento de las cosas y, por consiguiente, sus ideas eran cortas. Quién le hubiera dicho a aquel hombre cumbre, que, al dar en tierra con su imperio natal, llegaría la hora evolutiva de la mujer, en todos los aspectos de la vida humana. Mrs. Roosevelt, Madame Chiang -Kai -Shek y ahora Mrs. Truman, forman la trilogía más destacada y ejemplar de la mujer de estos tiempos, cooperando, de manera eficiente y talentosa, al lado de sus esposos, en los asuntos más trascendentales que se les han presentado en la vida política y administrativa de sus respectivos países, en concordancia con los altos cargos que ellos ocupan y que actualmente están desempeñando con verdadera admiración mundial.

La mujer hondureña, a pesar de su buena preparación y de su mejor talento, escasea en plumas femeninas, pues temerosas de ser mal interpretadas, ocultan sus ideas, sin comprender que escribirlas o expresarlas, no es traspasar los límites de la moral, ni salirse del camino del honor, que como mujeres estamos obligadas a conservar; porque ante todas las cosas, nuestra dignidad forma el tesoro de nuestra personalidad, que no ha de perderse con llenar unas cuantas cuartillas en provecho y aliento del grupo femenino.

Profusos son los temas sobre los que se puede escribir y los cuales nos darían una labor fructífera y de superación, útil para todas, hay

* Cruz Guillén de Peña, "Emancipación femenina hondureña", *Panamérica*, vol. II, n. 17, (diciembre, 1945): 3-4.

tanto que decir de cocina, repostería, labores, corte y confección, literatura, artículos selectos y poesías, etc., cada una en la medida de sus facultades, sin perder en absoluto nada de feminidad, y antes bien, se encontraría algo mejor para entretenerse, prescindiendo de las frivolidades, que tanto redundan en fatales consecuencias retardatorias de la verdadera emancipación femenina.

Olimpia Varela y Varela, como abanderada de la revista *Panamérica*, es la maestra en quien, desde alumna, se alquilan los más altos dotes intelectuales, demostrando siempre, en toda su actuación, ya en la cátedra o en las letras, verdadera competencia, que se agranda cada vez, con su fina educación y exquisita modestia. Su sentimiento periodístico es amplio y generoso; ella quiere hacer conocer, dentro y fuera de las fronteras patrias, toda la cultura de que es capaz nuestra hermana hondureña. Así lo expresa en su conceptuosa misiva que ha llegado a nosotros y que mucho nos honra, razón por la cual, nos apresuramos a hilvanar estas frases, enviándoselas como una primicia de complacencia y de verdadero reconocimiento a sus altos propósitos de divulgación y cultura feminidad.

San Pedro Sula, diciembre de 1945

Cruz Guillén de Peña

Benéfica aspiración de civismo*

Valiente opinión de una talentosa profesora hondureña

Hay un clamor que se expande por todos los confines de la patria. Es como un grito de despertar, de alarma, en esta hora de renacimiento para la mujer del mundo. Es la hora del desarrollo evolutivo, en que se gesta la igualdad de derechos ciudadanos, pidiendo se abra el campo de acción a la mujer, para que pueda desenvolver sus actividades, colaborando con el hombre en los asuntos públicos del Estado, en donde debe gozar de las mismas preeminencias. Que se determine, de acuerdo con el sexo, la parte que le corresponde, pesando sus actividades físicas, morales e intelectuales, unificando la aspiración de que ambos tienen que laborar en comunión de ideales, principios y acción, por el bien general, resumido en dos entidades: la sociedad y la patria.

* Cruz Guillen de Peña, "Benéfica aspiración de civismo", *Panamérica*, vol. II, n. 24-25, (abril, 1946): 20.

La mujer hondureña debe tener voz propia. La corriente de progreso que nos invade en la actualidad, exige que se le coloque de manera vertical ante sus destinos, como un ente vigorizante en la vida de la nación. Razón y justicia se imponen. Adelante, pues. El triunfo de un ideal redentor, es dulce y manso, cuando es adquirido con grandeza de justicia y dignidad de principios. El hogar no sufre mengua con la participación de la mujer en la vida pública de su país. Ya se ha probado, con el reconocimiento masculino sincero, que es apta para cualquier desempeño en ausencia de sus hombres, multiplicándose y cumpliendo su cometido con eficiencia absoluta, y a veces eminentemente notoria y hasta heroica.

El calor hogareño, es el amor a la patria, hecho sacrificio en el ciudadano. El sufragio femenino, en estos momentos, no es un problema difícil de resolver, pues no entraña un caso complicado, jurídico ni económico, educativo o biológico, político o democrático, es simplemente un temor antojadizo de muchos defensores de la dignidad de la mujer, cuya defensa la expresan con paternidad y protección, lo que en suma no es más que cierto egoísmo disfrazado de bondad, enemigo de toda obra de progreso y comprensión, rival escarnecido del civismo y democracia. Alguna prensa del país y en general la de Centroamérica, ha dado ya su grito de redención en este sentido. La mujer hondureña, sin distingos políticos, debe estarles muy reconocida, y el grupo del magisterio hondureño femenino debe ver, con orgullo, que son maestros en su mayor parte, quienes están cooperando afirmativamente con nosotras, para realizar esta benéfica aspiración ciudadana, dando así, la más alta lección de civismo por seguir.

Cruz Guillén de Peña

San Pedro Sula, marzo de 1946

¡Paz!*

Trilogía de letras, que encierran en su significación, todo el bienestar de un mundo. Palabra que echa esencia, da a los corazones un sentimiento de bondad; a las almas, bálsamo de justicia y a las naciones, tranquilidad y progreso.

Paz, vocablo que, a manera de oración, deben enseñar las madres a sus hijos, para formar hombres que mañana garanticen un

* Cruz Guillén de Peña, "¡Paz!", *Panamérica*, vol. II, n. 31, (diciembre, 1946): 13.

futuro de verdad, basado en respeto, equidad, amor, igualdad y bienestar general; ya que todos los seres, sin distinguos sociales, son factores activos de progreso en el conglomerado universal. Y es así, laborando por la paz, como se cimienta en el individuo la fe en sí mismo. Y es así como se establece una era de paz, arrojando al surco semilla de concordia y de fraternidad, abonada con tierra fértil de la que da el solar patrio, regada con el agua limpia y cristalina de la armonía, para refrescar el calor sofocante que nos dejará la pólvora destructora aún humeante y apagar la sed de venganza en los corazones heridos por el dardo del odio y del rencor.

Laborar por la paz, es pedir a quien puede que dé, que dé algo material de lo que sobra en las arcas repletas, para dedicarlo al bien ajeno. Pedir que, de la mesa succulenta en manjares familiares, se reparta un pedazo de pan al que nada tiene; que, del cobijo de la casa grande y señorial, se lleve, sin ruidos ni alharacas, la manta que ha de cubrir y mitigar el frío o la desnudez, de quienes sufren la helada invernal. Es disponerse a ayudar a resolver los problemas ajenos económicamente, pidiendo se abran trabajos donde se les dé cabida a todos los ciudadanos de todas las categorías, proporcionándoles, además de una vida activa y fructífera, la satisfacción honda de llenar las necesidades hogareñas con el rendimiento que da el trabajo honrado, amasado con el sudor de la propia frente y protegido por la tranquilidad y defensa que como ciudadanos están facultados a merecer.

Laborar porque en los corazones se destierre el egoísmo y la cizaña, plantas que abundan en los terrenos malsanos del ambiente social. Aliviar las penas ajenas, dándoles generosa acogida y tratando de curarlas con benevolencia y amplitud de miras, alejadas del prejuicio disociador. Ver al desnudo, ver el harapo, el hambre en los demás; el trabajo duro bajo los ardores de un sol abrasador o en los rigores de un invierno copioso y frío. Sentir el deseo de realizar una obra de beneficio colectivo como esta, es estar ya en el plano de actividades que la patria reclama de nosotras. Pero al desarrollar ese extenso problema que se nos presenta, debemos ante todo atender lo esencial sin egoísmos ni enfermedades políticas, para poder llegar con acierto, al verdadero camino de las grandes realizaciones en bien de los demás, cimentando así, en un campo de cultura y de fraternidad, la verdadera ruta que nos llevará por vía recta, a restablecer lo que en justicia encierra en toda su extensión, ese sublime vocablo: paz.

Cruz Guillén de Peña

San Pedro Sula, noviembre de 1946

Denia Labu



Cruz de ceniza*

Endulza, si puedes, tu copa de acíbar o apúrala con valor, a sorbo, sin derramar.

El dolor no es patrimonio; es algo muy serio, respetable. No es tropel de ideas ni simple pronunciación de palabras. No se halla en los libros, se siente, vive intensificado en nuestro ser. Comienza desde la vivificación en el claustro materno, unido a la vida inicial; y no termina ni en el sepulcro; se inmortaliza en el grito de protesta que acompaña al alma, cuando nos negamos a aceptar la muerte por llegar muy temprano; o, aún en la vejez, la mísera vanidad que embruja, o, porque donde esté tu tesoro material, está tu corazón.

Vivir del dolor, faculta para acercarse al corazón de los que sufren. Las fibras sensibles, como los pensamientos de un mismo grado, se atraen entre sí, en honda, tierna, natural simpatía.

Es el dolor moral humano, la evidente manifestación de la existencia del alma. Ley, que, por ineludible, inspira la dignidad de ser aceptada con santa resignación. Nuestra imperfección, rebelde, ciega, despectiva; considera el dolor como un capricho injusto que detesta, niega y desprecia, en su afán de creerse mucho y merecer más; no tiene ojos para ver la cruz de ceniza en la frente, estigma simbólico, con que marca la religión del Gólgota, nuestra miseria humana; advirtiéndonos, que la soberbia es nada ante la humildad; virtud, tan divinamente acogida; que todas las galas materiales, abonan más la tierra; y solo las buenas acciones, elevan a menor o mayor ascenso.

La grandeza del dolor, bien comprendido y aceptado en su carácter irrevocable, está, no en la frecuencia con que nos atormenta, sino en que descansa en la intensidad.

Mundo de expiación y pruebas, es este valle de incertidumbre, incomprensión y lágrimas; una misión que cumplir traemos, fácil o escabrosa, según la capacidad con que nos favorecen o condenan las circunstancias, el ambiente. En el cumplimiento de tal misión, preparamos y pulimos nuestro grado de superación; transformándonos en elemento apto, para caber en los mundos celestes o divinos, según la ley evolutiva. Las mismas contrariedades materiales, no son, sino, medios de renovación, en pro del espíritu.

* Denia Labu, "Cruz de Ceniza", *Atenea*, año III, n. 29, (abril, 1947): 22.

Nada logramos con querer rechazar el dolor; ley, que forzosamente debemos respetar, cumplir y abrazar. Cuando su fuerza disminuye, quedamos agotados; pero con la admiración de haberlo resistido con valor. Vencer, antes que sucumbir.

A la vida, como si pudiera darnos tanto, exigimos placer, satisfacción perenne; goces vulgares, ofensivos, que duran menos que el malestar y vergüenza que dejan.

Cuando el dolor nos llega, despreciamos los dones que viene a brindarnos: sentimiento y claridad en el alma; joyas que nunca podremos estimar en su legítimo valor.

Cuando sigiloso, llega por primera vez a herirnos, no con el dardo de oro de Cupido; con puñal de acero, firme y seguro, para hacernos destilar, como del árbol, aromosa resina; es rechazado con indignación: ¡Enemigo implacable! ¿Por qué vienes a perturbar la paz de una familia luchadora?... Humillados, cuando ya tantas heridas nos han dado, cruzamos los brazos, cerramos los ojos, en abandono, ante el amigo que vela los ojos de nuestro forzado sueño; ante el fiel guardián de nuestro lánguido, triste despertar: el dolor.

Bendigamos la pena intensa que nos abrumba, para darnos a conocer el horizonte despejado, puerta de cristal cuya limpia transparencia, nos muestra regiones bellísimas, insospechadas, que solo al espíritu inquieto, en estática contemplación, es permitido intuir. Rindamos culto al dolor por su emanación divina.

Comayagüela, D. C., miércoles de ceniza, de 1947

Rastrojos en campo trillado*

No llores por la ofensa recibida, agradécela porque te eleva; llora por tu ofensor que es desgraciado, con solo el plomo de su maldad que lo envuelve de pies a cabeza.

No esperes desenvolver el ovillo de tu vida sin enredarlo; hay nudos que vienen desde el telar.

La vida no siempre es barquilla sobre aguas tranquilas; se cruza doblando espinas en la obscuridad.

* Denia Labu, "Rastrojos en el campo trillado", *Atenea*, año III, n. 30, (mayo, 1947): 23.

No te alejes de las personas que puedan repugnarte; acércateles, estúdialas con cariñosa observación, alivia la tragedia de sus almas y no hallarás diferencia entre ellas y las que te han sido gratas.

No arrojes la cruz por pesada, porque tienes que levantarla. Si quieres descansar, pásala con amor, de un hombro al otro y, sin perder el equilibrio, adelante.

Espejo empañado, sabio con telarañas, es el ególatra que se cultiva y aprende solo para su propio deleite e interés. Ciego y sordo ante los méritos ajenos, vive encantado de su celibato por ahorro; y porque los niños perturbarían su tranquilidad tan estimada. ¡Pobre misántropo! Piensa, en que, solo siendo útiles, podremos encontrar nuestro centro perdido. Cuando sientas las amarguras del corazón, apela al acicate de sustancias amargas; saborealas y entonces aquellas, te darán por encanto, la gracia de sentir las muy dulce.

Una infeliz mujer, lloraba con tal fuerza y desesperación la pérdida de un ser querido, como si el dolor hubiese sido creado, solo para ella. Por la noche, soñó con un Jesús Nazareno, de cabellos enmarañados, sobre un lecho de paja, quien dirigió a ella, una mirada tan airada y penetrante, que no ha podido olvidar. Al mismo tiempo, otras mujeres, sencillas, tocaban con sus manos las llagas nazarénicas, y, después las mismas mujeres, se frotaban apresuradamente, sus piernas y sus brazos.

Comayagüela, D. C.

Del libro que inédito vive en mi corazón y que llamo: *Rescoldos. Las bofetadas**

En la víspera de mi examen general, por la noche, nos condujo la inspectora al atrio de una iglesia. En la sabaneta derecha, permanecía yo, en pie, absorta ante el dudoso resultado del día siguiente, y, cerca de un grupo de alumnas, que jugaban a la lucha; una de ellas recibió sin saber de quién, un golpe; y no queriéndose quedar con él, furiosa, me dio la sorpresa de una tremenda bofetada, con su diestra, que había domado terneros, antes de tomar los libros. Convicta de su atropellante equivocación, ni siquiera se excusó. Amargada en lo más íntimo del alma, tuve que

* Denia Labu, "Las bofetadas", *Atenea*, año III, n. 34, (septiembre, 1947): 18-19.

hacer mucho esfuerzo para perdonar, aun sabiendo de quién venía, la inesperada ofensa.

Siendo muy joven mi padre, salía una noche del teatro, en San José de Costa Rica. Cuando menos acuerda, un individuo jadeante en cólera, le da repentinamente un bofetón en la mejilla derecha; pero cuando ve a quien lo ha dado, y que no es el enemigo que creyó golpear, se sorprende; y arrepentido de su mala acción, suplicante se excusa. Mi padre nada contestó, por tomar una instantánea en su retina, de la fisonomía de su gratuito ofensor. A la noche siguiente, vuelve a encontrarlo mi padre llevando del brazo a una hermosa y joven amante; al llegar de cerca, aprovechándose del descuido, mi padre que usaba manopla, le da con fuerza en la mejilla izquierda, diciéndole, “una con otra”, y sin darle tiempo para ningún reconocimiento. Por la mañana, cuando mi padre iba al trabajo, lo encuentra con la cara monstruosa; y ante lo hecho, ya sin remedio, sintió un pesar tan profundo, que juró, no volver a golpear con la manopla y obedecer, si le era posible, el mandato del divino Nazareno, de poner la otra mejilla.

Juramento que no pudo cumplir, porque, mucho tiempo después, siendo secretario municipal, en un pueblo hondureño el señor alcalde hizo invitación a todos los habitantes de la localidad, para un baile, en el salón consistorial, celebrando el 15 de septiembre.

Empezó el baile con el derroche indispensable del infernal aguardiente; y cuando hombres y mujeres estaban ya, bastante alegres, el ejemplar señor alcalde apagó las luces; mi padre allí presente, indignado, pregunta el contenido de tal actitud; un silencio reinó por única respuesta, mientras preparaban un gran escándalo. Todavía les gritó: “Enciendan las luces, sino quieren que vaya a dar parte al señor gobernador, de este grave desorden”. Armados con machetes, palos y piedras, le agredían; habiendo dejado la pistola en casa, arrebató un leño; y, acordándose de la manopla que tenía, por suerte, en la bolsa hizo frente con ella y con el palo a más de veinte atacantes. Cuando mi madre oyó desde la casa, la enorme algazara, comprendió que algo peligroso e insospechado ocurría. Deja solo al tierno primogénito y busca en el tumulto a su esposo, recibiendo ella también, insultos y empujones; seguramente, él golpeó a muchos con la manopla, y al fin pudo salirse de entre la turba, por un joven, a quien había apadrinado en su matrimonio que lo tomó del brazo, y se abrió camino. A esas horas, le ayudó mi madre a ensillar a Congo, yendo a amanecer a otro pueblo vecino, de donde pudo dar parte al gobernador político. Al mismo tiempo, en el lugar del suceso, el telegrafista daría parte, pues no tardó en llegar un inspector con su escolta, a capturar a todos los de la refriega y a disponer del cadáver del secretario, a quien suponían muerto, en tal desastre.

Con un anillo menos, quebrado en tan desagradable lance, conocimos la manopla con que se supo defender siempre mi padre, cuando le tocaba luchar cuerpo a cuerpo. Pudo haber parecido con su esposa y haber dejado huérfano a mi hermano mayor quien, con tanto interés, ha escuchado también varias historietas de esta índole, ocurridas al inolvidable autor de nuestros días.

Las alumnas de último año, no tenían clase por ausencia del profesor. Solicitaron de pedagogía, en todos los cursos, permiso para recibirla con nosotras, caso frecuente que veíamos con agrado, siendo bien recibidas. Ocupaban también, las sillas que había entre los pupitres de atrás.

“El profesor, que la ocasión bendice”, interroga a una de ellas, quien, para contestar con más seguridad y gallardía el punto propuesto, se pone en pie. Cuando hace por sentarse, una de sus compañeras, sigilosa y repentinamente, quita la silla, y ahí fue... la gran caída. Rápida se levanta; y sin dar importancia a los espectadores, imprime en el rostro de su bromista compañera, (no vimos si más bien fue pescozada) una sonora bofetada, tan dolorosa, que la hace llorar... Se adivina el único observador; todas azoradas, expectantes. Tas... Chas..., ellas, plas..., plas..., nosotras, aplaudiendo con toda la alegría de la primavera estudiantil, cuando aún tarda el otoño de los exámenes, vuelve el invierno de la matrícula, o se presenta el verano de los castigos. Estos fueron serios para las dos alumnas paralelas, enemigas entre sí. Para las demás, por el alboroto, castigo y prohibición de comentarios y discusiones.

Última bofetada, que es la peor, si se comprende; la bofetada moral. Ejemplo:

Una familia hereda un capital; saben todos lo que toca a cada miembro, uno de ellos acude con frecuencia al préstamo, por tenacidad de los demás que esperan que todos vayan muriendo, hasta ver a quién le queda todo. Deberían mejor, sortear la herencia entre todos ellos.

Son actores los herederos y espectadores los desheredados.

Denia Labu

¿En qué consiste la desgracia?*

Cicerón hubiera sido más filósofo si hubiese meditado más y leído menos; se conoce que escribía teniendo a la vista las obras de todas las escuelas griegas; y su mente, clara como la luz se ofusca a menudo con la abundancia y embrollo de los materiales que se empeña en ordenar y esclarecer. Nunca ve con más lucidez y exactitud que cuando se abandona a las inspiraciones de su genio, olvidando los sistemas de sus predecesores, y sometiendo los objetos al fin o criterio de su elevado entendimiento y a las sanas inspiraciones de su corazón noble y generoso, esto dice, Jaime Luciano Balmes. También agrega, al referirse a la muerte de su hija Tulia: “Si lícito fuera, debiéramos alegrarnos de las desgracias de Cicerón, ya que proporcionaron a las ciencias y a las artes tan insigne beneficio, dando origen a sus obras filosóficas”. El dolor por su hija, fue el peor de sus infortunios; y solo se consolaba con el estudio de la filosofía y con fomentar en su patria el movimiento intelectual.

“De Dios vienen los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza”.

“Las únicas desgracias humanas son: la enfermedad, el vicio y el remordimiento”.

Según los anteriores aforismos, la muerte no es desgracia.

Ignorante en materias difíciles, no me atrevo a penetrar en los laberintos filosóficos; nada lograría mi cerebro reblandecido, encerrado en recio muro. Solo está a mi alcance, que la desgracia carece de teorías; que sucede, no para ser estudiada, menos para ser sometida a ningún análisis; que no puede ser medida con la exactitud que exige el riguroso compás filosófico; que por llevar en mi frente su sello, he sido, intensamente herida en ocasiones diversas; que en el átomo no cabe la extensión; pero un mundo de despiadada adversidad cabe en mi vida tan insignificante y débil.

En mi religión, íntimamente sentida, al pie del árbol, en la roca, en el río, en el camino, pues todo el universo es el altar sublime y majestuoso, donde se besan las huellas y se adoran las obras del creador, resignada, aunque no conforme; alicaída, doblo las rodillas, cierro los ojos, cruzo los brazos, en acatamiento al ser infinito, a quien repito una estrofa de la bellísima oración de Juan Ramón Molina:

* Denia Labu, “¿En qué consiste la desgracia?”, *Atenea*, año III, n. 36, (noviembre, 1947): 28.

*Señor: nunca discuto
tu voluntad, porque eres
padre y dueño de cosas,
espíritus y seres.*

Comayagüela, D. C.

E_{milia}



Decepción*

Le amaba con un amor loco, ciego, inmenso, que me sentía inconsciente a su lado cuando nos encontrábamos o yo trataba de encontrarlo, o él me buscaba. Me sentía tan dichosa en su compañía que era para mí como un Dios. No había otro hombre capaz de interesarme. Él era todo para mí, todo, todo. La insinuación de otro me era importuna y risible y los consejos de mis padres y los regaños de mis hermanos eran impotentes ante aquel inmenso amor que yo profesaba a aquel hombre.

Antonio —le decía yo con infinita ternura y mimos, ¿verdad que nos casaremos muy pronto? A lo que él me contestaba con una caricia insinuante y picaresca, —sí, monina; —nos casaremos cuando seamos más formales. Hoy somos unos niños inconscientes quizá abrazados por una pasión demasiado prematura.

Yo me sentía contrariada por eso y le daba muestras de inconformidad y de disgusto. Pero él siempre tenía palabras buenas para convencerme de un modo agradable y lleno de ternura. Una vez, estando juntos en una butaca del patio de la casa, llegó mi hermana Lucila, un poco mayorcita que yo, y cuando nos vio en esa actitud frunció el ceño y se retiró de nuestra presencia. Antonio, a pesar de que era muy joven, siempre me respetó como un caballero y por eso le fue admitida la llegada a casa de mis padres. Cierta noche, había salido yo con mi hermana mayor, Lola, a hacer una rápida visita a una buena vecina. Yo estaba inquieta porque llegaría Antonio y no me encontraría. Así fue que muy pronto pretexté un dolor de cabeza para acabar luego con aquel cumplimiento.

Al regresar a casa, noté que la sala estaba sola. Mamá se ocupaba en la cocina y mis hermanos varones habían salido, mientras mi papá leía un diario en una hamaca, a la vez que fumaba un puro. Entré corriendo al interior para dirigirme a la cocina y en el momento que saltaba la puerta del patio, Antonio besaba a mi hermana Lucila, con un frenesí estúpido. Fue para mí aquella escena un terrible golpe, una atroz decepción. Presa de un ataque nervioso no hice ruido y me fui en puntillas a mi cama. Lloré, lloré inconsolablemente toda la noche y juré olvidar para siempre a aquel hombre miserable. Y jamás volvió mi boca a hablar de él ni para maldecirle ni para ensalzarle. Pues fue tan cínico y tan infame que engañó a mi pobre hermana, dejándola en abandono y con un pobre niño.

Emilia

* Emilia, "Decepción", *Lux*, s. 4, ep. 2, n. 16, (20 de noviembre de 1927).

Eva Argentina



La prisa por marido*

Nunca he llegado a comprender por qué las niñas, en general, tienen tanta prisa en formar un hogar, abandonando el mimo y la tranquilidad que les brinda el de sus padres, sin duda desean perder las ilusiones más dulces de la vida; e inconscientemente renuncian y destruyen lo que más tarde reconocerán como los momentos más gratos de la vida.

Comprendo porque las madres sufren y lloran tanto cuando se casan las hijas, viéndolas plantear el peligroso problema de su porvenir inseguro. Muchas madres, por no decir todas, recuerdan años atrás cuando llenas de ilusiones, procediendo igualmente, perdieron su libertad y formaron un hogar que soñaron tranquilo y feliz donde su marido descansaba de las fatigas de la vida.

Cuando más buena haya sido la madre más teme y siente el matrimonio de sus hijas, pues sabe bien qué vida triste y resignada es la de la mujer que verdaderamente se consagra a la abnegación y sacrificio del hogar.

¡Si supieran las muchachas, cuando están amoblando su casita y sueñan con una eterna luna de miel, que pasados los primeros meses, su maridito, el que ahora es un novio encantador y que con tantos halagos pasa las horas a su lado, jurándose que fuera de allí todo es tristeza, vendrá allá solo a tranquilizar sus nervios, a comer, a dormir, y rezongar por todo; a no pensar en nada, ni en ella misma, como no sea para los reproches más exigentes y prosaicos!

Por suerte, la mayoría de las mujeres tienen excelentes cualidades para esa vida matrimonial que las leyes sociales le han dejado como única legal y admisible y destino inflexible que se les depara.

Claro está que el hogar es una cosa necesaria para la sociedad y muy satisfactoria para el egoísmo masculino. Nada mejor para el hombre, que regresar a su casa, donde le espera la mujer y los hijos, todos en orden, todos contentos, cariñosos y sumisos para consolarle de las rabietas que trae desde la calle, que a veces desahoga impunemente.

Eso de que, en la casa propia todos estén contentos para ser el único en rabiar y reñir, es una necesidad tan elemental para el

* Eva Argentina, "La prisa por el marido", *Tegucigalpa*, s. XXXIV, n. 135, (1919): 8-9.

jefe de familia, porque se le reserva el monopolio de dar disgustos, exigiendo que a él no se le den sino venturas.

El hombre pasa el día entre sus ocupaciones y sus amigos; venido el año de casado, el hogar ya consolidado, sobre todo si ha nacido un bebé que traiga a la esposa; vuelve a sus amigos y quizás a sus amigas, porque, qué diablo, es joven y tiene que divertirse. Para el hombre son la mitad de la vida, más aún cuando se da la disculpa de tener que descansar de los grito del bebé, cuyas dulces mortificaciones debe guardarse la madre.

Cuando, después de un día de diversión, llegan los maridos a casa, un poco más tarde que de costumbre, por la tardanza, y generalmente si se queja, les fastidia esa pequeña traba de su libertad de soltero, porque naturalmente la quiere, (naturalmente nada más) y toda aquella relación de inquietudes, de oraciones y ofrecimientos que hace la esposa a todos los santos, porque no les ocurra ningún mal, les acusa remordimientos si las escuchan. Porque muchas veces están absortos en los pensamientos pasados, que ni siquiera las oyen, y de todos modos fastidio, porque la autoridad del marido ni con una objeción cariñosa quiere sentirse trabada.

Cuántas pobres recién casadas se componen con tal o cual traje, esperando una alabanza de su marido, y este llega tarde, cuando ella en su nerviosidad arrugó el traje, angustiada en el constante ir y venir al balcón; ni la mira siquiera, y si lo hace, es muchas veces pensando en otra mujer que no es la suya, y en otro vestido que no es aquél, y, que de seguro le parece más elegante.

Para el hombre, la esposa es el fundamento de la familia, la cuidadora de sus hijos, la que debe ocuparse de que, por su parte, nunca falte la tranquilidad y la paz necesaria, porque el hogar es para el hombre, mimo, regalo, sumisión, que a él se le debe sin retribución alguna, sino la santa satisfacción de querer a un egoísta y velar por sus retoños, que mañana oprimirá del mismo modo a otras mujeres.

Eva Argentina

Fausta Ferrera



Las piedras que cantan en la orilla del Lago de Yojoa*

Cuentos Regionales

Hace muchísimos años, cuando el Reino de Payaquí era tan poderoso, cuando su capital Copantl era una ciudad rica y floreciente, el Lago de Yojoa se veía de continuo cruzado por multitudes de canoas llevando comerciantes que pasaban de una a otra orilla a vender o comprar cuanto necesitaban. Y aún extendían el comercio hasta la costa, para lo cual hicieron el canal conocido hoy con el nombre de Río Blanco, por el que bajaban hasta el río Ulúa. A las orillas del lago había hermosas ciudades, como lo prueban las ruinas de templos y otros monumentos cubiertos de musgo. En una de estas ciudades vivía el poderoso jefe de una tribu, cuya hija de quince años, bella como una perfumada flor de los campos, desapareció una noche misteriosamente y aunque el rey con todos sus guerreros se dedicó a buscarla, nunca más se supo del paradero de la encantadora Ixítl. La reina madre murió de tristeza y el rey enfurecido por la pérdida de su hija, se dedicó a hacer la guerra a las tribus vecinas, como se acostumbraba en aquellos remotos tiempos de barbarie e ignorancia.

La bella Ixítl había sido robada por la vieja Cuma, quien vivía a la orilla del lago con su hermano, un hechicero repugnante, que adornaba su garganta con una soguilla de huesos humanos y tenía el tórax y la cara pintados con horribles tatuajes.

Como la niña era tan bonita y además tenía una voz dulcísima, la vieja la transformó en sirena enfundándole los pies en una enorme cola de pescado y le ordenó que todas las tardes, desde que se pusiera el Sol, se sentará a la orilla del lago detrás de unas grandes peñas a entonar sus más melodiosas canciones, ora tristes como el susurro del bosque, ora alegres y ligeras como el cristalino murmurar del arroyuelo. Los viajeros fascinados por las melodías se acercaban, imprudentes, a la orilla, donde estaba el hechicero con un centenar de hombres malvados, atrapaban las canoas, robaban lo que llevaban, sacrificaban las víctimas a un ídolo de piedra que aún existe y arrojaban los cadáveres al lago. La pobre Ixítl nada sabía de esto.

La vieja Cuma le había dicho que sus dulcísimas canciones atraerían en una noche de luna, al gallardo príncipe Nixtla, el más

* Fausta Ferrera, "Las piedras que cantan en la orilla del Lago de Yojoa", *Excélsior*, año II, n. 21, (octubre, 1938): 16.

joven y poderoso mancebo de aquellas comarcas de quien la bella Ixítl anhelaba ser esposa. Los pícaros viejos lo querían atrapar porque sabían que en su canoa ricamente entoldada con pintados petates, hallarían un rico botín.

Y fue en un hermoso plenilunio cuando Nixtla escuchó el divino canto e inmediatamente dio orden a sus criados para que arribaran a la orilla. El hechicero y sus secuaces no cabían en sí de gozo, la horrible Cuma rogaba a Ixítl que cantara más tiernamente y en el momento en que la canoa fue atrapada por las redes del hechicero, este se apoderó de Nixtla, entablándose una lucha cuerpo a cuerpo. Los soldados de Nixtla, conociendo la emboscada en que habían caído, tomaron sus hachas de piedra y se lanzaron contra las huestes del hechicero, que eran mucho más numerosas y que en el combate habían herido mortalmente a Nixtla, quien dio un grito de dolor que resonó por toda la montaña. Ixítl lo oyó y deseó saber lo que ocurría, se quitó la cola de pescado, corrió hacia el lugar de la lucha y llegó en el momento en que el príncipe Nixtla ya casi moribundo, daba un terrible hachazo en el cráneo al hechicero, que cayó para no levantarse más. Los soldados se dispersaron. La vieja Cuma huyó a la montaña, donde fue devorada por las fieras y la bella Ixítl arrastró el cadáver de su amado hasta las peñas que le servían de choza y allí pasó la noche en aquella pavorosa soledad, hasta que, al asomar la aurora, expiró de miedo y de dolor, dando gemidos que al salir de su garganta se transforman en melodías de dulzura infinita que quedaron presas en las oquedades de aquellas rocas.

Niños: si algún día vais de excursión al Lago de Yojoa, pedid a vuestros profesores que os enseñen las piedras que cantan a la hora en que sale el sol, recordad que esos cantos, son los gemidos de la bella Ixítl, muerta de dolor al pie de esas rocas misteriosas.

Fausta Ferrera

En una tarde de domingo*

Cuentos Regionales

Era domingo, la ciudad bañada de sol parecía que reía en aquella mañana dorada. La vida palpitaba por todas partes en un salmo jocundo. Por las calles había un reguero de gente: matronas y

* Fausta Ferrera, "En una tarde de domingo", *Comizahuatl*, vol. 1, n. 3, (abril, 1940): 17, 20-21.

damitas del mundo, elegantes, luciendo los últimos modelos de primavera, que salían de la iglesia, muchachos charlando en las esquinas; grupos de empleados de comercio, de ambos sexos, que pasaban en vertiginosa fuga de automóviles, entre la ronca algarabía de las sirenas, a gozar de un día de campo a Armenta, Santa Ana, Arenales, Río Cacao o Río Piedras; obreritas y obreros apretados en grandes camiones, ebrios de juventud, de ilusiones y de amor; rumbo al campo también, a bailar la alegre música de la victrola que llevaban allí con ellos.

En uno de estos camiones iban Doris y Rafael, una linda costurerita ella; un inteligente oficial de zapatería y futbolista él. Ella antes se llamaba Dorotea; pero desde que supiera que una estrella de cine lucía entre todos sus fulgores el precioso nombre de Doris, dispuso tomarlo como diminutivo del suyo que siempre le había parecido muy pesado y desde entonces nadie la llamó de otro modo. Aparte de este pequeño capricho, en todo lo demás era encantadora, limpia, muy bien educada, más instruida, de lo que podía suponerse dada su humilde posición, hacendosa y seria; contaba ya dieciocho años y no había tenido un novio de verdad, es decir, no había besado a ninguno. En cuanto a Rafael, basta decir que pertenecía a esta juventud fuerte y sana que se levanta hoy redimida por el deporte y por las nobles ambiciones que él despierta en el alma de cuantos lo practican.

La meta de este grupo, bullanguero como ninguno, era El Palmar, donde hay una bonita quinta a la orilla de la quebrada que lleva el nombre de la aldea y que obliga, por un raro encanto, a sumergirse en sus aguas cristalinas y frescas para emerger de ellas sintiendo torrentes de energía y bienestar en el cuerpo.

Y hacia allá iban, riendo, hablando y cantando en un himno potente, todas las bellezas de la vida. Al pasar por Chamelecón, ordenaron moderar la marcha para recrearse y contemplar el pueblo tan simpático, asemeja una ondina que se hubiese escapado del caudaloso río a tomar un baño de sol, recostando su cabeza en la falda de la encumbrada montaña. Después, el ascenso por la amplia carretera abierta en la dura roca del cerro, al conjuro de la dinamita y del trabajo. Obra perdurable esta, que mejor que los mármoles y los bronces, perpetuará gloriosa, en el devenir de los tiempos, el nombre del dinámico gobernador que mandó a hacerla. ¡Qué profunda admiración sintieron al contemplar el majestuoso río que corre allá abajo como una enorme y perezosa sierpe de plata! Arriba, sobre sus cabezas, los árboles altísimos erguidos, ¡cómo queriendo romper el cristal límpido de los cielos!

Luego llegaron a la orilla de la quebrada de El Palmar, muchachas y muchachos vestidos con sus trajes de vivísimos colores, tomaron

un largo baño. Después, a almorzar, allí, bajo aquellos árboles milenarios que extendían para ellos en el suelo, la alfombra de sus frescas sombras, que les brindaban sus más melodiosos susurros y al soplo de la brisa, los abanicaban amorosamente, encantados de cobijar tanta felicidad.

Al concluir el almuerzo, una comisión compuesta de dos señoritas y dos caballeros fue a pedir permiso al mayordomo de la quinta para instalarse en ella con la vitrola. El bondadoso campesino, no solo puso a su disposición la casa, sino que les ayudó a arrinconar las mesas y demás muebles, empezando el baile de los tangos y los *foxes* de moda, hasta que la tarde pálida y tranquila, entrando por las ventanas, les avisó que era hora de regresar.

Tras el escarceo que trajo consigo el milagro de hacer caber toda aquella loca multitud en los bancos que habían puesto en el camión, este inició la marcha, entre los resoplidos del motor y las risas que producían los golpes dados y recibidos al arrancar el vehículo.

Ya a boca de oración, les tocó cruzar la carretera o la cava, como dicen en Chamelecón al tramo de la vía que conduce a El Palmar. Y fue allí, donde, al tropezar el camión en una piedra, cayeron los alegres paseantes unos sobre otros, sintiéndose Doris aprisionada por los fuertes brazos de Rafael, quien al ver aquella carita linda, toda azorada, cerquita, tan cerquita de la suya que los alientos se confundían en uno solo, no pudo resistir la tentación y le dio un beso largo en la boca fresca y sabrosa como una fruta madura, mientras el travieso Cupido que siempre está atisbando la ocasión, lanzó su más certero dardo, atravesando aquellos dos corazones que latían de emoción.

Naturalmente, Doris se mostró indignadísima; pero, tal vez fue por las risas y las bromas de sus compañeras, porque en la noche ya había olvidado el atrevimiento de Rafael, o no, no lo había olvidado, que lo recordaba a cada instante con mucho placer; pero lo había perdonado, y estaba con él y una amiguita oyendo el concierto en el parque Barahona, de donde se fueron al cine.

El matrimonio santificó aquel amor, y hoy, en una de las más animadas calles del Barrio Medina, se ve una casita que guarda avara un poema de felicidad, en la piececita de la esquina está instalado un buen taller de zapatería dirigido por Rafael; en otro departamento, Doris tiene un taller de modas y en el dormitorio, en una cunita de madera, duerme un lozano futuro futbolista, primer fruto de aquel certero dardo que Cupido arrojó una tarde de domingo, al tropezar el camión con una piedra, allá en la cava de Chamelecón.

El muchacho que no aprendió*

Todas en la cuartería habían ido a matricular a sus hijos a la escuela y comentaban el asunto de cocina a cocina extrañadas de que Anacleta, la madre de Norberto, no hubiera ido a matricular al muchacho.

Por fin la señora Aquilina no se pudo contener y le dijo una mañana, mientras maneaba una gallina clueca y Anacleta lavaba la bolsa de colar café:

—¡Oy!, Nacleta, ya Bonifacio, Cheba, Justa y Nicanor *jueron* a matricular los muchachos a la escuela. ¿Y vos cuándo vas a ir con Norberto?

—Viera que no me dan ganas de poner a Norberto a la escuela, señora Quilina, porque me va hacer falta pa' los mandados pa' que me cuide a Anriques.

—Pero si de nada te sirve ese indezuelo, mujer. Hay *ti* oigo toda la vida gritándole, cuando lo ocupas pa' alguna cosa, y nunca está en la casa. Tal vez en la escuela te lo componen, vos, mándalo. Que deje de andar *vaguiando*; de repente le sucede algo. Además, dicen que van a sacar multa a las que no pongan sus hijos a la escuela.

Y Aquilina fue a matricularlo.

Al empezar el año escolar con ese entusiasmo de la novedad, llevando su libro nuevo, su cuaderno, su lápiz, Norberto fue de los primeros en llegar. Ya tenía diez años, no conocía ni una letra. En aritmética sí, estaba muy adelantado, sabía a maravilla hacerle trampa a la buena señora Aquilina cuando lo mandaba a vender el pan a la calle, al darle el dinero siempre lo contaba de real en real, diciéndole que así lo vendía, sisándole de esta manera algunas fichas, en todas las transacciones en que tomaba parte, ya fuera comprando la verdura y la carne a las vecinas, cuando ellas no podían ir al mercado, o vendiéndoles pollos, gallinas o cualquier otra cosa, siempre se arreglaba de modo que pudiera ganar un poquito más de lo que voluntariamente le pagaban.

Conocía muy bien los alrededores de la ciudad, especialmente los potreros donde había árboles frutales. Sabía el mes, en que era la cosecha de mangos, marañones, aguacates, naranjas, nances, etc.,

* Fausta Ferrera, "El muchacho que no aprendió", *Revista del Instituto Normal Central de Señoritas*, año VI, n. 34-35, (junio y julio, 1940): 12-20.

y cuando su mamá lo mandaba a traer leña, siempre llevaba un costal para llenarlo de frutas y verduras que él no había sembrado. Era muy hábil para hacer hondas, de las que siempre tenía un buen surtido, tanto para matar pájaros y apedrear los tejados de las casas, como para vender a sus amigos. Una de sus diversiones favoritas era poner en las calles, clavos, vidrios, etc., para que se rompieran las llantas de los autos y de las bicicletas. Le encantaba recoger colillas de cigarros, e ir al cine a pegar chicle en las sillas y en el pelo de los otros muchachos.

Así es que cuando el profesor explicaba las lecciones, la imaginación del muchacho andaba a muchos metros de la escuela en el papayal de don Chico que ya estaba amarillando, en la hortaliza de Pedro, que tenía unas cabezas repollo hermosísimas; sintiendo un gran desasosiego al pensar que mientras él estaba allí sentado sin hacer nada, los dueños andarían cortando el producto de su trabajo y ya cuando él fuera no iba a encontrar gran cosa. Cuando el profesor le preguntaba algo, solo se reía, porque no tenía ni idea de lo que se estaba tratando. La primera semana no faltó Norberto ni un día; pero el lunes siguiente al llegar a la casa le dijo Anacleta:

—Mañana no vas ir a la escuela, Norberto; tu papá no pudo ir a jalar leña y tenés *quir* vos. Y no fue. Cuando llegó el policía escolar, Anacleta se escondió y el buen hombre no pudo dar ni con el muchacho, ni con la madre. Desde ese día, con cualquier pretexto, Norberto no asistía a la escuela. Tal vez llegaba unos dos o tres días, mientras tenía el vestido algo limpio, pero apenas el profesor le llamaba la atención para que se cambiara la ropa, no volvía. Para evitar las frecuentes visitas del policía escolar, se mudaron a otra cuartería, allá por el Rastro, y a mediados del año, Aquilina en vista de que ya Norberto había acabado de romper el libro, había perdido el lápiz y no adelantaba nada, dispuso sacarlo de la escuela.

Cuando pasaron los exámenes, en la cuartería donde vivían la buena señora Aquilina, Bonifacia, Checa, Justa y Nicanor, comentaban de cocina a cocina el buen resultado que habían obtenido sus hijos aquel año en la Escuela:

—Lo *qués* Rodolfo que entró sin conocer ni la “o” por lo redondo, ya sabe leer y escribir, que es un primor, señora Quilina, y viera todas las cositas que hizo en Trabajo Manual. Y si es Pedro el de Bonifacia, nos leyó anoche un cuento en su libro, que a toditos nos hizo llorar.

Cuando por la noche llegó Anacleta a ver a la señora Aquilina, esta le preguntó:

—¿Qué tal salió Norberto en los exámenes, Nacleta?

—Si no se examinó, señora Quilina, lo tuve que sacar de la escuela. De balde iba a perder el tiempo, no aprendía, no ve que esos *maistros* no enseñan nada...

Homenaje a los maestros*

Nadie tan digno de encomio como el maestro, ese artífice forjador de espíritus que lleva en la inmensidad de su cerebro el porvenir de la humanidad.

La trascendental obra del maestro está en toda manifestación de cultura y de progreso: en el triunfo del sabio, en la creación del artista, en el constructivo trabajo del obrero.

Todos llevamos en el santuario de la memoria el recuerdo de los maestros que con paciencia y abnegación nos brindaron el tesoro de su sabiduría, en la época más feliz de la existencia, entre dulces palabras de estímulo y cariñosos consejos, y amamos y veneramos ese recuerdo como algo tan perfecto, que llega a los límites de la santidad.

¿Quién al leer un libro, alguna vez no ha contemplado con los ojos del alma, el rostro querido del maestro que le enseñó a leer? Y, ¿quién será aquel que no sienta gratitud sin límites para el que le iluminó con su luz los caminos de la vida?

Honremos a los maestros con el cariño y la simpatía que merecen.

Fausta Ferrera

Cuento de Navidad

La misteriosa alegría de una Noche Buena, esa loca alegría que rebosa en los hogares, se esparce por las calles llenándolas de luces y perfumes, llegaba hasta la casita de Corsina, la dueña del taller de modas *La Personalidad*; y ella, asomada al balcón, veía desfilar

* Fausta Ferrera, "Homenaje a los maestros", *Sinergia*, año I, n. 12, (septiembre, 1941): 259.

* Fausta Ferrera, "Cuento de Navidad", *Atenea*, año I, n. 2, (diciembre de 1944): 25-26.

las gentes por las aceras llevando abultados paquetes, unas, y otras, luciendo sus mejores vestidos, mientras por su imaginación desfilaban también los recuerdos. Sentíase cansada y triste, aquel había sido un día de trabajo abrumador; como en todas las fiestas, aquel día tuvo que entregar multitud de trabajos costosos y elegantísimos, que su clientela la constituía lo más distinguido de la sociedad. Las obreras del taller le habían manifestado su deseo de quedarse a cenar con ella; pero Corsina, pretextando una fuerte jaqueca, las despidió con cariño, y las obreritas se contentaron con regalarle un hermoso pastel y muchas flores. En el comedor silencioso, como en toda la casa, estaba el rico pastel rodeado de flores.

Corsina estaba muy triste. Era la primera vez que pasaba la Noche Buena lejos de su hijo Remigio, jovencito de dieciocho años, que recién egresado del colegio, con su título de Perito Mercantil, se había ido a la costa norte en busca de trabajo. ¿Qué haría el pobre muchacho allá solo, sin amigos y sin dinero?

Cansada como estaba, Corsina dispuso irse a la cama; pero antes pasó por el comedor y al ver el hermosísimo pastel creyó que era una lástima que nadie se diera el gusto de saborear tan delicioso manjar; pensó en tantas gentes pobres que no tendrían nada para cenar aquella noche. ¿Pero dónde estaban esas gentes? Inmediatamente recordó a Remigio, de seguro que él era ahora una de esas gentes, y allá, lejos de ella se acostaría sin cenar. Y rogó a Dios con devoción: “Dios mío, protégédmelo, velad por él. Iré a buscar algunos pobres de aquí, para darles de cenar en esta noche de bendición y de alegría, Dios mío, para que él la pase feliz”.

Y haciendo a un lado el cansancio, se fue a la calle. A poco andar encontró cuatro pilluelos mal vestidos y descalzos entretenidos en medio de la avenida en arrastrar un caballito de madera montado sobre ruedas, que hacían caminar tirándolo de una cuerda, y al acercarse a ellos les preguntó por qué no estaban en sus casas cenando con sus padres, a lo que ellos contestaron:

—Si nosotros no tenemos nada para cenar. Mamá no tiene trabajo ahora y no tiene dinero tampoco.

Con gran extrañeza de los niños, Corsina les dijo que vinieran a cenar con ella; los llevó a su casa, les lavó las manos, los peinó y los sentó en torno a la mesa adornada con tantas flores y gozó indeciblemente, viendo aquellas caritas que reflejaba el placer que les causaba la ricura del pastel. Y la alegría de la Noche Buena llegó hasta su corazón que se elevó en una plegaria de fe, hasta Dios, pidió por el hijo adorado.

Remigio, el hijo de Corsina había llegado hacía un mes aquí a San Pedro y aunque traía su título, su competencia y su despejada inteligencia, no había encontrado trabajo aún, y la Noche Buena lo encontró sin dinero y sin amigos. A la hora en que su madre estaba asomada al balcón de su casa, en la lejana Tegucigalpa, él, sentado en una banca del Parque Barahona, recordaba, cómo siempre, el pasado tan feliz y pensaba en que tendría que irse a la cama sin cenar, así estuvo gran parte de la noche. En el preciso momento en que Corsina se acercaba a los pilluelos que jugaban con el caballito para invitarlos a irse con ella, un muchacho se acercó a Remigio y le dijo:

—Joven, ¿y usted, no tiene dónde ir a cenar esta noche? Parece que está usted muy triste.

—Estoy triste, porque estoy recién llegado, contestó él, y no tengo aquí ni familia ni amigos para ir a cenar con ellos.

—Pues las señoritas Menéndez lo invitan para que vaya a cenar a su casa.

A lo que Remigio contestó:

—Yo creo que usted se equivoca, yo no conozco a las señoritas Menéndez.

—Ellas tampoco lo conocen a usted, pero al irse a sentar a la mesa, uno de los invitados notó que eran trece los que cenarían y dispusieron enviarme a invitar al primer joven que encontrara; que no tuviera donde ir a cenar esta Noche Buena. Usted, es ese joven, véngase conmigo, yo creo que no se arrepentirá de hacerse amigo de las bondadosas señoritas.

Y tomándole del brazo lo llevó casi sin su consentimiento hasta la casa de las señoritas Menéndez, donde una cordialísima acogida lo animó a entrar. La cena estuvo magnífica y la alegría reinó allí hasta las primeras horas de la mañana. Desde esa noche Remigio se hizo amigo de las señoritas Menéndez y de sus invitados, entre los que se encontraba un comerciante propietario de uno de los más fuertes almacenes de la ciudad, que dio una buena colocación a Remigio. Este escribió a su madre una extensa carta contándole cuanto le habla ocurrido en la Noche Buena.

Fácil es imaginarse la sorpresa de Corsina y la gratitud que sintió hacia Dios por el milagro, que hizo que en el mismo momento en que ella daba de comer a aquellos niños hambrientos, su hijo recibiera su recompensa.

Cuando estamos rodeados de la abundancia recordemos a los pobres que carecen hasta de un pedazo de pan, para que Dios recuerde a nuestros seres queridos, si algún día se encuentran en desgracia.

Fausta Ferrera

Góhia Isabel López



La ascensión del pájaro azul*

I

Caminaba un cazador a lo largo de un sendero tortuoso; y, al doblar un recodo del camino, sus ojos se extasiaban contemplando un hermoso paisaje.

A sus pies, el césped verde de una inmensa sabana, cuyo límite más próximo es una laja blanca, que forma el lecho blanco de un riachuelo que se desliza mansamente, casi sin murmullo y cuyas aguas cristalinas copian en su espejo los helechos que en señal de admiración doblan sus grandes hojas verdes en raras actitudes. Campánulas multicolores abrazan amorosamente los arbustos en flor, confundidos entre las palmeras gigantes que elevan sus copas majestuosas, queriendo en la serena quietud de la hora entrar en el misterio de la comba infinita que, vestida de un azul desmayado lucía, apenas, un ojo luminoso que vibra en la penumbra, la hora en que la luna silenciosa da el beso de despedida al sol. La hora del Ángelus. Y los pájaros, cuyos nidos de amor han colgado de las ramas más altas, entonan la oración.

El cazador se detiene; recostado al tronco de un arbusto escucha con devoción el trinar vespertino de las aves, en aquel instante propicio para la meditación y el ensueño.

De pronto, todo calla... hay algo así, como un calderón suspendido sobre el infinito silencio de la naturaleza, en el gran pentagrama del orbe, donde está escrita la música cósmica, conjunto divino que da por resultado el más perfecto diapasón armónico, que es la vida. Después se derraman como tras un silencio de Beethoven, en arpeggios maravillosos las notas cadenciosas de un solo pajarito, que parece que quisiera con su canto, tramontar el intenso misterio de la música, para, dejando su plumaje, convertido en vibraciones de inefable armonía, regresar al seno de la suprema belleza, Dios, de donde proviniera.

Oyendo aquella voz, despierta en el cazador fieros instintos y la vanidad se enseñorea en su corazón. Y en un deseo desesperado se incorpora sutilmente, para llevarse el ave, y satisfacer la vanidad en su palacio. Busca por entre la enramada, y, queda absorto al contemplar la perfección de aquel plumaje azul como de ensueño; y su ardor es mayor por hacerlo su prisionero para encerrarlo en jaula de oro, y agotar sus tesoros en aras de su canto en la prisión.

* Góhía Isabel López Briceño, "La ascensión del pájaro azul", *Tegucigalpa*, s. 128, n. 509, (octubre, 1936): 13.

El ave sumergida en éxtasis divino, no sintió la mano cruel del cazador, que, con el alma plena de entusiasmo, lo tomó, cortando de un solo golpe la armonía de aquel canto, y plegando sus alas dolorido, temblaba de terror, el pájaro azul cerró de angustia su garganta, en aquella hora toda llena de misterio y de penumbra.

II

Amanecía. Desprendíanse del horizonte rosa, hilos de luz, que envolvían en una aureola dorada la colina. Hileras de árboles cargados de frutas, formaban caprichosamente un bosquecillo verde, cuyo follaje reteníanlo las quietas aguas de un estanque donde los cisnes parecían más albos a causa del color de esmeralda profundo de las aguas tranquilas. En el lado opuesto hallábase una gruta desde cuya portada podía verse como lágrimas congeladas y alabastrinas algunas estalactitas. Y en la parte superior perdíase entre un follaje de musgos y de lirios.

Abajo, saliendo por entre las estalactitas de la gruta corría la clara linfa de una fuente, que, llenando de nenúfares chispeantes los mármoles de jaspe, que a manera de musgosas piedras servían de cuna al líquido precioso, descendía después silenciosamente entre lotos y juncos hasta perderse en la lejanía del paisaje.

Dejando un aspecto de forma circular se ven dos surtidores: uno frente al otro, y formando ambos caprichosas y encantadoras figuras, que, irisándose con los rayos matutinos, regaban un enjambre de flores multicolores, que a manera de alfombra rodeaba una jaula espaciosa, cual una flor gigantesca suspendida sobre un arco imponente, cubierto de hiedras florecidas.

Era la nueva vivienda del pájaro azul en el centro del jardín encantado del palacio del cazador. En vano cientos de pájaros entonaban sus cantos en los árboles vecinos. En vano el oro hizo un bosque dentro de su jaula, y las flores le brindaron sus corolas en su nuevo alcázar... El ave no canta. Y corren los días, como las cuentas de un rosario, contadas por místicas manos que hicieran oración.

Convencido el cazador de su impotencia ante aquel sereno y tranquilo silencio, con el alma oprimida, pero llena de luz la conciencia, abrió la jaula, y el pájaro azul emprendió el vuelo. Pero la selva no escuchó ya más su canto... En el crepúsculo, plegó sus alas y cerró los ojos en actitud hierática; hasta que un día, envuelto en la nube del ideal, llegóse a él un niño bello, con cuyas alas azotó su plumaje azul como de ensueño, y le despertó de su mutismo misterioso. El niño alado con amor acarició aquel plumaje de rara transparencia, y, llevándolo entre las manos, junto a su corazón,

emprendió el vuelo... Y todo el espacio se llenó de música inefable. Era el último canto del pájaro azul, que al ascender hendiendo el infinito, desgranaba las notas que dejaba en su trayectoria, como camino de estrellas, y poco a poco desapareció entre las nubes, subiendo y más subiendo, hasta confundirse en vibraciones en el espacio inconmensurable y eterno.

Góhía Isabel López Briceño

El Progreso, 30 de julio de 1936

Gabriela*

Cuento

Tegucigalpa: tu solo nombre tiene la mágica virtud de encender la ardiente sangre de mis venas; tú sola encierras el paisaje de mi infancia, tan llena de soledad, porque en la aurora luminosa de mis primeros años fueron mis amigos favoritos, únicamente, el cielo que podía contemplar a mi gusto, embelesada en la maravilla de las estrellas y la luna en las noches espléndidas; el rosado tenue de tus mañanitas pudorosas, cuando el rocío viste de chispas diamantinas el césped y las flores; las tardes de fuego de los crepúsculos estivales, cuando al regreso de la escuela por la tarde, mis pupilas de niña, ya sedientas de belleza, se bebían en una absorta beatitud, desde el puente Mallol, la partida última y sempiterna del astro rey... Y los entonces pinares de tus enhiestas serranías, entrañas de oro que indudablemente fueron morada de mis antepasados y la codicia de los conquistadores españoles; pinares cuyo murmullo comprendía ya muy bien y que muchas veces se unían a mis sollozos de niña enferma de dolor incomprendido.

El cielo azul inmenso y los pinares rumorosos y altivos, amigos míos fueron, porque no había necesidad de comprarlos.

Años de 1908 y 1909

I

Fresca estaba aún la sangre del heroico caballero de las armas, general Pilar Martínez, derramada en los campos de Namasigüe.

* Góhía Isabel López, "Gabriela", *Panamérica*, vol. II, n. 27, (agosto, 1946): 25-29.

El oleaje que produjera “El Chicago” en las aguas del Pacífico, llevando al general Manuel Bonilla, a playas extranjeras aún podía escucharse. Sonaban los machetes del general Terencio Sierra, y aún se escuchaba el eco de los cañones de José Santos Zelaya en nuestras serranías, cuando una mañana se presenta, a la humilde casa de una mujer del pueblo, trabajadora y honrada, un agente de la autoridad.

—Buenos días, señora, —dijo: ¿Es usted doña Gabriela Lorenzana?

—Sí, señor, contesta la mujer buena, limpiándose las manos, con su delantal blanco, empolvado de harina, pues en ese momento estaba amasando el pan con que se ganaba el diario sustento, de ella y de sus hijos.

—Señora —dijo el agente: Vengo... de parte del señor comandante de Armas, a decir a usted que se presente inmediatamente a la comandancia.

La sorpresa de Gabriela no tuvo límites; pero, no era mujer que perdía la serenidad muy fácilmente. Tenía 39 años, esbelta por sus formas y por su estatura; en la plenitud de su vigor; de tez trigueña clara, facciones regulares, cabello negro, siempre en dos trenzas cruzadas sobre la cabeza bien formada; ojos pequeños; semblante, donde la sensación dulce y acogedora de su sonrisa, era siempre cortada en seco, por la severidad de su inquisidora mirada, volviendo a ver a sus hijas, compañeras de labores, que sobre el “tablón” seguían trabajando: Eloína y Eleonora, de 23 años la primera y de 18 la segunda, les dijo: “Pues hijas, ya oyeron, me llama el señor comandante de armas”, y dirigiéndose al agente le contestó: Dígle al señor comandante, que llegaré enseguida. Este saludó y se marchó.

La sorpresa y curiosidad de Eloína y Eleonora fue ilimitada: ¿Para qué será?...

¡Qué de conjeturas y de peregrinas ideas!

—Pues bien, —dijo Gabriela, para saber de una vez, solo hay un medio, y es irme inmediatamente. Ustedes terminarán de amasar, y yo me alistaré al momento.

Pronto estuvo arreglada, para presentarse ante el Lic. don Juan Manuel Mejía, pues su *toilet* era sobria, sin atavíos superficiales ni lujosos, pero sin faltarle nunca dos o tres anillos de oro en cada mano, argollas y cadena del mismo precioso metal, pues era fanática del oro, herencia indudable de sus antepasados los indios.

II

Con la inquietud que produce en la mujer sencilla, el ruido de las armas, Gabriela devoraba calles y más calles, desde su humilde vivienda del barrio de “Los Dolores”, hasta la vetusta casona de la Comandancia de Armas, al costado noroeste del cuartel de San Francisco, en el barrio del mismo nombre. ¡Le parecía que no llegaría nunca!... Por fin, Gabriela se detuvo al frente de un portón espacioso, dentro del cual había dos bancas, una frente a la otra, donde estaban sentados unos cuantos soldados con caites y vestidos de azulón cargando sus respectivos rifles Remington.

¡Había llegado a la comandancia!... Timidamente saludó al “Sargento” y preguntó por el señor comandante.

Con sencillez no desprovista de petulancia, este le dijo: —Pase adelante, al final de este portón, hay un corredor hacia la derecha y en el fondo de ese corredor está una escalera, suba usted y allá encontrará a quien busca.

Gabriela con paso inseguro hizo lo que le dijera el “Sargento”. Temblando el corazón, y con el espíritu en suspenso, subió los escalones, encomendándose al Señor de Esquipulas y a la Virgen de Suyapa.

Pronto estuvo frente al señor comandante de armas y gobernador político del departamento de Tegucigalpa, hoy Francisco Morazán.

Era este hombre elegante y de modales distinguidos, y muy afablemente, después de los saludos rituales se expresó así: —Pues, Gabriela, te he mandado a llamar para decirte, que mi tío, el señor ministro de la Guerra, general Donato García, me ha ordenado, dé orden de captura para vos, porque Petrona Miranda, ha llegado a chismearte, diciendo que vos ayudaste a Manuel Bonilla. Si Gabriela hubiera sido dama aristocrática se hubiera desmayado, pero mujer sensata y de clara inteligencia, dominó cuanto pudo su temor y respondió al señor comandante: —Es cierto que yo simpatiqué y simpatizo siempre con don Manuel, pero siendo como soy, una mujer tan poco pudiente, —¿Cómo podría haberle ayudado?

—Petrona Miranda se disgustó conmigo, porque no quise prestarle a mi hija Eleonora para que le ayudara a hacer “munición”, al precio irrisorio de tres reales el día. Supongo que esa habrá sido la causa de su denuncia calumniosa.

El comandante examinaba los gestos y la expresión de Gabriela, que permaneció serena en su explicación; y después de escucharla,

repuso: “Porque te conozco, es que te mandé a llamar. Pero no puedo desobedecer las órdenes del señor ministro, y, por lo tanto, te doy hoy y mañana para que te vayas de aquí, y yo daré la orden de captura para vos pasado mañana.

—Gracias, don Juan Manuel, dijo Gabriela con las pupilas llenas de lágrimas, que no lograron desbordarse. Tengo cinco hijos, sin padre, y la más pequeña, apenas tiene tres años. Pero me iré, dijo reaccionando, casi impetuosamente, y Dios le pagará a usted el favor que hoy me hace. Y diciendo esto, se levantó de la silla que ocupó al llegar, dirigiéndose a la puerta.

En tanto el comandante, encaminándola, le dio una palmadita en el hombro y le dijo, con voz emocionada: “¡Gabriela, nada de lágrimas, y a lo convenido!”

Gabriela no contestó. Tal vez no le oyó sus últimas palabras. Mujer acostumbrada a la lucha, por vencer en el diario vivir, la tragedia más grande de la humanidad: la pobreza, había vivido superándose a diario, y ya llevaba una fábrica de cálculos en la cabeza.

Al llegar a su casa, había hecho la venta a precios irrisorios, por supuesto, de cuánto tenía de algún valor y... con gran asombro de sus hijas empezó a entregar a los nuevos dueños, que llevaban con ella, todas sus cosas.

Sus hijas que no alcanzaban a comprender aquella conducta, pero que no salían de su estupor, no se atrevieron a preguntar nada, sino que en silencio esperaron, hasta que se hubieron ido los compradores, y Gabriela, con voz ronca, voz en que se mezclaron todos los sinsabores les dijo: “Preparen un almuerzo grande, pues partiremos hoy, al ocultarse el sol, para la costa norte”. Y les expuso lo dicho por el señor comandante.

Lágrimas, desesperación, dolor de la mujer del pueblo, mártir indefensa, en donde rebotan todas las destructoras consecuencias del desorden en el régimen establecido por las leyes hechas únicamente por los caballeros, que le niegan a la mujer, hasta los más elementales derechos, pero, que, en la hora trágica, no recuerdan que su valor en la balanza política es completamente negativo. Coeficiente que dejan las guerras con toda su sarta de odios, calumnias y ambiciones.

III

Son las siete de la noche. A la triste luz de un quinqué Gabriela alista su caravana. El rumor de los pinares solitarios, y la luna,

media luna de cuarto menguante, apenas perceptible, fueron testigos de aquellos obligados viajeros; adelante, un mozo, único que conocía el camino; detrás Gabriela, Eloina, Mercedes, hija adoptiva de Gabriela; Daniel de 13 años y Néstor de 8 años. Todos caminando a pie en silencio, confundiéndose con las sombras de la noche; lentos y cabizbajos. Toda la noche los contempló la luna y los saludó el alba en la “Aserradera”.

Inmensas fueron las penalidades sufridas por la caravana: lloraban los niños fatigados de sol y de cansancio, subiendo y bajando cuestras y más cuestras, cruzando ríos caudalosos y cuando arribaron al río Ulúa, hubieron de pasarlo, ¡oh peligro de peligros! Por sobre los andamios, pues no estaba aún el puente como está hoy, y ya no llevaban dinero disponible para pagar la canoa, que entonces hacía el paso de una a otra orilla. Al fin llegaron a Pimienta donde tomaron el tren para Puerto Cortés, y como solo tenían el pasaje justo, al llegar a aquel lugar nuevo, desconocido, con una vida completamente diferente, hubiera sido motivo para desconcertar a cualquier alma fuerte; pero Gabriela en el clímax de su superación personal, ofreciendo sus brazos al trabajo se instaló.

Pronto tuvo la visita del señor comandante del departamento de Cortés, el general Canales, quien ya le era conocido, y el que después de saludarla le dijo de esta manera: ¿Pero Gabriela, qué andás haciendo aquí? —¡General! —Contestó la interpelada, algo afligida— pues... pues... —Y le contó lo que le había pasado allá en su ciudad natal.

—“¡Ya lo sabía yo! —Respondió el general, pues también yo tengo orden de captura para vos; pero no tengas cuidado, que yo no soy juez de las mujeres”. Y como viera que solo Gabriela estaba levantada, pues todos los demás habían sido saludados por el paludismo inmisericorde, dijo: Más bien, voy a mandarte dos soldados, uno para que te ayude a hender la leña, y a dar vuelta al molino del maíz y otro para que te haga los mandados.

¡Y he aquí a Gabriela vigilada en su propia casa!

La intrépida Gabriela, salvó la vida de sus hijos, bajo un cúmulo de renunciaciones y miserias, donde solo salió triunfante el sol de la voluntad y el honor.

IV

Ocho meses habían transcurrido, desde la angustiosa partida, cuando recibió un telegrama de su hija mayor que se había quedado en Tegucigalpa con su hermana menor, tanto porque los recursos

no hubieran sido suficientes, como porque el temperamento de Eloína era tímido y además quería mucho a su hermana Gloria, a quien quiso preservar de los rigores de la expresada caminata. El telegrama le anunciaba que la señora bajo cuya protección dejara Gabriela sus dos hijas, había muerto trágicamente, por lo que ellas estaban desamparadas.

Fue esta una clarinada al corazón de Gabriela, que fue durante su vida, centinela escrutando el horizonte y disipando las nubes negras que oscilarán sobre la cabeza adorada de sus hijas.

Disipadas las sospechas sobre los actos de Gabriela, al fin la habían dejado en libertad de acción. Así que, al enterarse del telegrama, dispuso su regreso inmediatamente para ir en auxilio de sus hijas.

Las cumbres de los históricos cerros que rodean la culta metrópoli hondureña estaban doradas por el sol, que parpadeaba, subiendo hacia el tramonto, cuando nuestros viajeros divisaron desde la carretera, la pequeña ciudad de sus amores.

Los niños gritaron de alegría y corrieron felices.

Las jóvenes sonrieron y se vieron inteligentemente, pues sus corazones de adolescentes, querían encontrar algo que habían dejado... Solo Gabriela continuaba muda, serena en la contemplación de sus despojos, pues regresaba a su Tegucigalpa: enferma, sin dinero y en harapos. ¡A principiar de nuevo!

Triste y enlutada estaba la casa en que dejará a sus hijas, quienes, al ver a toda la familia reunida, lloraban y reían abrazándose, unos con otros y acribillándose a preguntas. Solo Gabriela parecía no oír; luchaba su mente, su espíritu y su cuerpo, para seguir trillando en campo tan estéril la vida amarga de sus caros hijos.

¡Sus hijos varones! ¡Qué sarcasmo, nunca fueron suyos! Crecieron con el alma encallecida, pletóricos de odio, hacia quienes tan inicualemente habían procedido contra Gabriela, e indirectamente contra ellos cuando eran indefensos. Uno fue periodista. Su pluma combatió con rabia sorda al partido que le había ofendido. El otro fue militar, y como el más aguerrido y valiente, entregó también su espada y su valor a su partido.

Y ambos perecieron en la vorágine salvaje e insaciable de los partidos políticos, que encubren sus farsas, calumnias y miserias, como tras una máscara irresponsable, las verdaderas manos que ejecutan y los verdaderos cerebros que maquinan y ordenan.

¡Cuántas madres hondureñas, morirán solas, como murió Gabriela, después de cruentos sacrificios, para criar sus hijos, sin apoyo del Estado, ni moral, ni social, ni económico por obra y gracia de los benditos partidos y sus desaciertos!

Góhía Isabel López

Los partidos políticos y la mujer hondureña*

Dice nuestra Constitución política, que “Honduras está formada por la universalidad de los hondureños”. Y fundándonos en el principio elemental de que “la parte afecta al todo y el todo a la parte”, aunque sin derechos políticos, creo que no está vedado a la mujer, hacer sus apreciaciones sobre los partidos políticos, toda vez que la mujer forma parte de esa “universalidad”, y los aciertos o desaciertos de dichos partidos tocan siempre en carne viva nuestros intereses y nuestro más preciado tesoro: los hijos. Por tanto, no lo estimo como una intromisión en el derecho masculino, sino un derecho de propiedad natural.

Analizando fríamente los partidos políticos hondureños, podemos decir:

1.º Que según el diccionario: partido quiere decir reunión de personas que se unen para llevar a cabo un fin determinado. Ahora cabe preguntar: ¿Cuál es el fin de nuestros partidos? ¿Buscar al conciudadano a quien deseen nombrar su representante para que oriente y dirija la nave del Estado absolutamente dentro de la ley, sin dejarlo al terminar las votaciones, cargar solo las responsabilidades consiguientes?

¿Ayudar con honradez y patriotismo a afrontar situaciones difíciles, problemas de alta trascendencia, como la higiene, miseria, crisis de hogares, falta de trabajo, etc.?

¿Exigir a su correligionario electo un plan de trabajo, acorde con el presupuesto del país, y las necesidades de la hora que vivimos, o pasado el momento de botar fuegos para las elecciones, dar un cuarto de conversión, dejando hacer y deshacer, limitándose a guiñarse el ojo unos con otros, a sobarse las manos o a murmurar, cuando el derecho encausado dentro de los límites de la buena educación, y las sanciones previas, de un partido de verdad

* Góhía Isabel López, “Los partidos políticos y la mujer hondureña”, *Panamérica*, vol. III, n. 32, (enero, 1947): 12-14.

que lo respalde, podrían salir más airoosas que con diatribas completamente estériles, en el campo de las realidades?

2.º Quieren los partidos establecer un ideal, cristalizar un anhelo de perfeccionamiento humano, para el caso; hacer ver al mundo que la democracia no es una proxeneta vulgar y sin sentido, sino un fin, que anhela llevar al hombre hacia la meta de su perpetua ambición: ¿La felicidad?

En el primer caso, es decir, si los partidos, solo tratan de escoger un hombre para que los gobierne, sin responsabilizarse como entidad creadora de presidentes, los partidos no tienen razón de ser, pues entonces cada cual reza para su santo y sálvese el partido que no coló el pascón de las elecciones.

Mas si el fin de los partidos es el último: buscar medios de regeneración social económico y administrativo, entonces los partidos políticos, sí tienen importancia verdadera, pero siempre secundaria para el gobierno del pueblo.

Pero de esa clase de partidos no han existido en Honduras, porque; si bien, es cierto que dentro de las organizaciones más perfectas, siempre se cometen sus imperfecciones, (pues el hombre es imperfecto), los partidos políticos hondureños no resisten ni el más superficial análisis sereno, como entidades nucleares de la patria; pues siendo nuestro conglomerado, apenas una familia grande, de los cuatro puntos cardinales, nos conocemos todos; y, las que no hacemos más que observar, podemos apreciar la nulidad de los partidos pomposamente llamados históricos, caminando al garete, empujador unas veces a la luz y otras a la sombra, perfilándose en ambos las mismas figuras.

¿Qué se le exige a un ciudadano para ingresar a un partido? Solamente que diga que no está de acuerdo con X o con Z. Y hay que ver con qué rimbombancia alardean del aumento de sus filas con tal o cual señor que renuncia de este partido y se traslada a aquel y viceversa. Y no es que sea vergonzoso dejar un partido para entrar en otro, ya que los partidos son como los individuos, a quienes hay que tenerles consideración y respeto, mientras sean merecedores de ellos por sus obras, sino porque tal proceder facilita las especulaciones por medio de los partidos; y por la forma mezquina e insensata con que lo hacen nuestros varones. Es duro, pero cierto.

En este comercio de las conciencias: sin escrúpulo los de arriba, sin responsabilidad los de abajo, la mujer, a Dios gracias, ha sido serena espectadora; y por tanto no ha sido posible envilecerla.

Bullen en su alma anhelos enormes de liberación, porque el varón ciego por la vorágine en que vive, no ha querido escuchar sus quejas; y ha reído escandalosamente, del hogar, de la maternidad, de la bachillera como llaman a la mujer que se atreve a decir lo que piensa, a expresar sus anhelos y a defender sus derechos.

Los partidos en su cuadriga de miserias y absurdos han robado nuestros hijos; con ellos han hecho pedestales donde se ha enarbolado la bandera del escarnio femenino.

Yo pregunto a la mujer de mi país, si sobre los escombros de sus hijos, de sus esposos, de sus padres y de sus hermanos muertos, en aras de algo cuya existencia no se justifica hasta el momento, hemos de continuar con la mirada fría, del que ha perdido la memoria; o si no sería más justo, renovar esas ruinas, argamasa de sangre y lágrimas, y plantar sobre ellas, con las manos de la mujer unidas, el jardín de la liberación femenina que reventará en opimos frutos para el hogar, base del sistema humano, columna de la civilización.

Necesitamos entrar en una vida de paz, amor y justicia para que se complete el equilibrio de las fuerzas humanas y formar el ancla que ha de dar estabilidad a la desorientada barca del mundo, y en ella la de nuestra Honduras hermosa.

Debemos unirnos, para en lucha serena y sensata, obtener nuestros derechos. Ante todo, y de manera inaplazable, necesitamos una representación en el soberano Congreso Nacional, que abogue por nuestra causa, introduciendo leyes más humanas que protejan nuestros intereses.

Unidas venceremos, pues el caos del mundo está diciendo a gritos que el dominio unilateral ejercido en la administración de los pueblos, por los caballeros, ha fracasado, porque la balanza se inclina sobre un lado desperdiciando la fuerza intuitiva y conservadora de la mujer.

Ojalá que el soberano Congreso Nacional, ahora en funciones, tomando en cuenta el minuto cero de nuestra vida republicana, serenamente estudie el clamor de su sufrida compatriota y se inmortalice con un paso decisivo hacia la civilización, concediéndonos por lo menos una representación en el seno de la honorable Cámara Legislativa de Honduras.

Gohía Isabel López

Potrerrillos, diciembre de 1946

Gloria



Semblanzas del hogar*

Síntesis de mi caso

A los 17 años, Felipe, guapo mozo, decididor, sin profesión ni oficio, me trastornó el seso seduciéndome hasta hacer que abandonara el hogar de mis trabajadores padres.

Obtuvo colocación como agente vendedor de una casa industrial, se abrió campo, vendió mucho y con el trato de los socios del club, se equivocó, bebió con ellos hasta llegar a ser procesado por malversación de fondos. Salió libre por fianza de un amigo de mi padre que a la vez le proporcionó modesto trabajo bien remunerado. Yo, arrepentida ya de mi falta sufría sus largas ausencias, sus malos tratos, sus pichicaterías sus borracheras y tunanterías, pero siempre esperando un cambio en él, y, mientras este cambio venía (qué locura) me llenaba de familia, pues a los 8 años vivían ya 5 hijos.

Un pariente de mi madre, por motivos de viaje nos vendió a plazos largos y sin réditos, su hermosa propiedad ubicada en el centro de la ciudad. Como decía ser el amo, (nos habíamos casado al fin por instancias del sacerdote del pueblo), fue él quien apareció comprando la propiedad valorada en seis mil pesos. ¿Cómo se pagó esta deuda? ¡Solo Dios lo sabe! Fueron privaciones, trabajo mío y de mis hijitos que salían a vender los panes y dulces que yo hacía, fue no calentando el dinero que él daba para el gasto, y de vez en cuando, algo para abonar a la cuenta, cuyo monto, así como los abonos que yo hacía, ignoraba; fue costurando ajeno hasta tarde de la noche, pues me había cogido locura por pagar esa cuenta para estar tranquila y que mis hijos tuvieran abrigo propio y seguro.

Al fin, ocho años después, la casa estaba libre y libre también la pequeña renta que nos ayudó a pagarla, pues nos redujimos a la mayor estrechez por tal de poder alquilar algunas piezas.

Ya íbamos a cumplir 20 años de casados, cuando la ahijada, que adoptamos desde cuando tenía 3 años, se dejó seducir de él, haciéndolo cambiar completamente. Todo en la casa estaba malo, retiró todo aporte y se vanagloriaba con decir que con la renta de su casa (tristes cuarenta pesos) teníamos para todo, se ausentó casi por completo y se llenaba la boca de orgullo diciendo que ya iba a

* Gloria, "Semblanzas del hogar", *Atenea*, año III, n. 28, (marzo, 1947): contraportada.

separarse de su mujer porque estaba muy vieja, flaca y achacosa, porque era una botarata, una ignorante, una pésima madre, una mujer viciosa que le superaba en el trago, una cualquiera... La gente lo veía y despreciaba, ya que era él quien lo derrochaba todo con su ahijada ingrata y corrompida.

Un día, el juez del lugar llegó a notificarme que tenía que desocupar la casa, pues desde hacía seis meses era de don X un ricacho del pueblo, por venta que Felipe le había hecho. Fueron inútiles ante la ley mis súplicas y reclamos. No valió que yo me impuse la tarea de pagar la deuda; que fue por familiaridad por mi madre que se nos vendió en ese precio y condiciones, no valió que eran falsos los cargos con que creía él justificar su conducta de abandono e ingratitud. La casa pasó a su nuevo dueño y con el dinero, él le compró a su concubina una hermosa casa a su nombre para que no se la *peliaran* mis hijos.

Nosotros tuvimos que salir a alquilar. Las dos hijas mayores se desmoralizaron y se salieron con sus novios a correr horribles suertes, uno de los hijos se embarcó, el otro se fue a San Salvador, me quedaron seis menores que no pudieron ni llegar al quinto grado por mi pobreza y por la inmensa tristeza y decepción mías, que por fin me quitarán la vida.

La sociedad les convida a sus tertulias, tienen crédito abierto en las tiendas, gastan lujo, ya no bebe él, ella sí y se divierte de lo lindo con sus antiguos novios a quienes sostiene con el dinero de su público amante que no le remuerde la conciencia.

¿Qué hizo la moral en mi favor? ¿Qué es la justicia de los hombres? ¿Qué son las leyes del país? Mi ignorancia, mi ceguera por el hombre que amé, mi inexperiencia, me impidieron asegurar mis derechos y el de mis hijos, me impidieron desconfiar del marido que yo creía nos quería; me impidieron tomar a tiempo una actitud de defensa y arrojar de la casa a la pícara ahijada y me impidieron buscar el amparo de las leyes antes de que se efectuará la venta. ¡La confianza mata al hombre!

Que mi caso sirva para hacer abrir los ojos a las posibles víctimas.

Graciela Bográn



El grito de las madres*

*La infancia, es el crisol
que funde las almas de los
hombres del mañana.*

Recoger la tristeza de la niñez mendigante que en nuestra patria suma pléyade doliente, requiere muchas páginas y una pluma avezada a escribir; pero como nadie lo ha hecho hasta hoy, quiero ser la primera en poner el índice sobre esta llaga social que no nos hemos esforzado en curar, no obstante que muchas plumas hay que podrían hacerlo mejor.

Por los magazines extranjeros que llegan a mis manos, he visto la tendencia, de casi todos los países del hemisferio occidental, de proteger a la niñez desvalida que agoniza en la miseria y en la frialdad del arroyo, alimentándose de abyección el alma y de mendrugos el cuerpo.

En Cuba, México, Argentina, Chile, y en muchas otras naciones, existen infinidad de asilos y comités en pro de la infancia; y sus frutos los tienen ya a la vista.

El caso de Honduras, en este sentido, es una excepción, pues hemos descuidado visiblemente este asunto de trascendental interés; y tal parece que este descuido obedece a que los hombres no se han detenido a fijarse en lo doloroso del espectáculo que da una madre de la clase desvalida llevando a cuestras varios niños sucios, enfermos y buscando en la insolencia de los hombres, centavos y sobras de alimentos; por cantinas y estancos, entre el reír desconsolador de los borrachos. ¿Qué puede esperarse el día de mañana de un hombre que en su infancia se nutrió de mendrugos hedientes a alcohol y que no escuchó más que palabras obscenas, mientras su madre pedía para él un sustento? ¿Y qué dicen la infinidad de padres que tienen a numerosos hijos en el olvido y en la miseria por considerarlos fruto de un desvarío?

Son las pobres madres las que sufren los rigores del hambre y de los elementos, por haberse fiado de la palabra fácil y engañosa; y el fruto de ese engaño, nace y crece en el fango, y su alma se cristaliza entre odios, y en el frío de la intemperie.

Esto es lo que deben evitar las almas generosas, fundando asilos y comités que protejan a las madres de la clase humilde que carecen de recursos, y a los niños que crecen en el arroyo.

* Graciela Bográn, "El grito de las madres", *Tegucigalpa*, s. 54, n. 215, (febrero, 1931): 9.

Estos dolores solo podemos comprenderlos las madres porque hemos sentido los latidos de los corazones humanos desde su más tierno impulso. Y, como madre, que me he fijado con infinita amargura en el inmenso drama de las otras madres que viven en la orfandad, quiero reflejar esta observación por si acaso las almas generosas de nuestro país están dispuestas a sentirla como yo.

Ante la doliente caravana de tanto niño sin padre y de tanta madre sin recursos que pide a gritos la intervención de los corazones nobles, no puedo permanecer impasible, y pienso que por el bien de nuestra mañana debemos tratar de corregir esta desgracia social.

Como dijo un pensador: “los niños de hoy son los hombres del mañana”, a lo que añadido yo, que no puede esperarse de una planta que nace raquítica y en tierra árida, que dé fruto abundante y jugoso. La infancia, es a modo de un crisol en el que se funden definitivamente nuestras almas. Y los hijos del arroyo, solo en muy contadas excepciones, podrán ser hombres de bien, respetuosos de la vida ajena y de la sociedad.

Por el esplendor futuro de nuestra patria, fundemos instituciones que conformen en la pureza y la educación, el alma de los niños desvalidos.

Graciela Bográn

El inútil tesoro del avaro*

Conozco a un viejo que no me inspira respeto ni compasión, no obstante, su alta edad y su lacerioso organismo estragado por los años.

Lo vi en una ocasión que estuve de temporada en un pueblo del interior del país.

Los ancianos merecen toda mi veneración, pero el de que os hablo me da la impresión de una momia que se mueve, hace tiempo sin alma.

* Graciela Bográn, “El inútil tesoro del avaro”, *Tegucigalpa*, s. 55, n. 219, (marzo, 1931): 5.

Habita en un tugurio inmundo, y los muebles más elegantes son un catre desvencijado, una mesa cubierta por gruesa capa de mugre que tapa su primitivo color, y una silla renca con el asiento de cuero sin curtir. Vive solo porque padece de misoginismo crónico. Se nutre de alimentos insustanciales que él mismo prepara en un fogón improvisado con tres piedras colocadas en el suelo.

Este anciano de existencia tan miserable, ha acumulado una fortuna desde su juventud, presta dinero al 4 % de interés mensual, si le satisface la garantía... Y por esta “generosidad”, se considera el benemérito del pueblo.

Carece de parentela, y no se casó sin duda por no compartir su fortuna con una mujer. El amor al dinero ha sido el único y amor de su vida.

En el pueblo no hay banco, y si lo hubiere no le confiaría el avaro su capital, pues para tenerlo seguro lo esconde en el seno de la tierra, metido en vasijas de barro. A las altas horas de la noche se levanta, con las manos temblorosas y la mirada inquieta por temor de ser espiado, y a la luz de un candil cuenta el dinero recibido en el día. Este es, tal vez, el goce supremo de su vida. Le invade una satánica voluptuosidad cuando sus dedos descarnados sienten el contacto de las relucientes monedas. El retintín metálico del oro es la única música grata a sus oídos. Y, una sonrisa “que es una mueca” ensancha de satisfacción su faz rugosa.

La imaginación popular ha visto al malo, (nombre que da a Satanás), rondando su casa a la media noche. Su proximidad la anuncian los aullidos lastimeros de los perros, que hacen santiguarse a los vecinos; y más de un ebrio trasnochador ha visto sus pupilas de fuego echando chispas.

En una ocasión tuve la oportunidad de oír el diálogo siguiente, entre el avaro y uno de sus deudores:

—Don Agapito, con mucha pena vengo a decirle que... no he podido reunir todo el dinero...

—¿Qué? ¿Qué no estás listo para pagarme?... Pues no puedo esperar más. Quiero mi dinero hoy mismo.

—Déjeme explicarle, don Agapito, para que vea que no es mía la culpa...

—No necesito explicaciones, mi dinero es lo que necesito.

—Es que mi mujer ha estado muy grave. Ya usted debe saberlo, don Agapito. El niño que dio a luz se murió a los pocos días, creo que, de hambre, pues la fiebre secó la lactancia materna; he tenido muchos gastos en medicinas y en el entierro del angelito. Todavía no he pagado al doctor...

—¡Qué demonios me importa a mí tu mujer, tu hijo y el doctor! El plazo se vence hoy, debes pagar.

—Hágame un tiempito, señor; que luego cosecharé la milpa, y entonces le pagaré.

—No quiero oír más tus mentiras. Trae hoy el dinero o desocupas tu rancho, porque me pertenece, según la escritura de hipoteca. Hoy se vence el plazo y no puedo esperarte ni un día más.

Yo aparté la vista, con repulsión, de aquella momia viviente, de la que había huido el alma si alguna vez la tuvo.

¿El amor al oro? ¡Ah!, qué pasión; pasión vergonzosa que endurece el corazón atrofia los sentimientos y adormece la conciencia.

¡El amor al oro, no es amor! La avaricia es una enfermedad moral que padecen los seres sin corazón.

Aquí tenéis el tipo de avaro que seguramente conocéis todos. ¡Huid de estos miserables explotadores de las desgracias humanas!

Graciela Bográn

La mujer en la sociedad moderna*

La sociedad moderna exige de la mujer una briosa coadyuvación en el buscamiento de los ideales que, para la felicidad humana, ha concebido el hombre.

El concepto de sociedad que en el Medievo se interpretó como agrupamiento de castas privilegiadas, ha sufrido un ensanchamiento ideológico en estos últimos siglos. Hoy, la sociedad significa el conjunto que busca un bienestar colectivo por medio de nuevos ideales de aplicación común. Y en esta sociedad ideológica, las mujeres tenemos un papel parejo con los hombres.

* Graciela Bográn, "La mujer en la sociedad moderna", *Tegucigalpa*, s. 54, n. 216, (marzo, 1931): 7.

Sin remontarnos a la Revolución Francesa, a rebuscar en el haz de sus páginas gloriosas sobradas justificaciones a esta aseveración; tendiendo la mirada por sobre el panorama de las actuales inquietudes humanas, encontramos muchos motivos de cita que nos dicen del esfuerzo femenino en la conquista de los nuevos ideales que sustenta la otra mitad social.

No recuerdo en dónde ni cuándo, leí u oí decir, de las valientes matronas rusas que ejercieron comandancia en los ejércitos rojos que pelearon por la consolidación de la utopía marxista. Ellas no se detuvieron a meditar en la lógica o ilógica de la nueva ideología, sino que se les llamó y respondieron con energía y talento.

En las reseñas de las convulsiones mexicanas, encontramos a las soldaderas famosas, en trincheras y cuarteles y en los campos de fragor bélico dando ánimo y dando vida al espíritu, abatido por la lucha, de sus hombres.

Todas estas son las mujeres que despectivamente llamamos vulgares, pero que, tal vez aniden en sus almas los mismos motivos de amor que en las almas de las que nos titulamos superiores.

Y en la crema intelectual de más de diez pueblos, se alza una falange de egregias soldadas de la cultura, cuya obra contribuye notablemente a la redención de nuestro sexo.

El papel de la mujer en la sociedad moderna, es un papel de dirección y ejecución paralelamente con el hombre; bien se comprueba en las crónicas de Carrillo, cuando el gran observador argentino pasa por los puertos norteros de España y describe a las gallegas que trabajan en los muelles o a las profesoras y escritoras que laboran en las editoriales y periódicos.

Este siglo nos da una suma de nombres de mujeres pensantes muy dignas de tener en cuenta.

Tenemos en Cuba: a Mariblanca Sabas Alomá, Ofelia Rodríguez Arango. Rosario Sansores y Pren, doña Carmela v. de Herrera y muchas otras; en España: a Concha Espina, Carmen de Burgos, Pilar Millán Astray, e infinidad más en México están a la cabeza: la doctora Esperanza Velásquez Bringas. María del Mar, Clementina Ruíz, Magda Portal y Luz Alba; y en el resto de la América española asoman centenares más, y se destacan Juana de Ibarborou, Gabriela Mistral, Berta Singerman, Carmen Lyra y otras, todas ellas figuras de saliente personalidad cuasi universal.

Estos nombres ya consagrados, son una elocuente corroboración de que la sociedad moderna necesita de nosotras para sostenerse

sobre bases parejas. Y detrás de estos nombres está un ejército de principiantes, en cada uno de los grandes países: un ejército que ha comprendido su misión de paz y de cultura.

Leía hace poco que, en España, la mujer tiene ya voto en la política. Y, ante esta noticia, pensé muy seriamente en nuestra misión en la vida. Si España que es un país esencialmente conservador y arcaico, da este paso, es porque lo ha creído necesario para el encarrilamiento paralelo de su nueva ruta histórica.

Si las energías que desperdiciamos en el azuzamiento de puerilidades pasionales y en el mantenimiento de una ética hogareña a veces reñida con todas las necesidades del cuerpo y del espíritu, las dedicáramos a coadyuvar con los hombres en el asentamiento de mejores bases ideológicas para la sociedad, tremendamente estremecida por las exigencias actuales, quizá si nuestro paso por la vida topará con menos abrojos y menos dolores.

Hay muchos problemas, infinitos problemas en que estamos, llamadas a resolver las mujeres. Entre otros: el de la infancia desvalida, el de la mendicidad, el de la fraternidad y hasta el de la cultura común.

Para que las mujeres logremos entrar en las filas de dirección social y del trazamiento de nuevas rutas, tenemos, ante todo, que leer, que estudiar y que enseñarnos a nosotras mismas a ver la vida a través de un prisma sin espejismos.

Que no se diga de nosotras: “tienen solo corazón”, sino que se nos señale como seres de duales sentimientos por nuestro cultivo de todas las facultades de que nos ha dotado la Naturaleza y la Divinidad.

Si a lo largo de tantos siglos hemos sido seres de sentimiento, a lo largo de los siglos venideros y partiendo de este, que nos abre las nuevas tendencias, debemos ocupar también el otro papel de seres pensantes.

Esto se desprende de la nueva filosofía con respecto de nosotras, o sea de la mitad humana.

Niños sin madre*

No hay nada que más profundamente conmueva las fibras íntimas de mi ser, sensible como la orfandad de la infancia.

Siento una infinita piedad por esos pequeños seres que en el albor de su vida quedan privados del amor maternal que es para el alma infantil refugio, protección fuente de ternura inagotable, manantial perenne de alegría.

Los niños sin madre, no son como los otros niños, a pesar de la inconsciencia de su tierna edad, la mirada de sus ojos irradia una extraña tristeza; su risa no es tan franca, ni espontánea como la de los otros; sus movimientos no tienen la misma soltura graciosa. En todos sus actos manifiestan cierta timidez instintiva, como que saben que sus inocentes travesuras no encontrarán la indulgencia bondadosa que solo saben dar las madres.

Algunos tienen la suerte de ser adoptados por personas ricas y de nobles sentimientos; pero aún estos, sentirán a su alrededor un vacío que no llenan los lujosos trajes, ni los juguetes costosos, ni las caricias ocasionales de sus bien intencionados protectores.

Para el niño sin madre, no hay quien se levante en la madrugada fría a cubrir sus piecitos, ni quien adivine en sus ojos el brillo de la fiebre; ni quien vele al lado de su camita cuando está enfermo, ni nadie que lo acicale con amor para que parezca más bello. Tampoco despertará por las mañanas sintiendo el roce de un beso en su frente; ni se dormirá al ritmo de una dulce canción mientras una mano suave acaricia su cabecita; ni oirá que lo llamen precioso, aunque la naturaleza le haya negado dones de belleza.

Muchas veces he oído decir que los que fueron huérfanos desde su infancia, adolecen generalmente de cierta dureza de sentimientos. Quizá sea verdad. Pero de sentimientos no tienen culpa que cuando su espíritu estaba en formación, les faltara el beso que transmite al alma sus suavidades de seda, el abrazo que da calor suficiente para ablandar el corazón, y la palabra dulce y cariñosa que inspira fe.

Porque calor y dulzura, suavidad y ternura, toda esa síntesis de bondad y amor, solo emanan del corazón de la mujer que ha sentido el doloroso desgarramiento de sus entrañas al dar vida al que es carne de su carne, y pedazo de su alma.

* Graciela Bográn, "Niños sin madre", *Tegucigalpa*, año VIII, s. 57, n. 227, (mayo, 1931): 9.

Cuando pienso en la tristeza de los niños sin madre, siento en mi interior un desbordamiento inmenso de ternura, y me dan ansias de estrecharlos contra mi corazón.

San Pedro Sula, 10 de mayo de 1931

Una plática con Enrique Galindo*

Deseosa de ver los cuadros que Enrique Galindo tiene en exposición en la Escuela Minerva, me encaminé hacia allá en una tarde plácida de este cálido mes de marzo.

El salón estaba animado con la presencia de los profesores de la localidad, que en cordial camaradería recibían instrucciones del profesor Galindo, para organizar un teatro de fantoches que habrá de hacer más amable la escuela a la chiquillería y más fácil el trabajo del profesor. El cuadro es sugestivo: unos forran unos marcos de madera con manta, otros modelan muñecos en barro o en trapo, y los de más allá, en grupo que más parece de alumnos que de profesores, sentados en los pupitres, departen alegremente con el compañero. Se me antoja que rememoran los años idos, cuando la risa y la travesura eran cosas más importantes que las lecciones. Recorro el salón deteniéndome en silenciosa admiración ante cada uno de los cuadros; hay escenas y expresiones de un realismo tal, que convencen de que fueron trazadas por mano de artista. Todos son de motivos mexicanos: reminiscencias de la raza autóctona, paisajes regionales y costumbres típicas del anahuac.

Una china poblana y un charro bailan un jarabe que casi nos hace oír el zapateado y la música criolla; más allá un indígena adorando a Tonatiuh nos transporta a los tiempos precoloniales, y una tarde, nos hace amar el cielo mexicano porque dan ganas de diluirse en su azul...

Llegó hasta el grupo fraternal y Merceditas Soto nos presenta.

Luego, una breve plática, de pie, porque ya es hora de suspender la labor.

—¿Trabajando con los compañeros?

* Graciela Bográn, "Una plática con Enrique Galindo", *Alma Latina*, vol. I, n. 6, (marzo, 1932).

—Inquietándolos, señora. Pero he de decirle que estoy gratamente impresionado con los maestros hondureños; tienen aptitud y sentido artístico que no hay más que encauzar... No estamos mal. He conocido escuelas y maestros de otros países hermanos, y relativamente, no estamos mal...

—Lo que pasa es que no tenemos fe en nosotros mismos, le contestó.

—Exactamente. Nos pasa lo que a un campesino que vio a un artífice tallando en madera la imagen de un santo; que no creyó más en los milagros, porque decía que lo había conocido siendo naranjo...

Nos reímos de la anécdota, y luego continúa hablándome de México, de su arte y de su propaganda cultural.

—Hace diez años que vivo en México. Me siento identificado con aquel ambiente, sin dejar por eso de amar a esta patria. Aquel es un pueblo de horizontes amplios, cordial, acogedor para los extranjeros que viven conforme mandan las leyes del país. Tengo la intención de regresar aquí dentro de un año; quiero hacer algo que refleje mi amor al terruño. Como usted comprende, no se puede pintar cuadros hondureños teniendo a la vista paisajes mexicanos.

Aquí nos falta crearnos una fisonomía, modelar el alma nacional. Que el poeta haga versos en que palpite nuestro sentir, que el músico componga la armonía de esas canciones, que el pintor copie nuestra naturaleza y nuestras costumbres, que el escritor recoja folklore, rico en leyendas; que nuestras autoridades cuiden de nuestros tesoros arqueológicos y artísticos. Muchos de nuestros vestigios históricos han ido a parar a museos extranjeros sin beneficio para el país, y más de un cuadro valioso de los que hay en las iglesias de los pueblos del interior, ha desaparecido misteriosamente.

Si supiera usted cuánta tristeza me causó en Tegucigalpa la vista del parquecito de la Merced, sin la antigua fuente que tantas veces copiara la beatífica figura del padre Reyes y que había sido testigo mudo de las algaradas juveniles de tantas generaciones... La fuente que estaba frente a la iglesia de Los Dolores, también fue derruida... En lugar de ambas, hay césped muy verde, muy bonito, que recuerda los alrededores del Capitolio... ¡Si el encanto de nuestra capital está en su aspecto colonial, así, puro, sin mixtificaciones importadas!

Cuando indagué el motivo de su gira, me dijo:

—Vengo como delegado de la Secretaría de Educación, para dar a conocer aquí la forma en que en México se hace llegar la luz a los más apartados rincones valiéndose de las artes populares. El teatro de títeres es algo que congrega a grandes y a chicos, dando oportunidad de difundir conocimientos elementales e indispensables. En el kindergarten de Comayagüela dejé uno organizado, y aquí en San Pedro he instruido ya prácticamente a los maestros para que lo organicen. (Me convenzo de que el pintor no ha matado al maestro).

Continúa:

—Traigo un mensaje de los maestros mexicanos para los hondureños, sencillo, sencillísimo. “Dígales, —me dijeron— que queremos que vean como trabajamos nosotros; que aquí los queremos y deseamos ayudarles. Que nos digan qué piensan y qué quieren de nosotros”.

—Encantadora sencillez, le dije, que hace más apreciable el mensaje, porque revela sinceridad.

En mi interior sentí bullir la simpatía que me inspira la tierra mexicana.

Era la hora de cerrar el establecimiento, y me despedí.

Bajo la placidez de la tarde, atravesé la calle, rumiando mentalmente las palabras de Enrique Galindo: “No tenemos fisonomía, no tenemos alma nacional”.

Graciela Bográn

La Conferencia del Caribe*

En San José de Costa Rica se reunirán, entre el veinte y veintisiete del presente mes de marzo, los delegados a la Conferencia del Caribe, magno congreso del partido antiimperialista formado por intelectuales de las repúblicas bañadas por el mar Caribe, y también por un grupo de ciudadanos norteamericanos que reconocen que los pueblos pequeños tienen tanto derecho a su autonomía como las más grandes naciones.

* Graciela Bográn, “La Conferencia del Caribe”, *Alma Latina*, vol. I, n. 5, (marzo, 1932).

Entre estos últimos figuran personalidades de la política y de las letras como la Sra. Carries Chapman Catt, abanderada ilustre de la Paz, Waldo Frank, pensador eminente, el senador Borah, y muchos otros altos espíritus respetuosos del derecho ajeno.

En nuestra América indoespañola son abanderados del noble ideal, José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Joaquín García Monge, Froylán Turcios, Fabio Fiallo, la Srita. Clara González, y una pléyade brillante de centinelas gallardos en las vigiliass patrióticas.

El gran centroamericano Joaquín García Monge es el presidente del Comité Central, organizador de la asamblea cuyo recinto se iluminará con la llama del más acendrado patriotismo, y donde repercutirá la voz de las conciencias ciudadanas clamando por el más alto ideal de los pueblos: la soberanía.

El memorándum de los temas que se tratarán, es el siguiente: Imperialismo económico y relaciones económicas interamericanas. Intervención y ocupación norteamericanas: Haití, Nicaragua, Puerto Rico, Cuba y la Enmienda Platt. Canales Interoceánicos: Panamá y Nicaragua. Política de Reconocimiento de los Estados Unidos y los Tratados de Washington. Nexos de Relaciones deseables entre las dos Américas.

La distinguida escritora nacional, profesora Visitación Padilla, preside el comité que en Tegucigalpa se encargará de que Honduras participe dignamente con sus hermanas en el estudio de los problemas vitales de estos pueblos caribeños.

Por lo pronto se ha remitido ya la cuota de Honduras para los gastos de instalación del Congreso.

Nos llena de satisfacción la noticia de que la Srita. Padilla formará parte de nuestra delegación, pues ella, con sus relevantes dotes intelectuales, sabrá enaltecer a la mujer hondureña.

Graciela Bográn

El Castillo de Omoa*

Hace pocos días, en un viaje corto por el Puerto de Omoa, visité el Castillo de San Fernando, baluarte formidable construido por los conquistadores. Me produjo una impresión honda, rara, compleja, de belleza, de admiración y de dolor. Su arquitectura sólida, imponente en su sencillez; sus paredes de piedra ennegrecidas por el tiempo y cubiertas de musgos y helechos; sus bóvedas donde parece que ha quedado encerrado el eco de voces lejanas... sus amplias terrazas y sus torreones que evocan las figuras gallardas de aquellos hombres fuertes, ávidos de aventuras y de riquezas, avizorando el horizonte en busca de los mástiles de algún buque pirata; las leyendas de tesoros ocultos en galerías subterráneas... todo esto, me produjo una impresión, de grandeza y poderío, de antigüedad y de misterio.

Por desgracia, no pude paladear a mi sabor esta gratísima impresión, porque vino a contrastar con ella otra más fuerte que era de dolor, del cuadro dantesco, de suplicio, que tenía a mi vista y que no era fantasía, sino realidad, tangible y cruel, el espectáculo de los desgraciados y condenados a prisión por las leyes humanas que a veces son justas y a veces se ensañan contra seres inocentes.

El castillo insuperable como fortaleza, admirable como reliquia histórica resulta abominable la presión. Las bóvedas húmedas y sombrías, escalofriantes en su aspecto de tumbas, son aprovechadas para celdas presidiarias; son treinta y dos, pero solo cuatro de ellas están habilitadas para habitación de los reos; es decir, tienen piso de madera y fuertes barrotes de hierro en la única puerta.

Hay en la actualidad ochenta y cuatro reclusos, dos infelices mujeres ocupan una de las bóvedas, y en las otras tres están alojados los ochenta y dos presos que restan; hacinados en repugnante promiscuidad, harapientos, sucios, malolientes y demacrados.

Por curiosidad, penetré a varias de las bóvedas vacías, pero al instante salía al patio para libertarme de la angustiosa sensación de asfixia que se experimenta en ellas, y pulmón lleno respiraba el aire libre, feliz de sentir que podía hacerlo; pero luego volvía los ojos llenos de conmiseración hacia los pobres seres quienes se les escatima hasta el aire.

* Graciela Bográn, "El castillo de Omoa", *Alma Latina*, vol. I, n. 6, (marzo, 1932).

Este espectáculo doloroso, me sugirió las siguientes reflexiones: no hay derecho para tratar a nadie así; eso no es castigo, sino tortura, agonía lenta; esas bóvedas faltas de aire y de luz, pestilentes y saturadas de microbios y de humedad, son tumbas adonde se encierran criaturas que, si no tienen derecho a la libertad, si tienen derecho a la vida. Son, en una palabra, mataderos.

Graciela Bográn

Mediten los hondureños*

Abierto el debate electoral, por todos los rumbos del país se nota la agitación de las propagandas políticas. Nada habría que objetar a estas actividades, que son el ejercicio de un derecho ciudadano, si se llevaran a cabo dentro de los límites del respeto que merecen las opiniones ajenas, y con la serenidad que exige el más elemental deber de cultura. Pero sucede que desde ahora se empieza a dar señales de irreflexión, violencia e insensatez, que, de no ponerles diques inmediatos, se convertirán en oleaje desbastador que arrasará con lo poco bueno que hemos logrado alcanzar en los avances democráticos.

En la pasada contienda cívica, Honduras dio muestras de ser un país civilizado, dando a los demás el ejemplo edificante de una elección pacífica a base de una libertad absoluta. Y fue un ejemplo que pronto fructificó, pues en El Salvador, nunca se había presenciado una elección libre y pacífica como la que llevó al poder al Dr. Arturo Araujo, en la que indudablemente influyó Honduras con su magnífica actitud de pueblo libre y consciente.

Ahora debemos empeñarnos en que esa semilla de paz y de libertad, siga dando su cosecha, para lo cual tenemos que cultivarla con firme constancia y decisión inquebrantable. Así nos haremos bien a nosotros mismos y también a los pueblos vecinos, pues hasta aquellos aparentemente irredimibles, responden a la imperativa sugestión de un ejemplo cercano, cuyos resultados benéficos son visibles y palpables.

Además, aquí en Honduras, la libertad de prensa nos coloca en un plano superior, desde el cual se puede irradiar la verdad, con voz potente que repercuta más allá de las fronteras.

* Graciela Bográn, "Mediten los hondureños", *Alma Latina*, vol. I, n. 7, (abril, 1932).

Efectivamente, si hay algo que nos debe llenar de orgullo y que podemos gritar llenos de contentamiento, es que, en Honduras, la emisión de las ideas no tiene cortapisas. Y nuestra satisfacción, es la conciencia de que, sin esta libertad, todas las demás son falsas, fugaces, ilusorias... Pero ante los preludios disonantes que percibimos, nos asalta una duda pavorosa: ¿Irán los hondureños a cometer la torpeza de atropellar la obra realizada? ¿Acudirán a la violencia para desempeñar la función electoral que debe cumplirse a base de respeto, libertad y cordialidad? Si tal cosa sucediera, descenderíamos a un plano de inferioridad que nos colocaría por debajo de todos y que nos llenaría de oprobio.

Sería algo peor que una abdicación. Sería confesar que nos pesa la luz, que no soportamos la vida en condiciones superiores, y que sentimos, imperiosa, la necesidad de descender al plano bajo del desorden, de la violencia, de la brutalidad.

Que los hondureños mediten hondamente, que pesen con escrupulosa severidad sus responsabilidades ante sí mismos y ante los demás, y que opongan una barrera infranqueable al paso de los locos o mal intencionados que se atrevan a destruir o bastardear la obra maravillosa de que ahora, con justicia, nos enorgullecemos.

Graciela Bográn

La previsión del desastre*

En días pasados el telégrafo nos trajo la noticia, retardada, por cierto, de que un ciclón había azotado con empuje devastador, el pequeño pueblo de Olanchito.

Luego vinieron los detalles: casas que cayeron desde su base, otras derrumbadas en parte, plantaciones destruidas, individuos golpeados o heridos, familias desalojadas...

En resumen, desolación y ruina para la mayor parte de los habitantes; miseria y desamparo absoluto para muchos, los más pobres, los más necesitados.

* Graciela Bográn, "La previsión del desastre", *Alma Latina*, vol. I, n. 10, (mayo, 1932).

Personalmente hemos tenido ocasión de ver en esta ciudad, a una madre de dos pequeños niños, que al verse sin hogar y sin recursos, emigró para acá en busca de trabajo, de una ocupación cualquiera que le proporcionara alimentos para sus hijos y para ella. La angustia se retrataba en su semblante. ¡Situación desesperada! Había trabajo para ella, pero... los hijos eran un obstáculo. Nadie permitía que los niños, —gemelitos de tres años— permanecieran a su lado, robándole el tiempo destinado a la faena...

Este caso impresionante nos ha hecho pensar en la urgente necesidad de tomar medidas permanentes y amplias, que atenúen hasta su máximo, los daños causados por las fuerzas de la naturaleza, ciegas, inevitables y fatales.

Los medios hasta ahora empleados, por más que los inspiren sentimientos piadosos, resultan ineficaces e inútiles por falta de organización.

Se recurre a las contribuciones voluntarias, a las colectas de fondos por medio de veladas, *kermesses*, rifas, etc., y se envían los productos dos o tres meses después del desastre, cuando los verdaderamente arruinados han emigrado o han perecido de miseria.

De todo esto resulta que el reparto no se hace equitativa y justicieramente, y que, en más de un caso, los dineros se evaporan misteriosamente, mediante las manipulaciones de alquimistas sin escrúpulos.

Un ciclón, una inundación, un terremoto, un incendio, son furias incontenibles e implacables, que en un momento arrasan seres y cosas, cuanto es producto del esfuerzo, del trabajo y de la consagración de muchas vidas. Y la caridad resulta ridícula, irrisoria, cuando en circunstancias en que las víctimas están a la intemperie, sin ropas y sin alimentos, con el ánimo en zozobra por la confusión y el terror, se comienza por formar comisiones que se encarguen de hacer un llamado a la compasión pública, adormecida muchas veces. O bien organizando fiestas de caridad que requieren preparativos enojosos y dilatados, para que a la postre, resulte que los auxilios son extemporáneos, y que el impulso caritativo fue burlado, porque los favorecidos no fueron los menesterosos, sino los más hábiles y listos. En el caso de Olanchito, con pena lo anotamos, no hemos visto siquiera estas manifestaciones de conmiseración que han sido usuales en casos similares, que generalmente, no nos han tocado tan de cerca. Con indiferencia total de autoridades y particulares, ha sido recibida la noticia de la desgracia ocurrida a ese pueblo nuestro.

Creemos que urge instituir una previsión para el desastre. Y sugerimos, —con el deseo de que nuestra voz encuentre eco en las esferas gubernamentales —que, en el Presupuesto General de Gastos, se destine una partida exclusivamente para aliviar estas situaciones calamitosas creadas por lo imprevisto y fatal.

Esa suma tendría que ser inconvertible; es decir, que por ningún motivo sería permitido tomarla para otros usos. Y para garantizar una inversión eficaz y oportuna, tendría que ser administrada por una junta de personas honorables de ambos sexos nombrada por el Ejecutivo. Las funciones de esta junta estarían demarcadas en un reglamento especial.

El dinero que respalda el presupuesto de gastos de la nación, es aportado por el pueblo, y si a este se le dan escuelas y caminos, rifles y cuarteles, igual o mayor razón hay para esperar que se invierta en salvar de la ruina y la miseria, y quizá de la muerte, a aquellos para quienes esas contribuciones forzosas implican largos días de trabajo y de privaciones, llegando a constituir un verdadero sacrificio.

Graciela Bográn

El jardín de niños*

A la mente creadora de Federico Froebel, insigne maestro alemán, le debe la infancia del mundo a esa institución grandiosa que él llamó kindergarten, palabra que significa Jardín de Niños. Nombre, “seguramente”, el más apropiado para designar el lugar donde los tiernos capullos humanos concurren a recibir los primeros rayos de luz, las gotas de rocío que el espíritu necesita para desplegar su corola en salud y lozanía.

El Jardín de Niños no es una escuela en el sentido en que la mayoría entiende este vocablo. Es algo, sino más importante, más delicado. Es a manera de un huerto de experimentación donde la maestra jardinera asiste a las primeras manifestaciones del “ego” del niño. Atiende al desarrollo armónico del alma y del cuerpo, en la época en que se fijan los cimientos del futuro.

La jardinera ha de ser una maestra preparada y de vocación. Con mucha paciencia, mucha comprensión, mucho tino y, sobre todo,

* Graciela Bográn, “El Jardín de Niños”, *Alma Latina*, vol. IV, n. 50, (agosto, 1935): 2.

mucha ternura maternal. Ha de cumplir una misión delicadísima que no pueden desempeñar personas improvisadas e inexpertas. Es nada menos que la asistencia científica a ese fenómeno maravilloso que es el despertar del alma infantil. Es la preparación, el abono del terreno para las siembras futuras.

Todos sabemos por experiencia cómo las primeras impresiones son duraderas y cómo perdura su huella a través de los años. El espíritu en formación es una cera blanda donde se graba indeleblemente las repercusiones del mundo exterior. De ahí la necesidad de rodear al niño de un ambiente sano y alegre. De atender a la educación de los sentidos que son el vehículo de las impresiones.

Conociendo la psicología infantil, fácilmente se comprende la importancia de esa institución preescolar que se llama kindergarten. El niño asiste, no a someterse a la disciplina de una escuela que sería como una cárcel a su tierna edad, ni a forzar su mente embrionaria en aprendizajes prematuros. Va a jugar, a reír, a cantar, a ser más niño en compañía de otros niños, a exteriorizarse, a mostrar a la observación acuciosa de la jardinera toda su alma sencilla y pura.

Aquí entre cantos, risas y juegos, la mano hábil de la maestra amolda, orienta y da normas. Los niños, sin violencia ni esfuerzos adquieren capacidad sensorial y desarrollo mental. Además, se ensaya a tiempo en el dominio de la voluntad y se ejercita en las primeras prácticas sociales.

El niño que tuvo la dicha de asistir a un kindergarten seguramente será de los alumnos guías en la escuela primaria. Sus ventajas sobre los que no recibieron aquella preparación son manifiestas. Su mente abonada le permite asimilar fácilmente las lecciones, y su amor a la escuela es algo arraigado de antemano. Este niño indudablemente tiene las mayores probabilidades de triunfo.

Después de varios esfuerzos infructuosos, cristalizó al fin en bella realidad el empeño de algunas personas interesadas desde hace mucho tiempo, en dotar a San Pedro Sula de un verdadero kindergarten. Se vencieron los primeros obstáculos y empezó a funcionar en el mes de mayo, conforme los planes escolares.

La casa donde está establecido es ideal: higiénica, fresca, ubicada en una manzana de terreno cubierto de grama y sombreado de árboles. El solar más bello de la población. Es un verdadero parque donde los niños tienen amplio espacio para divertirse.

Mediante gestiones anticipadas se logró que la señorita Victoria Rodríguez, profesora de larga práctica en ese ramo de la enseñanza, viniera a fundarlo. Difícilmente se encuentra en Centroamérica una jardinera mejor preparada que la señorita Rodríguez. Últimamente, deseosa de renovar sus conocimientos con los adelantos más modernos, por su propia cuenta se trasladó a México y por tres años estuvo allá consagrada por entero al objeto de su viaje. Ha mostrado tan buena voluntad la señorita Rodríguez hacia el kindergarten de la ciudad, que sin sobresueldo ninguno y sin el menor egoísmo profesional está instruyendo en esa enseñanza especial a tres señoritas recién graduadas de enseñanza primaria.

Durante los primeros meses el kindergarten se proveyó de mobiliario y utensilios, sufragó sus gastos mensuales con donativos de personas particulares, —dignas por cierto, de toda loa,— y con las cuotas de los niños matriculados. Pero, debido a la epidemia reinante, muchos niños se han retirado y como era natural, los donativos se terminaron, y en la actualidad la vida del kindergarten está amenazada por falta de recursos.

Una institución permanente, de gastos inaplazables, no puede depender de entradas eventuales. Necesita de una fuente segura de ingresos. Y en este caso, las autoridades locales y los padres de familia son los llamados a contribuir al sostenimiento de ese plantel que, no es solo una honra, sino una necesidad de la población. Es asunto de responder a los deberes hacia la comunidad los unos, y hacia sus hijos los otros. Ambos elementos deben demostrar comprensión y responsabilidad.

De memoria nos sabemos la contestación rutinaria: “no hay dinero”. Para esa afirmación tenemos nosotros una respuesta: “cuando existe la voluntad, se encuentra el camino”.

La cuestión estriba en darle a las cosas su verdadera importancia. En saber distinguir los gastos inútiles de los necesarios.

Una vez fijo en la mente, el sentido [ilegible] las cosas, se busca la solución al problema.

Y con seguridad se encuentra.

El kindergarten “Estefanía Castañeda —nombre dado en honor de la mexicana que fundó el primer kindergarten moderno en Honduras.

Una ciudad de la importancia y recursos como San Pedro Sula, no debe mostrarse indiferente a las dificultades que atraviesa el centro educativo. Al contrario, todos debemos contribuir, en una u

otra forma, a lograr su estabilidad y a ampliar su acción. Los niños de todas las clases deben tener acceso a él en los años venideros.

Si este esfuerzo máximo se malogra, de suponerse que por muchos años trabajará en el sentido de restablecerse. Este fracaso sería verdaderamente desalentador.

Hay que recordar que todos los principios son difíciles, y ahora que se necesita del concurso de todas las voluntades, apuntemos la obra en construcción; ese centro educacional se completa en la ciudad de San Pedro Sula, un plan de educación que comprende kindergarten escuela primaria y segunda enseñanza.

Nosotros, interesados en todo lo que [ilegible] adelanto y cultura, nos permitimos ante los ojos de los señores que integrar la Corporación Municipal, de los padres de familia y también otras personas [ilegible] esta interrogación: ¿Permitirán que se cierre el kindergarten, el mejor progreso que puede hacerse a los niños de la ciudad?

Graciela Bográn

Los hondureños quieren paz y piden paz*

El anhelo por la paz nacional, es algo que rebosa de los pechos y se manifiesta cada vez con mayores relieves. La aspiración por la paz flota en el ambiente hondureño como si el aire estuviera saturado por la inquietud de las madres que abominan de la guerra y por el aliento de los niños que piden concordia y alegría.

Como una concreción de estos anhelos y aspiraciones, se reunió en esta ciudad, patrocinada por la “Sociedad la Juventud” la primera Convención Pacifista que registran los canales de la república. La idea de esta patriótica Asamblea se debe al Prof. José V. Vásquez, director del colegio “León Alvarado” de Comayagua, y abanderado insigne de la campaña pacifista.

Cincuenta y una sociedades de los diferentes pueblos de Honduras estuvieron brillantemente representadas en la Asamblea que celebró sesiones desde el 21 hasta el 26 de septiembre pasado. El pueblo conocerá el detalle de las labores llevadas a cabo, porque

* Graciela Bográn, “Los hondureños quieren paz y piden paz”, *Alma Latina*, vol. I, n. 19, (octubre, 1932).

se publicará en hojas sueltas y folletos, y en *El Herald*o, órgano de “La Juventud”.

El número de sociedades pacifistas organizadas hasta en lugares no insignificantes, pero si olvidados, nos convence de que en el pueblo hondureño se va plasmando una conciencia de responsabilidad que reconoce la paz como una necesidad imperiosa, como un problema vital que merece toda la atención.

Naturalmente, este sentimiento por la paz obedece a una clara concepción del deber y del derecho,: es un despertar de consciencia en el pueblo hondureño.

No se engañen los políticos malabaristas creyendo que el sentimiento pacifista que se está creando les servirá como abono para que el pueblo reciba con indiferencia y acate con sumisión de borregos, las malas jugadas con que acaso se quisiera burlar su fe. No, eso nunca. La consciencia que inspira un sentido de responsabilidad, también despierta un sentimiento de rebeldía contra la injusticia.

Nuestro pueblo es arrojado, impulsivo y rebelde. Y debemos enorgullecernos de ello, porque arrojar, impulsar y rebeldía, son manifestaciones de fuerza. Lo malo ha sido que esa fuerza ha estado mal dirigida y se ha desbordado infructuosamente, mejor dicho, salvajemente, en la tarea de destruirse unos a otros. Pero hoy las cosas han cambiado y el pueblo no seguirá más a sus falsos redentores. El pueblo no quiere más guerras: El pueblo ansía laborar en el seno de la paz, y poner sus energías al servicio del progreso. La tranquilidad social es obra, pues, más que de la masa popular, de los funcionarios que ocupan el poder y de los políticos que se lo disputan. Comprendiéndolo así, la Gran Convención Pacifista se dirigió a estos señores pidiéndoles una franca declaración acerca de la actitud que adoptarán en las próximas elecciones presidenciales. Se publicarán las contestaciones a estos mensajes para que todos las conozcan, y abran bien los ojos para comprobar si los hechos concuerdan con las palabras.

Los que pretendan defraudar al pueblo en sus aspiraciones de orden y civismo, esos recibirán la condenación de la gran mayoría de hombres, mujeres y aún de niños que están vigilantes por la suerte de la patria. Aún los analfabetos por quienes no se preocupan los políticos, saben distinguir lo sincero de lo falso, y nadie se dejará engañar por acciones veladas, si pretendiera surgir algún Maquiavelo ridículo y mal intencionado en estos momentos de prueba.

La opinión política está despierta, vigilante, con el índice presto

para marcar con el oprobio a aquel que pretenda burlar las derechas de los ciudadanos o provocar una revuelta injustificada.

El pueblo hondureño quiere paz y pide paz. Una paz basada en justicia para todos. Una paz basada en la igualdad de derechos. Paz de hombres libres y conscientes...

Graciela Bográn

No perdamos la esperanza ¡No desmayar, pacifistas!*

Es con amargura y con dolor hondo que vamos a referirnos a los sucesos lamentables que se han verificado durante los últimos días en diferentes lugares de la república, principalmente en esta querida ciudad de San Pedro Sula, que fue teatro de escenas de horror y de muerte que aún mantienen contristado el ánimo de sus habitantes.

Cuando los hijos dignos de Honduras celebraban el triunfo de la democracia con el corazón vibrante de entusiasmo y el alma esperanzada en días mejores para la patria; cuando la confianza en la paz pública florecía en planes de trabajo y en proyectos de nuevas empresas que habrían de aliviar la aguda crisis económica; cuando de todas partes parecía levantarse un himno, un canto a la armonía y a la fraternidad; mientras a la claridad de los propósitos francos se forjaban promesas halagüeñas, en la sombra, tenebrosamente, las pasiones insanas desatadas se agitaban y forcejeaban, fieras, infernales, incontenibles, tejiendo la trama fatídica que había de dar en tierra con la obra bella de que tanto nos enorgullecíamos, pues era un timbre de honor para todos los hondureños.

Afortunadamente, la injustificada rebelión del 12 de noviembre, producto del crimen y la traición, ha sido casi totalmente sofocada en una semana. El pueblo honrado, valerosamente, con virilidad y energía, reaccionó al momento contra el régimen de la violencia.

Ha sido hermoso el gesto del pueblo sampedrano; por su propia cuenta, apenas advertido del crimen, se congregó en las afueras de la población alrededor de jefes leales, y a las veinticuatro horas,

* Graciela Bográn, "No perdamos la esperanza ¡No desmayar, pacifistas!", *Alma Latina*, vol. I, n. 22, (noviembre, 1932).

repelían bravamente la agresión a sus derechos ciudadanos y el golpe asestado a la Constitución.

Aún persiste el horror de las horas trágicas vividas bajo el fragor de la metralla y el estampido del cañón; el eco del clarín tocando a fuego aún repercute plañidero, en los espíritus apesadumbrados.

En los semblantes se refleja aún la consternación producida por el macabro espectáculo que ofrecían los cadáveres de las víctimas que aquí y allá cayeron atravesadas por el plomo inmisericorde. El sol del día catorce se mostró reacio, como esquivando la vista de aquellos cuadros de desolación. Densas nubes destilaban una lluvia fina y melancólica sobre la ciudad sobrecogida.

El dolor de los que perdieron sus familiares y los lamentos de los heridos que gimen en las camas del hospital, saturan el ambiente con su amargo reproche.

Hay conturbación, perplejidad, asombro, descreimiento ante el caso inesperado e inusitado.

Sin embargo, los que aún creemos posible la salvación, en medio de esas incertidumbres y desconsuelos, vislumbramos el destello de la esperanza, como la luz suave de una luciérnaga en las sombras de una noche sin estrellas.

¿Hubo traición? Pero también hubo lealtad y heroísmo.

¿Hubo crimen? Pero también hay conciencia honrada que lo rechaza y lo reaccrimina y lo condena.

¿Hubo ambición? Pero también hubo el supremo desinterés de las vidas ofrendadas, sin más recompensa que el brillo de la justicia.

¿Tiene malos hijos Honduras? Pero el reproche de la gran mayoría de los buenos formada por gente de honor, sin distinción de insignias partidistas, les ha hecho sentir la vergüenza de su desvío.

No perdamos la esperanza ¡No desmayar, pacifistas! A luchar con más bríos que nunca, por la formación de una conciencia cívica en nuestro pueblo. Es cierto que el puñal parricida ha herido nuevamente la entraña dolorida de la patria; que el daño es inmenso; que el dolor es hondo. Pero aceptemos esta desgracia como la última llamarada trágica de un pasado oprobioso que se desmorona y se apaga al fulgor de la aurora que se inicia...

Graciela Bográn

Responsabilidad*

En la vida desorganizada y turbulenta de nuestro país, hay un factor causante de grandes daños y el cual fomentamos todos con la tolerancia inaudita que bien puede calificarse de complicidad. Este mal que vemos crecer con tanta indiferencia y que amenaza destruir las instituciones que forman la nacionalidad, es la ausencia del sentido de responsabilidad.

Responsable: Que está obligado a responder de sus actos o palabras. Es decir, que asume las consecuencias de la acción franca o insidiosa, de grande o pequeña trascendencia; y también de la palabra vertida, procaz o malévola, que a veces por la idea que envuelve, puede ser más dañina que una bomba explosiva.

Si penetramos en el sentido de la palabra responsabilidad, encontraremos en su fondo todo un código de moral privada y de moral ciudadana.

Responsabilidad es conciencia despierta, es valor, es entereza, es honrra, es carácter y deber cumplido.

¿Y cuántos de nosotros somos capaces de hacer frente a la situación creada por nuestra ambición, nuestra maldad o nuestra irreflexión?

¿Cuántos estamos resueltos a sostener la frase vertida, ante las víctimas de nuestra ligereza o nuestra perversidad?

¿Y cuántos confesaríamos sin vacilaciones ante un tribunal si el caso llegara? Si de proceder en ciertos casos, no hiciéramos estas observaciones, quizá sería menos común la falsedad, la mentira y la calumnia. Y si para el que no sea capaz de penetrar en las profundidades de su yo interno, hubiera siempre alguien que le pidiera cuenta de sus hechos y dichos, francos o velados, quizá disminuirían los traidores, los azuzadores y los farsantes. Pero, muy al contrario, el disimulo llega al colmo de que a la farsa se le llama política, a la hipocresía, debilidad de carácter, y a la procacidad, ingenio.

Y nadie hay que arranque la máscara al farsante ni quién repele la mentira, ni quién pida pruebas al calumniador. Y los gérmenes nocivos desprendidos de tanta conciencia oscura, se incuban, se desarrollan y dan su cosecha de frutos venenosos tras este parapeto: irresponsabilidad.

* Graciela Bográn, "Responsabilidad", *Alma Latina*, vol. I, n. 23, (diciembre, 1932).

En tal estado de cosas, la maldad y la virtud se confunden, las conciencias se adormecen y la palabra honor resulta hueca, sin sentido. Y como consecuencia, el edificio social e institucional, se bambolea, inconsistente e inestable, carcomido desde sus cimientos.

Graciela Bográn

Los extranjeros*

Según las leyes de nuestro país, liberales en el grado más alto, todo aquel que ingrese a su territorio, temporal o permanentemente, con tal que respete las autoridades y las leyes, desde el momento en que pisa nuestro territorio, se encuentra en un “asilo sagrado”.

Es, de hecho, un hondureño; tiene los mismos privilegios y los mismos derechos civiles que estos, inclusive adquirir “toda clase de bienes en el país” [Art. 13 Constitución Política]. Estas leyes, amplias y humanistas tienen mayor razón de ser en un país como el nuestro, pobre y deshabitado, abundante en riquezas naturales, que industrializadas, pueden convertirse en fuentes de trabajo y de vida, que nosotros solos, por falta de recursos, no podríamos explotar.

El pueblo hondureño, franco, hospitalario y cordial, respalda con su conducta lo establecido en las leyes respecto a los extranjeros. Socialmente, los que vienen de otras tierras, son quizá mejor acogidos que los mismos paisanos. Tanto, que ejemplos tenemos a montones de caballeros de industria que han abusado de nuestra bondad.

Nosotros, convencidos de que la humanización es lo único que puede salvar a los pueblos, muchos de ellos corroídos de egoísmo, sentimos satisfacción y hasta orgullo de que aquí no demos cabida al odio que en algunas partes hostiliza el extranjero por el simple hecho de no haber nacido bajo nuestro cielo. Creemos que ese nacionalismo torpe y estúpido, es más bien signo de barbarie.

Sin embargo, todo debe tener su límite marcado por la justicia; límite que las leyes deben prever, y las sociedades definir con su sanción moral.

* Graciela Bográn, “Los extranjeros”, *Alma Latina*, vol. II, n. 24, (enero, 1933).

Bienvenido el extranjero que venga a enseñarnos algo nuevo en industrias, agricultura o educación.

Bienvenido el que es ejemplo de buenas costumbres.

Bienvenido el comerciante honrado que hace negocio lícito, sin usura.

Bienvenido el que sencillamente viene a ganarse el sustento, aunque no nos traiga ni nos enseñe nada.

Esos extranjeros buenos que conviven con nosotros honestamente, ayudándonos a mejorar unos, y sin dañarnos los otros, esos no deben sentirse extraños. Son quizá más hermanos nuestros que los hondureños que provocan la matanza o los que no se preocupan del deber máximo de conservar la autonomía del país. Para ellos nuestro suelo, nuestra casa y nuestro cariño, vengan de donde vinieren.

Pero si un individuo viene a perjudicarnos, hasta por un natural instinto de defensa debemos precavernos; hay que demostrar entonces que, al ser generosos, no dejamos de ser dignos; que nuestra hospitalidad no es abyección, y que nuestra prodigalidad no llega al extremo de dejar a nuestros hijos sin pan.

Al extranjero que venga con fines de conquista y despojo; al que viene a implantar monopolios; al que pretenda hacer de los hondureños unos parias en su propia tierra; al que venga a torcer la conciencia y a envilecer el carácter de nuestro pueblo con propagandas tendenciosas, a ese, sea de nuestra misma sangre o de raza diferente, no solo debemos tratarlo como a extraño, sino considerarlo nuestro enemigo.

Graciela Bográn

Aún es tiempo de rectificar*

Los daños enormes que las frecuentes revoluciones han causado al país, tanto en el orden económico como en el orden moral, nos ponen de manifiesto la verdad concluyente de que el más importante, el más arduo y el más perentorio de los problemas por resolver: es el de la paz.

* Graciela Bográn, "Aún es tiempo de rectificar", *Alma Latina*, vol. II, n. 25, (enero, 1933).

Con la guerra se acaba la agricultura, el comercio y la instrucción; como un monstruo voraz, sus fauces devoran todas las riquezas y todas las energías; trabajo y alegría son reemplazados por ruina y dolor. Como si fuera la iniciadora del tropel apocalíptico, tras la guerra vienen inevitablemente el hambre, la peste y la muerte cumpliendo su misión trágica y desoladora.

Construir, cultivar, emprender y educar son resortes de la vida que automáticamente dejan de funcionar si se perturba la paz; por eso a un pueblo pobre y de escasa población que se dedica periódicamente a destruirse, no le espera un porvenir halagador.

Laborar por la paz honrada y sinceramente es un deber constante de todos, y más de quienes por su posición y autoridad tienen la obligación de orientar, dirigir y formar conciencia: el Estado, los periodistas, los maestros y los padres de familia.

Infundir y cultivar el sentimiento pacifista en la ciudad, y en la aldea, hoy, mañana y en los años venideros, con el ejemplo, con la prédica y con leyes represivas de ciertas costumbres que nos exhiben lamentablemente, como la de portar armas en todo tiempo y lugar.

Desarrollar un sentido de responsabilidad que imponga respeto al derecho, a la propiedad y a la vida ajena. Hasta ahora, la ambición ha pretendido casi siempre burlar la justicia, el robo ha sido un incentivo para ir a la guerra y el menosprecio a la vida ha llegado al grado que se expone la propia con indiferencia y se corta la ajena con arrebatos y sin remordimiento.

Creemos en el apotegma de Alberdi; la paz es una educación, y recordemos que la educación es una resultante de múltiples factores que afectan el sentimiento y la mente.

Cada impresión, cada enseñanza, abren un surco más o menos profundo, propicio al bien o al mal según el germen que lleva en sí.

Mientras los pueblos pacíficos se aumentan y se enriquecen, los hondureños se aniquilan y abandonan el trabajo productor.

Mientras los demás se vigorizan y avanzan con los ojos abiertos a todas las posibilidades ventajosas, los hondureños, como si fueran ciegos o inconscientes se destruyen a sí mismos, se desmiembran voluntariamente y dejan en manos extrañas la explotación de las fuentes de riqueza nacional.

Esta vida desordenada fomenta el crimen, la pereza y la amoralidad. Un pueblo así no tiene autoridad moral para ser respetado y va al

fracaso de su vida independiente; un pueblo que nada produce y que necesita cada vez más de los otros para subsistir, es un pueblo que tiende a desaparecer absorbido por el poderío de los fuertes. Por necesidad, por decoro colectivo, por conveniencia, por instinto de conservación, debemos rectificar.

Aún es tiempo.

Graciela Bográn

No sacrifiquemos lo permanente a lo efímero*

Los grandes intereses morales sacrificados a las conveniencias del momento. El interés mezquino sobreponiéndose a todo, aún a la propia dignidad. El decoro personal anulado por el afán inmoderado de lucro y de comodidades logradas sin esfuerzo. Lo que pudo ascender y hasta volar, arrastrado al cieno por la ambición baja y ruin. El mañana inevitable, sacrificado al hoy, fugaz e ilusorio.

El triunfo del egoísmo en todas sus formas es lo que marca el termómetro social. Lo cercano, lo inmediato en ventajas, cerrando los ojos a las proyecciones sombrías que se prolongan en el devenir del tiempo. Esto individual y colectivamente.

Como norma de conducta que se generaliza amenazando arrasar con lo único que puede darnos fuerza, solidez y validez: la estructura moral. El fondo, la vértebra que sostiene, cohesiona y preside la forma, la personalidad de sociedades y pueblos. El eje central que regula los aspectos vitales, y sin el cual los organismos resultan amorfos, inconsistentes, inferiores; y como inferiores, despreciables.

Nuestros pueblos aún en período de transición; nuestros pueblos que aún no se han orientado en la ruta definitiva, con mayor razón deben cuidarse de asentar sólidamente los cimientos que les aseguren resistencia y estabilidad. Plasmar la médula nacional en moldes propios, irrompibles y perdurables.

El deber es de todos. La tarea es colectiva; cada uno aporta su grano de arena con perseverancia y cariño para que la obra surja grandiosa, incommovible ante las acometidas de la fuerza que no

* Graciela Bográn, "No sacrifiquemos lo permanente a lo efímero", *Alma Latina*, vol. II, n. 27, (febrero, 1933).

reconoce derechos a los débiles. Este deber, como todos, supone una dosis de renunciamiento; olvidarse un poco del individuo, ínfimo y pasajero, en aras de lo magno y permanente: la patria, el porvenir.

La patria, no como una abstracción sentimental, sino como una concreción de nuestras obras y pensamientos; como una entidad heterogénea en la que todos tenemos un puesto que defender, honrar y enaltecer; y el porvenir, que palpita ya en nosotros y que será flor y fruto de nuestra siembra actual.

¿Qué nosotros no veremos ese mañana y que por tanto no nos importa?

Argumento pueril —por no calificarlo de otro modo— de quienes no sienten el peso de las responsabilidades, precisamente porque en su textura de cascarón no hay sujeto, no hay respaldo donde puedan recaer.

Ciertamente el mañana no lo veremos, no lo disfrutaremos; pero si en el presente nos externamos en algo más duradero que el barro deleznable, ese mañana remoto volverá los ojos con cariño hacia atrás, hacia nosotros de quienes serán deudas las generaciones futuras; hacia nosotros que supimos perpetuarnos en la obra imperecedera...

Graciela Bográn

La desmembración de nuestro territorio por el laudo arbitral*

Después de largos años de espera, de inquietud y de sacrificio económico para la nación, la controversia de límites con la vecina república de Guatemala llegó a su fin. El Tribunal de Arbitraje reunido en Washington dictó el 23 de enero su sentencia definitiva e inapelable, demarcando la línea divisoria entre ambos países.

Estudios dilatados y profundos en los archivos nacionales y en los de la Madre Patria efectuados por nuestros más eminentes juriconsultos; documentaciones claras y legales; pruebas indiscutibles de los derechos de Honduras desde los tiempos de la independencia; el respeto al terreno disputado mientras el Tribunal daba

* Graciela Bográn, "La desmembración de nuestro territorio por el laudo arbitral", *Alma Latina*, vol. II, n. 26, (febrero, 1933).

su fallo; todo hacía suponer que este enojoso y antiguo litigio sería resuelto, sino con todas las ventajas que los títulos territoriales dan a Honduras, por lo menos con la equidad que supone la imparcialidad de la justicia.

Sin embargo, no ha sido así; sobre títulos y derechos antiguos, triunfaron los intereses comerciales, establecidos a la sombra de nuestra desidia y de nuestra imprevisión. Una porción considerable de terreno, más, mucho más de su pretensión mínima, le fue asignada a Guatemala con detrimento de Honduras. El Motagua, “nuestro río sagrado” como lo llamaba el patriotismo estéril, y sus valles fértiles, tendrán que ser borrados del mapa de Honduras; y los habitantes de los pueblos situados en esa región, nuestros compatriotas, tendrán que abandonar sus predios si quieren seguir cobijados bajo la bandera azul y blanco, o renunciar a la patria reconociendo la nueva soberanía.

El 23 de enero de 1933, día en que se pronunció ese fallo desfavorable a nuestra integridad territorial, quedará marcado en las efemérides hondureñas con los caracteres sombríos e indelebles que dejan las heridas en carne viva. La mutilación de la patria para un pueblo que piensa, siente y vibra, es el dolor de los dolores, comparable únicamente al que deben sentir los pueblos que, teniendo aún espíritu, sufren la opresión extranjera. Pero ante los hechos consumados, ante la palabra empeñada, no queda más que un camino; aceptar la desgracia, aunque sangre el alma nacional. Aceptarla con la honorabilidad y el estoicismo de quien sabe el valor de un compromiso contraído; sin subterfugios, sin dobleces, dominando el estremecimiento interno de nuestra innata rebeldía.

Aceptarla, lo repetimos, pero no con la pasividad de los inconscientes, ni con la indiferencia de los descastados; aceptarla, sí, pero como si fuera un latigazo que despierta energías dormidas; como el golpe que macera y al mismo tiempo sacude la sangre con nuevos bríos; como el desengaño que, al herir nuestra fe, nos vuelve más suspicaces, más precavidos.

Que sea esta una lección amarga que nos enseñe a cuidar más de lo nuestro, a apreciar los tesoros de nuestra tierra, a preocuparnos más de los problemas hondos y trascendentales.

Que de esta dura prueba el alma nacional resurja, depurada, limpia de manchas, con las pupilas agrandadas para percibir mejor los peligros, con la conciencia más sensible a los llamados del verdadero patriotismo, con un amor más levantado, más noble, por el terruño donde dimos el primer aliento, si queremos que

nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos respiren el mismo aire de libertad que nosotros.

Las protestas, las recriminaciones, los lamentos, son extemporáneos; a nada conduce ponerse a llorar sobre los despojos de lo que no supimos preservar; pero del dolor de esta experiencia hagamos brotar la luz que nos ilumine en el futuro, la enseñanza perdurable que nos haga más unidos, más provisos, más responsables y más despiertos...

Graciela Bográn

El inquietante problema económico*

Nada hay que perturbe tan hondamente el engranaje social como los problemas económicos que son la base de las relaciones comerciales, del desarrollo industrial y de toda actividad productora.

Las difíciles circunstancias que atraviesa el mundo en estos momentos son decisivas. La situación se hace insostenible. La crisis económica que en 1929 se creyó pasajera, se ha ido acentuando cada año hasta llegar a su clímax en 1933. "Año sagrado" murmuran los místicos fervorosos queriendo descifrar el enigma de sus dos últimas cifras; "año negro", claman las millonadas de seres que no solo soportan hambre y sed de justicia en el orden moral, sino que carecen de alimento material, del pan de cada día, del pan nuestro al que tenemos derecho todos los seres vivientes.

Entre nosotros, si bien es cierto que ha venido disminuyendo gradualmente el volumen comercial, a pesar de no contar los haberes en cifras de millones, tampoco hemos presenciado esos cuadros horrorizantes que ponen su pincelada trágica en las grandes urbes, donde los extremos se tocan en contrastes inverosímiles por lo inhumanos. Aquí, hasta hace poco, hemos hablado de crisis económica, con la habitual expresión bonachona en el semblante, sabiendo que las ganancias han disminuido, pero que tenemos al alcance lo indispensable a las inmediatas necesidades de la vida. Hasta en estos últimos días, una violenta sacudida vino a cambiar la resignación en ansiedad, y la impasibilidad en ceño de inquietud.

* Graciela Bográn, "El inquietante problema económico", *Alma Latina*, vol. II, n. 28, (marzo, 1933).

Una ley de emergencia dictada por el senado norteamericano en previsión de un desastre financiero ha tenido su natural repercusión en nuestro país, donde el capital extranjero es la fuerza propulsora de las principales empresas e instituciones comerciales.

Siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, el Congreso Nacional decretó la moratoria a los depósitos bancarios, por seis días que luego se prorrogaron indefinidamente. Fuera de la consiguiente suspensión de transacciones, la medida inesperada ha llenado de pánico a todos, especialmente a los que en grande o en pequeño tienen en los bancos sus haberes en efectivo; y por más explicaciones que estos den respecto a su situación bonancible y el Gobierno acerca de la conveniencia del decreto, la desconfianza cunde, la alarma es manifiesta y la imaginación suspicaz baraja posibilidades funestas y vaticinios inquietantes.

El desequilibrio financiero es el problema más grave e imperioso que enfrentan actualmente los estadistas; sus características constituyen algo insólito, desconcertante, sin precedentes. De los años históricos se desprende que desde los tiempos bíblicos los períodos de auge y depresión se han presentado en ciclos casi matemáticos, pero nunca como ahora la duración fue tan prolongada ni los aspectos tan complejos.

Esperanzas y cálculos han fallado. Como una burla sangrienta al talento de los economistas y como un argumento contundente contra los sistemas establecidos, el laberinto se vuelve cada vez más intrincado hasta llenar los ánimos de confusión y temor.

El porvenir se presenta como una interrogación misteriosa cuya respuesta no puede tardar. ¿Quiénes resolverán la incógnita? ¿Serán los dueños del oro que se enmohece en las arcas de hierro? ¿Serán los necesitados de todo que ya se cansan de esperar? A los unos les bastaría dar un aldabonazo a las puertas de su conciencia dormida. A los otros, presas de la desesperación, los puede desbordar una gota que colme la medida. Mientras tanto, nosotros, prudentemente, cuidemos de mantener nuestra modesta situación, procediendo con cautela y previniendo con agudeza.

Graciela Bográn

El sufragio femenino en Honduras*

Sobre el tapete de la discusión está el tema del sufragio femenino. Casi en toda la prensa hondureña aparecen artículos en pro y en contra del interesante tópico. Los más, en contra. Y no ha faltado quien use, como argumento vacío, el medio ruin y cobarde de ridiculizar a la mujer al tratar un asunto que ha sido y es tomado en cuenta, como tema de análisis serios y serenos por las más altas mentalidades de todas partes.

El problema es de suma importancia y merece un estudio detenido para que, cuando el momento oportuno llegue, se tenga ya formado al respecto un criterio definido, una conciencia clara y un concepto categórico.

Los países más avanzados de la tierra han incluido en sus leyes el voto femenino como la consagración efectiva del principio de soberanía popular.

“La soberanía nacional reside esencialmente en la universalidad de los hondureños”, reza nuestra Constitución Política. En diferentes palabras, la ley fundamental de casi todos los países expresa la misma idea. No se habla de hombres únicamente, sino de la masa del pueblo. En la práctica, sin embargo, la universalidad resulta una mitad, tal vez menos. De hecho, se burla de la letra de tal artículo. Los más afamados escritores y legistas aceptan la evolución de las sociedades modernas hacia el acceso de la mujer en la función política. La minoría que lo adversa, se basa en la ley natural de la división del trabajo entre los dos sexos. Tal es la opinión de Esmein, autoridad en Derecho Político. Contraria es la opinión de León Duguit, otra eminencia jurídica, quien sostiene que “no hay razón lógica para semejante exclusión”.

La división del trabajo, tan antigua como la humanidad o por lo menos como la civilización, es aceptable hasta donde alcanzan las poderosas razones naturales; pero tratándose del sufragio, no lo encontramos reñido con esta lógica. Si las luchas de la vida han llevado a la mujer hasta el desempeño de arduos trabajos físicos, la función del sufragio, de orden puramente moral e intelectual, en nada la afecta desde el punto de vista biológico, y en cambio, contribuye a desarrollar en ella el sentimiento beneficioso de la confianza en su propio criterio y de una responsabilidad mayor. Doloroso es confesar que nuestro grado de cultura, (hablo en general del pueblo hondureño) no nos permite adoptar todavía las

* Graciela Bográn, “El sufragio femenino en Honduras”, *Alma Latina*, vol. II, n. 30, (octubre, 1933).

normas avanzadas de países de vida organizada, donde la lucha política es puramente cívica y donde la opinión ajena es respetada como un atributo sagrado de la libertad individual. En los Estados Unidos de Norteamérica se ve que dentro de la mayor cordialidad vaya una familia entera a las urnas electorales y el padre vote por el candidato demócrata, la madre por el republicano y los hijos divididos entre ambos, sin que por eso se amengüe la armonía familiar. Bellísimo ejemplo de cultura ciudadana que estamos muy distantes de dar los hondureños. Entre nosotros abundan los casos de divisiones, rencores y hasta odios familiares, debido a las opiniones contrarias en política.

Lo que en otras partes es un torneo hermoso, pacífico y decente, entre nosotros toma los caracteres de una lucha feroz que exagera las pasiones, anula todo sentimiento noble y arrastra a los hombres a los más bajos planos espirituales.

Los partidarios de que la mujer hondureña participe del voto, piensan que ella contribuiría con su influencia a purificar el ambiente político. No lo creemos así. Está demasiado viciada la atmósfera por de pronto, y lo que sucedería es que la mujer hondureña, delicada y pura, rechazaría su derecho, asqueada, al solo sentir el vaho venenoso. Y esto sería contraproducente. Retrocederíamos en lo poco alcanzado en la liberación espiritual femenina. La mujer, decepcionada, creería imposible todo avance y se sustraería a la lucha que la está reclamando imperiosamente: la campaña espiritual intensa, trascendente, inaplazable que la mujer hondureña está obligada a emprender por ella misma, por sus hijos, por la patria.

Hay mucha llaga que curar, mucho vicio que extirpar, mucho prejuicio que barrer, mucho miasma que purificar. Antes hay que hacer esta obra de limpieza para que la mujer pueda con paso seguro, entrar al ejercicio de un derecho indiscutible, que beneficiará a todos.

Esta acción depuradora hay que esperarla naturalmente, de la parte no contaminada. De los pocos hombres que han logrado salir limpios del fango de la política, y de la mujer. De la mujer que no ha prostituido su conciencia, que no ha manchado sus manos con sangre, que no ha vendido su dignidad, que no ha defraudado la hacienda pública, que no está envenenada de odio, y que, en cambio, mantiene intacto el tesoro de su corazón siempre dispuesto al bien.

Los medios de actuar los encontrará en los infinitos resortes que ella puede mover con la fuerza imponderable de su espíritu. La papeleta electoral sale sobrando, y hasta estorbando en esta labor.

La salvación de la patria, mujeres hondureñas, está en vuestros corazones limpios. Acción inmediata es lo que manda el deber.

San Pedro Sula, octubre de 1933

Las cadenas mentales*

Suceso de trascendencia política ha sido en los últimos días el reconocimiento del gobierno salvadoreño que preside el general Maximiliano Hernández Martínez por parte de los Gobiernos de Honduras, Guatemala y Nicaragua.

Ya con anterioridad el régimen martinista había restablecido sus relaciones oficiales con el Gobierno de Costa Rica, por denuncia que de los pactos de Washington, hicieron las cancillerías de ambas repúblicas. Así es que, con los reconocimientos sucesivos de las otras repúblicas istmeñas, el gobierno cuscatleco define de una vez por todas su condición internacional centroamericana y adquiere la calidad de gobierno legalmente constituido.

Estos sucesos nos causan verdadera complacencia, no porque sea propósito nuestro justificar la permanencia del general Martínez en el gobierno de la hermana república, sino porque la situación anómala de aquel régimen estaba ocasionando graves perjuicios a la vida nacional cuscatleca, sobre todo en el aspecto económico y en sus funciones de relación con los países limítrofes. El restablecimiento de relaciones oficiales con los pueblos y gobiernos de Centroamérica, servirá para facilitar la solución de muchos problemas, que sin esa circunstancia no era posible abordar.

Este es el motivo fundamental de nuestra simpatía por el reconocimiento de las repúblicas centroamericanas al Gobierno de El Salvador. Pero aún hay más. Nos referimos a la convicción íntima de que la ruptura de vinculaciones oficiales es un factor de distanciamiento entre los pueblos. Dígase lo que se quiera, la cordialidad y el cariño que sostienen los conglomerados humanos, sufren menos con esas situaciones ambiguas, aun cuando los pueblos se quieran y se atraigan muy por encima de las gestiones diplomáticas. Aludimos a las circunstancias materiales y causas de naturaleza exterior que devienen en casos como el de la República hermana, entorpeciendo las mutuas corrientes de fraternidad y retardando el desarrollo de la unificación espiritual.

* Graciela Bográn, "Las cadenas mentales", *Alma Latina*, vol. III, n. 33, (enero, 1934).

Estos son, a grandes rasgos, nuestros puntos de vista sobre el otorgado reconocimiento, en lo que atañe a los sentimientos de centroamericanismo que informan las páginas de nuestra revista.

Más hay en la cuestión un aspecto de trascendencia continental que no podemos dejar pasar inadvertido. Ese aspecto es la experiencia histórica de un Gobierno de América, —el de la república más pequeña del nuevo mundo, que ha logrado mantenerse y estabilizarse sin consentimiento de los Estados Unidos.

Hasta hace muy poco se creyó que ningún régimen interno de la América nuestra podía mantenerse fuera del respaldo moral que la ofrece el Departamento de Estado. Por un complejo de inferioridad habíamos llegado a una situación de dependencia tan lastimosa, que no solo pesaba sobre nosotros en asfixia, ha económica y sujeción política, sino que había invadido la mentalidad de los dirigentes, creando una actitud subjetiva de esclavismo frente a los poderes de la Unión.

Ese complejo de inferioridad, ese miedo cerval infundido más que por la fuerza de Norteamérica, por la tendencia a considerarnos débiles, han determinado todas las claudicaciones y todos los pasos en falso que han dado los gobiernos iberoamericanos en sus relaciones con los Estados Unidos. No de otra manera se explica esa calidad de Meca que ha cobrado el Departamento de Estado siempre que se trata de resolver una cuestión latinoamericana. Las peregrinaciones hacia la Casa Blanca en demanda de consejo y apoyo y ese afán de que los Estados Unidos intervengan hasta en los asuntos esencialmente privativos del régimen interno, son fruto de una mentalidad enfermiza, de una subestimación de que nuestros propios recursos morales y signos de decadencia del sentimiento de dignidad.

Reconocemos que la realidad histórica ha traído efectivamente una situación de dependencia de los países débiles con relación a los poderes fuertes. Pero esa situación tiene sus límites y aun cuando no es posible negar que existe, la verdad es que nosotros nos hemos empeñado en agravarla, haciéndole brecha en el espíritu de las masas y formándole un ambiente propicio a su definitivo arraigo.

Es precisamente porque el gobierno del general Martínez rompió la tradición vergonzosa de sujetar los actos de su vida a la aprobación de Norteamérica, que nosotros lo aceptamos desde el principio, reparando muy poco realiza en su posición constitucional. El hecho era que se decidía a vivir sin el permiso del tío Sam, y esta simple decisión valía para nosotros más que todas las fórmulas legales. Tras esa actitud había una manifestación de fuerza moral, que es por cierto el elemento con el que más hemos crecido en

Latinoamérica. El gobierno del general Martínez ha demostrado que un país pequeño geográficamente y pobre económicamente, puede ser una potencia moral y darse vida propia, si a tiempo sabe decidir su destino y encararse al fantasma de cualidad de las intervenciones extranjeras.

En el caso particular del reconocimiento otorgado por el gobierno tico, muy anticipado al de los Estados Unidos, puede afirmarse que ha sido de mayor trascendencia para Costa Rica que para El Salvador, ya que este hecho sentó un precedente, beneficioso para el porvenir del internacionalismo costarricense. En efecto: ese reconocimiento es una tácita manifestación de independencia, porque el gobierno de tal país no necesita para ello de acuerdo con la Casa Blanca. Acepto la realidad tal como se presentaba y dictó su fallo tomando en cuenta únicamente los intereses comunes a los países del istmo.

Lástima grande es que el reconocimiento de las otras repúblicas no haya venido también con igual anticipación, que así se habría escrito una página brillante en la historia de las cinco repúblicas.

De todas maneras, *Alma Latina* ve con agrado el rumbo que lleva la política internacional centroamericana y hace votos porque se rompan definitivamente las cadenas mentales que nos atan al imperialismo norteamericano y que estos pueblos adquieran una visión cabal de su destino y el sentido profundo de su dignidad.

La Casa de Maternidad*

Nuestro criterio, publicación que se edita en esta ciudad, ha lanzado la iniciativa de crear la Casa de Maternidad, aduciendo razones que nos han parecido muy atinadas y que no han venido, sino a reafirmar en nosotros la idea de que tal institución es una necesidad de primer orden para las clases menesterosas.

Alma Latina, que en la medida de sus recursos ha tenido como parte de su programa velar por los derechos de la madre, y por consecuencia de los del niño, acoge desde luego la sugerencia del diario sampedrano, y hace manifiesta su aspiración de que la idea cuaje en una bella realidad y se traduzca en resultados de bien para las madres desvalidas.

* Graciela Bográn, "La casa de maternidad", *Alma Latina*, vol. III, n. 33, (enero, 1934).

Aparte de las consideraciones sentimentales, existe un motivo de capital importancia para invocar la creación de una Casa de Maternidad. Nos referimos al hecho de que un gran porcentaje de mujeres humildes, sobrelleva penosamente los conflictos propios de la maternidad, en muchos casos con sacrificio de la salud y hasta de la vida.

La mayoría de mujeres proletarias tiene sus hijos fuera del matrimonio. Esta circunstancia determina para ellas una situación angustiosa, porque los hombres tienden a eludir las responsabilidades inherentes a la paternidad siempre que la unión no haya sido legitimada. De esta suerte, las pobres mujeres del pueblo se ven reducidas a una condición miserable, teniendo que soportar un verdadero viacrucis, en el cual, si acaso, reciben los auxilios de la caridad pública. Eso cuando la providencia descende hasta ellas en forma de generosa dádiva, que en muchos casos la augusta misión de dar la vida se convierte en tragedia dolorosa.

Por falta de una legislación moderna que proteja eficazmente los derechos naturales de la mujer, y a consecuencia de esa irresponsabilidad que se manifiesta en los actos de algunos hombres, las madres proletarias se hallan alejadas de la mano de Dios. Así se explican muchos fenómenos que aparentemente son efectos de perversión moral, pero que, en el fondo, casi siempre tienen sus causas en el abandono y la miseria. Los niños que la misericordia recoge en los quicios de las puertas son testimonios dolorosos de que hay madres desesperadas en quienes pudo más la angustia del hambre y lo pavoroso de la intemperie que el sentimiento divino de la maternidad. Hay que imaginar el instante horrible de una mujer que se ve forzada a abandonar el fruto de sus entrañas, para no creer que estos actos obedezcan siempre a impulsos delictuosos. Como excepción puede darse uno que otro caso generado por aberraciones mentales, pero estos se presentan en raras ocasiones y su juzgamiento pertenece a los dominios de la ciencia médica antes que a la moral y que a las leyes.

En una sociedad realmente civilizada, donde a la mujer se le reconocieran todas sus preeminencias de madre y al niño se le concedieran todos los privilegios a que tiene derecho, la natural función de la maternidad se operaría en sus justos límites; y antes de constituir un desastre para ciertas mujeres, sería para todas, lo que es en esencia, una función impuesta por la naturaleza con el consiguiente tributo de dolor físico, pero compensado este dolor con el prodigio de dar la vida y de ver la madre en el hijo una prolongación de sí misma.

Sobre las consideraciones apuntadas, hay que agregar todos los males que se evitarían mediante una protección efectiva a las

mujeres desamparadas en el trance de dar a luz. Bien sabido es que la casi totalidad de ellas no recibe asistencia médica en aquel momento supremo. Se confían a la mano de personas ignorantes hasta de las más elementales reglas de higiene, que exponen a la madre y al niño a la muerte o a enfermedades que han de minar lentamente su vitalidad.

Disminuirían las cifras alarmantes de la mortalidad infantil, una de las causas de nuestra despoblación. Hay que ver ese constante desfile de ataúdes blancos que se llevan, junto con la alegría de las madres, tantas esperanzas trucas, tantas energías segadas en embrión, tantas fuerzas latentes cuyo impulso se anuló en la cavidad de una huesa.

La decadencia física de nuestros pueblos, manifestada en muchos aspectos, tiene sus raíces en la indiferencia con que vemos los problemas básicos de la potencialidad racial. No es que por razones étnicas seamos débiles y enfermizos, ya que las dos corrientes de sangre —española e indígena—, que corren por nuestras venas, son suficientemente vitales, sino que hemos descuidado la conservación de su fuerza.

La “pereza criolla”, la falta de iniciativa, la indolencia de nuestra raza, más que derivados psíquicos, son producto de enfermedades y de taras fisiológicas que arrancan de la cuna.

Así resume *Alma Latina* los móviles que la impulsan a pedir la creación de la Casa de Maternidad. San Pedro Sula es una población que responde siempre con el corazón abierto a los llamados del altruismo. Estamos seguros de que el éxito más hermoso sería el corolario de un esfuerzo firme y bien encaminado, en el sentido de organizar esta benéfica institución.

El factor principal de una empresa, como la que apuntamos es el entusiasmo y el fervor que se le consagra. Campo propicio a este impulso generoso es el corazón de la mujer, todo ternura y compasión. Las damas sampedranas —haciéndose cargo del dolor que se ensaña sobre las madres proletarias—, deben recoger esta idea y esforzarse porque se convierta en una realidad de alto valor humano.

Graciela Bográn

Escuelas rurales*

Leyendo una revista extranjera me encontré hace algún tiempo con un artículo en que se ponía de relieve el formidable empuje recibido por la instrucción pública en México, bajo la mano de la directora de José Vasconcelos, desde el Ministerio de aquel ramo. Me produjo asombro y admiración el relato de aquella labor amplia y trascendente que habrá de marcar época en la historia de la educación en México.

Vasconcelos se posesionó plenamente en su responsabilidad, y con profunda consciencia de la misión de su Ministerio, emprendió una campaña de renovación general, infundiendo una tendencia educativa en todos los aspectos de la vida nacional. Supo lo que tenía que hacer, y como también pudo realizarlo, —para honra suya y provecho del pueblo mexicano, —concentró la mayor suma de actividades en combatir el analfabetismo hasta en los más apartados rincones del territorio azteca.

Las misiones escolares compuestas de maestros, conferencistas y artistas populares, iban y venían por todos los rumbos dando pláticas instructivas, enseñando labores sencillas, infundiendo el gusto por el arte, y haciendo amar a México a través de su himno y sus canciones propias.

Estos maestros misioneros, a su vez, instruían en la forma de trabajar con el mayor beneficio, a los maestros rurales. Allí donde había una pequeña aldea, debía haber un maestro. Este se convertía en el verdadero director espiritual del pequeño rebaño humano bajo su jurisdicción. Iba al poblado a convivir con los campesinos, a oírlos, a conocer las miserias de su vida, a sentir sus dolores, a ser su consejero y a ser su guía.

Ante todo, el maestro debía ganarse las voluntades, ser el amigo de todos, y luego, aprovechar su influencia en beneficio de sus propósitos. ¿Se necesitaba un local para escuela? Pues a construirlo. Los hombres, las mujeres y hasta los niños contribuirían con su grano de arena. La cooperación efectiva de cada uno hacía surgir pronto el sencillo edificio. Aireado y amplio, era el hogar común, adonde todos, con igual derecho acudían llenos de confianza. Este aportaba madera, aquel adobes o ladrillos, el otro tejas o paja para el techo, el de más allá acarreaba materiales, y todos contribuían con su trabajo personal.

* Graciela Bográn, "Escuelas rurales", *Alma Latina*, vol. III, n. 36, (abril, 1934).

Una vez terminado el edificio, grandes y pequeños se reunían bajo su techo en armonía y confraternidad jamás antes experimentada. Los niños durante el día y los adultos durante las veladas, acudían a aprender a leer, a contar y hacer cálculos sencillos, a recibir instrucciones sobre higiene, agricultura y crianza de animales domésticos. Otras veces la sesión era de lecturas amenas, y en los días festivos, la escuela se convertía en centro social, dando expansión a la alegría, que es también una necesidad del espíritu.

De esta manera, el ministro Vasconcelos, sin descuidar los centros de enseñanza superior, hizo labor fundamental, llevando la luz del alfabeto a la gran masa del pueblo, explotada siempre y casi olvidada.

El movimiento reformador iniciado por Vasconcelos y continuado por sus sucesores, ha dado sus frutos en la tierra mexicana. Las estadísticas lo dicen, y la fuerza creciente de aquella gran nación habla con elocuencia.

Al detenerse a meditar sobre la vasta trascendencia de la obra, planteada y realizada por el pensador mexicano, natural es volver la mente hacia el atraso lamentable en que nos encontramos los hondureños respecto a la instrucción popular. El porcentaje de analfabetos es abrumador, y sería ilusorio esperar un avance rápido. La pobreza del erario nacional, debida más que todo a las frecuentes y malhadadas revoluciones, hacen imposible pensar en una intensa campaña educativa por el momento. Sin embargo, en la medida de nuestras posibilidades, el pensamiento de los directores debe orientarse ya, hacia un plan de instrucción popular que dé a las escuelas rurales la importancia que tienen como raíz vital del progreso colectivo. Un plan fundamental, netamente hondureño. Es decir, adaptado a las condiciones del ambiente nacional.

Celebraciones de mayo*

Día del Trabajo

Este mes de mayo, pródigo y fragante, ha sido escogido para muchas celebraciones enaltecedoras. Se inicia con el Día del Trabajo, la fecha del proletariado mundial.

* Graciela Bográn, "Celebraciones de mayo", *Alma Latina*, vol. III, n. 37, (mayo, 1934).

En los grandes centros de población de las naciones que van a la vanguardia de la civilización como reza la frase del cliché, el primero de mayo es un día de efervescencia e inquietud. La masa obrera sindicalizada en fuerza de la necesidad de defenderse, aprovecha la ocasión de su día para organizar manifestaciones silenciosas o tumultuarias, pero siempre reveladoras de la fuerza viva que representa el bloque proletario. Es un día temido por muchos, y que generalmente deja un saldo de sangre.

En Honduras, tierra donde aún se lleva vida patriarcal, el Día del Trabajo es un día tranquilo, de descanso y reparación de energías. La lucha de clases no existe, porque no tiene razón de existir. El territorio extenso e inexplorado, la propiedad repartida con más o menos equidad, el clima benigno, el alma sencilla de las gentes, todo contribuye a que no se haya roto la armonía entre las clases sociales.

Propiamente, entre el elemento nacional no existe el tipo de capitalista fuerte acaparador y vampiro que asfixia al pueblo en otras partes. Aquí el patrón aún charla amigablemente con el jornalero y el jornalero en casos que son corrientes, ve en el patrón a su protector y amigo. Aquí nadie se muere de hambre y el que quiere trabajar, algo encuentra qué hacer. Grandes y pequeñas industrias cuya explotación se ha agotado en otras partes, aquí están por establecerse.

Nuestro atraso parece paradójico, es en estos tiempos de crisis mundial, una bendición. Debemos felicitarnos de que la máquina aún no haya llegado con sus entrañas de hierro a demoler conciencias.

El Día del Trabajo, día rojo en las capitales del capital, es en este rincón paradisíaco de la América, un día blanco y plácido. En Honduras lo que necesitamos es luchar para defender el producto del trabajo. Lucha contra la guerra civil.

El obrero nacional debía apercibirse para una campaña intensa en este sentido. Ellos, los obreros, están capacitados en este sentido mejor que nadie para hacerlo de manera eficiente. Ellos, que son el nervio y músculo del organismo nacional, pueden oponer toda su fuerza a las artimañas de los políticos ambiciosos y nefastos que hacen la desgracia de Honduras.

El primero de mayo debía ser ocasión de manifestaciones pacifistas, conferencias pacifistas, y exposiciones de pequeñas industrias y obras de artesanía. *Alma Latina* traslada esta sugerencia a los obreros nacionales.

Día de la Madre

El segundo domingo de mayo ha sido escogido para el homenaje a la Madre. En ningún otro mes encajaría mejor esta celebración.

Mayo es el mes de las flores que son la madre del fruto. Y es también el mes de María, la Madre entre las madres. ¿Qué fecha mejor para rendir tributo de amor y gratitud a la mujer que ha dado el fruto de su vientre, moldeado con su carne y con su espíritu?

Ese día, las campanas de los templos repican gloria por las madres muertas y los jardines vuelcan todas sus flores en ofrenda de las madrecitas que aún pueden amparar en sus brazos al hijo querido.

Los dichosos que aún gozan del tesoro maternal lucen sobre el pecho una flor roja y aquellos que solo pueden contemplarla a través de las lágrimas llevan con tristeza, una flor blanca, símbolo de recuerdo. Los hilos telegráficos vibran inusitadamente transmitiendo cálidos mensajes a las madres ausentes. Los coros de niños entonan el Himno a la Madre, y todos, grandes y chicos, sentimos el corazón estremecido por una renovada ternura hacia la mujer que nos dio la vida. Ningún homenaje justo ni más debido. En la madre se exenta, lo más noble, más bello del sentimiento humano.

Heroísmo sin alarde, sacrificio gozoso, abnegación silenciosa, desinterés absoluto, son prácticas diarias de la mujer-madre. Desde el momento en que una vida palpita en su seno, el alma de la mujer ensancha y se ilumina. Su carne macerada y desgarrada en el dolor de los dolores, purifica y santifica.

¡Tener un hijo! ¡Maravilla de Dios! Aquella carne sonrosada y tierna es nuestra propia carne. Aquel aliento suave y débil es nuestra propia vida.

Desde aquel instante, la mujer ya no vive para sí, se transfiere en el nuevo ser. Ya su risa será un eco de la risa infantil y los propios dolores serán olvidados ante el llanto del hijo. ¡Ah, la angustia de las noches en vela junto a la cuna del niño enfermo! El sueño es un intruso que se desprecia y se desecha. ¿Qué madre se rinde a la fatiga cuando el hijo arde en fiebre o se queja de dolor?

La mujer, el ser débil, es la fortaleza más grande cuando ha llegado a la plenitud de la maternidad. ¿Qué peligro no arrastrará por su hijo? ¿De qué privaciones es capaz por su hijo? Pídanle su sangre la dará gozosa. Pídanle la vida y la ofrendará con una sonrisa en los labios. Porque la propia vida nada significa desde el momento

en que se desdobló en el hijo formado en su entraña y nutrido en su dolor.

Mas los hijos, que somos todos, aún los mejores, bien poco hacemos por corresponder a ese amor sin límites.

El Día de la Madre debía ser cada día que transcurre. Nuestro amor y nuestra gratitud no debían esperar una fecha determinada para el pequeño servicio, para la atención oportuna, para la caricia que la haga sentirnos siempre pequeñitos, siempre necesitados del refugio de sus brazos.

En días pasados, en una editorial de esta revista, abogamos por la fundación de una casa de maternidad en San Pedro Sula. ¿No sería esa una forma adecuada de celebrar el Día de la Madre el año venidero?

Día del Periodista

Los “Chicos de la Prensa” también celebran su día, por una dichosa casualidad, en este mes primaveral.

Augusto C. Coello, hombre de letras en el sentido más noble de la expresión, con acuciosidad patriótica, revisando archivos históricos, averiguó que el 25 de mayo de 1830 apareció, por primera vez en Honduras, una hoja periodística.

En aquel entonces era jefe del Estado el Benemérito General Francisco Morazán y el periódico inicial de la prensa en Honduras se llamó *La Gaceta*.

El primer centenario, en 1930, no pasó inadvertido, y antes bien fue celebrado con un Congreso General de periodistas hondureños, que se reunió en Tegucigalpa.

De ahí para acá, el 25 de mayo quedó consagrado como Día del Periodista.

Día de gracia que los del Cuarto Poder aprovechan para fraternizar con los del gremio, para estimularse en la cordialidad y fortalecerse en el estímulo.

Al periodista, en nuestro medio —hablamos del periodista honrado, que es el único que tiene derecho moral a serlo —aún no se le ha hecho justicia. El alcance de su labor aún no ha sido comprendido. Es un centinela de la comunidad, de quien todos exigen, a quien todos consideran obligado a rendir servicio y a quien nadie cree justo pagar.

El recibo del periódico, generalmente se paga —cuando se paga—a regañadientes, como si fuera una defraudación, y cuando más, con el gesto protector del que da una limosna.

No se frunce el ceño para pagar el automóvil, el cine o el *cocktail*, pero en el momento de sacar los centavos del periódico, ¡qué de protestas y qué de mal humor!

El periodista está obligado a ofrendar al público, diariamente, su pensamiento, aunque su salud decaiga, aunque su cerebro se agote. El periodista está obligado a ir y venir a caza de la noticia que satisfaga la curiosidad ociosa, aunque su cuerpo pida reposo. El periodista está obligado a prodigar el adjetivo innmerecido, su pena de excomunión social. El periodista está obligado a saberlo todo, a defender, a orientar y esto en labor incesante, sin tregua ni recompensa.

¿Cuándo se reconocerá el mérito del periodista?

¿Cuándo sabrá el público que el pago del periódico es sagrado?

Día del Árbol

Cerrando el ciclo de las festividades de mayo viene el Día del Árbol.

El último del mes es el día consagrado a la exaltación del árbol, que es la gloria de la flor y del fruto, del follaje y la frescura, del pájaro y la mariposa.

En esta tierra pródiga y fértil, el árbol aún impone su reinado. Bosques vírgenes e ilimitados, abundantes en maderas preciosas; serranías inmensas de pinares odorantes y rumorosos, son veneros de riqueza inexplorada, reservas pródigas que solo esperan el empuje del trabajador para fluir en manantiales de oro.

El Día del Árbol, instituido en Honduras a iniciativa del poeta Froylán Turcios, ya no se celebra con el entusiasmo de antaño. Como por llenar una fórmula, se desarrolla en el recinto de las escuelas un programa de cantos y recitaciones en loor del árbol. Y eso es todo. Si se practica la siembra de arbolitos es de manera inadecuada y hasta contraproducente. A menudo la fiesta del árbol, es día de sacrificio del árbol. Se arrancan plantas tiernas de lugar donde germinaron espontáneamente dizque para trasplantarlas a decorar lugares públicos, y luego, nadie se vuelve a acordar de ellas. Falta de riego y cuidados, las plantitas se marchitan y mueren.

¿No sería más efectivo, presentar el Día del Árbol, las plantas ya crecidas, cultivadas con cariño durante todo el año? Esto, en cuanto a los niños, que, si hablamos de los mayores, los delitos contra el árbol son más graves. Tala inmisericorde, ríos que se secan porque les roban la sombra de los árboles que crecieron en la ribera, quemas que vuelven la tierra cada vez más árida.

Falta inculcar al hondureño el respeto al árbol, como parte de la educación hogareña y escolar, y como obligación impuesta por las autoridades civiles.

La prueba del dolor*

Este mes de junio, mes de la luz en la teoría de los poetas, figura en este año de gracia de 1934, bajo los más siniestros signos: huracanes, inundaciones, desenfreno, en fin, de las fuerzas ciegas e inevitables de la naturaleza que gravitan sobre los hombres, más allá de toda previsión.

Varios países han sido víctimas, pero entre ellos, Honduras y El Salvador, dos pueblos hermanos por la sangre y por el espíritu, han sido los más castigados por el destino. El país vecino fue abatido por un ciclón en casi toda la extensión del territorio, sufriendo pérdidas y daños enormes, y Honduras, además de plantaciones destruidas y perjuicios en otras regiones, tiene que lamentar la ruina parcial de pimienta, ocasionada por el desbordamiento del río Ulúa, y la destrucción total de Ocotepeque, la bella y laboriosa ciudad occidental.

Este último suceso, sobre todo, por la magnitud y circunstancias del desastre, ha producido consternación en el pueblo hondureño. Los detalles son conocidos de todos: una fuerte lluvia de varios días ocasionó el derrumbamiento de una parte de la montaña donde tiene su origen el pequeño río Márchala, que corría por en medio de la ciudad. La fuerza creciente de las aguas remansadas rompió los diques súbitamente, y una avalancha de piedras y lodo se precipitó sobre la ciudad arrastrando cuanto encontraba a su paso. Las casas eran arrancadas desde sus cimientos, los árboles descuajados personas y animales domésticos desaparecían arrolladas por el turbión. Ni las fotografías ni los más patéticos relatos son capaces de reproducir el horror de aquellos momentos trágicos. La mente carece de recursos suficientes para forjarse la

* Graciela Bográn, "La prueba del dolor", *Alma Latina*, vol. III, n. 38, (junio, 1934).

imagen de aquel cuadro dantesco en que millares de personas, sin defensa posible, fueron sepultadas bajo un negro oleaje, con el grito de imploración ahogado en la garganta.

Diez minutos, trozo insignificante de tiempo que no basta para saborear una dicha fugaz, diez minutos que no alcanzan para finalizar la obra más pequeña, fueron diez minutos de eternidad para los habitantes de Ocotepeque, el memorable y trágico siete de junio. En este corto lapso quedó destruida la obra de siglos, el trabajo de muchas vidas y todos los sueños de felicidad que animaron el corazón de los desventurados que un día supieron del calor hogareño y de la ternura familiar, y hoy no tienen más patrimonio que una gran pesadumbre anudada al corazón y una visión macabra danzando en el fondo de las pupilas empavorecidas.

La catástrofe de Ocotepeque ha enlutado el alma nacional. Ha sido una prueba dolorosa que, como la clásica nube negra, ha tenido su orilla luminosa: el sentimiento fraternal de los hondureños. Unánime ha sido la actitud generosa hacia los hermanos en desgracia. Cada cual, en la medida de sus recursos ha contribuido de una u otra manera al alivio de las necesidades de las familias que quedaron a la intemperie. El grito de auxilio llegado desde Ocotepeque, repercutió en todos los corazones. Se ha visto el gesto piadoso y altruista aún en los niños, en los presidiarios y en los peones que a duras penas ganan su jornal diario.

Ante estas hermosas demostraciones de solidaridad, no se puede menos que recordar el aspecto contradictorio de las frecuentes guerras civiles, injustas y salvajes que desangran el país y siembran la división entre sus habitantes. A raíz de una contienda política, hondureños se odian irreconciliablemente, tal la saña y el encono que manifiestan. Sin embargo, ya hemos visto la solicitud con que todos se apresuraron al socorro de las víctimas de Ocotepeque, sin pensar si pertenecen a uno u otro bando político. Ha sido una prueba evidente de que el sentimiento fraternal está vivo y pronto a manifestarse en la hora de la desgracia.

Entre el pueblo hondureño no hay motivos fundamentales para el odio. Los que provocan la matanza son unos pocos ambiciosos sin escrúpulos. Son los políticos faltos de méritos intrínsecos, los militares sin honor y también los periodistas irresponsables que con la injuria y la diatriba mantienen los ánimos caldeados en la rencilla partidista.

La prueba del dolor debe ser un despertar de conciencia para el pueblo hondureño. Una reacción de rebeldía legítima ante los que explotan su sangre inicua. En cambio, el sentimiento de

unión brotado a flor de pecho con la sacudida de la desgracia, debe cultivarse como una bella flor iluminada de esperanza.

Los intelectuales y el ambiente*

En el panorama de la vida hondureña, el arte y la literatura se encuentran relegados a último término. Se les considera poco menos que actividades inútiles. El público, escéptico, sonríe con malicia ante las manifestaciones intelectuales y no se deja convencer por nada que no tenga aplicación inmediata y práctica. Las llamadas minorías selectas, que en otras partes marcan el ritmo de la vida intelectual y contrarrestan las incomprensiones de la masa, en Honduras apenas empiezan a manifestarse en un vago anhelo de identificación. Y esas dos causas primordiales: ambiente estéril a las especulaciones de carácter espiritual y falta de cohesión de los elementos intelectuales, hacen de la república un páramo sin horizontes para los trabajadores del pensamiento.

Capacidad para un movimiento de renovación cultural sí que la hay. Un país que ha producido hombres de letras de la altura de Juan Ramón Molina y artistas como Pablo Zelaya Sierra, puede esperar mucho de sus generaciones intelectuales. Carecemos de una tradición literaria, es verdad; pero su calidad de pueblo joven ofrece al hondureño perspectivas magníficas en el porvenir. Aquí el talento es silvestre, como las orquídeas de las montañas, pero exuberante y fecundo. En las letras, en la pintura, en la música, aparecen de tiempo en tiempo promesas que bien podrían, mediante la disciplina personal y los estímulos de un ambiente superior, convertirse en guías de juventud y en representativos de la cultura nacional. Sin embargo, todas estas posibilidades se realizan imperfectamente, cuando no se malogran para siempre. Juventudes brillantes declinan en agraz. Hombres llamados a ser conductores espirituales se dejan arrollar por la política o se pierden en la molicie. La vocación artística o literaria, salvo contadas excepciones, no adquiere suficiente fuerza para imponerse y ser fiel a su desarrollo.

La causa de tales fenómenos arranca de la desorganización intelectual. Las fuerzas espirituales se encuentran disgregadas. Los artistas y los hombres de letras no se han unido aún para vencer el ambiente; mejor dicho, para crear el ambiente. Cada cual

* Graciela Bográn, "Los intelectuales y el ambiente", *Alma Latina*, vol. III, n. 40, (agosto, 1934).

se conforma con las limitaciones del medio y toda reacción contra la amarga realidad, se contrae a renegar de los obstáculos con que se tropieza.

Pero es que no se ha reparado en que el ambiente, la comprensión acogedora, en una palabra, todas las condiciones propicias a la manifestación del pensamiento, no son producto que se da por casualidad, sino que requiere un proceso de gestación, en el cual son los mismos intelectuales los llamados a intervenir directamente.

El ambiente espiritual es una realidad colectiva que se vuelve más grande y más intensa en relación directa del esfuerzo que se le consagra. Francia, para dar a sus hijos esa agudeza intelectual de que hoy tanto se enorgullece, ha necesitado de muchos siglos de civilización, y es que la cultura de un pueblo, que es en último análisis lo que decide el ambiente para la literatura y el arte, está constituido por la sangre y el sacrificio de todos los *pioneers* que vinieron desde el principio rompiendo malezas, allanando obstáculos, descostrando el espíritu de la gruesa capa de barbarie en que la luz pura yace como el oro entre la broza.

El intelectual hondureño necesita, pues, un ambiente. Ese no está bajo otros climas ni lo va a formar el Gobierno. Existe como una posibilidad en este campo ríspido y es precisamente a los hondureños a quienes toca prepararlo para la siembra. El intelectual que decline este cumplimiento será traidor a su destino y, por tanto, una fuerza baldía. Todo lo que se aparte de esta finalidad esencial es afán perdido. Todo lo que no sea robustecer el espíritu dentro de su propio ambiente, sacar el oro virgen de la arcilla oscura, despertar en el alma de los otros una nueva inquietud, es arar en el mar y edificar en el viento.

Entendemos que, al intelectual, en la hora presente, le corresponde una actitud enérgica. Debe hacerse cargo de su misión y obtener el ambiente por derecho de conquista.

Los tiempos han cambiado y con ellos la situación de los hombres. Los predestinados, —calidad casi divina que se adjudicó antaño a los hombres de letras y a los artistas, ha desaparecido para dejar sitios un nuevo tipo: el hombre de lucha. El arte y la literatura han devenido en una fuente de servicio, sin menoscabar por ello su alta nobleza y señorío.

Quiere decir, que el intelectual está obligado a servir con el trabajo de su cerebro; pero también está en derecho de exigir.

Ahora bien ¿es posible exigir cuando no se constituye una fuerza? ¿Están capacitados los intelectuales hondureños para ocupar

el sitio que cada uno merece? La respuesta a tales preguntas podemos encontrarlas a mano, ya que en innumerables casos el intelectual se halla, por así decirlo, desconectado de su vocación, ejerciendo actividades que son contrarias a sus anhelos íntimos.

El deber de los intelectuales es, pues, organizarse; lo repetimos una vez más. El deber de los intelectuales es hacerse valer. El deber de ellos es imponerse a las crueldades del ambiente, porque de otra manera perecerán inmisericordemente. Así, cualquier impulso desplegado en este sentido será más valioso que todas las palabras y las actitudes más o menos líricas contra la realidad actual.

Queremos consignar, a propósito, un suceso halagüeño para el porvenir de esta obra que apenas intuimos como una realización lejana. Nos referimos al relativo despertar de las letras nacionales en los últimos meses, y al movimiento de cultura que aún en esta ciudad, indiferente de por sí, ha dado manifestaciones de vida.

Fue primero la fundación del Grupo Zelaya Sierra, en Tegucigalpa, congregación que honra la memoria del pintor desaparecido y que hace difusión de arte. Poco después se organizó el Grupo Alas, que consagró una recordación literaria a nuestro Juan Ramón Molina. Existe y actúa además en la capital la Academia de Música Santa Cecilia, gracias a la dedicación de Mercedes Agurcia Membreño, tipo de mujer nueva que entiende el arte como la más alta función social. A su vez, la bibliografía nacional se ha visto enriquecida por recientes y valiosos aportes, entre los cuales merecen especial mención *La Heredad*, novela regional de Marcos Carías Reyes; *Lotos y Ajenjos*, haz de poemas de Angela Ochoa Velásquez, y últimamente el libro póstumo de Marco Antonio Ponce, que ha salido a la luz pública merced a la devoción de Ismael Zelaya.

Aquí mismo en San Pedro Sula se ha notado también un avivamiento de actividades culturales. “La Juventud” ofrece un ciclo de conferencias y pláticas ilustrativas de diversa índole, siempre dentro de un plan cívico y cultural. El público cierto que es muy parco en la asistencia a tales actos; pero ello, en vez de desanimar, debe ser acicate para nuevos esfuerzos. Poco a poco se irá ganando el ánimo de la masa y día habrá en que esta sea campo abonado para siembras espirituales.

Todos los signos que señalamos dan lugar a optimismo. Y aún existe un suceso que acaso haya pasado por alto a los observadores y que, sin embargo, refleja una modalidad nueva en el ambiente.

Es el hecho de que los autores o editores de libros nacionales vayan por las calles ofreciendo sus obras. Angela Ochoa Velásquez

vende actualmente su libro por la costa norte y Zelaya ofrece personalmente el de Marco Ponce.

Estos simples actos, que en otro tiempo se habrían juzgado desdorosos, debemos hoy considerarlos como un paso más hacia la verdadera actitud del intelectual; hacia la definición humana que le corresponde en esta hora de frío practicismo, en que toda posición olímpica o de indolencia le significaría un fracaso.

A propósito de tal suceso trascendente dentro de su simplicidad, afirmamos que el intelectual, para servirse de las masas, debe descender hasta ellas. Solo llevando su voz a la entraña oscura de la multitud, puede incorporarla a su conciencia de guía. Solo convirtiéndose en un hombre actuante, con raigambre fuerte en la realidad, estará capacitado para dar de sí lo que debe y puede, y para ocupar la posición a que lo hacen acreedor sus facultades.

Cuando el intelectual hondureño comprenda las ventajas de la organización y la acción dentro de su propio rol, habrá descubierto el secreto de su liberación y podrá recoger frutos opimos donde hoy solo recoge ortigas y desperdicios. Entre tanto, nada se hará en firme y toda noble energía fracasará como han fracasado tantas y tan bellas posibilidades.

La tragedia de Juanita Zelaya*

Allá en la pródiga tierra olanchana, entre el marco esmeralda de los pastos, se acurrucan las casitas blancas de Salamá, el pueblo donde nació y vivió Juanita Zelaya.

En aquel ambiente de paz eglógica, como la florecita del campo que perfuma sin alardes y luce sin artificios, aquella sensitiva alma de mujer tejió ensueños y bordó ilusiones en la malla sutil del verso y de la prosa delicada.

Imagino a Juanita Zelaya, algunas veces divagando por los senderos campestres, dorados por el sol del atardecer, con la cabeza al viento y la mirada perdida en la lejanía azul. Otras veces la veo recorriendo las callecitas blancas espolvoreadas de luna, con el pecho anhelante; recitó sus versos a algún poeta errante que al acaso llegó por el pueblo.

* Graciela Bográn, "La tragedia de Juanita Zelaya", *Alma Latina*, vol. IV, n. 50, (agosto, 1935): 7.

Después de su trágica muerte, cuando pienso en ella, se presenta a la mente el camino a la quebrada cercana, al medio día, cuando el sol teje encajes de sombra a través de las frondas. En compañía de la hermanita inseparable y de la amiga predilecta, Juanita, como la ninfa de aquellas campiñas, riendo y charlando, saltando presurosa a sumergir el cuerpo juvenil en la frescura de las aguas.

Desapercibida en absoluto de lo que la esperaba. Aquel caminito recorrido casi a diario desde su infancia, aquel caminito tan familiar, no podía infundirle recelos. Sin embargo, estaba predestinado a ser su viacrucis.

Un amor insensato la perseguía desde algún tiempo. Un amor absurdo exigiendo una reciprocidad que no era capaz de inspirar. Un amor imposible que no se conformó a su impotencia. El despecho y el rencor asomaron sus garras fatidicas y en un paroxismo de delirio signaron la sentencia.

La hora del baño era propicia. La soledad campestre prestó inocente complicidad al crimen. Como un fauno mitológico, el victimario surgió de entre las malezas. Un disparo resonó con eco funerario por la campiña desolada. La hermana y la amiga, con ojos espantados presenciaron el sacrificio.

Sus gritos de dolor acompañaron la agonía de Juanita. Como un lirio tronchado, su cuerpo se dobló sobre la tierra cálida, con el pecho perforado, herida de muerte. Cuando los familiares y amigos acudieron, como la heroína de unos conocidos versos, “en un charco de sangre, ahí estaba tendida, para siempre callada, para siempre dormida”...

Graciela Bográn

San Pedro Sula, 20 de agosto de 1935

Divagaciones espirituales de una mujer...*

Yo, soy enemiga del romanticismo platónico, y, sin embargo, a veces se aromatiza mi espíritu de esencias tan raras, que me asfixio en un éxtasis misterioso.

Duérmanse los sentidos en el vaivén de la cuna de los ensueños, y la vida altera su tic-tac cronométrico y se aletarga indefinidamente rompiendo la contricción de la rutina.

Momentos hay, en que el corazón se adormece sobre la suavidad del sentimiento unísono del espíritu, en que cede la tensión eléctrica del estremecimiento arterial, y quedamos embebecidos en una ebriedad soñolienta que nos aleja de la realidad.

Cual las aguas, en las que se espejea el sol, de un estanque sereno, la vida pierde su aceleración por momentos, y se produce entonces el remanso del espíritu.

Son los instantes de la suprema posesión mística, en que una fuerza del subconsciente nos arrebatara las energías y nos dice: "debes morir". Y, es así cuando toda la super-vida de la vida, entona el coro celeste a la muerte.

¡Morir! He ahí el todo; ¡morir, morir...! Y la materia sigue adormecida; pero entonces, una suprema rebeldía ignorada nos sacude y replica: ¡Qué disparate morir!; vivir sí; vivir aún en el letargo de un ensueño; pero vivir... Y en ese momento la materia se sacude, y estamos cansados como si hubiésemos realizado una labor de improba agitación espiritual. Y se produce el supremo espasmo del espíritu que nos grita: jueguecillos de niño los míos son, te inspiré el eterno sueño para que, al desecharlo, sintieras el latigazo de la vida que te reclama.

Toda la inspiración de los íntimos ensueños, nace de los aromas misteriosamente embriagadores del amor. Quien nunca haya amado, nunca se adormecerá su corazón sobre la suavidad de los sentimientos unísonos del espíritu.

Graciela Bográn

* Graciela Bográn, "Divulgaciones espirituales de una mujer", *Tegucigalpa*, s. 54, n. 213, (8 de febrero de 1931): 5.

Día del Trabajo*

Primero de mayo. Día destinado para enaltecer el trabajo, función noble y sagrada que todos los seres de la Creación han de cumplir en su existencia: desde la humilde araña que teje su tela, la oscura ostra que elabora la perla en el fondo del mar, y el pájaro que va y viene veloz en busca de la paja para su nido, hasta el hombre que, dotado de mejores armas, ejercita sus capacidades en diferentes formas, llegando con su inteligencia a arrancar a la naturaleza sus ocultos secretos para aprovecharlos en su beneficio. Rendir tributo al trabajo es glorificar la vida. Porque decir vida, es decir acción, movimiento, lucha, trabajo, en una palabra.

Venimos organizados para esa función vital, así como nacemos con pulmones para respirar y con ojos para ver. Y así como en el medio en que se ha de desarrollar nuestra vida hay luz para regalo de las pupilas y aire para saturar nuestros pulmones, así la Tierra, nuestro mundo, se nos ofrece pródiga, sonriente, amorosa: en su arcilla, en el árbol, en la piedra. Sumisa se deja rasgar el vientre por el arado y talar sus miembros con el hacha para que el hombre ejercite las actividades inherentes a su naturaleza.

¡Perenne actitud de ofrenda la de la Tierra, que en recompensa no pide más que las gotas de riego de las frentes sudorosas!...

Y si esta madre generosa, inagotable en sus dádivas, sigue ofreciendo su seno amplio y fecundo a todos sus hijos...

¿Por qué los cuadros horripilantes que se están presenciando ahora, de criaturas que mueren por falta de trabajo?

Diez millones de hombres desocupados... Eso nos dicen las estadísticas. Esto es lo que salta a la vista. Lo que no podemos dejar de ver. Pero si la humanidad dichosa, la que no solo viste y come, sino que derrocha y acapara, se propusiera ver lo que hay tras de estos diez millones de parias, los que aún tienen corazón se espantarían ante el espectáculo macabro de mujeres macilentas, niños raquíticos y harapientos y ancianos escuálidos que forman la legión de no menos de cincuenta millones de seres que no viven, sino que mueren lentamente con los cuerpos ateridos y las entrañas roídas.

Visiones de horror, de pesadilla...

* Graciela Bográn, "Día del Trabajo", *Alma latina*, vol. I, n. 9, (1 de mayo de 1932).

Madres que arrojan a los ríos los tiernos pedazos de sus entrañas porque sus pechos flácidos no tienen ya sangre para alimentarlos... Familias enteras que voluntariamente ponen término al horrible suplicio que es subsistir sin pan, en un angustioso devorar de las propias vísceras.

La situación actual del mundo, falsa, carcomida en su base por el egoísmo y la maldad, no podrá sostener mucho tiempo el artificioso andamiaje de una civilización de monstruos mecánicos con frías entrañas de hierro y de monstruos humanos con feroces entrañas de caníbal. Y como un imperativo, de este desequilibrio surge un concepto nuevo del trabajo. Modificado, depurado, aquilatado en su significación justa y precisa.

El trabajo ya no es solo un deber. Es algo más alto. Es también un derecho, inviolable, inalienable, sagrado, como la propia vida... Y en este primer día de mayo, destinado a enaltecer el trabajo, no sonemos los cascabeles de nuestra alegría en festividades irreverentes que son una ironía y un escarnio al sufrimiento de los demás.

Hagamos un acto de contrición que acalle la risa en los labios y ahogue en la garganta el himno sonoro y musical, pero vacío. En cambio, agrandemos las pupilas para ver más allá de nosotros mismos, ensanchemos nuestro corazón para que alcance a sentir los dolores ajenos, y aprendamos a extender la mano en ademán noble de dar al que no tiene...

Graciela Bográn

Graciela García



Nota de la Sociedad Cultura Femenina*

Señor don Alejandro Castro

Presente

La Sociedad Cultura Femenina, que desde hace seis años viene luchando esforzadamente por la desanalfabetización de las mujeres laboriosas, obteniendo éxitos que han sido aplaudidos por elementos sanos, conscientes y progresistas de todas las clases sociales, plantea ante usted, que puede y debe comprender el alcance de nuestros objetivos culturales y lo que significa para la población hondureña el problema de la cooperación social a fin de llevar adelante la tarea de la desanalfabetización de las mujeres trabajadoras.

¡La Escuela de Cultura Femenina sostenida, a pesar de las ofensivas del oscurantismo ambiente, reafirma su voluntad de continuidad!

Inicialmente, esta escuela fue ayudada por el Estado, subvencionándola, pero intereses partidaristas, sentimientos regresivos e innobles, han hecho que el Estado retire todo apoyo a esta escuela, la única en nuestro país que vive por sus esfuerzos.

La Sociedad Cultura Femenina, durante el año pasado, sin ayuda ninguna, sostuvo su escuela presentando las mejores pruebas de adelanto y aprovechamiento. Pero la situación de bancarrota por la que atravesamos, no permite a la Sociedad Cultura Femenina, por sí sola, sostener su escuela y ya que las autoridades del Estado niegan su ayuda, hacemos un llamamiento a todas las personas de buena voluntad que, como usted, puedan ayudar económicamente en el sostenimiento de un centro cultural de vital importancia.

No dudando que sabrá corresponder de la Sociedad Cultura Femenina, a nuestra insinuación, rogámosle contestarnos si lo podemos contar como un cooperador activo en la desanalfabetización de la mujer trabajadora y cuál será su ayuda, manifestándole que por insignificante que esta sea, para nosotros será de incalculable valor. Esperando su amable contestación, nos suscribimos de usted, en nombre de la Sociedad Cultura Femenina como sus atentas y seguras servidoras.

* Graciela García, et al, "Nota de la Sociedad Cultura Femenina", *Tegucigalpa*, s. 84, año X, n. 334, (4 de junio, 1933).

E. Sofía Dávila

Sría. General

Angela Andino M.

Sria. de Beneficencia

Victoria de Gómez,

Sria. de Educación

Graciela de García,

Sría. Tesorera

Tegucigalpa, 17 de mayo de 1933

Construyamos prensa nacional*

Estamos presenciando en esta época de crisis, en que se ponen de relieve las aptitudes dirigentes de las distintas clases sociales, cómo se ha ido abandonando cada uno de los ideales de un resurgimiento autónomo de las nacionalidades.

Todos los dirigentes en las distintas actividades de la vida nacional, sin excepción, aceptan no solo como cosa irremediable, sino con alegría y beneplácito el tutelaje económico, político, cultural y hasta religioso de los países fuertes e imperialistas. Y sobre los moldes que mandan esos países, se prensan los carriles por los que caminan en lento rodar los países del Caribe y América del Sur.

En orden al desarrollo cultural de esos países, vemos como uno de los vehículos más potentes para llevar a los más apartados lugares la voz del progreso y de la cultura, el diarismo, la prensa nacional, no es ya tribuna de exposición nacional, no es exponente del desarrollo cultural y de la macidez ideológica de los periodistas nacionales, sino un simple eslabón de la cadena periodística, cuyo centro motriz, manejado por los magnates del diarismo de los países fuertes e imperialistas, da la pauta y la dirección ideológica,

* Graciela García, "Construyamos prensa nacional", *Alma Latina*, vol. V, n. 58, (diciembre, 1936): 5.

enviando por cordillera, los artículos necesarios, desde la editorial hasta simples gacetillas; lo mismo que las sugerencias necesarias para que el eslabón colonial no pierda el compás y marque el paso acorde con las necesidades de los intereses que representan los *trust* periodísticos.

Es de lamentar que los factores intelectuales, que en el campo de la prensa debían laborar por la organización de la verdadera cultura nacional, entreguen los órganos de prensa a la dirección de esas agencias, que propenden nada más al aplanamiento del camino de futuras conquistas.

Es cierto que necesitamos amplias noticias y divulgaciones científicas, político-sociales y que esas agencias están en capacidad de proporcionarlas; pero hay que comprender, que salvo excepciones muy contadas, son órganos imperialistas de propaganda y penetración de los respectivos países que representan.

Como consecuencia de la entrega de la prensa nacional a las agencias extranjeras, está el retardo del desarrollo del periodismo, la falta de verdaderos periodistas, de comentaristas ágiles, de críticos certeros.

La falta de un verdadero periodismo nacional, que se abra paso hasta los rincones más apartados, contribuye al pauperismo de los núcleos intelectuales, a falta de respaldo de la opinión pública, la indiferencia de las masas populares ante los problemas político-económicos que confronta la prensa.

Si queremos luchar por el progreso libre del país, luchemos por el verdadero periodismo nacional.

Graciela García

Guadalupe Rosa



Club “Juan Rafael Mora”*

Tegucigalpa, 25 de septiembre de 1917

Señor director de “Germinal”.

Presente.

Tenemos el honor de comunicar a usted, que el día de ayer, a las 7 p. m., varias señoritas se reunieron con el fin de organizar, en esta capital, un comité para tomar parte en los trabajos emprendidos en pro de la Unión de Centroamérica. Realizado tan alto propósito, fue denominado dicho comité con el nombre de “Juan Rafael Mora”, en homenaje al gran patricio costarricense, quedando organizada la directiva de la manera siguiente:

Presidenta, señorita Visitación Padilla; vicepresidenta, señorita Rosa Medina; vocal 1.º, señorita Cecilia Moncada G.; vocal 2.º, señorita Herminia O. Urbina; Vocal 3.º, señorita Emilia Rodríguez; secretaria la señorita Guadalupe Rosa V.; secretaria 2.^a, señorita Margarita Medina; tesorera, doña Petrona R. de Planas.

Al participarlo a usted, tenemos la honra de suscribirnos atentas y S. S.

Guadalupe Rosa V.
Secretaria 1

Margarita Medina
Secretaria 2

He conocido pigmeos que imitan los gestos, las actitudes y hasta el tono de voz de ciertos grandes hombres, y cándidamente se creen iguales a estos, sin darse cuenta de que les falta imitar lo inimitable: el talento y la instrucción.

Carrasquilla

Es más útil a la humanidad un borracho de talento, que honra a la patria con sus obras, que mil brutos de inmaculada conducta, enfermos de superioridad.

* Guadalupe Rosa, “Club Juan Rafael Mora”, *Revista Germinal*, vol. I, n. 13, (octubre, 1917): 221-222.

Guillermina Mendoza



Enseñanza y aprendizaje*

El aprendizaje es una función mediante la cual el maestro aprovecha el impulso de aprender que se manifiesta en el alumno, y como dice William Borton, sirve para despertar, estimular y dirigir el proceso de la enseñanza. Esta, según la escuela tradicional, consiste en imponer los conocimientos al niño, en recitar lo que su maestro ha dicho, y en decir las cosas conforme a un modelo impuesto y aplicarlo en examen. Si esa enseñanza puramente intelectualista, libresca, tuvo su razón de ser en tiempos ya lejanos en que la escuela estaba dedicada a un escaso número de individuos poco orientados o sin amor a la escuela, es un error querer mantener actualmente los mismos principios.

Cuando la escuela tiende a preparar al niño, no para el examen, sino para la vida, ¿para qué hacerle perder el tiempo en apreciar sutilezas gramaticales que aún nosotros, los maestros, tenemos dificultades en percibir; en atestarle la cabeza —con detalles— históricos, de plantas y animales que nunca han pasado por las mentes infantiles. Se debe atender a las cosas esenciales, enseñar al niño a servirse de los libros, a leerlos con provecho, a desarrollar la memoria, pero nunca a recargarla. Debemos acostumbrar al niño a razonar, pero no hacer de él un razonador; debemos comprender que al pedirle al niño un esfuerzo intelectual se le impone una fatiga y lo coloca en un ambiente extraño a la vida diaria.

Debemos comprender que el fin que persigue la escuela nueva es preparar al niño resueltamente para la vida.

La escuela nueva es una escuela viva, abierta, donde el niño puede lanzarse en todas direcciones, teniendo como factor principal la libertad, pero esta debe fundarse en el orden, porque donde no hay orden, no hay libertad real.

El aprendizaje es un acto exclusivamente del niño para forjar su propia cultura. El profesor debe estimular y favorecer ese acto.

El niño aprende cuando en la escuela goza de libertad.

Felices los niños de hoy. Pues la escuela nueva toma al niño como niño y nada más que un niño. Antes este era considerado hombre en miniatura. Un autor dice: el hombre mejor no es nunca el que fue menos niño, sino al revés.

* Guillermina Mendoza M., "Enseñanza y aprendizaje", *Sinergia*, año III, n. 1, (julio, 1947): 19-20.

Ahora el niño es amigo del maestro, y este se encarga únicamente de dirigirlo en completa camaradería. Ya el niño no siente miedo ni horror a la escuela, por el contrario, siente alegría al dirigirse a ella, puesto que ya no existe el maestro regañón, sentado majestuosamente como esfinge.

Estudiar al niño parece cosa muy fácil; sin embargo, no hay ciencia más difícil. Decía Juan Jacobo Rousseau, que más pronto estudia el niño al maestro que el maestro al niño. Y así vemos cuán dolorosos han sido los días en las escuelas, de ciertos individuos que en vez de tener gratos recuerdos conservan odio a ella.

Cuentan que a un sabio alemán le preguntaron si deseaba volver a su juventud y respondió: “Sí, pero a condición de no volver a la escuela”. Tenemos a un niño italiano que se paró frente a un perro y le dijo: “feliz tú que no vas a la escuela”.

Con esto vemos que el niño odiaba a la escuela y había razón, enseñaba sin amor, se trabajaba sin fe.

En los procedimientos globalizadores vemos palpablemente cómo se desarrolla el fenómeno del aprendizaje, por ejemplo, en observación, el niño frente al objeto, que bien puede ser un animal, planta, etc., ve, toca, investiga y casi sin necesidad de que el maestro le esté diciendo parte por parte. Solo necesita la orientación del maestro que, en cada verdad que descubre, lo estimula; de allí que el niño siente una escuela viva y la quiere. En asociación el niño hace una relación de los hechos pasados con lo observado. En la expresión es precisamente el paso que afianza el aprendizaje. Bien pues, el aprendizaje resulta mejor orientado y dirigido si en cada asunto se sigue una técnica.

En la individualización, el alumno realiza su aprendizaje al resolver su guía que contiene problemas, experimentos, visitas a talleres, excursiones, resúmenes, cuadros sinópticos, esquemas, dibujos, mecanización de ciertos aspectos, etc.

COLECCIÓN LETRAS NACIONALES

A lo largo de la historia, y a través de los espacios por los que han luchado y las dificultades que han afrontado, las mujeres hondureñas reconocieron la imperiosa necesidad de emitir sus opiniones en materia de política, derechos civiles, educación, literatura y todo lo que implicaba ser mujeres en su época. Fueron maestras, literatas, feministas, sufragistas, universitarias de primera generación; mujeres que, por medio de sus escritos, manifestaron sus pensamientos y sentimientos.

Este compendio reúne publicaciones lanzadas entre 1892-1948 en diversas revistas a nivel nacional, agrupando tanto a autoras reconocidas tradicionalmente por sus aportes, como a otras que suelen pasar desapercibidas. En el Tomo I podrán encontrar escritos de Argentina Díaz Lozano, Alba Alonzo de Quezada, Clementina Suárez, Graciela Bográn, Graciela García, entre otras importantes mujeres hondureñas.

Con este libro, la Secretaría de Desarrollo Social mantiene y amplía su compromiso de rescatar y divulgar el patrimonio bibliográfico nacional. Reconociendo y dignificando el pensamiento de aquellas mujeres que, con sus voces y con sus letras, se posicionaron desde la literatura y la prensa escrita en la historia intelectual de Honduras.